

5040-  
116  
537  
ELOY FERNÁNDEZ ALONSO  
(INSPECTOR DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE LA CAPITAL)

# EL ARGENTINO

LIBRO DE LECTURA

(APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN)

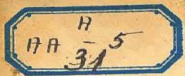
SEXTA EDICIÓN



1924

EDITORES: A. KAPELUSZ Y CIA.  
B.MÉ. MITRE 1259 - BUENOS AIRES

LL  
1924  
FER



PERTENECEIO A PABLO A. PIZZURNO



00010149

40-4



# EL ARGENTINO

---

LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS  
ESCUELAS DE LA REPÚBLICA

(Aprobado por el Consejo Nacional de Educación)

---

CURSO SUPERIOR

Lecturas de autores nacionales, en prosa y verso,  
compiladas por

ELOY FERNÁNDEZ ALONSO

(Inspector de Instrucción primaria de la Capital)

---

SEXTA EDICIÓN

---

Queda hecho el depósito  
que marca la ley 7092.

---

A. KAPELUSZ Y Cía., EDITORES  
BARTOLOMÉ MITRE 1259—BUENOS AIRES

1924





# EL ARGENTINO

LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS  
ESCUELAS DE LA REPUBLICA

CURSO SUPERIOR

ELOY FERNÁNDEZ ALONSO

SEXTA EDICIÓN



Biblioteca Nacional de Maestros

## DOS PALABRAS

*La favorable acogida que ha merecido EL ARGENTINO, así por parte del magisterio como de la crítica en general, decideme a escribir algunas palabras a manera de prefacio en esta segunda edición. Desde luego, ellas van dirigidas sobre todo a mis colegas; no precisamente con el ánimo de señalarles normas o indicaciones acerca del arte de la lectura o la metodología de su enseñanza— pues lo considero ocioso — sino simplemente a título de justa correspondencia, exponiendo los propósitos que he tenido en vista al publicar este libro y el plan a que he sometido su preparación.*

*Apresúrome a declarar que no abrigo la pretensión de haber realizado una obra perfecta en su género; pero sí tengo la seguridad de que EL ARGENTINO, por su variedad, su interés, su originalidad y por el valor intrínseco de las páginas que lo forman, es un libro de positiva y real utilidad para los niños de los cursos superiores de la escuela primaria, en la ejercitación de la lectura expresiva, razonada y artística. Mi experiencia profesional y el cariño que he puesto en la selección de*

estas páginas, me autorizan a esa afirmación. Aun más; considero — y en ello me confirman los juicios de que ha sido objeto — que EL ARGENTINO tiene, dentro de su carácter elemental, un apreciable valor como obra de divulgación literaria, destinada a difundir el conocimiento de los más reputados escritores nacionales de las distintas épocas y sus más características producciones.

Tal vez excusárame de entrar en consideraciones de esta clase la benévola aceptación que El Argentino ha tenido ya como texto de lectura en las escuelas normales del país y en las primarias de la Capital y de varias provincias. Mas he creído que, por el contrario, esas mismas circunstancias me obligan, al publicarse la segunda edición, a ponerme en contacto directo con mis distinguidos colegas, a objeto de que puedan alcanzar, al utilizarlo en sus clases, el mayor aprovechamiento posible como instrumento de ejercitación en la enseñanza de la lectura, al par que como órgano eficiente de sugestión moral e intelectual.

Cabe señalar, aquí, que a través de las páginas de EL ARGENTINO campea un elevado espíritu de sano y noble nacionalismo, pues que en todas ellas encontrará el maestro un motivo nuevo y distinto para poner al niño en contacto con la historia nacional y con sus más destacadas figuras, y para hacer vibrar las almas infantiles al impulso de las virtudes de la raza y de sus generosos ideales, ante las bellezas y la grandeza del país y

*en la visión optimista de su porvenir. Pues a poco que se analice, advertiráse que cada uno de los capítulos de este libro encierra una nota, fresca y pura, evocativa de la tierra y la vida argentinas: ya en el relato histórico o en el episodio rememorador, ya en el cuadro de escenas y costumbres o en el retrato de tipos característicos; ora en la leyenda, la poesía y la tradición o en el cuento popular, ora en la descripción panorámica, en la disertación moral o en la narración de dulce sabor regional.*

*Claro está que, tratándose de una obra destinada a los niños, la variedad y la amenidad han de ser condiciones indispensables, a fin de despertar en el pequeño lector el interés — cualidad fundamental para el éxito de toda enseñanza. Un libro que no atraiga la atención del niño y que no conquiste su simpatía, puede asegurarse que no será un buen libro y mucho menos para las clases de lectura. En el caso de EL ARGENTINO cabe afirmar que aquellas condiciones se satisfacen ampliamente; no sólo por la naturaleza misma de los capítulos seleccionados y por su racional distribución, sino también porque cada uno de ellos tiene un sentido completo y definido. Es decir, que se trata no de simples retazos literarios tomados al azar, sin orden ni medida, sino de una serie metódica y graduada de lecturas elegidas con un criterio meditado de adaptación, y en cada una de las cuales señalase una finalidad educativa y se advierte*



*un interés propio. Así se explica que haya habido necesidad de excluir a determinados escritores de indiscutible valer, por no avenirse su labor intelectual con los fines que persigue este libro; del mismo modo que ha sido menester, a veces, elegir de algunos autores no precisamente lo mejor, sino lo más adecuado, útil y necesario. No se ocultará, además, que EL ARGENTINO se distingue no sólo por la variedad de los asuntos sino también por la de las formas, especies y géneros literarios, y por la diversidad de estilos y de escuelas. Condiciones éstas de capital importancia, a mi juicio, puesto que — sin pretender hacer un curso de retórica — el maestro tendrá la oportunidad de dar a sus alumnos, de los grados superiores, las nociones elementales de que no puede prescindirse en la enseñanza del lenguaje que debe impartir la escuela primaria.*

*He de señalar, asimismo, otro de los requisitos que he tenido muy en cuenta al seleccionar las lecturas de EL ARGENTINO: la extensión de los capítulos. Juzgo que es ello punto que no puede dejarse de apreciar en el plan de un libro del carácter de éste; tanto por lo que se refiere al tiempo destinado a las clases, como por el interés que cada una de ellas pueda despertar. No obstante las dificultades que, indudablemente, ofrece la compilación de una serie metodizada de capítulos dentro de las exigencias ya enunciadas, creo que*

en EL ARGENTINO se ha logrado conciliar satisfactoriamente la calidad y la extensión de las lecturas. Pero sin perder de vista, por eso, la correlación íntima y común que necesariamente exige la unidad integral de los estudios primarios.

En cuanto a la poesía en particular, he creído más acertada la distribución alternada de las composiciones de ese género, que la de formar con ellas una sección aparte. Tengo en cuenta para ello, la naturaleza del libro y el destino que como texto de lectura deberá tener en la enseñanza diaria. Los versos, pues, matizan la fisonomía de aquél, alternando con la prosa. Naturalmente, en un libro de lectura para la escuela, en el que es preciso ceñirse a determinadas exigencias y aun reducir su extensión, la selección poética ha de ser forzosamente restringida y limitada; por eso y a objeto de dar a esta parte de la obra un propósito definido, se ha procurado ofrecer una composición de los poetas más caracterizados de cada período en la evolución literaria argentina, sin excluir las más genuinas producciones gauchescas. Como se comprende, la parte de versos no puede ser completa; pero sí ha de permitir al maestro dar a conocer a sus alumnos, aunque ligeramente, los aspectos principales de la poesía nacional y sus más destacados representantes.

No terminaré estas breves consideraciones, sin se-

ñalar especialmente una de las modalidades que reviste EL ARGENTINO y que conceptúo de importancia. Refiérome a la mención que en cada capítulo se hace del título de la obra a que aquél corresponde. Es indudable que, aparte del valor intrínseco que el libro de lectura puede tener como instrumento de ejercitación y de enseñanza inmediata, debe poseer también un poder mediato de sugestión. Y, a este respecto, pienso que el maestro tiene en EL ARGENTINO un elemento eficacísimo para despertar en el espíritu de sus educandos el gusto y el amor por la buena lectura, al par que para familiarizarles con las obras y los autores argentinos; ya proporcionándoles oportunamente algunas noticias biográficas, ya utilizando sus mismos textos en las clases de lectura libre o como ampliación ilustrativa de los diversos ramos del programa. Es decir, que en cada capítulo podrá encontrarse un motivo de noble estímulo intelectual, a la vez que de feliz orientación literaria.

Considero innecesario recalcar que al propio tiempo que he tratado de ajustar esta selección de lecturas a un criterio pedagógico y a un plan literario, he procurado también imprimirle un carácter ético definido. En cada uno de los capítulos — que, aunque aparentemente aislados, están ligados entre sí por el método y por el concepto moral y patriótico que los inspira — hallará el niño una fuente pura de verdad y de belleza, que sin

*duda alguna, ha de contribuir a cultivar en su alma los nobles ideales y las generosas aspiraciones que deben ser patrimonio de todo hombre de bien, a la vez que a despertar en su corazón sentimientos de amor y de respeto por la historia, por los hombres y por las cosas de la tierra argentina. Y en este sentido, tengo la seguridad de que los maestros han de saber aprovechar debidamente en sus clases diarias, el caudal de ejemplos y de enseñanzas morales que fluyen de cada una de las lecturas de EL ARGENTINO.*

ELOY FERNÁNDEZ ALONSO.

*Buenos Aires, enero de 1923.*





# INDICE

NOTA.—Las lecturas que llevan asterisco han sido adaptadas al carácter del libro, suprimiendo en su texto algunos períodos o palabras.

	<i>Pág.</i>
1.—El libro y su lectura.— <i>Nicolás Avellaneda</i> * . . .	11
2.—Garay.— <i>José Luis Cantilo</i> . . . . .	13
3.—Historia de mi madre.— <i>Domingo F. Sarmiento</i> . . .	18
4.—Buenos Aires en 1770.— <i>Concolorcorvo</i> * . . . .	21
5.—El Porvenir.— <i>Olegario V. Andrade</i> .—Verso . . .	24
6.—Por los niños pobres.— <i>Belisario Roldán (hijo)</i> * . .	29
7.—La reconquista.— <i>Paul Groussac</i> * . . . . .	32
8.—Juvenilia.— <i>Miguel Cané</i> . . . . .	35
9.—La música popular.— <i>Carlos Ibarguren</i> . . . . .	38
10.—Himno Nacional.— <i>Vicente López y Planes</i> .—Verso	41
11.—Palermo.— <i>Eduardo Wilde</i> . . . . .	44
12.—Mariano Moreno.— <i>Juan María Gutiérrez</i> . . . .	48
13.—Casamiento y compadrazgo.— <i>Juan B. Ambrosetti</i> . .	51
14.—Autotipia.— <i>B. Mitre y Vedia (Bartolito)</i> * . . .	54
15.—Relación.— <i>Bartolomé Hidalgo</i> .—Verso . . . . .	58
16.—Insigne proeza de una criolla.— <i>Elvira Reusmann de Battola</i> . . . . .	62
17.—Fábulas argentinas.— <i>Godofredo Daireaux</i> . . . .	65
18.—La Pampa.— <i>Félix San Martín</i> . . . . .	69
19.—El trabajo.— <i>Juan Bautista Alberdi</i> . . . . .	73
20.—Al Plata.— <i>José Mármol</i> .—Verso . . . . .	75
21.—Belgrano y San Martín.— <i>José Manuel Estrada</i> . .	78

22.—Los pobres árboles.— <i>Eduardo Talero</i> . . . . .	80
23.—Fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.— <i>Mariano Moreno</i> . . . . .	84
24.—Pato hediondo.— <i>Martín Gil</i> . . . . .	87
25.—Canto a la Cordillera de los Andes.— <i>Juan G. Godoy</i> —Verso . . . . .	91
26.—Las cuentas del gran capitán.— <i>Bartolomé Mitre</i>	93
27.—Las primeras ovejas.— <i>Estanislao S. Zeballos</i> *	96
28.—Oradores argentinos.— <i>José Tomás Guido</i> . . . . .	100
29.—El colono.— <i>Arturo Reynal O'Connor</i> * . . . . .	104
30.—A San Martín.— <i>Gervasio Méndez</i> .—Verso . . . . .	107
31.—La obra.— <i>César Duayén</i> . . . . .	109
32.—El primer aniversario patrio.— <i>Ignacio Núñez</i> *	113
33.—El mate.— <i>Pedro N. Arata</i> * . . . . .	118
34.—El kacuy.— <i>Ricardo Rojas</i> * . . . . .	121
35.—Consejos de Martín Fierro.— <i>José Hernández</i> .—Verso	125
36.—25 de Mayo de 1810.— <i>Luis L. Domínguez</i> . . . . .	128
37.—Transportes y viajes.— <i>E. A. Holmberg</i> . . . . .	131
38.—La señorita.— <i>Miguel Jaunsaras</i> . . . . .	133
39.—Parando rodeo.— <i>Martiniano Leguizamón</i> * . . . . .	140
40.—Himno patriótico infantil.— <i>Almafuerte</i> .—Verso . . . . .	141
41.—El pampero.— <i>Federico A. Gutiérrez</i> . . . . .	146
42.—Rivadavia.— <i>Dalmacio Vélez Sársfield</i> * . . . . .	149
43.—En las islas Orcadas.— <i>Luciano H. Valette</i> . . . . .	153
44.—La pericana.— <i>Juan Pablo Echagüe</i> . . . . .	156
45.—El arado.— <i>Carlos Ortiz</i> .—Verso . . . . .	161
46.—El artista indio.— <i>Vicente J. Quesada</i> . . . . .	165
47.—A la patria.— <i>Leopoldo Herrera</i> . . . . .	169
—Patria.—Tierra prometida.— <i>Leopoldo Díaz</i> .—Verso	170
48.—Ameghino.— <i>A. J. Torcuato</i> * . . . . .	171
49.—Los elegantes en las aldeas de la colonia.— <i>José</i> <i>Manuel Elizaguirre</i> * . . . . .	175
50.—At home.— <i>Carlos Guido y Spano</i> .—Verso . . . . .	179
51.—Lucía Miranda.— <i>Dean G. Funes</i> * . . . . .	181
52.—El ombú.— <i>Enrique Udaondo</i> . . . . .	185

—Fragmentos.— <i>Florencio Iriarte.</i> —Verso . . . . .	187
53.—En una escuela.— <i>Clotilde G. de Rezzano</i> . . . . .	190
—El clarín de Mayo.— <i>Manuel B. Ugarte.</i> —Verso. . . . .	192
54.—Encuentros.— <i>Lucio V. Mansilla</i> . . . . .	193
55.—La luz y la sombra.— <i>Estanislao del Campo.</i> —Verso . . . . .	196
56.—Vivac.— <i>Leopoldo Lugones</i> * . . . . .	201
57.—La asamblea del año XIII.— <i>Vicente Fidel López.</i> . . . .	204
58.—El último rastreador.— <i>Adolfo P. Carranza</i> * . . . . .	207
59.—El cóndor.— <i>Joaquín V. González.</i> . . . . .	212
60.—El hogar paterno.— <i>Rafael Obligado.</i> —Verso . . . . .	216
61.—El bautismo de la caballería.— <i>Mariano A. Pelliza</i> . . . . .	219
62.—Las tiendas de antaño.— <i>Lucio V. López</i> . . . . .	222
63.—Fauna del Chaco.— <i>Melitón González</i> . . . . .	125
64.—La despedida.— <i>Ada M. Elflein</i> . . . . .	229
65.—Tucumán.—Mendoza.— <i>Diego Fernández Espiro.</i> — Verso . . . . .	233
66.—Juan del Campo.— <i>Carlos B. Quiroga</i> . . . . .	234
67.—Las sierras del Tandil.— <i>Santiago Estrada</i> . . . . .	238
68.—La desgracia no me ha dejado acabar de cumplir con mi deber.— <i>Juan M. Espora.</i> . . . . .	242
69.—Los tehuelches.— <i>Clemente Onelli</i> * . . . . .	247
70.—Los huérfanos.—La propiedad.— <i>Ricardo Gutiérrez.</i> —Verso . . . . .	251
71.—Las cataratas del Iguazú.— <i>Manuel Bernárdez</i> * . . . . .	253
72.—La muerte de Sarmiento.— <i>M. García Mérou</i> * . . . . .	257
73.—Buenos Aires antiguo.— <i>José Antonio Wilde</i> * . . . . .	259
74.—El Himno.— <i>Carlos M. Urien</i> * . . . . .	262
75.—Santos Vega.— <i>Hilario Ascasubi.</i> —Verso . . . . .	265
76.—El carnaval de Rosas.— <i>José M.ª Ramos Mejía</i> * . . . . .	269
77.—En la Patagonia.— <i>Roberto J. Payró.</i> . . . . .	272
78.—Los árboles.— <i>Florentino Ameghino</i> . . . . .	276
79.—Caseros.— <i>Evaristo Carriego</i> . . . . .	279
—A Urquiza.— <i>Horacio F. Rodríguez.</i> —Verso. . . . .	280
80.—Coquena.— <i>Juan Carlos Dávalos.</i> —Verso . . . . .	291

81.—El general quiere forzar el puesto.— <i>Jerónimo Espejo</i> . . . . .	283
82.—Leyendas indias.— <i>Addn Quiroga</i> * . . . . .	286
83.—En los bañados.— <i>José S. Alvarez (Fray Mocho)</i> . . . . .	290
84.—Patria.— <i>José León Suárez</i> * . . . . .	293
85.—El desierto.— <i>Esteban Echeverría</i> .—Verso . . . . .	297
86.—La algarroba y el mistol.— <i>Lorenzo Fazio</i> . . . . .	301
87.—El rancho.— <i>Marcos Sastre</i> . . . . .	305
88.—Juan María Gutiérrez.— <i>Aristóbulo del Valle</i> . . . . .	308
89.—Origen del maíz.— <i>Filiberto de Oliveira Cézar</i> . . . . .	311
90.—Los poetas.— <i>Martin Coronado</i> .—Verso . . . . .	315
91.—Las medias de los flamencos.— <i>Horacio Quiroga</i> . . . . .	318
92.—Mitre.— <i>Ramón J. Cárcano</i> . . . . .	323
—Mitre.— <i>Francisco Podestá</i> .—Verso. . . . .	325
93.—La arrogancia criolla, orgullo de la pereza.— <i>Carlos Octavio Bunge</i> . . . . .	326
94.—La flor del cardo.— <i>Enrique Banchs</i> . . . . .	329
95.—A mi bandera.— <i>Juan Chassaing</i> .—Verso . . . . .	332
—La libertad.— <i>Juan C. Varela</i> .—Verso . . . . .	333
96.—Federalismo.— <i>Emilio Mitre</i> . . . . .	334
97.—El domador.— <i>José I. Garmendia</i> . . . . .	337
98.—Domingo.— <i>José María Cantilo</i> . . . . .	340
99.—El gaucho.— <i>Pedro Goyena</i> . . . . .	343
100.—El valle de Lerma.— <i>Ramón Oliver</i> .—Verso. . . . .	347
101.—La Pancha.— <i>J. W. Gez</i> * . . . . .	350
102.—El teatro de la ranchería.— <i>Mariano G. Bosch</i> * . . . .	358
103.—La Constitución.— <i>Facundo Zuviria</i> . . . . .	363

## EL LIBRO Y SU LECTURA

## EL ARGENTINO





## EL LIBRO Y SU LECTURA

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca popular; y estamos, desde entonces, todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo, hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron; que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es, sobre todo, asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal; y puede decir co-

mo el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos. Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero, ¿qué son el ocio y la indolencia, sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con estática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

El libro es enseñanza y ejemplo. — Es luz y revelación. — Fortalece las esperanzas que ya se disipaban: sostiene y dirige las vocaciones nacies que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser.

Vuelvo a ser joven. — Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

NICOLÁS AVELLANEDA.

De "*Escritos Literarios*".

2.

## GARAY

Noble, generoso, audaz, valiente y desinteresado, su figura destaca vigorosamente y su nombre se impone a la inmortalidad, acentuado por méritos y virtudes que exaltarían su efigie en todos los tiempos y en las más trascendentales situaciones históricas de la humanidad.

Fué superior a su tiempo. Tuvo, como todos los conquistadores españoles, el temerario arrojo, la proverbial hidalguía, el desprecio de la vida y la sublime ambición de la gloria; pero tuvo, por sobre todo ello, la intachable hombría de bien, la honradez acrisolada, la

modestia sincera y la dulzura, propias de otras épocas y otros teatros, un excelso amor por sus semejantes, inaudita energía en las horas de prueba y serenidad y firmeza en los días de bonanza.

Dotado de un perfecto equilibrio, su obra forma el mejor pedestal a su extraordinaria actuación. Como otros héroes, dominó a sangre y fuego, mas combatió para civilizar. Fué acción y pensamiento. No le guiaron pasiones malsanas, o intereses bastardos; no conoció la codicia, ni el doblez, ni la crueldad.

La estela de su vida es progreso y aurora de futuras grandezas. No hay una mancha, una debilidad o un desfallecimiento que obliguen el silencio o la atenuación del historiador.

Los documentos de la época, torpemente redactados, y los relatos de los historiadores primitivos, ingenuos o malevolentes, salvan, con rara unanimidad, las líneas de su persona.

Ningún guerrero más digno de elogio; ni aun aquellos que actuaron en comarcas más importantes y sojuzgaron pueblos de cultura más avanzada. Está exento del cargo socorrido y frecuente de haber destruído monumentos preciosos y aniquilado civilizaciones superiores. Tuvo la fortuna de actuar en una zona donde todo era rudimentario.

Oriundo de las provincias vascas, en las cuales naciera en 1528, su juventud no ofrece particularidades dignas de mención; recibió la instrucción propia de los tiempos y seguramente, desde edad temprana, oyó referencias maravillosas del nuevo continente descubierto por Cristóbal Colón.

España tenía puestos sus ojos en América; las tierras de aquende el Atlántico, tierras de promisión, atraían valiosas expediciones y las referencias deslum-



bradoras de los primeros conquistadores despertaban afección y curiosidad en toda la península.

Las inclinaciones de Garay quedaron patentizadas a poco de cumplir doce años, y su intenso deseo fué, desde entonces, conocer las prodigiosas comarcas lejanas, pobladas de fantásticas visiones y conquistar honores en la lucha desigual y heroica que tanta fama diera a otros intrépidos exploradores de lo desconocido.

Cedía a impulso de su temperamento, a inspiraciones de su inteligencia y al ambiente de la época. No se habían cumplido cincuenta años de la colosal empresa y la orientación del reino estaba netamente definida; la gloria, la riqueza, los honores, el bienestar debían buscarse y se buscaban en el nuevo mundo, vasto mundo lejano, misterioso y pródigo, embellecido por la locura de la conquista.

Garay no podía escapar a la influencia del medio, El, como otros jóvenes animosos, aguijoneados por el anhelo de alcanzar fama en la edad de las grandes esperanzas, había escuchado las narraciones seductoras de los guerreros que regresaban cargados de botín, encegucidos por el brillo de la naturaleza estupenda y maravillados por los tesoros de que exhibían palpables pruebas, abundantes en los países remotos; conquistados a medias.

Todo el reino, dominado por la fiebre de la aventura, efectuaba una evolución lenta, pero profunda, hacia la conquista, y monarcas y vasallos coincidían en el propósito de subyugar el magno imperio de occidente, para asegurar su dominación y robustecer a la metrópoli con sus fabulosas riquezas.

Garay era joven, inteligente y fuerte. Su determinación no puede ni debe atribuirse, como en otros casos, al espíritu aventurero. Si las tendencias de la épo-

ca imprimieron este carácter a su decisión, su obra demuestra que vino a América nutrido de sabios consejos, animado por altos ideales, apto para cumplir una misión gloriosa.

El futuro fundador de Buenos Aires, el más bello de sus títulos a la consideración de españoles y argentinos, partió de España en 1543, pobre y desconocido. No era, como otros conquistadores, un navegante avezado, un guerrero famoso, un noble cargado de títulos y honores; no traía mando de expediciones imponentes, ni pidió anticipadamente compensaciones exorbitantes. Vino, casi niño, bajo la dirección y el amparo de su tío don Pedro Ortiz de Zárate.

Cumplió su destino con la modestia que caracterizó toda su vida. Ascendió lentamente, por el propio esfuerzo. Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando proezas pálidamente descritas en estas páginas, cuando la saña del salvaje le obligó a ello; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea oscura pero fecunda del gobierno, realizado sin contralor, en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas, ¡tan extraordinarias son y tan insuperables parecen!

Cuando se examina la actuación de este hombre excepcional, y se analizan las múltiples cualidades que lo destacaron entre los hombres de su tiempo, la más sincera admiración domina el espíritu y todo elogio parece mezquino.

Cremos que el gobernante supera al guerrero. Nos fundamos para formular este juicio, en los ejemplos admirables que ofrecieron sin excepción los conquistadores enviados por la madre patria a este continente. El valor fué rasgo característico de todos ellos, y no se re-

gistran en la historia ni más grandes, ni más gloriosas empresas que las llevadas a cabo en el inmenso territorio comprendido entre el imperio de los Aztecas y el Río de la Plata.

Garay fué héroe asombroso, al par de los más afa-  
mados y temerarios, pero no es únicamente bajo este as-  
pecto que su nombre ha llegado a nuestro tiempo.

Otros guerreros tuvieron una figuración más pro-  
minente, en razón de la escena; éste fué valeroso y au-  
daz, como los más valerosos y los más audaces, pero con  
un objetivo elevado, con una purísima ambición, con un  
firme y hermoso propósito cumplido en los últimos años  
de su azarosa vida, tan grande y tan trascendental, que,  
a pesar de su fin prematuro y de no constituir lo rea-  
lizado sino parte de la obra que hubiera podido llevar  
a cabo, la aureola de la inmortalidad corona su figura  
con inextinguible nimbo de luz!

Desde Buenos Aires, populosa metrópoli sudameri-  
cana, segunda ciudad latina del mundo, orgullo de una  
nación fuerte y rica, cerebro y corazón de la patria, in-  
destructible pedestal de la gloria de Garay, evocamos la  
augusta efigie de su fundador y la ofrecemos a la ad-  
miración de los contemporáneos.

El la soñó grande y altiva y emprendedora; él la  
concibió generosa y fuerte; él la imaginó invencible y  
todo ello fué en tres siglos de incesante acción durante  
los cuales irradió civilización y libertad.

JOSÉ LUIS CANTILLO,

De "*Don Juan de Garay*".

3.

## LA HISTORIA DE MI MADRE

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus "Conferencias", que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática, que se transforma bajo el ala materna, para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el advenimiento de la República. Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se han leído páginas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar esculpida en un libro su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles en lugar del sueño que



mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la obscuridad del abismo que no debe ser obscuro, se mezclaban, que sé yo, a qué absurdo de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real. ¡Mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de requiem en Roma para que la cantasen en su honor las Pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto y perseveraré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día y decirle a Benavídez, a Rosas, a todos mis verdugos: Vosotros también habéis tenido madre: vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política; no manchéis un acto de piedad filial. Dejádme decir a todos quién era esta pobre mujer que ya no existe! Y ¡vive Dios! que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos ignoradas por mí, olvidadas de todos. A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la Cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan sin embargo el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad, conserva apenas rasgos de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía, los juanetes,



señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, sino es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituida de todo ornato, si bien tan clara, que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de solo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar en circunstancias que para otro habrían santificado las concesiones hechas a la vida, y aquí debo rastrear la genealogía de aquellas sublimes ideas morales, que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la trasmisión de la aptitud moral por los órganos: creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Los hombres perversos que dominan a los pueblos infestan la atmósfera con los hálitos de su alma; sus vicios y sus defectos se reproducen. Jóvenes hay, que no conocieron a sus padres y rien, accionan y gesticulan como ellos; pueblos hay, que revelan en todos sus actos quiénes los gobiernan; y la moral de los pueblos cultos, que por los libros, los monumentos y la enseñanza conservan las máximas de los grandes

maestros, no habría llegado a ser tan perfecta si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

DOMINGO F. SARMIENTO.

De *"Recuerdos de Provincia"*.

4.

## BUENOS AIRES EN 1770

Esta ciudad está situada al oeste del gran Río de la Plata, y me parece se puede contar por la cuarta del gran gobierno del Perú, dando el primer lugar a Lima, el segundo al Cuzco, el tercero a Santiago de Chile y a ésta el cuarto. Las dos primeras exceden en adornos de iglesias y edificios a las otras dos. La de mi asunto se adelantó muchísimo en extensión y edificios desde el año 1749, que estuve en ella.

Entonces no sabían el nombre de quintas, ni conocían más fruta que los duraznos. Hoy no hay hombre de medianas conveniencias que no tenga su quinta con variedad de frutas, verduras y flores, que promovieron algunos hortelanos europeos, con el principal fin de criar bosques de duraznos, que sirven para leña; de que carecía en extremo la ciudad, sirviéndose por lo común de cardos, de que abunda la campaña, con notable fastidio de los cocineros que toleraban su mucho humo; pero ya al presente se conduce a la ciudad mucha leña en rajas, que traen las lanchas de la parte occidental

del Paraná, y muchas carretas que entran de los montezuelos de las Conchas. Hay pocas casas altas, pero unas y otras bastante desahogadas y muchas bien edificadas, con buenos muebles, que hacen traer de la rica madera del Janeiro por la colonia del Sacramento.

Su extensión es de 22 cuadras comunes, tanto de norte a sur como de este a oeste. Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos, y lo propio sucede desde Montevideo a la ciudad de Jujuy, con más o menos pulidez.

Las mujeres en esta ciudad, y en mi concepto, son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues, aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza.

No hay estudios públicos, por lo que algunos envían sus hijos a Córdoba y otros a Santiago de Chile, no apeteciendo las conveniencias eclesiásticas de su país, por ser de muy corta congrua y sólo suficientes para pasar una vida frugal.

Gobierna esta ciudad y su jurisdicción, con título de gobernador y capitán general, el mariscal de campo don Juan José de Vértiz.

Esta ciudad está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadras iguales y sus calles de igual y regular ancho, pero se hace intransitable a pie en tiempo de aguas, porque las grandes carretas que conducen los bastimentos y otros materiales, hacen unas excavaciones en medio de ellas en que se atascan hasta los caballos e impiden el tránsito a los de a pie, principalmente el de una cuadra a otra, obligando a retroceder a la gente, y muchas veces a quedarse sin misa cuando se ven precisados a atravesar la calle.

No he conocido hacendado grueso, sino a don Francisco de Alzáibar, que tiene infinito ganado de la otra

banda del río, repartido en varias estancias; con todo, mucho tiempo ha que en su casa no se ven cuatro mil pesos juntos. No he sabido que haya mayorazgo alguno, ni que los vecinos piensen más que en sus comercios, contentándose con una buena casa y una quinta, que sólo sirve de recreación. La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerle, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses, más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero.

Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles, a tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y capones se venden en junto a dos reales, los pavos muy grandes a cuatro, las perdices a seis y ocho por un real y el mejor cordero se da por dos reales.

Las aguas del río son turbias; pero reposadas en unos tinajones grandes de barro, que usan comúnmente, se clarifican y son excelentes, aunque se guarden por muchos días. La gente común y la que no tiene las precauciones necesarias bebe agua impura y de aquella que a la bajada del río se queda entre las peñas, en donde se lava toda la ropa de la ciudad, y allí la cogen los negros, por evitar la molestia de internar a la corriente del río. Desde que ví repetidas veces una manio-

bra tan crasa, por la desidia de casi todos los aguadores, me causó tal fastidio que sólo bebí desde entonces de la del aljibe que tiene en su casa don Domingo de Basavilbaso, con tales precauciones y aseo que puede competir con los mejores de Europa.

CONCOLORCORVO.

(De la obra *"El lazarillo de ciegos caminantes"*, publicada en el año 1773).

5.

## EL PORVENIR

1.

¡Visión del porvenir! Nube de gloria,  
que en el confín lejano te levantas,  
que flotas como enseña de combate  
y alumbras y perfumas como el alba.

¡Visión del porvenir! Dulce sirena,  
que en el silencio de la noche cantas  
los himnos de la mar, cuando despierta  
estremecida en brazos de la playa.

¡Visión del porvenir! Pálida estrella,  
hermana del misterio, que desatas  
los rayos de la fe, gotas de vida  
en los lóbregos senos de mi alma!



Tú que pasaste rápida a mi vista  
en los alegres días de la infancia,  
que enjugaste la lágrima de fuego  
que surcaba mi rostro en la desgracia.

Tú que al lanzarme a la revuelta arena  
me hablaste de la gloria y la esperanza,  
y al caer en la lucha del destino  
retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir a la empinada altura  
ven a prestarme tus potentes alas,  
aquellas alas con que el genio suele  
reprear de Dios a la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,  
para ascender a la áspera montaña,  
para colgar el nido de mis sueños  
en las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,  
donde otra vez relampagueó su llama;  
¡visión del porvenir! dame tu mano,  
quiero seguir las huellas de tu planta.

## II

Ya estoy sobre la cumbre solitaria,  
la cumbre que soñé con loco anhelo;  
ante este altar gigante de granito  
voy a alzar mi plegaria,  
que en alas de huracán subirá al cielo;  
a cantar a la patria y a la gloria,  
a Dios y al infinito!



Y al compás del torrente que desciende  
con paso soberano,  
a preludiar los salmos del profeta  
que oirá el cóndor, mi hermano!

¡Ya estoy sobre la cumbre! Como ruedan  
los ríos por las ásperas laderas,  
lágrimas del abismo que recogen  
en su seno temblando las praderas;  
veo rodar los años y los hombres,  
que siguen como séquito de gloria,  
rasgando los harapos de sus nombres  
el ataúd gigante de la historia.

Allá van, en vorágine espantosa,  
apóstatas, verdugos y tiranos;  
la libertad, arcángel del futuro,  
les marca con su espada luminosa;  
los pueblos soberanos  
se lanzan a la arena,  
teñida con la sangre de los bravos,  
y forjan con fragmentos de cadena  
el hierro vengador de los esclavos!

¡Allá van! Opresores de la tierra,  
vencidos de la idea,  
fantasmas de la noche de la historia  
que un nuevo sol clarea!  
¡Se alejan! como nubes apiñadas  
que arrastra el huracán sobre la esfera  
cuando desata en la extensión vacía  
su negra y polvorosa cabellera!

Apóstatas, verdugos y tiranos  
que hicieron al derecho ruda guerra,

van a dormir el sueño del olvido  
envueltos en sus sábanas de tierra!

Y la palabra viva,  
el verbo de la fe republicana,  
anunciará a los orbes  
que asoma en el Oriente la mañana  
de paz y libertad, y que terminan  
las bárbaras peleas

y se abrazan las razas redimidas  
sobre el sagrado altar de las ideas!  
Un pueblo va adelante en el tumulto  
de la cruzada audaz; un pueblo grande  
a quien dió Dios la Pampa por alfombra  
y por dosel el Ande!

Espejo son de su gigante talla  
los ríos como mares,  
y marcos de cristal de sus corrientes  
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso  
de la elección de Dios; tiene en su seno  
el afán infinito del progreso,  
el amor del ideal, la fe del bueno!

Infatigable avanza,  
en pos de sus destinos soberanos;  
viajero de inmortales esperanzas,  
da a los pueblos el ósculo de alianza,  
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno a sus antojos  
ni valla a su ambición; ámbito inmenso  
descorre el porvenir ante sus ojos;  
le da la gloria embriagador incienso,

y postrados de hinojos  
los déspotas del mundo ante su planta  
reniegan del pasado,  
y en vez de maldecirlos, los levanta  
por la fe y el amor transfigurados.

¡Es mi patria! ¡mi patria! Yo la veo  
a vanguardia de un mundo redimido,  
de un mundo por tres siglos amarrado,  
que cual bajel en mar desconocido  
rompiendo las cadenas del pasado,  
se lanza con audacia,  
cargado de celestes esperanzas,  
al puerto de la santa democracia!  
Es su bandera aquella que flamea  
en las rocas del Cabo seculares,  
la que lleva a una raza esclavizada  
la luz de libertad de sus altares;  
la que preside el colosal concierto  
de la conciencia humana emancipada  
mientras rueda a sus pies el tronco yerto  
del fanatismo vil, que en hora impía  
la mantuvo en sus brazos sofocada!

### III

¡Visión del porvenir! ¡Débil mi acento,  
cantar no puede lo que siente el alma!  
¡Yo soy el ave que a gemir se atreve  
entre la ronca voz de la borrasca!

¡Dios solo sabe si podré algún día  
trepar las cumbres y pulsar el arpa!  
¡Me falta voz, pero me sobra aliento,  
¡Oh! ¡quién tuviera tus potentes alas!

OLEGARIO V. ANDRADE.

De "*Obras Poéticas*".

6.

## POR LOS NIÑOS POBRES

Son muchos los niños que sufren en el seno de la ciudad monstruo; es muy larga la caravana pequeña y pálida; y sólo dejando a la conciencia que exhale uno de sus repentes inexorables, es posible aventurarse a proclamarlo: ¡un niño abandonado es un delito de todos nosotros!

He aquí, que el bosque acaba de estremecerse; acaba de estremecerse el bosque, porque un inmenso rugido, mitad imprecación, mitad lamento, va horadando la mañana como una clarinada salvaje que retumba en el silencio, repercute en los troncos, viborea entre los árboles, peina las gramíneas, abanica las hojas, amedrenta las aves, y se difunde por toda la grave majestad de la selva. Es una fiera la que ruge: es una fiera que va jadeante, desolada, hundiendo en los matorrales la investigadora pupila cárdena, estoicamente cubierta de sangre, porque ni a reparar se detiene que en las zarzas del camino van quedando jirones del propio cuero, que flamearán después como estandartes de dolor...

Aquella fiera ruge, porque ha perdido al hijo y porque su instintividad inexpresable adivina los peli-

gros a que está expuesto el cachorro en la soledad del monte. ¡Cómo no conmoverse las fibras todas de la criatura humana ante el espectáculo de un niño abandonado en la vida, sin padre, sin madre, sin pan, sin abrigo, sin arrullo, sin reparo, sin rumbo, sin apoyo, sin consejo, sin orientación, sin nada! Y para qué traer estadísticas... Todos hemos visto, en la media noche de invierno, en una de esas medias noches en que el viento corta las caras como un navajazo—mientras los lujosos equipajes volvían de la Opera al sonoro trote de sus troncos y entre un concierto de cascabeles y cadenas—tirado en el umbral de una casa grande, solo, temblando de frío, casi desnudo, metida entre las rodillas la cabcita, un niño...

¡Y ahí estaba ese niño, como una sombra entre las sombras, sabe Dios si soñando con una caricia maternal nunca recibida, con un hogar tibio y amante jamás visto o si dejando que desde aquella noche prendiera en su numen de diez años la semilla de un rebelde futuro! No en vano afirma Michelet que los niños cerebran más permanentemente que los hombres. Nadie sabe hasta qué grado de sutileza llega el pensamiento de las criaturas; nadie sabe qué miran y qué ven esas grandes pupilas, húmedas de perplejidad, que suelen clavarse silenciosamente en las nuestras. Ellos también tienen sus melancolías, sus tristezas, sus nostalgias, sus dolores hondos y secos. Un médico de niños, cuya muerte dejó por cierto un doble claro en la ciencia y en las letras; un médico nuestro y muy nuestro, pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos.

Un día su ojo experto echó de menos a uno; volvió a notar su ausencia al día siguiente y se detuvo a inquirir.



¿Y el rubio?—preguntó.

—Está enfermo, señor.

Y, en efecto, conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido, enfermo, estaba el rubio. Al lado la madre, una obrera.

¿Quién cuida a este niño?

—Un curandero...

—Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted quién es?

—Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico—selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas y cantaba en aquella sollozante lira monacorde—volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, muchos juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots que parecían sonreírle fraternalmente, como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió este diagnóstico que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo:

—Su hijo no estaba enfermo, señora: estaba triste.

¡Pensad que hay niños que lloran porque tienen frío, porque bajo el trapo precario vibra una siniestra trepidación de carnecitas; pensad que hay niños que lloran porque tienen hambre, porque en la desolación del cuartujo, diez veces se abrieron sus labios pidiendo pan y otras tantas recibieron de la madre un sollozo por respuesta...; pensad que hay niños que lloran porque sienten la nostalgia de una caricia, de un beso, de un arrullo, de un regazo; pensad que hay niños que lloran porque una noche han comprendido que están solos en el mundo!... Cuidemos de los niños, al menos para que, cuando se asomen al mundo desde el pórtico enor-



me de la pubertad, puedan sentirse espontáneamente inclinados al bien sin que turbe su conciencia el deseo, a veces misteriosamente imperativo, de vengar en sus semejantes, dolores que no se apagan y agravios que no se olvidan, porque así como el tajo hecho en la corteza del arbusto, se prolonga a través del tronco corpulento, las heridas abiertas en el alma de los niños perduran a través de la vida y sus azares, al modo de esas cicatrices de hacha sobre las cuales no pasa el tiempo, como no sea para hacer más enérgica y rotunda la hondonada del hachazo...

BELISARIO ROLDAN (HIJO).

De "*Discursos*".

7.

## LA RECONQUISTA

(*Una escena de la primera invasión inglesa*)

Con buena sombra y simpatía evidente por la protagonista, refiere el mayor Gillespie una pequeña escena de que fueron testigos él y cinco o seis compañeros de armas, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad.

Para rehacerse de tanta penuria reciente, habían ido a comer a la célebre fonda de los *Tres Reyes* situada, como todo el mundo sabe, en la calle de Santo Cristo (25 de Mayo). Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un señor Barreda, "criollo letrado", que amablemente les servía de intérprete. Mezquina era la cena, como que los mercados no se abastecían desde la antevispera; pero alegraba la vista una arrogante muchacha, hija del mesonero, que ayudaba al servicio. El excelente mayor, recién llegado del Cabo,

observaba a la joven con vivísimo interés. No tardó en sospechar que algo muy grave pasaba en ella: su ceño airado, sus encendidas mejillas y ojos centelleantes eran indicio de una tempestad interior... El narrador confiesa de buena fe que se sentía desazonado, ignorando sobre quién descargaría la tormenta. Al fin estalló. Cuadrándose de repente delante de los pobres milicianos, la hija de los *Tres Reyes* espetóles esta arenga desnuda de artificio: "Caballeros, debieron ustedes avisarnos de antemano que era su intención cobarde entregar a Buenos Aires; pues juro por mi vida, que a saberlo, nosotras las mujeres hubiéramos salido a la calle y echado a pedradas a esos ingleses!" Después de este desahogo, recibido a quema ropa en el silencio general, la Bradamente criolla, bruscamente serenada, siguió mudando el cuabierta a vencedores y vencidos con una sonrisa encantadora.

La anécdota es significativa; en nuestros días se la tendría por un "símbolo" de la psicología popular durante esa crisis solemne. Hase visto cómo el negrero Wayne no engañaba a los ingleses, pintándoles infalible la captura de la ciudad con un golpe de mano atrevido. La habían realizado sin mucho esfuerzo ni grandes peligros. Fugado el virrey, rendidos los jefes y soldados, resignadas las autoridades, inerme y al parecer conforme la población, pudo el conquistador creer en la realidad de su conquista. Al día siguiente de estar instalado Beresford en la Fortaleza, comenzaron a acudir las corporaciones, haciendo cabeza el obispo y su clero; se juramentaron oficiales y empleados, prestaron pleito homenaje y ofrecieron su valioso concurso "moral" los prelados y priores de conventos. Bastó una intimación para que el subinspector Arce y el Cabildo hicieran bajar de Luján los caudales extraídos de las cajas reales. Pron-

to volvieron a abastecerse los corrales y mercados, a abrirse las tiendas y pulperías, como que, por circular en manos inglesas, no perdían los pesos y doblones su conocida efigie española. Si no hubo función de comedias en todo julio, lidiáronse toros en el Retiro. Jefes y soldados "colorados" formaron relaciones en sus respectivas esferas. Las mismas familias, en cuyas casas se hospedaban los oficiales, trataban a éstos con afabilidad... Decididamente aquello andaba a maravilla, y la contagiosa ilusión del comodoro se transmitió al general. Como Sancho en la ínsula Barataria, comenzó Beresford a creer en su gobernación, y prodigó las órdenes, decretos y reglamentos a nombre del soberano británico. Así pasaron algunas semanas sin que los incautos vencedores se dieran cuenta exacta de la situación. Habiendo asaltado la casa y con facilidad suma desalojado a sus dueños, los intrusos se instalaron en ella y armaron franquichela, sin sospechar que los propietarios pudieran juntar a los vecinos y preparar una vuelta. Gillespie se mostró sabio con no prolongar su sobremesa en los *Tres Reyes*, a pesar de las sonrisas de la huésped! Cuando los síntomas se hicieron harto visibles y reventó afuera lo que adentro pasaba; cuando los invasores llegaron a comprender que un pueblo no está subyugado mientras el alma no está sumisa; cuando se descubrió que las fórmulas cortesés, ni las protestas de los funcionarios, ni los sermones de los frailes interpretaban el alma de un pueblo estremecido y recién vuelto de su estupor: ya era tarde; y cogido en su propia trampa, no podía Beresford, aunque quisiera, seguir el consejo del forbante Popham que proyectaba bombardear y poner a saco la ciudad, embarcándose luego con el botín.

PAUL GROUSSAC.

De "*Santiago de Liniers*".

## JUVENILIA

Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre; la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de mi madre, me hicieron desear abreviar el plazo, y yo mismo pedí ingresar tan pronto como se celebraran los funerales.

El Colegio Nacional acababa de fundarse sobre el antiguo Seminario, con una nueva organización de estudios, en la que el Dr. Eduardo Costa, ministro entonces de Instrucción Pública, bajo la presidencia del general Mitre, había tomado una parte inteligente y activa. Sin embargo, el establecimiento que quedaba bajo la dirección del doctor Agüero, se resentía aún de las trabas de la enseñanza escolástica y sólo fué más tarde, cuando M. Jacques se puso a su frente, que alcanzó el desenvolvimiento y el espíritu liberal que habían concedido el Congreso y el P. E.

Me invade en este momento el recuerdo fresco y vivo de los primeros días pasados entre los oscuros y helados claustros del antiguo convento. No conocía a nadie y notaba en mis compañeros, aguerridos ya a la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el *nuevo*, la observación constante de que era objeto y me parecía sentir fraguarse contra mi triste individuo los mil complots que, entre nosotros, por el suave genio de la raza, sólo se traducen en bromas más o menos pesadas, pero que en los seculares colegios de Oxford y de Cambridge alcanzan a brutalidades inauditas, a vejámenes, a servidumbres y martirios. Me habría encontrado, no obstante, muy feliz con mi suerte, si hubiera conocido



entonces el "Tom Jones" de Fielding. Silencioso y triste, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en esa prisión, aun después de haber hecho allí mi nido y haberme conaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal, como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, soñolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro largo y glacial. Allí rezábamos un "Padre Nuestro" para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.

¡Cuántas conspiraciones, cuántas tramas, qué gasto de ingenio y fuerza hicimos para luchar contra la fatalidad, encarnada a nuestros ojos en el portero, colgado de la cuerda maldecida! Aquella cuerda tenía más nudos que la que en el gimnasio empleábamos para trepar a pulso. La cortábamos a veces hasta la raíz del pelo, como decíamos, junto al badajo, encaramándonos hasta la campana, con ayuda de la parra y las rejas, a riesgo de matarnos de un golpe. Muy a menudo, la expectativa nos hacía despertar por la mañana antes de la hora reglamentaria. De pronto oíamos una campana de mano, áspera, estridente, manejada con violencia por el brazo irritado del portero, eterno *préposé* a las composuras de la cuerda. Se vengaba entrando a todos los dormitorios y sacudiendo su infernal instrumento en los oídos de sus enemigos personales, entre los cuales tenía el honor de contarme.

Atrasar el reloj era inútil, por dos razones tristemente conocidas: la primera, la proximidad del Cabil-

do, que escapaba a nuestra influencia; la segunda, el *tachómetro* de plata del portero que, bien remontado, velaba fielmente bajo su almohada. Algunas noches de invierno, la desesperación nos volvía feroces y el ilustre cerbero amanecía no sólo maniatado, sino un tanto rojiza la faz, a causa de la dificultad para respirar a través de un aparato, rigurosamente aplicado sobre su boca y cuya construcción, bajo el nombre de “pera de angustia”, nos había enseñado Alejandro Dumas en sus “Veinte años después”, al narrar la evasión del Duque de Beaufort del Castillo de Vincennes. Todo era efímero, todo inútil, hasta que estuve a punto de inmortalizarme, descubriendo un aparato sencillo, pero cuyo éxito, si bien pasajero, respondió a mis esperanzas.

En una escapada ví una carreta de bueyes que entraba al mercado; debajo del eje colgaba un cuero, cono una bolsa ahuecada, amarrado de las cuatro puntas; dentro dormía un niño. Fué para mí un rayo de luz, la manzana de Newton, la lámpara de Galileo, la marmita de Papin, la rana de Volta, la tabla de Rosette de Champollion, la hoja enroscada de Calímaco. El problema estaba resuelto; esa misma noche tomé el más fuerte de mis cobertores, una de esas pesadas cobijas tucumanas que sofocan sin abrigar, la amarré debajo de mi cama, de las cuatro puntas, y cubriendo el artificio con los anchos pliegues de mi colcha, esperé la mañana. Así que sonó la campana, me sumergí en la profundidad y allí, acurrucado, inmóvil e incómodo, desafié impunemente la visita del celador, que, viendo mi lecho vacío, siguió adelante. Me preguntaréis quizá qué beneficio positivo reportaba, puesto que, de todas maneras, tenía que despertarme. Respondo, con lástima, que el que tal pregunta hiciera, ignoraría estos dos supremos placeres de todos los tiempos y de todas las



edades: el amodorramiento matinal y la contravención.

Mi invención cundió rápidamente y al quinto día, al primer toque, las camas quedaron todas vacías. El celador entró: vió el cuadro, quedó inmóvil, llevó un dedo a la sien y después de cinco minutos de grave meditación, se dirigió a una cama, alzó la colcha y sonrió con ferocidad. ¡Era la mía!

MIGUEL CANÉ.

De *"Juvenilia"*.

9.

## LA MUSICA POPULAR

La melodía popular argentina es triste, tanto la que se canta en las montañas, cuanto la de los llanos interiores y la de las pampas del litoral.

La cordillera inmensa, los imponentes cerros, los abismos, las cuevas fragosas, no provocan la alegría que se traduce en las coplas populares sonoras y rientes.

La música en todas esas regiones montañosas es plañidera.

Una zampoña de varias flautas, la "quena" o flauta simple, un tamboril o "bombo" y el "charango", suerte de guitarra rústica cuya caja es hecha con la caparazón de un armadillo, son los instrumentos predominantes en las montañas del norte. Las notas de la "quena" suenan como un lamento. En los confines con Bolivia se canta el "Yaravi" del padre Iersundi, vieja canción fúnebre y angustiosa: es el amor trágico de un turero el cadáver de su amada, lo llevó a su celda, cavó monje que, enloquecido por la pasión, compró al sepul-

allí la fosa y antes de enterrarlo le extrajo una tibia, fabricando con ella una "quena". El fraile murió sobre la tumba de esa mujer, desgarrado por el amor y vertiendo su profunda tristeza en notas lastimeras que se las llevó el viento de la noche. Esta fábula interpreta y simboliza la voz de la "quena": es llanto; su música expresa el dolor, la desesperanza, la angustia del eterno drama humano: el amor y la muerte.

El "charango" es menos quejumbroso, y al son de sus rasgueos los cantores dicen sus aventuras en versos salpicados con palabras quichuas.

Los naturales de la Puna cantan y bailan con gravedad, entre dentelladas de coca y libaciones de alcohol: los músicos, con tamboriles y zampoñas, agrupados en el centro, se mueven cadenciosamente tocando sus instrumentos; en derredor, las mujeres dan vueltas siguiendo el ritmo; más lejos, en un círculo que los encierra, los hombres, solos, giran a compás, sin tocar a sus compañeras. La monotonía de la danza no provoca cansancio, por el contrario, paulatinamente se animan las caras impasibles, se abrillantan los ojos deslustrados y enigmáticos, se encienden las mejillas cobrizas, y diríase que solamente al conjuro de esas danzas graves y lentas, el indio abandona su desconcertante indiferencia y muestra, merced a esa música primitiva, un latido de vida interior.

En los llanos mediterráneos, secos y desolados, y en la pampa litoral, húmeda y pastosa, en esas planicies infinitas como el mar y silenciosas en su extensión ilimitada, la vida no infundía alegría, el paisano era taciturno y derramaba en sus "tristes", en sus "vidalitas", en sus "milongas" las cuitas de su vida doliente y nómade.

Las danzas argentinas no tienen la rudeza bárbara

que caracteriza a las rusas, ni la sensualidad que descuella en las gitanas y en las españolas, ni la voluptuosidad que estremece a los bailes de Oriente. Son mesuradas y armoniosas. En el norte la cueca galante es acompañada con mesura y recato, su ritmo expresivo acompaña la mímica ondulante y subraya la gracia espontánea de la mujer. El "pericón" de figuras pintorescas, el "gato" entusiasta con sus relaciones amorosas, se van perdiendo a medida que los campos son colonizados, que las poblaciones se urbanizan y que el tipo nacional se transforma con el abundante aporte cosmopolita.

Esos bailes autóctonos, como las flores agrestes de nuestros campos o los helechos de nuestras quebradas, no han trascendido al extranjero. Sin embargo, un producto ilegítimo que no tiene la fragancia silvestre, ni la gracia natural de la tierra, sino el corte sensual del suburbio, ha corrido por todo el mundo deleitando a la clientela abigarrada de los hoteles europeos y de los cafés cantantes de las grandes capitales: el tango, que el mundo le ha dado la patente de argentino, otorgándole una filiación que, en realidad, no tiene. El tango no es propiamente argentino; es un producto híbrido o mestizo, nacido en los arrabales y consistente en una mezcla de habanera tropical y de milonga falsificada.

¡Cuán distinto al crudo balanceo del tango es el noble y distinguido de la "cueca", que se desenvuelve con una mímica tan aristocrática como la de una pavana o la de un minuet!

CARLOS IBARGUREN.

De "*Nuestra tierra*".



10.

## HIMNO NACIONAL

*Sancionado por la Asamblea General Constituyente  
el 11 de Mayo de 1813.*

1º

Oíd, mortales, el grito sagrado:  
Libertad, Libertad, Libertad!  
Oíd el ruido de rotas cadenas,  
ved en trono a la noble igualdad.  
Se levanta a la faz de la tierra  
una nueva y gloriosa nación,  
coronada su sien de laureles  
y a sus plantas rendido un León.

*Sean eternos los laureles  
que supimos conseguir,  
coronados de gloria, vivamos,  
o juremos con gloria morir.*

2º

De los nuevos campeones los rostros  
Marte mismo parece animar;  
la grandeza se anida en sus pechos,  
a su marcha todo hacen temblar.  
Se conmueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor,  
lo que ve renovando a sus hijos  
de la Patria el antiguo esplendor.

*Sean eternos los laureles, etc.*

3º

Pero sierras y muros se sienten  
retumbar con horrible fragor,  
todo el país se conturba por gritos  
de venganza, de guerra y furor.  
En los fieros tiranos la envidia  
escupió su pestífera hiel,  
su Estandarte sangriento levantan  
provocando a la lid más cruel.

*Sean eternos los laureles, etc.*

4º

¿No los veis sobre Méjico y Quito  
arrojarse con saña tenaz ?  
¿Y cual lloran bañados en sangre  
Potosí, Cochabamba y La Paz?  
¿No los veis sobre el triste Caracas



luto y llantos, y muerte esparcir?  
¿No los veis devorando cual fieras  
todo pueblo que logran rendir?

*Sean eternos los laureles, etc.*

5º

A vosotros se atreve, Argentinos,  
el orgullo del vil invasor:  
vuestros campos ya pisa contando  
tantas glorias hollar vencedor.  
Mas los bravos que unidos juraron  
su feliz libertad sostener,  
a esos tigres sedientos de sangre  
fuertes pechos sabrán oponer.

*Sean eternos los laureles, etc.*

6º

¡El valiente Argentino a las armas  
corre ardiendo con brío y valor!  
El clarín de la guerra, cual trueno  
en los campos del Sud resonó.  
Buenos Aires se pone a la frente  
de los pueblos de la ínclita unión  
y con brazos robustos desgarran  
al ibérico altivo León.

*Sean eternos los laureles, etc.*

7º

San José, San Lorenzo, Suipacha,  
ambas Piedras, Salta y Tucumán,  
la Colonia y las mismas murallas  
del tirano en la Banda Oriental,  
son letreros eternos que dicen:

“Aquí el brazo argentino triunfó;  
aquí, el fiero opresor de la Patria  
su cerviz orgullosa dobló”.

*Sean eternos los laureles, etc.*

8º

La victoria al guerrero argentino  
con sus alas brillantes cubrió,  
y azorado a su vista el Tirano  
con infamia a la fuga se dió.  
Sus banderas, sus armas, se rinden  
por trofeos a la libertad  
y sobre alas de gloria alza el Pueblo  
trono digno a su gran Majestad.

*Sean eternos los laureles, etc.*

9º

Desde un polo hasta el otro resuena  
de la fama el sonoro clarín,  
y de América el nombre enseñando  
les repite: “¡Mortales, oíd!  
Ya su trono dignísimo abrieron  
las Provincias Unidas del Sud”.  
y los libres del mundo responden:  
“¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!”

*Sean eternos los laureles, etc.*

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

11.

## PALERMO

Abre, Parque Tres de Febrero, tus anchas puertas,  
que millares de visitantes acuden a buscar en tu seno un  
momento de olvido y de descanso al trabajo.

Prepara tu verde césped fresco y húmedo, para ofre-

cer a tus huéspedes mullida alfombra en que asienten su planta agitada.

Pide a las ondas que besan tu costa el vapor de sus aguas para que forme gotas cristalinas de rocío suspendidas en cada hoja de tus árboles.

Llama al viento de la Pampa para que destilándose entre las ramas de tus sauces añosos, se transforme en brisa que acaricie el rostro y derrame en él la felicidad de su frescura y el perfume que recogió en tus yerbas.

Brinda tus curvas avenidas a los paseantes de todas las naciones, que van a verte en un día de gala y a saludar en tí, por primera vez, la obra del arte y los modestos cimientos de un pensamiento grandioso.

Encarga a los verdes tules de tus negligentes sauces, que formen techo amigable a los que busquen su sombra.

Y deja por último que cada pensamiento lea en los diseños de tus grandes jardines, un epitafio para el antiguo Palermo y un pasaje a la vida del grandioso paseo.

A la sombra de tus árboles, ¡cuánta libertad viene a albergarse! En las entrañas de tu suelo, ¡cuánta lágrima ha ido a perderse!

Allí, tras de aquellas paredes, en ese edificio rectangular y sin gracia, se adivinaba hace veinte años la mirada sangrienta de un tirano; hoy, tras de las rejas separadas, se ve las fieras en sus jaulas comiendo humildemente el pedazo de carne que les arrojamos; allí en aquel edificio se educan jóvenes distinguidos para la paz y para la guerra; antes en esta planicie, los secuaces del tirano vagaban en libertad, sin que rejas de hierro impidieran los horrores de sus salvajes instintos.

Hoy aquí, ¡cuánta alegría y bullicio ha nacido y se forma entre los diez mil visitantes que acudieron a la

cita! Antes, ¡cuántos silencios en los labios y cuánta amargura en el corazón de aquellos que avanzaban con paso cauteloso, en demanda de la vida de los suyos, hacia la morada del tirano!

Aquí fué Palermo, aquí es el Parque Tres de Febrero. Tras de las altas montañas que forman la cordillera de los Andes, un hombre de grande corazón preparó con su pluma la caída del tirano; hoy ese hombre, poniendo sus plantas sobre la tierra ensangrentada, ha cambiado el aspecto de esta lúgubre morada y los obreros del progreso han removido la tierra con que llenaron los huecos donde se cavó sepultura para tantos argentinos.

¡Que los espléndidos follajes de esta vegetación admirable sirvan hoy de adorno en nuestras fiestas!

¡Que los dolorosos recuerdos se aparten de nuestra mente, ya que sobre la losa que cubre la tumba de la tiranía, hemos puesto la cuna adornada con flores, del naciente paseo!

Buenos Aires te reclama, Parque Tres de Febrero. Alrededor de la gran ciudad no había más que polvo y desierto, rayos de sol abrasadores, viento quemante.

En el límite de su plantel ni un árbol, ni un jardín, ni un sitio desahogado, ni una ancha avenida; en sus pequeñas plazas, ni sombras, ni frescura, ni vegetación que cambiara su vida con el veneno de nuestros pulmones.

Buenos Aires te recibe, Parque Tres de Febrero, como un beneficio de la Providencia, y cuando la gran ciudad sea víctima de epidemias a tí pedirán tus habitantes aire puro, salud y fortaleza.

Buenos Aires se olvida, en tu cuna, de sus dolorosos recuerdos, y los hijos que perdieron sus padres muertos por el lúgubre morador de estos sitios, esperan que les

devuelvas en caudales de salud y de vida, numerosos habitantes para la ciudad del porvenir.

Dentro de cien años tus árboles seculares desafiarán la electricidad de las nubes y el furor de los huracanes; dentro de cien años tus grandiosos bosques se mirarán en el agua de tus lagos; dentro de cien años tu suelo se hallará sembrado de pequeños graciosos edificios y de colosales monumentos; dentro de cien años todo habrá cambiado, excepto ese río embravecido que mandaba sus olas como una protesta cuando la tiranía ahogaba esta tierra, como un murmullo armonioso, cuando la libertad germina en su seno. Dentro de cien años un piadoso olvido habrá sepultado en la nada el recuerdo de los que te combatieron en tu cuna, pero en cada una de tus avenidas, de tus fuentes, de tus cascadas, en cada piedra de tus edificios y en cada tronco de tus árboles añosos se leerá el nombre de los que te formaron.

Serás eterno, Parque Tres de Febrero, y eterna fuente de vida serán tus auras balsámicas.

Los que hoy te visiten habrán desaparecido ya y quizá el melancólico ramaje de tus sauces caiga sobre la frente de los que vengan a perpetuar su recuerdo, en muestra de gratitud, por los esfuerzos de sus antepasados.

Los que hoy no te visitan no tendrán por eso tus enojos; tú les darás amante los beneficios de tu cariño y sus hijos y sus nietos protestarán con su salud vigorosa contra los sofismas de tus detractores y de los que pretendan herirte, privándose de alegría y de recreo, de aire y de luz.

EDUARDO WILDE

De "*Tiempo perdido*".



## MARIANO MORENO

El nombre de D. Mariano Moreno estará para siempre ligado a los orígenes de nuestra independencia, como lo está en las concepciones humanas la idea a la forma, el hecho a las intenciones. Y cuando en las solemnidades patrias miramos brillar la imagen del sol en una de las faces de nuestra bandera, colocamos con el pensamiento, en la opuesta, la imagen de aquel ciudadano, porque él fué la luz de la revolución.

El concentró los instintos del pueblo en su cabeza y depurándolos en tan vasto crisol, presentólos ante el mismo pueblo y ante el mundo, como su propósito grande y generoso.

Nuestra revolución nació serena como la aurora de un día hermoso, y dió sus primeros pasos conducida por la razón y el desprendimiento. Nuestros padres discutieron antes de obrar, y no omitieron el sacrificio de la sangre en el altar de la libertad que fundaban. En mayo de 1810, el resentimiento y la venganza se transformaron en heroísmo, en acción vigorosa la apatía colonial, en patriotismo la antigua fidelidad, los vasallos en señores de su destino, y brotaron como por encanto ejércitos, instituciones liberales, sentimientos de nacionalidad y todos los elementos que constituyen la patria.

Si un pueblo sacude su yugo antiguo con tanta dignidad, es porque se siente fuerte en la justicia de su resolución, porque la virtud, que es la fuerza por excelencia, le preside en sus actos.

Esa fuerza y esa virtud tuvieron por fortuna su representante en D. Mariano Moreno, miembro del primer Gobierno revolucionario.

Comenzó a desempeñar sus delicadas funciones a la edad de treinta años con toda la precoz madurez de sus aventajadas facultades. Briosó de carácter, elocuente, avezado a las luchas de la lógica y del derecho en las discusiones forenses, reunía en su persona otras cualidades que le hacían simpático y popular. Brillaba en su abierta fisonomía la iluminación del genio, y la rica sangre de la juventud circulaba en su rostro, bajo una tez blanca y transparente, como la savia de una planta lozana.

Este atleta bajó a la arena en toda la plenitud de sus fuerzas, acendradas en la austeridad del hogar y de los estudios serios. Hijo excelente, padre afectuoso, agradecido discípulo, unía, a una virginidad de sentimientos a la antigua, el atrevimiento y la audacia que inspiran las ideas que son la gloria de los tiempos modernos.

Su personalidad se eclipsa dentro de su idea, como el núcleo de un cometa en su atmósfera luminosa. La posteridad y la historia, no él, le colocan entre los primeros hombres de la Independencia, y le conceden su papel principal de revelación y de iniciativa en el drama de la revolución. No aspira a mandar, sino a dirigir. Piensa recta y generosamente para que el pueblo pueda gobernarse a sí propio con acierto. Quiere como borrar hasta los nombres propios de los mandatarios, para que la autoridad que preside los nuevos destinos de la patria se sienta como influencia benéfica, y no se palpe como cosa natural, aspirando a dotarla, en su noble exaltación democrática, con los atributos de una entidad soberana.

Moreno no tenía confianza sino en las fuerzas morales, y quiso traerlas al Gobierno y darlas al pueblo como palanca para remover los obstáculos que la marcha de la revolución iba a encontrar en su camino.

Y como entre aquellas fuerzas, la más poderosa es la prensa (instrumento hasta entonces vedado a los hijos de la colonia para ventilar las cuestiones políticas y los intereses sociales), el secretario de la Junta se constituyó voluntariamente en redactor de *La Gaceta*, colocándolo al frente de sus escritos uno de aquellos magníficos arranques de amor a la libertad que son tan frecuentes en las inmortales páginas de Tácito. Este periódico nació con el nuevo régimen, proclamando los tiempos "en que era dado pensar y manifestar sin trabas el pensamiento".

La prensa se hizo desde entonces militante y popular. Los anteriores ensayos periodísticos se arrastraban tímidos por la senda de la erudición, y apenas si una que otra chispa se derramaba a favor de los intereses públicos. Los talentos y el patriotismo de Vieytes y de Belgrano no habían conseguido interesar al pueblo en la contemplación de su propio destino, y los tipos de nuestra única imprenta aparecían yertos sobre el papel como el metal de que estaban fundidos.

*La Gaceta* demolía y creaba al mismo tiempo. Fué el ariete asestado contra las murallas de la tiranía retrógrada del virreinato, y la fuerza que levanta sobre el cimiento de la libertad al pueblo que surgía del seno de los Cabildos abiertos. ¡Qué hermosa era la patria que pintaba la pluma del ilustre redactor! ¡Cuán orgulloso se sentía todo argentino al reconocerse hijo de esa patria y árbitro de fraguarse su propia felicidad, ejerciendo derechos que antes no había comprendido!

La ciencia de la política amaneció entre nosotros y se popularizaron sus aplicaciones. Súpose entonces lo que era una sociedad entregada a sí misma y libre del freno pesado y de las riendas mezquinas manejadas por un elegido de la casualidad desde las remotas orillas del

Manzanares. Discutiéronse las diversas formas de gobierno a que pueden someterse los hombres en sociedad; y las provincias, convocadas por primera vez a un Congreso, vieron con sorpresa que los habitantes podían dignificarse, hasta el punto de dar fuerza de ley a aquellas aspiraciones más en consonancia con sus intereses y bienestar.

Bajo el influjo de tan hábil piloto, la revolución no podía naufragar. El rumbo estaba dado a la mejor estrella, y por muchos desvíos que hubiera de experimentar la nave de la República, tenía forzosamente que llegar a la democracia.

Esta fué la obra de D. Mariano Moreno. El pueblo había conseguido su independencia; pero aquel gran patriota le preparó el porvenir americano que es hoy su modo de ser definitivo.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

De "*El Correo del Domingo*".

13.

## CASAMIENTO Y COMPADRAZGO

*(En los valles calchaquíes)*

Los casamientos se efectúan con pocas ceremonias. Concluido el acto religioso, los padres y padrinos abrazan a los novios y en seguida montan a caballo para dirigirse adonde se ha de festejar el acontecimiento.

El novio para ese día ha ensillado su mejor caballo con las prendas de plata que posee, y generalmente lleva a su novia en ancas.

El cortejo, casi siempre numeroso, marcha llevando buena provisión de cohetes de la China, para quemarlos al llegar a la casa.

Cerca ya, salen otros invitados a recibirlos, todos en caballos que lanzan a gran carrera, en medio de una gritería infernal, yendo y viniendo desde la casa a los novios, siempre con la misma furia.

De ellos, unos llevan pañuelos de colores, atados a unos palos, que hacen revolear a guisa de banderas, y otros, trayendo bajo el brazo un gallo o una gallina, los hacen gritar arrancándoles puñados de plumas, que lanzan entre descomunales vivas a los novios.

Los gritos, los vivas, el ruido de las carreras de los caballos, el polvo que levantan, los vivos colores de los trajes y banderas, todo mezclado al estampido seco y continuado de los cohetes, forman un conjunto pintoresco y original.

Al mismo tiempo, dos personas a pie se adelantan sosteniendo un arco adornado con cintas y flores bajo del cual se colocan los recién casados, marchando hacia el interior de la habitación destinada a la fiesta, donde se sientan, siempre bajo el arco que los ha acompañado, permaneciendo allí ante la expectación de todos, quienes los felicitan y se divierten a su salud, bailando zamacuecas o gatos al son de un bombo, o haciendo libaciones repetidas con la aloja o chicha que se ha preparado al efecto y uno que otro trago de aguardiente.

En el aniversario del casamiento, y más especialmente en el día del santo de alguno de los cónyuges, éstos acostumbra a colgarle del cuello al padrino un rosario, cuya aceptación importa el compromiso de dar y sufragar una fiesta, en la que los gastos de chicha, aloja, aguardiente y vino dependen de los posibles del padrino.



Entre los parientes no falta también alguno que, entusiasmado por cualquier causa, eche su gallo, contribuyendo con su cuota pecuniaria al mayor desarrollo de la jarana.

Inútil es decir que tanto el padrino, que ostenta la condecoración del rosario colgada del cuello, como el otro sufragante, son objeto de mil cuidados y atenciones por parte de los festejados y festejantes, sobre todo por los últimos, que a cada momento les brindan bebidas con obligos repetidos. (1)

Los compadres observan entre ellos una cêremonia muy interesante a la que dan el nombre de *Topamiento*.

Los dos jueves anteriores al carnaval son los indicados para el *topamiento*, el primero para los compadres, el segundo para las comadres.

Prevenida con anterioridad e indicada la casa en que debe efectuarse el topamiento, se hacen los preparativos para la fiesta.

Arman un arco, que adornan con flores y yerbas, del cual cuelgan quesillos y rosquillas de formas diversas, algunas imitando pájaros, etc., adquiriendo la chicha y demás bebidas necesarias en tales ocasiones; prepárase asimismo una opípara comida para obsequiar a los contertulios. Entre los preparativos no deben ser olvidadas ciertas coronas de masa, que los compadres llevarán puestas en ciertos momentos.

A la llegada de éstos, se inicia un movimiento de jinetes, que offician de heraldos destinados a anunciar la llegada de los esperados y corren y se desempeñan en forma semejante a la ya descripta en la recepción de los novios.

---

(1) El *obligo* consiste en tomar, invitando a otra persona a beber la misma cantidad, con estas palabras: *tomo y obligo*, a lo que contesta el invitado: *pago*.

Cuando están cerca, salen los otros compadres a recibirlos, cambiándose tres saludos o venias, como allí se les llama. Dos mozos solteros salen con el arco y se arrodillan a cierta distancia; lo propio hacen los cuatro compadres, debajo del arco y frente a frente, las cabezas cubiertas por las coronas citadas que cada compadre coloca a la comadre respectiva y reciprocamente.

A este topamiento sigue una gritería atronadora de todos los presentes; mientras que los compadres, allí arrodillados, aprovechan la ocasión para manifestarse mutuamente los motivos de queja que tenga cada uno del otro.

Luego se abrazan todos, arrojándose, antes de levantarse, almidón y polvos de colores al rostro. Al ponerse de pie los compadres, los festejantes se lanzan sobre el arco y arrebatan los quesillos y rosquillas suspendidas.

De inmediato se inicia la comida, y la fiesta concluye como todas, en medio de cantos, golpes de tambor y bombo, baile y copiosas libaciones. ¡Es así cómo se topan los compadres!

JUAN B. AMBROSETTI.

De "Supersticiones y leyendas".

14.

## AUTOTIPIA

Señora Directora de la "Revue Illustrée du Rio de la Plata".

Distinguida señora: Acabo de saber que en el próximo número de su interesante revista se publicará mi retrato y que desea usted algunos datos sobre mi vida para la noticia correspondiente.

Hoy, menos que nunca, esperaba honor tan innerecido; pero como la cosa ha de hacerse de cualquier manera, según me informan, vale más que sea yo mi propio biógrafo, con lo que se evitarán bondadosos excesos.

Aquí tiene usted, pues, lo que desea.

\*  
\* \*

De chico dicenme que era como los borriquillos, mejorando lo presente, es decir, muy bonito, con luengos cabellos enrulados, color de oro, que no volví a ver más en mi vida; ojos azules, rosadas mejillas y no sé qué otros tintes más o menos simpáticos.

Tan bueno para un barrido como para un fregado, lo mismo que de grande, a los cinco años sabía ya recorrer las casas del barrio ofreciendo en venta prendas, de las cuales necesitaban deshacerse en la mía, para hacer la comida.

No le extrañe a usted esto, señora. Era moneda corriente en aquellos tiempos de mucha gloria, pero de muy poco dinero, muy distintos de los actuales en este y otros conceptos.

Viera usted, sin embargo, lo anchos que se ponen los de la época al recordar que vivieron y actuaron en ella, siquiera fuese vendiendo prendas o yendo a las compras, cuando había con qué hacerlas, como este su seguro servidor.

¡Cosas de los de estas tierras, señora, por cuyas venas corre la fantasista sangre de Don Quijote!

Mi madre—Dios la tenga en su guarda—era una dama del tenor siguiente: linda como ella sola, hija de un patricio, hermana de mártires, se casó, cuatro años antes de que yo viniera al mundo, con un oficial de artillería, después muy mentado, por lo que no perderé el tiempo en presentárselo.

El tal oficial cometía versos entre cañonazo y cañonazo, y ya puede usted imaginarse el aceite que daría aquel ladrillo para la porotada, primer número del *menú libertador*, dicho sea sin mengua del pirón, su ilustre compañero.

La paga llegaba tan lentamente como rápida se iba donde el almacenero y otros proveedores, y no había que pensar en comer plomo, pólvora y cebas en los días en que la ración militar andaba escasa, por lo cual, no teniendo mayor fe mi madre en el poder nutritivo de la poesía y no siendo la artillería de mi padre de las de tiro rápido que en tiempos más adelantados han dado en tierra con uno o más bancos en un abrir y cerrar de ojos, se ingenió la digna señora para purificar la grasa, la que solía venir bastante averiada, engordar artificialmente la carne flaca y economizar las rajas de leña para cambiar las sobrantes por otros artículos de primera necesidad.

Al lado de Costa y de Sarmiento trabajé un poco, que no es posible dejar de aprender algo bueno con tales ejemplos, y me engolfé luego en el comercio, con un talento admirable para fundirme en cuanto negocio acometí. Verdad es que en materia de capital no tuve por lo común más que el honor de trabajar en la de la República Argentina, donde, como en otras partes, los pesos se van generalmente detrás de los pesos; pero esto no quita nada al mérito de mis sobresalientes éxitos.

Entregado después y por completo a las tareas del periodismo, me dió la loca por meterme a desfacedor de entuertos políticos y por esto me llamaron, entre otras cosas, atrasado, ignorante, retrógrado, insensato, pelafustán, botarate, ridículo, tonto, envidioso, necio, mentecato, presuntuoso, pedante, atrevido, embustero, chismoso, plagiarío, desvergonzado, bochinchero, trampingoso, vil, calumniador, difamador, pérfido, vengativo, rencoroso,

zafado, ruín, hipócrita, desleal, falsario, borracho, indigno, cobarde, vendido, indecente, inmoral, farsante, malévolo, ingrato, crápula, corrompido, zoquete, bodoque, ladrón, asesino, sucio y feo, que fué lo que más me hirió.

En cuanto al físico, pocas palabras solamente: ni rastros del arcángel montevideano; los ojos ¡cosa rara! se han conservado azules, acastañándose el cabello, con ribetes blancos; la nariz, como la ha visto usted en la estampa, haciendo juego con lo demás; orejas dilatadas por el uso y el abuso de la audición; 1,73 metros de elevación por 1,16 de circunferencia en lo más voluminoso del centro, lo cual da—recuerdo de mis matemáticas—38,2 de diámetro; y 95 kilos de peso neto, antes de comer y sin dinero en los bolsillos.

Es esto cuanto tengo que decir a usted sobre el particular, pidiéndole disculpa si ocupé su atención más tiempo del necesario. No tuve tiempo de escribir más corto. En cambio, si he logrado que me juzgue usted digno de presentarme en tal forma a sus numerosos lectores, será ésta para mí, memorable conquista, que deberé únicamente a la indulgencia.

Sírvase usted aceptar, señora, con mis agradecimientos, la expresión de mi profundo respeto por la dama que tan bello ejemplo da a las de su sexo con su perseverante labor, a la cual deseo siempre creciente prosperidad.

Su muy atento, seguro servidor.

B. MITRE Y VEDIA (BARTOLITO).

Año 1895.

De "*Páginas serias y humorísticas*".



15.

## RELACION

*Que hace el gaucha Ramón Contreras a  
Jacinto Chano, de todo lo que vió en  
las fiestas mayas en Buenos Aires, en  
el año 1822.*

(Fragmento)

¡Ah, fiestas lindas, amigo!

No he visto en los otros años

Funciones más mandadoras,

Y mire que no lo engaño.

El veinticuatro a la noche,

Como es costumbre, empezaron.

Yo ví unas grandes columnas

En coronas rematando,

Y ramos llenos de flores

Puestos a modo de lazos.

Las luces como aguacero

Colgadas entre los arcos,

El Cabildo, ia *Pirami*,

La recoba y otros lados

Y luego la *verseria*.

¡Ah cosa linda! un paisano

Me los estuvo leyendo.

Pero ¡Ah, poeta cristiano,

Qué décimas y qué trovas!

Y todo siempre tirando

A favor de nuestro aquél.

Luego había en un tablado

*Musiquería* con fuerza,  
Y bailando unos muchachos  
Con arcos y muy compuestos,  
Vestidos de azul y blanco;  
Y al acabar, el más chico  
Una *relación* echando  
Me dejó medio... quién sabe.  
¡Ah, muchachito liviano,  
Por Cristo que le habló lindo  
Al veinticinco de Mayo!  
Después siguieron los fuegos  
Y cierto que me quemaron  
Porque me puse cerquita,  
Y de golpe me largaron  
Unas cuantas escupidas  
Que el poncho me lo cribaron.  
A las ocho de tropel  
Para la Merced tiraron  
Las gentes a las comedias;  
Yo estaba medio cansado  
Y enderecé a lo de Roque;  
Dormí, y al cantar los gallos  
Ya me vestí; calenté agua,  
Estuve *cimarroneando*  
Y luego para la plaza  
Cogí y me vine despacio:  
Llegué ¡*bien haiga el humor!*  
Llenitos todos los bancos  
De pura *mujería*;  
Y no, amigo, cualquier trapo,  
Sino mozas como azúcar,  
Hombres, eso era un milagro.  
Y al punto en varias *tropillas*  
Se vinieron acercando

Los escueleros mayores  
Cada uno con sus muchachos,  
Con banderas de la patria  
Ocupando un trecho largo:  
Llegaron a la *pirami*  
Y al *dir* el sol *cocoreando*,  
Y asomando una puntita...  
*Bracatán*, los cañonazos,  
La gritería, el tropel,  
Música por todos lados,  
Banderas, danzas, funciones.  
Los *escuelistas* cantando;  
Y después salió uno solo  
Que tendría doce años.  
Nos echó una *relación*...  
¡Cosa linda, amigo Chano!  
Mire que a muchos patriotas  
Las lágrimas les saltaron.  
Más tarde la soldadesca  
A la plaza fué *dentrando*  
Y desde el Fuerte a la iglesia  
Todo ese tiro ocupando.  
Salió *el gobierno* a las once  
Con escolta de a caballo.  
Con jefes y comandantes  
Y otros muchos convidados,  
*Dotores*, *escribinistas*.  
Las justicias a otro lado,  
Detrás la *oficialería*  
Los *latonés* *culebreando*.  
La soldadesca *hizo cancha*  
Y todos fueron pasando  
Hasta llegar a la iglesia.  
Yo estaba medio delgado

Y enderecé a un bodegón:  
Comí con Antonio el manco,  
Y a la tarde me dijeron  
Que había *sortija* en el Bajo;  
Me fui de un hilo al paraje,  
Y cierto no me engañaron;  
En medio de la alameda  
Había un arco muy pintado  
Con colores de la patria;  
Gente, amigo, como pasto,  
Y una *mozada lucida*  
En caballos *aperados*  
Con *pretales* y *coscojas*,  
Pero *pingos* tan *livianos*  
Que a la *más chica pregunta*  
No los sujetaba el diablo.  
Uno por uno rompía  
Tendido como lagarto,  
Y... zas... ya ensartó... ya no...  
¡Oiganle que pegó en falso!  
¡Qué risa y qué *boracear*!  
Hasta que un mocito amargo  
Le aflojó todo al rocín  
Y ¡*bien haiga* el ojo claro!  
Se vino al humo, llegó,  
Y la *sortija ensartando*,  
Le dió una sentada al *pingo*  
Y todos ¡Viva! gritaron.

BARTOLOMÉ HIDALGO.

De "Antología de poetas hispano-americanos".—M. Menéndez y Pelayo.

16.

## Insigne proeza de una criolla

Un rasgo característico de la defensa popular durante el asalto que trajeron los ingleses a la plaza de Buenos Aires el 5 de julio de 1807, es el que pasamos a narrar especialmente, pues se trata de una proeza insignie llevada a cabo por una de nuestras criollas, con tanta astucia como serenidad.

Doña Martina Céspedes, arrogante porteña, graciosa y fornida sin ser bonita, tendría por entonces cuarenta y cinco navidades y era madre de tres hijas que semejaban tres botones de rosa. Mujer del pueblo no había querido, como otras muchas, dejar abandonada su casita en esos días de prueba que preparaban el espíritu nacional para una más larga y cruenta jornada al través de toda la América. Pero sí quedaba en ella con sus tres hijas, dispuesta a defenderla del avance de los reincidentes invasores con todo el ardimiento de la fogosa raza a que pertenecía.

Iniciado esa mañana el tiroteo por el barrio *del Alto* o de San Telmo, los ingleses, a hormigas coloradas parecidos, iban ganando terreno de casa en casa. A cada instante se detenían a beber en alguna pulpería o negocio abandonado que encontraban al paso y así la columna de petos colorados, si bien avanzaba gradualmente, iba dejando en cambio muchos ebrios rezagados.

Cerca ya del mediodía, una docena de éstos, armados con sus fusiles y bayonetas, cayó a la casa de doña Martina pidiendo con voz aguardentosa algún licor con qué satisfacer la sed.

—¡Cómo no, *máster*, con mucho gusto!—díjoles la



criolla en tono varonil y entreabriendo con precaución sólo el cuarto de hoja superior de la puerta. Ya les voy a dar aguardiente, todo el que quieran, pero no vayan a entrar juntos porque el despacho es reducido. Pasen de a uno y cuando las muchachas hagan seña.

Los ingleses, sea porque tenían orden severísima de no hacer violencia al pueblo, o porque se les iban los ojos tras de las lindas hijas de doña Martina, el caso es que, a pesar de la borrachera que tenían encima, no profirieron un solo denuesto ni cometieron el más insignificante desmán.

—¡Que entre uno!—dijo la menor de las Céspedes señalando con el dedo para ser mejor entendida.

Y un inglés, dando traspiés, penetró al interior.

—¡Que pase otro!—repitió la misma, un minuto después.

Al poco rato, los doce ingleses habían traspuesto aquella puerta fatal por la que no volverían a salir sino para el destierro...

Mientras tenía lugar esta escena, el ejército inglés había sido derrotado en toda la línea, perdiendo más de dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, firmando una capitulación que deshonoró al experto general Whitelocke.

Al día siguiente, hallándose Liniers en el salón del Fuerte, recibiendo los plácemes y felicitaciones por la victoria obtenida, salió de pronto, de entre un grupo de pueblo que concurría también a la audiencia popular de aquel día, doña Martina Céspedes, quien, cuadrándose marcialmente ante el virrey que se hallaba rodeado de su estado mayor, le dijo:

—¡Excelentísimo señor!...

—¿Qué se ofrece a usted?

—Poca cosa; hacer notar a usía que el total de pri-

sioneros que figura en el bando publicado hoy, no es exacto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque en mi casa, bajo segura custodia, tengo doce, con sus correspondientes fusiles y municiones.

Ante tal manifestación, la sorpresa, la incredulidad, se pintaron en todos los rostros.

Entonces contó doña Martina cómo, valiéndose de astucia, y haciéndolos pasar de a uno por sus habitaciones, los habia ido encerrando ayudada de sus hijas, amarrándolos después y quitándoles sus armas.

—¡Buen golpe! ¡Buena presa!—dijo el virrey agradablemente sorprendido—. Ahora mismo voy a dar orden para que los prisioneros sean inmediatamente traídos al cuartel; y usted, desde hoy, por su patriótico esfuerzo, queda dada de alta en el ejército con el grado de sargento mayor, goce de sueldo y uso de uniforme.

—Eso está bueno, excelentísimo señor, y se lo agradezco a usía con toda el alma; pero tengo que pedir una gracia.

—¿Cuál?

—Que no puedo entregar más que once, porque el otro lo quiere mi hija Pepa para casarse, y como ella lo ha vencido... dice que tiene derecho al prisionero.

—Pero, *mayora*,—replicó Liniers sonriendo—los ingleses son herejes, y a más tienen que volver a su país con arreglo a la capitulación.

—Es que... ya está previsto el caso, excelentísimo señor. Uno puede pasar por muerto, pues ése ha manifestado deseos de quedarse donde lo *rindieron*, y en cuanto a lo hereje, me encarga mi hija asegure a usía que en poco tiempo ella se compromete a quitarle la herejía.

Dos horas después los once ingleses volvían a colocarse bajo sus banderas enlutadas por la derrota.

Orgullosa doña Martina con su grado militar, no había festividad cívica o religiosa donde no lo luciera, y todavía, en 1825, durante la solemne procesión del Corpus, atraía sobre sí todas las miradas marchando de uniforme al lado del valiente general Las Heras y en medio a los ilustres guerreros de la Independencia, de que ella también era heroica defensora.

ELVIRA REUSMANN DE BATTOLA.

De *"Páginas inmortales"*.

17.

## FABULAS ARGENTINAS

### LAS VIZCACHAS

Hubo un momento de gran alboroto entre las vizcachas, cuando cundió la voz de que el dueño del campo había resuelto hacer destruir a pala las vizcacheras; y debía de ser cierta la noticia, pues una noche que el capataz de la estancia volvía de la pulpería bastante alegre rodó su caballo en una cueva y las vizcachas que estaban pastando alrededor, clarito le oyeron que rezonaba: "La suerte que mañana llega la cuadrilla de napolitanos que nos van a librar de esta plaga".

Las vizcachas se juntaron en asamblea, y después de decidir ésta que por ser la lucha por demás desigual, no había más remedio que emigrar en masa, el presiden-

te dijo: "La mudanza empezará mañana", y levantó la sesión.

El día siguiente llegó la cuadrilla, pero tarde y se lo pasaron los napolitanos reconociendo el campo, dejando el trabajo para el día siguiente. Y las vizcachas, siguiendo el ejemplo, dijeron otra vez: "Mañana".

Los hombres no hicieron más, al día siguiente, que contar con prolijidad las vizcacheras que había; y las vizcachas pensaron que la mudanza lo mismo se podría hacer "mañana".

Empezó el trabajo; pero justamente en la otra punta del campo, de modo que los jefes de las vizcachas que se habían juntado, volvieron a decir: "Mañana".

Comenzaron a llegar vizcachas escapadas de la manzanza, muchas de ellas heridas por los perros, sembrando el espanto en las vizcacheras indomnes aún. Asimismo, como todavía antes de muchos días no estaría la cuadrilla en esta loma, parecía inútil mudarse este mismo día. Para qué tanto apuro? "Mañana será lo mismo", dijeron y se quedaron así días y días, hablando siempre de mañana, acostumbrándose a oír noticias amenazadoras, a ver acercarse el día del peligro, sin por esto moverse, pensando que siempre habría tiempo: *Mañana*.

Y cuando llegó, por fin, ese terrible "mañana", era ya tarde para mudarse, porque no habían preparado dónde; era ya tarde hasta para huir, y todas perecieron.

A veces tarda un año, pero siempre viene mañana.

### CONDOR Y CHINGOLO

El cóndor en su poderoso vuelo remontó a la cima de la montaña, se asentó en ella, torció su horrible pes-

cuezo desplumado, y recorriendo todo el horizonte con una orgullosa ojeada, exclamó:

—¡Yo, buitre, soy el centro del orbe!

Un gavilán amodorrado en la punta de un poste del telégrafo en plena Pampa, contemplaba entre los párpados a medio cerrar el horizonte lejano que por todas partes a igual distancia lo envolvía, y despertándose, también exclamó:

—¡Yo, gavilán, soy el centro del orbe!

Pero también el carancho, asentado en la cima de un sauce, viendo el horizonte amplio de la llanura extenderse por igual trecho a todos lados, gritó:

—¡El centro del orbe soy yo, carancho!

El chimango, mientras tanto, dejó durante un rato de rascarse los piojos para cerciorarse de lo alto de un poste del corral, de que, sin la menor duda, el centro del orbe era él, pues no había más que fijarse en el horizonte para comprobar el hecho. Y tanto se convenció de que así era, que se lo dijo al chingolo.

Pero el chingolo, que no tiene una pluma de zonzo, no se la quiso tragar sin ver; voló para arriba, hasta lo más alto que le fué posible, y cuando volvió a bajar le gritó al chimango:

—¡Mentira, el centro del orbe soy yo, bien lo acabo de ver!

Y no hay pájaro en este mundo, por chico que sea, que no crea ser el eje de alguna cosa.

## JERARQUIA

“En este mundo, amigo, tiene que haber poderosos y débiles, ricos y pobres, gordos y flacos, hermosos y feos, amos y sirvientes, mandones y mandados. Ha sido, es y será así siempre y en todas partes del mundo”.



Así le decía un cerdo cebado, gordo y lustroso, a un pobre cerdo de campo, puro hueso y cuero peludo, para infundirle el respeto que consideraba serle merecido, por el permiso generalmente otorgado de tomar de su comedera una que otra espiga de maíz. Y el cerdo flaco, haciéndose el convencido, miraba con inmensas ganas de reírse a ese ser informe, incapaz de moverse; y pensaba entre sí: "Si será posible que ese fenómeno críe orgullo! ;No te hinches, que vas a reventar!" Pero quedaba muy serio, y el cerdo cebado no podía leer semejante pensamiento en sus ojos humildes.

Mientras tanto, en el patio, un perro grande miraba desdeñosamente a un cusquito que pasaba cerca de él, la cola entre las piernas y los ojos suplicantes para que no le pegase. Y una vez evitado el peligro, el cusquito se fué algo lejos a echarse, y miraba de reojo al otro, diciendo entre sí: "¡Qué lástima que seas tan tonto como eres de grande, de grueso y de fuerte". Y en el fondo de sus ojos brillaba una lucecita burlona y alegre que por la distancia no podía ver el perro grande, no siendo tampoco bastante perspicaz para adivinarla...

En los montes, el tigre llamó al gato de servicio para darle una orden, que más que orden, por el tono parecía reprensión, y respetuosamente se cuadró el gato, escuchando con atención lo que le gritaba el superior; y éste ni nadie hubiera podido ver, ni siquiera sospechar, que detrás de esos ojos inmóviles y fríos había todo un poema de burla íntima, impenetrable y penetrante.

El gusano, al esconderse en el leño se mofa del bien-te-veo y de su grito amenazador; y la lombriz, humilde y fea, se burla de la mariposa, joya de la naturaleza; y la lechuza, del águila; el enano, del gigante; el jorobado de Adonis.

Demasiado desgraciados serían los pequeños, los

débiles, los humildes, los pobres, los feos, los que siempre obedecen y nunca mandan, si no tuvieran el inocente consuelo de poderse reír a su gusto, solos o entre sí, de los grandes y de los fuertes, de los orgullosos y de los que lucen su belleza, de los que siempre mandan y siempre son obedecidos.

—¡Ríanse, ríanse!... ¡Pero que no los vayan a ver!

GODOFREDO DAIRÉAUX.

De “*Fábulas Argentinas*”.

18.

## LA PAMPA

Es creencia universal que la Pampa presenta la más uniforme topografía. Se cree igualmente, y aun se encuentra registrado en algunas obras geográficas, que esto es *una mesa de billar*, “una sábana inmensa, cubierta por un océano de verdes gramíneas, tachonada de ombúes y sauces”, etc., etc. Sin embargo, la realidad dista mucho de esas descripciones fantasmagóricas, deducidas antojadizamente del territorio de la provincia de Buenos Aires. El mismo nombre indígena, si se toma en absoluto, es un contrasentido: *pampa* significa *llanura*, región plana desprovista de árboles y sólo cubierta de gramíneas.

Obras literarias que pretendieron describir la *Pampa*, sólo reflejaron la poesía y la riqueza de algunas comarcas de la provincia; toda una legión de poetas nos ha dejado páginas de singular colorido, creyendo que retrataban al desierto; por lo que respecta a Echeverría—el más notable por su exquisita sensibilidad, sus altas

notes poéticas, y la índole de algunas de sus obras,—no podemos suponer que considerara esos trabajos como descripciones de la Pampa. Con la inspiración del genio, ha descrito cantando las llanuras de Buenos Aires; y al denominarlas *pampas*, aplicó debidamente ese vocablo, pues la naturaleza de aquéllas encuadra perfectamente en el concepto; pero el vulgo creyó que esas obras eran el espejo del inmenso desierto que periódicamente vomitaba hordas de salvajes que asolaban las poblaciones fronterizas, el que hoy, en virtud de la división política del suelo de la República, se llama Gobernación de la Pampa, o simplemente Pampa Central. Cuando aquellas obras se escribieron no existía esa jurisdicción, no tenía límites el desierto, se designaba con el nombre de *pampas* a todo el territorio dominado por los indios. Mal podía el inmortal cantor de “La Cautiva”, describir la *Pampa*, desde que jamás la conoció; por otra parte, él mismo se ha encargado de presentarnos las cosas en claro: al pie de la página 46 del tomo I de sus *Obras Completas*, edición de 1870, — dice así al describir el *fachinal*: *Llámanse así en la provincia, a ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza*. Como puede notarse, habla de la provincia, lugar donde se encontraban esos *fachinales*, entre los cuales dice que *los nocturnos animales con triste aullido se quejan*, mientras la tribu que diera el *malón*, duerme tranquila. Es en este paraje—que a todas luces está en la *provincia*—donde se desarrollan las escenas más interesantes del poema; todas las que se suceden después, tienen lugar más acá, y por lo tanto, siempre en la *provincia*. En las nueve partes de que consta el poema, se menciona con frecuencia la *llanura*, y en alguna de aquellas figuran *arroyos cristalinos*; sólo una *loma extensa*, al pie de la cual realizó el festín la india-

da, se consigna en la obra; ni siquiera una cerrillada, ni un triste *médano*, ni aun la vaga silueta de ese médano que constituye la característica de la topografía de la Pampa; pero lo que más salta a la vista es la ausencia de los bosques en los magistrales cuadros de "La Cautiva". Si Echeverría describiera la *Pampa* en esta obra, dadas sus aptitudes geniales para esta clase de empresas, ¿es concebible que hubiera omitido tan interesante rasgo, él, que hasta hace intervenir a los *fachinales* en el desarrollo de su argumento? Esa *llanura*, sobre la cual se desenvuelve el poema, no es la *pampa* de la Pampa; ésta, considerada en general, no es llana; tiene muchas planicies, pero eso no es su especial fisonomía, y si la de un terreno ondulado, marcadamente ondulado; tampoco hemos visto ni un arroyo en la Pampa, ni hemos oído decir, sacados de los brazos de sus ríos allá por occidente, que exista alguno en el territorio. El que conozca la provincia de Buenos Aires y la Pampa, al leer "La Cautiva" no vacilará en considerarla como espejo de algunas regiones de la campaña oeste y sur de la provincia; pero ni remotamente se le ocurrirá pensar que aquella obra sin rival en la literatura americana trata de la *Pampa*. Lo que hay en todo esto, es un error de concepto: se interpreta pampa — llanura — por Pampa — Gobernación Nacional.

Esta recibe su nombre de la naturaleza topográfica de la provincia de Buenos Aires, a la que se le creía idéntica.

Uno de los que más ha contribuido a la propagación del error, es el inspirado poeta y esclarecido ciudadano Luis L. Domínguez. Su hermosa composición *El Ombú* ha sido el agente que llevara al pueblo falsas ideas respecto a la Pampa.

Aquí ya no hay error de concepto desde que aparece

marcada por la ortografía la distinción de los homónimos. Así, dice en la estrofa primera:

.....

Buenos Aires—Patria hermosa,—  
Tiene su pampa grandiosa;  
La Pampa tiene el ombú.

Que la pampa de Buenos Aires tenga el ombú, perfectamente; pero que se diga que el ombú prospera en la Pampa, es un desatino, porque allí no sólo no hay un solo ejemplar de este árbol, sino que su aclimatación en estos arenales es imposible.

Luego, agrega en otra estrofa—refiriéndose siempre a la Pampa:

No tiene bosques frondosos, etc. etc.

.....

¡Vaya si los tiene! el caso es que lo ignoraban los hombres—por lo menos los poetas—de aquel tiempo.

Todos han descripto la campaña de Buenos Aires, que es a la que mejor se aplica la determinación de *pampa*, y que geográficamente considerada, forma parte de la región nacional denominada la *llanura* o las *pampas* que comprende territorios de Córdoba, Santa Fe, San Luis, Buenos Aires, La Pampa y las tierras patagónicas. Esos autores no pueden referirse — y el que lo hiciera sería doblemente culpable, — al suelo que ocupa la Gobernación de la Pampa, porque les era absolutamente desconocido. Todos — poetas, literatos y geógrafos, — han contribuido, tal vez inconscientemente, a que el error se propague, al extremo que serán contadas las personas que hoy tienen una idea científica y precisa del aspecto físico de estas tierras.

FÉLIX SAN MARTÍN.

De "*A través de la Pampa*".





19.

## EL TRABAJO

Cuando se dice que la riqueza nace del trabajo, se entiende que del trabajo del hombre, pues trata la riqueza del hombre.

En otros términos, la riqueza nace del hombre.

Decir que hay tierras que producen algodón, seda, caña de azúcar, etc., es como decir que la máquina de vapor produce movimientos, el molino produce harina, el telar produce lienzo, etc.

No es la máquina la que produce sino el maquinista. La máquina es el instrumento de que se sirve el hombre para producir; y la tierra es una máquina como el arado mismo en manos del hombre, único productor.

El hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino en proporción de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca.

El suelo pobre produce al hombre rico, porque la pobreza del suelo estimula el trabajo del hombre al que más tarde debe éste su riqueza.

El suelo que produce sin trabajo, sólo fomenta hombres que no saben trabajar. No mueren de hambre, pero jamás son ricos. Son parásitos del suelo y viven como las plantas, la vida de las plantas naturalmente, no la vida digna del ente humano, que es el creador y hacedor de su propia riqueza.

La riqueza natural y espontánea de ciertos territorios es un escollo de que deben preservarse los pueblos inteligentes que lo habitan. Todo pueblo que come de la limosna del suelo, será un pueblo de mendigos toda su vida. Que el pródigo o benefactor sea el suelo o el hombre, el mendigo es el mismo.

La tierra es la madre, el hombre es el padre de la riqueza. En la maternidad de la riqueza no hay generación espontánea. No hay producción de riqueza si la tierra no es fecundada por el hombre. Trabajar es fecundar. El trabajo es la vida, es el goce, es la felicidad del hombre. No es su castigo. Si es verdad que el hombre nace para vivir del sudor de su frente, no es menos cierto que el sudor se hizo para la salud del hombre, que sudar es gozar, y que el trabajo es un goce más bien que un sufrimiento. Trabajar es crear, producir, multiplicarse en las obras de su hechura: nada puede haber más plácido y lisonjero para una naturaleza elevada.

La forma más fecunda y útil en que la riqueza extranjera puede introducirse y aclimatarse en un país

nuevo, es la de una inmigración de población inteligente y trabajadora, sin la cual los metales ricos se quedarán siglos y siglos en las entrañas de la tierra; y la tierra, con todas sus ventajas de clima, irrigación, temperatura, ríos, montañas, llanuras, plantas y animales útiles, se quedará siglos y siglos tan pobre como el *Chaco*, como *Mojas*, como *Lípez*, como *Patagonia*.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

De "*Bases*".

20.

## LA PLATA

(Fragmentos)

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante  
y atropellen tus ondas el pino;  
es un hijo del suelo argentino  
el que vuelve tus ondas a ver.

Que el pampero sacuda sus alas,  
que las nubes fulminen el rayo;  
una hoja del árbol de Mayo  
es quien pasa rozando tu sien.

Sé la imagen del tiempo presente  
y alborota tus ondas ¡oh Plata!  
Mira mi alma cuán bien lo retrata  
desafiando tus ondas mi voz.

De ola en ola mi frágil barquilla  
bogaré por el mar iracundo;  
si me cupo esta suerte en el mundo,  
¡adelante, surquemos el mar!

Mi alma tiene la fe del poeta,  
la esperanza me templa la lira,  
ese mar con su furia me inspira,  
y a su estruendo mi voz se alzaré.

---

El ángel del futuro de hinojos en Oriente  
espera el primer rayo del venidero sol,  
para decir al hombre del viejo continente:  
*"La aurora se levanta del mundo de Colón".*

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,  
los rayos en las ondas, los rayos a doquier,  
harán sobre los cielos magnífico horizonte  
que bañará radiante de América la sien.

Mañana e esos rayos ¡oh Plata! de repente  
descenderá del cielo la bendición a tí,  
y entonces el viejo mundo te gritará: "Detente.  
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir".

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas  
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,  
y de hombres y de industria y de virtudes llenas  
salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo  
podrás girar altivo los ojos en redor,

sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo  
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osaré sobre Argentina frente  
alzar de los tiranos el látigo otra vez!  
Sacudirás tus ondas y al eco solamente  
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonces,  
ofertas y amenazas y naves burlarás,  
y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce  
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,  
el aire de su vida lo aspirará de tí,  
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,  
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,  
el labrador sus flores derramará a sus pies;  
y el alto pensamiento, mirando su cabeza,  
del genio en la batalla le buscará laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,  
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?  
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,  
y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!  
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;  
y la nación levante su frente descubierta,  
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

---

Gozáos en la tumba, héroes de Mayo,  
el árbol que plantasteis dará fruto,



cuando asome en Oriente el primer rayo  
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!  
los temporales de mi tiempo yerto...  
mi voz, con tus bramidos arrebatada...  
¡adelante, bajel; vamos al puerto!

JOSÉ MÁRMOL.

De "*Cantos del Peregrino*".

21.

## BELGRANO Y SAN MARTIN

Repartida la labor política entre las guerras de la independencia y la revolución interior, habrían sido débiles los esfuerzos del pueblo argentino en favor de la emancipación sudamericana, si ésta no hubiera sido por sí sola un propósito bastante atractivo para dominar ciertos espíritus con exclusión de cualquier otro interés. El sentimiento de la fraternidad continental fué extraordinariamente fecundo en aquella época, y le representan en nuestra historia dos personajes diversos por su índole, pero igualmente admirables por su patriotismo y por su fe incontrastable.

Era el primero un hombre manso y austero, sano y pensador, desinteresado y superior a todas las tentaciones del poder y de la gloria. No sobresalía del pueblo sino por el cultivo de su espíritu, por la fisonomía moral que le imprimían sus ideas, y por la lealtad con que, desde las más remotas manifestaciones de inquietud so-

cial, se puso en la primera línea de los reformadores, chocando intereses bastardos, esclareciendo los derechos comunes e ilustrando, por medio de luminosas controversias, los problemas económicos y los principios salvadores. Prestigiado por su patriótico concurso en las guerras de 1806 y 1807, el pueblo le arma en el día de la revolución, y encabezando soldados valerosos y voluntarios, es el primero que enarbola la bandera nacional y la consagra con victorias decisivas. Modesto en el triunfo, como era paciente y fuerte en la adversidad, aquel noble varón, el primer representante del pueblo bajo su faz guerrera, esquiva el poderío, rehuye los laureles, entrega sin resentimiento su puesto a los que ganan el prestigio que él pierde, y termina en la desgracia y bajo la pesadumbre de la injusticia una vida ilustre por sus virtudes cívicas y por su abnegación.

Era Manuel Belgrano.

El otro es San Martín. Predilecto de la gloria, nació para la guerra. Tenía el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe. San Martín hizo del pueblo armado un Ejército. Amenazada la última almena de la libertad sudamericana, le arrebató una inspiración, capaz de arredrar al que no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano. Pero, ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbal en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la revolución y la condujo triunfante por tres naciones, cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el Nuevo Mundo con el hierro y con la sangre.

57291

Belgrano y San Martín son las dos grandiosas personificaciones del sentimiento americano y de la edad homérica de la patria.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

De "*La política liberal bajo la tiranía de Rozas*".

22.

## LOS POBRES ARBOLES

Don Roberto y su hijo Jorgito se paseaban un día por el parque de Palermo.

Mientras don Roberto, sentado en un banco, se entretenía en admirar la elegancia con que nadan los cisnes y el cuidado que ponen en conservar la suavidad de sus plumajes, Jorgito estrenaba el cortaplumas que le regalaran esa mañana, grabando en la corteza de un árbol algunas mayúsculas nuevas, recientemente aprendidas en la escuela.

Don Roberto se dirigió adonde estaba Jorgito, le pidió prestado el cortaplumas, y tomándole la mano, principió también a dibujar sobre la piel rosadita la misma letra mayúscula que Jorgito había grabado en la corteza del árbol.

Cuando el niño sintió el primer pinchazo, miró a su papá con sorpresa, y como viera que éste seguía muy serio su dibujo, quiso retirar la mano y principió a hacer pucheritos, diciendo:

—Me haces daño, papá; ¡eso duele!

Don Roberto, sin soltar la mano de su hijo, contestó:

—Déjame jugar con el cortaplumas. Yo también quiero hacer letras.

Y como apoyara otra vez la punta de la cuchilla sobre la mano de Jorgito, éste dijo llorando:

—¡Eso duele, papáito! ¡Ay, ay!...

Don Roberto largó la mano de su hijo; le hizo un cariño en la mejilla y le preguntó:

—Y si es verdad que eso duele, ¿por qué se lo estabas haciendo a este pobre árbol?

—Porque al árbol no le duele.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Porque el árbol no se queja.

—¿Y quién te ha dicho que sólo los que se quejan sienten dolor?

—Porque el árbol no tiene carne, ni sangre, ni tiene lengua, ni grita, ni camina, ni le duele nada.

—Eso te parece a tí, porque eres muy chiquito y no conoces bien a los árboles.

—¿Y entonces por qué los cortan?

—Porque los hombres son malos. Figúrate que te tuvieran amarrado a la tierra, y que fueras sordomudo, y que viniera alguien con un cortaplumas a escribirte letras en el pellejo. ¿Qué harías?

—¡Lloraría!

—¿Y si no veían tus lágrimas?

—Pero es que a los árboles no les duele nada, y no lloran porque no tienen ojos, ni son vivos.

—Ese es tu error. Los árboles son vivos como yo y como tu mamá y como tú. Los árboles sienten, porque eso blanquito que les ves debajo de la corteza es la carne, y los gajos son los brazos, y las hojas son el pelo.

—Pero no son vivos, porque no comen ni beben.

—Eso te parece, pero no es así. Los árboles comen

tierra y beben agua con las raíces, y respiran aire con las hojas.

—Pero no chillan como el perro y el gato.

—Eso tampoco es cierto. Los árboles no solamente chillan cuando algo les duele, sino que cantan muy lindo. Lo que hay es que nosotros no tenemos oídos finos para oírlos. Si tú estudias y eres bueno y quieres mucho a tu mamá y a los árboles, llegarás algún día a oírlos y a comprenderlos.

—¿Y los árboles nos oyen a nosotros y comprenden lo que decimos?

—Yo creo que sí, Jorgito; cuando sembramos un árbol y le damos agua y lo mimamos mucho, ese árbol es nuestro pariente, porque al crecer sigue viviendo con la mirada nuestra que quedó tapada por la tierra... ¿No te has fijado cuando tu mamá riega en el jardín las plantas cómo se mueven? Así como tu perro mueve el rabito cuando le das pan, así también las plantas mueven sus hojitas y echan perfume de contentas cuando les dan agua. Las plantas son niñas como tus hermanitas, y sus flores no son otra cosa que las risitas de alegría cuando se sienten felices y juegan con el aire.

—¿Y entonces por qué les quitan sus flores?

—Porque los hombres son ingratos, y cuando se sienten tristes le quitan la risa a los demás.

—¿Entonces los árboles deben tenernos miedo, como nosotros a los ladrones?...

—No tienen miedo, pero son tan buenos que se lo pasan trabajando para darnos todo lo que tienen. Ya ves: si extienden sus brazos es para darnos sombra; si tiran sus flores es para darnos alegría; si escogen entre la tierra azúcar y en el aire perfume y en el sol colores, es por hacer frutas sabrosas para que comamos; si se arrancan los huesos es para darnos en su leña todo el



calor que el sol les ha regalado. ¿Oyes? ¿oyes? Ese ruidito como de seda, ese susurro de las hojas es una cancioncita que ellos saben cantar cuando están comunicativos y quieren arrullarnos para que no estemos tristes.

—¿Y dónde aprenden música? ¿Qué profesores tienen?

—La música la aprenden de noche; y no tienen profesores, sino profesoras.

—¿Quiénes son?

—Las estrellas.

—¡Mentira!...

—Es cierto. La música que está entre los pianos y los violines vive en el aire. ¿Verdad?

—¡Bueno!

—Y el aire la recibe de las estrellas, y éstas son las que fabrican la música para todo el mundo, porque has de saber que las estrellas son de cristal, de azúcar y de plata, y no tienen más oficio que hacer música.

—¿Y cómo la enseñan a los árboles?

—En las noches de luna bajan con sus reflejos a las aguas y a las hojas, y ahí tocan sus guitarritas de plata para que los árboles y los pajaritos aprendan a cantar sin necesidad de estudiar el do, re, mi, fa, sol...

—Pero estos árboles no cantan tan bien como mi mamá en el piano.

—Mucho mejor. Tu mamá canta como ellos, no cuando está en el piano, sino cuando está arrullando al nene.

—¡Es cierto! Cuando mamá está durmiendo al nene hace con los labios un ruidito como éste de las hojas. ¡Qué bonita! ¿Sabes, papá, que ya quiero a los árboles? ¡Pobrecitos!

Y diciendo esto se puso serio, miró con tristeza la herida fresca en la corteza del viejo ombú, y acercán-

dose a la orilla del lago donde los cisnes dibujaban letras raras, arrojó al agua el cortaplumas y dijo a su papá:

— ¡Qué buenos son los árboles! ¡Qué buenos!

EDUARDO TALERO.

De *"Ecos de ausencia"*.

23.

## Fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires

Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos, no es el único sacrificio que acompaña los triunfos: asustadas las Musas con el horror de los combates huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos, que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

Buenos Aires se halla amenazada de tan terrible suerte, y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el colegio de San Carlos, para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron

a gustar una libertad tanto más peligrosa, cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas, que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien, su política destructora, que miraba como mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo.

La junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de la patria.

Entretanto que se organiza esta obra, cuyo progreso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos.

Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias que sería excusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros, atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas.

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los

tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento. Repútese en hora buena un rasgo de loca vanidad la numerosa biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Sater, y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así, los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros que habían escapado del primer incendio ocasionado por César, y el fuego dispuso ese monumento de vanidad de que los pueblos no habían sacado ningún provecho.

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron y lograron frutos muy diferentes de sus bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustración, eran la verdadera escuela de los conocimientos que tanto distinguieron a aquella nación célebre, y las que son hoy día tan comunes en los pueblos cultos de Europa, son miradas como el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo.

Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo.

La junta ha resuelto fomentar este establecimiento, y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una subscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la secretaría del gobierno, nombrando desde ahora por bibliotecarios al doctor Saturnino Segurola y al reverendo pa-

dre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos a dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de dicha biblioteca al secretario de gobierno que suscribe, confiriéndole todas las facultades para presidir a dicho establecimiento y entender en todos los incidentes que ofreciese.

MARIANO MORENO.

De "*La Gaceta de Buenos Aires*".

24.

## PATO HEDIONDO

Un cazador de ocasión, observador y filósofo por temperamento, de espíritu analítico y sagaz, a quien yo mucho quería, mató en sus andanzas cinegéticas uno de esos patos negros de cuerpo aplastado y cabeza de víbora, que suelen verse como pegados en las grandes piedras de nuestros arroyos y a los que nadie molesta por ser "pato hediondo".

Cuando nuestro hombre llegó con su pato a la linda casa en donde se hospedaba, fué recibido con ruidosa hilaridad: la gente reía a carcajadas, alguien disculpaba el error del cazador, pero las mujeres, sobre todo, se apretaban la nariz y mirábanse a los lados, como dispuestas a huir:

—¡Puff, el pato hediondo!

—¡Solamente a usted se le puede ocurrir matar a un pato hediondo!

—¡Dios mío, qué disparate!



—¿Y para qué lo trae?

—Para que lo comamos en el almuerzo,—dijo el cazador.

Todas las manos se dirigieron hacia él, y una exclamación, mezcla de terror y asco, hizo vibrar el aire. Hubo arcadas y escupidos.

—Pero, díganme con calma, señoras y señores: ¿han probado alguna vez un pato hediondo?

—¿Nosotras? ¡Sólo que estuviéramos locas de remate!

—¿Y ustedes, caballeros?

—No, hombre. ¡Cómo quiere!...

—Pues, entonces, probémoslo, y en último caso que me lo preparen para mí: experimentaremos,—dijo el cazador.

La cocinera se apoderó del pato.

Cuando, en medio del almuerzo, apareció la sirvienta con el pobre animal tendido de lomo sobre una gran fuente de porcelana floreada, engalanado con brillante lechuga, discos de tomates rojos y redondelas de huevos; las canillas tiesas y envueltas en papel picado, parodiando calzones, el pescuezo en forma de interrogante y las alas contraídas y rígidas, un profundo silencio reinó en el comedor. Sin embargo, en todas las caras relampagueaban risas ocultas, comprimidas, prontas a estallar como bombas al primer contacto.

—¡Vamos a ver, traigan para aquí ese animal!—dijo el interesado haciendo crujir el trinchante contra la chaira.

—Quien se anime a comer esto, que avise—agregó, y la hoja reluciente del cuchillo se hundió silenciosa en el cuerpo del pato, buscando con afán sus coyunturas.

—La verdad es que no se siente ningún mal olor—

replicó la señora dueña de casa, con cierta indecisión, pero alcanzando el plato para que la sirvieran.

Sea por imitación o por lo que se quiera, el hecho es que todos siguieron el ejemplo de la valiente dama y probaron el pato.

—¡Delicioso!—exclamó la señora, en plena lucha con un muslo.

—¡Espléndido! ¡Riquísimo!—dijeron todos en coro.

—Pero, ¿quién había sido el bruto que se le ocurrió llamarle pato hediondo?—refunfuñó el viejo abuelo, chupeteando una ala con fruición y haciendo chasquir su labio caído y embadurnado de aceite.

—¡Vean no más las consecuencias de un prejuicio! dijo. Si no hubiera sido ese animal—y no me refiero al pato—no sería yo quien viene a probar esta delicia allá a los sesenta años, cuando un estornudo es capaz de hacerme volar los pocos dientes que en mi boca bailan la danza macabra.

—¡Ah, los prejuicios! — prosiguió el abuelo, meneando la cabeza y haciendo correr por sus labios el ala del pato a estilo de flauta.

—Los prejuicios, con todas sus variaciones y corolarios — agregó un comensal — han hecho y hacen más daño a la humanidad, que todas las tiranías. Ellos envuelven al hombre en una malla casi imperceptible, pero tan resistente que imposibilitan todo movimiento, todo pensamiento, toda acción.

En el camino de la vida, producen el efecto del jabón en el rail: la locomotora llega haciendo retemblar la tierra, resoplando y arrojando a borbotones fuego, vapor y humo; un impulso plutónico la anima; nada puede impedir su paso; pero de pronto la veis titubear como espantada; sus grandes ruedas motrices se revuelven en el mismo sitio sin avanzar un palmo; sus largas y brillan-

tes palancas accionan con desesperación, semejando los brazos de un náufrago; duchas de vapor abren silbando las válvulas, y se arrojan al espacio, perforando el aire con sus conos blancos. El monstruo gime envuelto en una nube. Se oye el golpe seco y sucesivo de los vagones que vienen llegando; el tren se ha detenido.

¿De qué se trata? Simplemente de un poco de jabón extendido sobre los railes.

Las preocupaciones sin fundamento, los prejuicios, es decir, los patos hediondos, son el jabón que detiene la marcha de ese tren que llamaremos progreso.

En la gran laguna, más o menos turbia, denominada sociedad, no se puede uno mover sin que vuelen por bandadas los patos hediondos.

—¿Ha leído Vd. a tal autor?

—¿Yo?

¡Pero, mi amigo, si ese es un loco! (O bien puede decir un beato, un incrédulo, un fanático, según el cliente interrogado).

—¿Un loco dice?

—Sí, pues.

—¿Qué obra es la que Vd conoce de ese loco?

—¿Yo? ninguna.

—¿Y entonces?...

—Sí, pero todo el mundo dice que es un loco.

—Pato hediondo.

—Si va Vd. a las sierras, no se descuide con los chelcos; su mordedura es terrible, le prevengo; mil veces peor que la de una víbora; pregunte Vd. a cualquiera y verá.

—Pero, si casualmente he preguntado a cuanto habitante de la sierra encontré con cara de verídico, y me dijeron lo que Vd.; sin embargo, ellos no habían visto jamás “por sus propios ojos” una persona o animal en-

venenados por el chelco, lo que no quita que le tiemblen. Después, Vd. sabe, que según los naturalistas, no existe animal de cuatro patas y cola que sea venenoso.

—No lo dudo, amigo, pero no se descuide, mire que deben ser muy ponzoñosos.

—Pato hediondo, también. Y así de esta suerte, veremos volar patos en todas direcciones, oscureciendo el aire con sus negras alas.

MARTIN GIL.

De "*Modos de ver*".

25.

## CANTO

*A la Cordillera de los Andes*

(Fragmentos)

En qué tiempo, en cuál día, o en qué hora  
No es grandioso, soberbio e imponente,  
Altísima montaña,  
Tu aspecto majestuoso!  
Grande, si el primer rayo de la aurora  
Se refleja en las nieves de tu frente;  
Grande si desde en medio del espacio  
El sol las ilumina;  
Y magnífico, en fin, si en el ocaso  
Tras de la onda salada y cristalina  
Su disco refulgente se ha escondido,  
Dejando en tu alta cumbre  
Algún rayo de luz que nos alumbre,  
Aunque no veamos ya de do ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado  
A tus excelsas cimas elevarse?  
¿Quién es el que ha estampado  
En las eternas nieves que las cubren  
El rastro de su planta?  
El cóndor que en su vuelo  
Más allá de las nubes se levanta,  
Y que a escalar el cielo  
Parece destinado,  
Jamás fijó la garra ensangrentada  
En tus crestas altísimas en donde  
A la tierra argentina el sol se esconde.

Qué sublime y grandiosa es la presencia  
De tu gigante mole inmensurable  
En las ardientes noches del verano,  
Cuando la luz incierta de la luna  
Alumbra una por una  
Las hondas quiebras de tu frente altiva!  
Al contemplar mi mente  
La siempre caprichosa alternativa  
De eminencias sin límite patente,  
Y de profundidades sin medida,  
Absorta y conmovida  
Cree estar viendo los pliegues del ropaje  
De un fantasma nocturno cuya planta  
En la tierra está fija,  
Y su cabeza al cielo se levanta.

Cordilleras inmensas donde el hielo  
A los fuegos del sol es insensible,  
Forman el pedestal donde su asiento  
Tiene esta mole, cuya helada cima  
Parece que sostiene el firmamento.



Huye sañudo o iracundo el viento  
Y las selvas y las torres se estremecen,  
Y su espantosa furia tanto crece  
Que arranca los peñascos de su asiento.  
Las nubes sobre nubes amontona;  
Y de la tempestad el ronco estruendo  
De valle en valle su furor pregona.  
Rasgan mil rayos de la nube el seno,  
Y el horrendo estampido  
Del pavoroso trueno,  
De la oscura guarida hace que huya  
El león despavorido.  
Mas cuando en las montañas  
De un orden inferior, y en las llanuras,  
Todo anuncia el estrago y exterminio  
De las selvas, peñascos y criaturas,  
La tempestad no extiende su dominio  
A la cumbre elevada, incommovible,  
Del siempre encanecido Tupungato,  
Do fluye el éter puro y apacible.

JUAN G. GODOY.

26.

## LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN

San Martín, como Wáshington — lo han dicho  
otros ya — fué un gran filósofo político, así en sus  
costumbres sencillas como en sus tendencias morales,  
que revestían el carácter del más espontáneo desinterés.

La máxima que reglaba su conducta, era esta: "Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada". Había sido todo, no era nada, y ya no quería ser otra cosa.

En el antiguo mundo, el gran capitán dado de baja por su propia voluntad, y asistente de sí mismo, recorrió a pie la Inglaterra, la Escocia, la Italia y la Holanda. La ciudad de Banf, en Escocia, le confirió la ciudadanía por presentación de lord Macduff, su compañero de armas en la guerra de España, y descendiente de aquel héroe de Shakespeare que mató con sus propias manos al asesino Macbeth. Igual honor le concedió la de Canterbury, por recomendación del general Miller, su compañero de glorias en América.

Al fin fijó su residencia en Bruselas, prefiriendo este punto por su baratura. Puso a su hija en una pensión, ciñéndose él a vivir con lo estrictamente necesario en un cuarto redondo, sin permitirse subir jamás a un carruaje público, no obstante residir en los suburbios de la ciudad.

Agotados sus recursos al cabo de cinco años, se decidió regresar a la patria, en 1828. La patria le llamó cobarde al acercarse a sus playas, el día 12 de febrero de 1828, precisamente en el aniversario de San Lorenzo y Chacabuco. El volvió entonces al eterno destierro, sin proferir una queja.

Al abandonar para siempre el Río de la Plata, realizó la venta de la casa donada por la nación, la cual le produjo poco, a causa de la depreciación del papel moneda en que le fué pagada. Esta casa y *cinco mil pesos* abonados por el Estado, para conservación de ella, según una cláusula de la donación, es todo lo que San Martín recibió de la República Argentina, además de la pensión a su hija, en premio de sus históricos servicios.

Años después, en 1830 y 1831, solicitaba por dos ve-

ces una limosna del único amigo que le quedaba en América. He aquí sus angustiosas palabras: “Estoy persuadido empleará toda su actividad, para remitirme un socorro lo más pronto que pueda, pues mi situación, a pesar de la más rigurosa economía, se hace cada día más embarazosa”.

A la espera de este socorro pasó un año y dos años más, y en 1833 fué atacado por el cólera, juntamente con su hija, viviendo en el campo y teniendo por toda compañía una criada. Su destino, según propia declaración, era ir a morir en un hospital. Un antiguo compañero suyo en España, el banquero Aguado, famoso por sus riquezas, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. “Esta generosidad (decía el mismo San Martín en 1842), se ha extendido hasta después de su muerte, poniéndome a cubierto de la indigencia en el porvenir”.

Llególe al fin el socorro pedido a América. Su compañero y amigo, el general O'Higgins, le enviaba *tres mil pesos*. Con este recurso pagó las deudas contraídas en su enfermedad, aplicando el remanente a la compra de las modestas galas de novia con que su hija debía adornarse al unir su destino al del hijo de uno de sus viejos compañeros de fatigas. ¡Triste es pensar, en este día, en que las argentinas visten los colores de la bandera que nuestro gran capitán batió triunfante desde el Plata al Chimborazo, que el primer vestido de seda que se puso su hija fué debido a una limosna! Y esa limosna no fué hecha por un argentino, sino por un chileno, después que un español le hubo ofrecido el bálsamo del Samaritano.

Es el caso de decir con el poeta: “Si no lloráis ¿cuándo lloráis?”

Pero aliviemos el alma de esta congoja, elevemos

los corazones, y digamos que era lógico, era necesario para honor y desagravio de la virtud, que al más grande de nuestros hombres de acción, no le faltase la grandeza de estas pruebas, que darán temple a las almas de nuestros hijos, y que valen más que los puñados de oro con que pudimos y debimos aliviar la triste ancianidad de este *ladrón* de los tesoros públicos, según sus calumniadores, que tuvo en perspectiva un hospital y se salvó con la limosna de los extraños.

BARTOLOMÉ MITRE.

De "*Páginas históricas*".

27.

## LAS PRIMERAS OVEJAS

Las crónicas del Descubrimiento y Conquista de la América del Sur hablan a menudo de las ovejas que los españoles admiraron al servicio de los indios o retozando audazmente en cerros, selvas y llanuras.

Algunos cronistas tuvieron la precaución de llamarlas ovejas de América, porque se referían, en verdad, a las llamas y huanacos.

La oveja europea fué importada a América por los conquistadores, como los otros ganados, multiplicándose de una manera asombrosa, a favor del clima benigno y de los pastos de localidades privilegiadas.

En Méjico alcanzaron un prodigio de prosperidad, si ello no es fantasía de la crónica. Por el año 1531, un pequeño núcleo de criadores conocidos, tenía ya 300.000 ovejas. Uno de ellos, cuyo nombre pasa casi ignorado, merecería además de la celebridad, agregar este

proverbio a la lengua castellana: Fecunda como las ovejas de Camargo.

Don Diego Muñoz de Camargo, en efecto, vecino de la Provincia de Flaxco, en el Arzobispado de Méjico, introdujo dos ovejas y un carnero. La crónica de Herrera afirma gravemente que a los diez años sus majadas pasaban de cuarenta mil cabezas.

En el Perú, la conquista de Pizarro formó plantales, que en 1522 eran ya considerables, y se esparcían hasta Quito. Uno de los reales cronistas de la época elogia vivamente sus productos "porque el pasto y el temple es muy acomodado, y en catorce meses paren dos veces las ovejas y las cabras".

El Perú no es hoy un país productor de lanas, como no lo es Méjico. Sin embargo, los Estados Unidos recibieron de éste la base de sus millones de ovejas, y el Río de la Plata debe al Perú sus rebaños. Los descubridores de nuestros grandes ríos, Solís y Gaboto, no traían ovejas en sus naves, y cuando don Pedro de Mendoza siguió sus huellas, equipando la expedición más rica y poderosa de las lanzadas a la sazón a mares de América, embarcó simplemente caballos y yeguas como elementos de guerra.

Esto sucedía en 1534, y en las capitulaciones del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de 10 de marzo de 1540, se renueva la obligación de traer caballos, sin hablar de ovejas.

Ellas vinieron casualmente. Martínez de Irala, que había consolidado la colonia del Río de la Plata, organizó una expedición de castellanos con tres mil indios auxiliares, para abrir el camino del Perú.

Los expedicionarios salieron del Paraguay, atravesaron la inmensa extensión desconocida del Chaco, las selvas, las cordilleras y las tribus de indios, entre el Para-



guay y el Perú, venciendo con esfuerzo homérico dificultades, ante las cuales hoy mismo retroceden vencidas las expediciones mejor preparadas con recursos y elementos no soñados en el siglo XVI.

Desconfiado la Gasca, obsequió generosamente a los esforzados capitanes del Río de la Plata, y los despachó con destino a la Asunción. Sus jefes Ñuflo Chaves, Miguel de Rutia y Rui García, recibieron una pequeña majada de ovejas y otra de cabras del Cuzco, que resolvieron introducir al Río de la Plata, luchando con contrariedades inmensas, en la marcha a través de aquel horrible desierto. Rui Díaz de Guzmán refiere que sostuvieron victoriosamente muchos combates con los indios, a lo largo del camino. Una noche, agrega, treinta mil bárbaros reunidos se aproximaban para caer de sorpresa sobre el campo de Ñuflo Chaves, y al oír el balido de los carneros y cabrones, como no conocían estos animales, creyeron que eran señales de alerta de los centinelas, y se retiraron, mostrándose a la mañana siguiente a lo lejos. Este plantel llegó en 1549 a la Asunción.

Al mismo tiempo, entraba a la conquista del Tucumán el capitán Juan Núñez del Prado, autorizado y armado por la Gasca, después de su triunfo sobre Pizarro. Esta expedición introdujo a Tucumán en 1550 una majada de ovejas procedente de rebaños de Chichas.

Estos gérmenes pequeños, tuvieron una propagación lógicamente lenta. Lozano dice, que su multiplicación fué escasa, más por descuido que por inhabilidad del terreno. No obstante, el interés de aclimatar la oveja en el Río de la Plata estaba ya despertado, y las capitulaciones del Adelantado Juan Ortiz de Zárate, datadas el 10 de julio de 1569, estipularon la introducción de cuatro mil cabezas de los rebaños merinos de la madre patria.

La muerte no le permitió coronar sus aspiraciones y

empresas; pero su hijo político, el licenciado Juan Torres de Vera y Aragón, casado en Santa Fe con la distinguida hija del Adelantado, cumpliendo las capitulaciones de éste, trajo del Perú, en 1587, las cuatro mil ovejas, con ocho mil quinientas cabezas de otros ganados.

Un escritor contemporáneo ha dicho: "Esta introducción de animales, muy considerables por aquel tiempo, fué la que levantó realmente el coloso de prosperidad de este país. Todas ellas fueron repartidas entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes".

Por esos tiempos, a fines del siglo XVI, una oveja valía de seis a ocho pesos plata; dos siglos más tarde valía cuatro reales de peso del Rey, lo que demuestra con claridad el grande aumento de los rebaños. Durante los siglos XVII y XVIII las ovejas no tenían más importancia comercial que las aves. La carne de los cordeiros apenas se mezclaba al consumo en los días de fiesta, como la gallina y el pavo en los natalicios, porque la base de la alimentación pública eran los cereales y la carne de vaca, de la cual se calculaban, acaso fantásticamente, en el siglo XVII, hasta cuarenta y ocho millones de cabezas. La lana era lacia, larga, quebradiza y gruesa; cada animal producía escasa cantidad, a veces libra y media, y las enfermedades atacaban los pequeños plantales o rebaños de los vecinos.

No se mejoraba el tipo, ni se curaba la manquera, porque la cría de la oveja no era una industria, como he dicho; y el vecino campestre de cualesquiera de las provincias del Plata, desde Montevideo a Charcas y desde Chile al Paraguay, que tenía quinientas ovejas, era un curioso afortunado, mientras que no había hombre de armas que no contara su rebaño casero.

Se refiere de esto que el comercio de lanas no exis-

tía en realidad, durante los primeros tiempos. La esquila era casual. Muchos no esquilaban jamás.

La producción limitada, apenas satisfacía las exigencias de almohadas y colchones, y sobre todo, las del rústico telar de cada casa, instalado a la sombra de los árboles o en la ramada de los ranchos, para producir las famosas frazadas arribeñas, los ponchos vicharacos, las alfombras de misa, primorosamente teñidas, jergas y demás tejidos populares, que constituían una industria valiosa en el siglo XVIII, y hoy están desalojados de nuestra circulación comercial, por la baratura de las imitaciones muy inferiores del extranjero. La primera huella de movimiento de lanas en el comercio colonial del Río de la Plata, corresponde a fines del siglo XVI.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

De *"Descripción amena de la República Argentina"*.

28.

## ORADORES ARGENTINOS

Parece que el cielo argentino, como el del Atica, fuese favorable para desenvolver en la inteligencia de los hijos del Plata esa fuerza eléctrica que se transmite a la palabra, como reveladora de los movimientos del alma.

No es éste, sin embargo, un privilegio de los que han nacido en las riberas argentinas. Otros países del Nuevo Mundo están igualmente bajo esa influencia genial. El Brasil con un clima de fuego, aunque refres-

cado por sus torrentes, y por las brisas oceánicas, comunica a su raza no solamente actividad intelectual sino esa facilidad de concepción y de expresión que parece renovarse en las fuentes de la naturaleza.

El Perú y la antigua Colombia, favorecidos por los dones de la imaginación, han sido campos fecundos para esa inspiración que ha arrebatado algunos destellos al sol.

Pero no nos ocuparemos sino de algunos oradores de esta República, remontándonos a la época de su revolución.

La educación que los ciudadanos más distinguidos habían recibido bajo el régimen colonial, no esterilizaba la aptitud nativa, ni el gusto por la oratoria en su vasto dominio. Esos alumnos cultivaron con esmero la antigüedad clásica, en la lengua original de sus autores, de los cuales Cicerón era uno de los más predilectos.

Vemos los vestigios de esa enseñanza en las obras de argentinos de ese tiempo; y su aparición en la escena política fué la del apogeo de su edad y de sus recuerdos.

Empezaron a brillar Moreno, Monteagudo, Castro, Agrelo, Paso y aún algunos favoritos de la multitud.

El primero de esa pléyade, nutrido por estudios fuertes, y animado por la vehemencia de sus pasiones, comunicaba a los miembros de la Junta Gubernativa, de que era secretario, el impulso de sus ideas y de su voluntad. Pero, según la tradición de los contemporáneos, ese influjo no sólo se ejercía en las deliberaciones del gobierno, sino en el círculo íntimo de sus amigos.

La elocuencia de Moreno era abundante, rápida y clara, y podría compararse a una corriente impetuosa que se desprende de la montaña y se precipita en el mar. Si este joven porteño hubiese sido compatriota de



los Girondinos, y como ellos representante de su patria en una asamblea revolucionaria, se habría distinguido entre los primeros por su audacia, por la luz y por la seducción de sus teorías.

Monteagudo ha sido estudiado recientemente, y, a pesar de datos preciosos sobre la dirección caprichosa de su espíritu, se mantiene la oscuridad sobre su verdadero carácter.

Pero sea cual fuere la sinceridad de su pasión por el sistema republicano, o la contradicción señalada entre sus primeros ensayos en la prensa, y el absolutismo desplegado en el ejercicio del poder, poseyó también el privilegio de persuadir.

Sólo así se explica el lugar conspicuo que ocupó en los consejos de San Martín y Bolívar, aunque durante un período tan corto como turbulento.

El doctor don Manuel Antonio de Castro en la cátedra, la tribuna del Congreso y el foro que alcanzó a presidir, hacía recordar esos antiguos tipos de la magistratura que cubrían la gravedad de los ministros de la ley con la cortesanía y la cultura literaria. Su patriotismo y su probidad prestigiaban a este orador, que no olvidaba también que Montesquieu escribió el "Templo de Guido" y las "Cartas persianas".

Fisonomía muy diversa ofrecía el doctor don Pedro José Agrelo. Poseía una rica erudición y dominaba como pocos el derecho civil y canónico.

Agrelo peroró no sólo en las asambleas políticas, sino en los clubs, y a veces traspasó los límites de la prudencia, o los que le señalaba su talento vivo y penetrante. También se distinguió ante los tribunales del crimen por su defensa de los reos, y entre ellos, de aquel Marcet asesino de su amigo, pero que excitaba la piedad por las virtudes de su esposa.



El Congreso de las Provincias Unidas, reunido en Tucumán en 1816, fué el crisol de la capacidad y de los sentimientos de los que se sentaron en su estrecho recinto. Lo único que hubo allí grande fué la resolución de afrontar una situación casi desesperada, y de asociar el entusiasmo de los pueblos al triunfo final de la justicia. Allí lucieron dotes singulares los doctores Paso y Anchorena, los Padres Oro y Rodríguez, el riojano Castro Barros y otros diputados que se elevaron a la altura de su misión.

Las figuras históricas del Congreso del año 26 requerirían exquisitos rasgos de la historia y de la biografía. Bastará en estos momentos a nuestro objeto recordar que allí se encontraron de frente los dos grandes partidos, que dibujándose desde el nacimiento de nuestra libertad, se han identificado a todo el desarrollo de nuestra organización como Estado.

Allí los unitarios Valentín Gómez, Gorriti, Zabaleta, lucharon con Manuel Moreno, con Cavia, y sobre todo con ese Dorrego, que sorprendía a sus rivales con la novedad de sus valientes improvisaciones y que dos años después, lleno de gloria y de inocencia, era conducido al cadalso.

No son los ciudadanos que acaban de nombrarse los únicos dignos de memoria, ya por el alcance de sus vistas, ya por las formas con que esmaltaban sus conceptos.

Su obra como hombres de Estado ha sido efímera, mas la posteridad consagra solemne reconocimiento a la pureza de sus intenciones.

JOSÉ TOMÁS GUIDO.

De "*Escritos*".



29.

## EL COLONO

¡Dicha inefable la del descanso! La naturaleza, en su admirable armonía, sólo lo otorga como un don a los que se han cansado con el esfuerzo. Son los únicos que, a su juicio, lo merecen, y es de verlo, después de rudas faenas, llegar a las casas.

Bástale la sombra de un árbol, plantado por sus manos, para reclinarse en la hierba, y la gallina que arranca el bocado a su hijo o el cervatillo que lo persigue, le causan contento, hilaridad. Su mujer, que se ha sentado a su lado, levanta en la falda su cabeza tor-

mentosa, y ríe también, y las aves y los pájaros, como si hiciesen coro, aletean y chillan.

¡Cuántas veces, acostado así, mirando al cielo, no sintió el recuerdo de la patria! Pero bien pronto se le disipa como una nube ante la encantadora media lengua de los pequeñuelos o el estridente grito del hornero, tan nervioso y simpático al corazón.

Posee más que en su país: hogar propio y de vasto dominio, alimento seguro y variado, crédito con sus proveedores y algún dinero en el baúl para cualquier contratiempo. Todos están sanos, gruesos, rosados y respiran felicidad al verse lejos de su tierra y de los suyos, como si el epílogo de la vida fuese olvidar y crear a los hijos una patria nueva.

Cuando llegaron, él era incapaz de encender un fósforo en el viento, y ella apenas sabía enhebrar una aguja y tender el lecho. En su país, ante tal obra, se habrían muerto de hambre; ya estarían blanqueando sus esqueletos; pero en el desierto, donde todo hay que hacerlo con las propias manos, el marido fué albañil, pocero, carpintero, herrero, pintor, agricultor, pastor, amansador de bestias y baqueano en todos los recursos y mañas del campo, hasta reírse lastimosamente de sus compatriotas que llegan ciegos de ignorancia; y ella cocina, lava, plancha, cose, amasa pan, siembra hortalizas, cuida el jardín, enseña a leer a sus hijos, y cuando es necesario, maneja el carro, el arado y lo acompaña en las faenas.

Lee en el cielo indescifrable como en el semblante de su esposa, y sabe cuándo va a llover.

Al alba, al salir, lo primero que hace es levantar la frente y mirarlo. Lo investiga varias veces al día, porque de él espera todo. Para evitar las heladas y la langosta, ara y siembra temprano; pero ¡todas no son al-

oricias! El granizo, en una tarde le mata, a la vista, la cosecha; y en una mañana, al despertarse, la helada la ha quemado. ¡Oh, cuando el cielo se oscurece por las mangas de langosta y se asientan en los sembrados, entra y en un rincón obscuro llora amargamente su ruina y mala suerte! La esposa se despierta y llora... ¡Es de ver entonces los semblantes en esos hogares solitarios! ¡Parece que entraran los indios! Los niños, inconscientes, pónense pálidos, majaderos; los pájaros enmudecen; se anda a tientas, como si la muerte hubiese cubierto todo con su paño fúnebre; y las aves desfilan silenciosas y se pierden entre los matorrales. Aquí principia la lucha, donde demuestra su paciencia y resignación infinita, y en las que consiste el verdadero valor humano.

Desprecia el título de chacarero y, con orgullo, dice: ¡soy colono! El trigo es su cereal favorito, y lo considera el más noble de todos los productos de la tierra, porque tiene mercados y bolsas en todas partes y se cotiza cual oro. Y lo cree oro, no por su color dorado, áureo, sino porque es igualmente producto de su sudor. Su sueño es ver convertido el desierto en un mar de trigo, es decir, de oro, ondeando al soplo del viento, y en los delirios de las buenas cosechas, parécele que niágaras de trigo vuelcan sus dorados torrentes en la vasta inmensidad.

Es el obrero de la agricultura, y, de consiguiente, de nuestra producción, riqueza y progreso. Tributario, por falta de industrias, del extranjero, ha cubierto los antiguos saldos internacionales e inclinado para siempre a nuestro favor la balanza comercial. A él le debemos la prosperidad, que es la emancipación económica, en que las naciones, como los individuos, se fundan para ser realmente libres,

¡Hoy somos productores, exportadores, y de nuestro trigo come pan el mundo entero!

¡Qué bello es verlo arar en el vallado entre las nieblas de la tarde y envuelto en una nube de gaviotas! Es uno de los cuadros de la naturaleza que arrebatan y hacen soñar.

“¡Salve, fecunda zona!...”

El colono es la columna actual de la patria argentina. ¡Salud, rey del desierto! Mi fantasía se pierde al medir tu influencia trascendental en el porvenir. ¡Vencerás al tiempo!

ARTURO REYNAL, O'CONNOR.

De “*Paseos por las colonias*”.

30.

## A SAN MARTIN

No podía morir. Cupo en la tumba  
La gigantesca talla de su cuerpo.  
Para encerrar su nombre y su memoria,  
El hogar de la muerte era pequeño.

No cabía su espíritu grandioso  
En la mansión eterna del silencio!  
Como el alma de Dios, necesitaba  
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía  
De entre las nubes de rojizo fuego,  
Para tejer su nido de laureles  
De los cañones en los hondos huecos;



Aquel brazo potente, que de España  
Hizo temblar el formidable cetro  
Y que en la nieve de los altos Andes  
Iba a templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba  
Todo el calor de un celestial incendio  
Cuando henchida de gloria se cernía  
De las batallas sobre el humo denso,

Cayó en la tumba, como caen los astros,  
En el sudario de su luz envueltos;  
Cayó para dejar sobre la tierra  
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió, dentro el sepulcro helado,  
La irradiación de sus gloriosos hechos;  
La libertad la recogió en sus alas  
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente  
Para pedirle inspiración, el genio,  
Y va la patria a retemplar su vida  
En sus instantes de dolor supremo!

¡Héroe inmortal! Al recordar tu nombre  
Chispear el alma de entusiasmo siento,  
Y en vano intenta modular mi lira  
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda al resplandor del tuyo,  
Como un volcán, mi enardecido pecho,  
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba,  
Batiendo el casco tu corcel guerrero!

¡Oh! quién pudiera levantar la vida  
Sobre esas nubes que acaricia el viento,  
Y en luz de estrellas y ternuras de ángel  
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada frente,  
El blanco acorde de su ritmo eterno  
Para decirle, en inmortales himnos,  
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

GERVASIO MÉNDEZ.

De "*Poesías*".

31.

## LA OBRA

Hacia largo tiempo que Martha les hablaba. Y ellos, los niños, los miembros noveles de la asociación nacida apenas, con una gravedad de neófitos y de convencidos, sorprendidos un poco de representar un papel tan importante, escuchaban la dulce voz conductora.

Habíales revelado ya su programa de fiesta, a beneficio de la caja común, cuando entró Carlos Krámer, hombre serio a quien poco importaban esas cosas. Llegaba muy retardado, y con un aire correcto y frío fué a ocupar su sitio acostumbrado; pero habiendo notado que tenía por vecinos a algunos niños del asilo, mirólos primero con cierto menosprecio, retiróse después un poco para no rozarlos, y más tarde, sintiéndose tal vez incomodado por esa vecindad, resolvióse a cambiar de asiento, eligiendo uno entre las mellizas, Arminda y Adalgisa y el hermano de éstas, su único amigo.

Martha, a quien no habían escapado la actitud del muchacho y el signo de aprobación de las mellizas, prosiguió su lección:

“Nuestra obra, pues, tiene un grande objeto, amplio, útil, generoso: aprender a practicar el bien sin esfuerzo y como una necesidad. Practicar también la solidaridad, la unión, el amor recíproco.

“Los huérfanos del asilo—continuó, dando a su palabra una intención especial y marcada—formarán parte de nuestra asociación, pues su calidad de asilados no les quita derechos; varían simplemente las circunstancias de su vida. En ningún caso deben sentirse deprimidos, ni avergonzados porque pese sobre ellos la más grande de las desgracias: la ausencia de sus padres en la vida, ya sea por la muerte, ya por el abandono”.

Al llegar aquí, y clavando sobre el grupo de Krámer y las mellizas una mirada acerada, que los niños no conocían de sus ojos, dando a su tono una indignación que rara vez usaba, añadió:

“Sólo un ser perverso puede demostrar hostilidades, aversión o menosprecio por un niño huérfano, que quiere decir desamparado, que quiere decir no haber sentido y estar condenado a no sentir jamás las caricias de la madre, los cuidados del padre... Cosas sólo por las cuales merecería la pena de haber nacido... La orfandad es siempre una desventura, niños míos; jamás una deshonra. Y recuerden estas palabras conmovidas de su maestra, crean ciegamente en ellas: nadie tiene el derecho de condenar a quienes le han dado el ser ni en el presente, ni en el pasado. Díganse siempre conmigo, que una madre que priva a su hijo de sí misma, es pocas veces culpable para con él y es siempre desgraciada. Por otra parte, un hombre vale y debe

valer por sí mismo y no es responsable sino de sus propios actos. ¡Pobres huérfanos! Ellos no tienen caricias, no tienen familia, no tienen hogar.

“Amparemos, acariciemos, protejamos, defendamos a los nuestros. Que ellos encuentren en nosotros la familia que les falta, su hogar en nuestro hogar. Inspirémonos para ello en la divina Piedad.

“La ayuda mutua es un deber; un hermoso deber ennoblecedor. Nosotros vamos a ejercitarla, no a hacer dádivas, ni a recibirlas. Para realizar la empresa, cada uno contribuirá con lo que pueda, que será de igual valor. El dinero de los unos será reemplazado de un modo equivalente con la diligencia de los otros. Y los mismos favorecidos habrán contribuido a su propio bienestar.

“Así, por ejemplo: si Gracia Márner, la niña rica, da su oro, Nora Days, la niña pobre, dará su enseñanza a los sordomudos y a los ciegos, economizándonos los sueldos que deberían pagarse a un profesor.

“De esta manera, somos nosotros mismos, como verdaderos asociados, quienes contribuiremos a aliviar nuestras propias necesidades, que son muchas y apremiantes. Pierna de palo necesita una de goma; encarguémosla a Norte América, donde las hacen a la perfección; a nuestro querido Pedrín hay que darle un corsé muy cómodo y muy especial; necesitamos techar el rancho de la madre, enferma y viuda, de Ramón. Y, sobre todo y ante todo, debemos enviar a Buenos Aires a Angel Garro para que se le haga una operación a los ojos, la cual no puede efectuarse aquí. Nos iniciaremos devolviéndole la vista... ¡Cuántas necesidades, cuántos sufrimientos tenemos cerca de nosotros!

“La cadena que forman las manos, sinceramente unidas, alcanza a todas partes y nada puede ir más le-

jos. Si esta noción estuviera bien inculcada en los hombres, éstos serían menos desgraciados y pocas cosas les serían imposibles.

“El amor a sí mismo es natural hasta donde se convierte en egoísmo. El egoísmo aísla, empequeñece: sus satisfacciones son de mala ley y enfermizas. Es odioso como un vicio, perjudicial y antipático. Ese amor a sí mismo debe dignificarse, llevándolo desde el aseo físico hasta el aseo moral.

“Mi deber es aconsejarles la economía, el ahorro; Pero, por Dios, niños míos, que no salgan nunca ustedes sino escoltados por la generosidad! La economía, el ahorro, que tienen por fin el orden, por base la previsión, sean en buena hora con ustedes. Mas, cuando no tienen otro objeto y otro fin que guardar, encerrar, acumular, lo rechazo de ustedes con repulsión, como un reptil repugnante y peligroso, al que, si tuviera forma, aplastaría bajo mi pie.

“La generosidad es una virtud exquisita; no se es generoso con un alma mezquina. Sean, pues, ustedes generosos, no se priven del inmenso placer de dar. Den, den, niños, siempre: el dulce, el juguete, la sonrisa, el tiempo.

“Y sean amables dando: séanlo siempre, séanlo con todos igualmente”.

CÉSAR DUAYEN.

(*Emma de la B. de Llanos*).

De “*El Manantial*”.



## El primer aniversario patrio

25 de Mayo de 1811

En todos los barrios de la capital se abrieron suscripciones, y en cada uno se nombró una comisión para proyectar y dirigir la fiesta con que debía contribuir cada barrio, fuese cual fuese el programa de las fiestas públicas que se decretase por el gobierno, según el acuerdo del 27 de marzo, en que se había declarado que los días 24 y 25 de mayo se celebrasen en todo el territorio como aniversario de la revolución. En algunos barrios se combinaron bailes y refrescos públicos; en ocho de ellos otras tantas comparsas enmascaradas, y en casi todos se elevaron arcos triunfales y vistosos anfiteatros con brillantes iluminaciones: se distinguió una gran portada colocada una cuadra al oeste de la Plaza de la Victoria, con la estatua de la Libertad, y esta arrogante inscripción:

*Calle Esparta su virtud,  
Sus grandezas calle Roma.  
¡Silencio que al mundo asoma  
La gran capital del Sud!*

Esta composición se atribuyó al autor de la inscripción fúnebre colocada en el monumento elevado en la iglesia catedral este mismo año, cuando se consagraron exequias a la memoria de los que habían muerto en los combates de la revolución:

*Para el que muere por la patria dando ejemplo,  
No es sepulcro, el sepulcro, sino templo.*

Quince días antes del 25 de mayo, cesó en el pueblo de la capital todo pensamiento que no fuese el de la celebridad de este primer aniversario: pensamiento que si en sus principios pudo ser en los unos calculado por el estado de los partidos, se convirtió en un sentimiento sincero de satisfacción con la repetición de las plausibles noticias que empezaron a hacer del mes de mayo un objeto de veneración patriótica.

La Plaza de la Victoria era el centro de esa fiesta nacional: en ella se construyó un salón de madera, que sirvió para el sorteo de varios premios destinados por la Municipalidad a niñas huérfanas, y a la emancipación de algunos esclavos, así como para las comparsas enmascaradas ricamente vestidas con que se enretuvieron los inmensos espectadores. Como el autor de estos entretenimientos, en unión de uno de sus compatriotas y de un militar francés, dirigió la comparsa del barrio o cuartel N°. 3. al norte de la Iglesia Catedral, podrá dar una descripción breve, pero exacta de su combinación, para que por ella se forme juicio del espíritu en que se concibieron.

La comparsa del cuartel N°. 3 la formaban 19 personas, de las cuales se compusieron ocho parejas para el baile, destinando las tres restantes para representar un melodrama; como la idea dominante en esa composición consistía en hacer aparecer con una misma necesidad de libertad a los españoles y a los americanos, la mitad de las parejas representaba a los primeros con sus antiguos vestidos cortos a la romana, y la otra mitad a los segundos con plumas de colores en la cintura y en la cabeza como los indios. De los tres destinados a la escena, el uno, vestido como estos últimos, llevaba además un manto carmesí en señal de su más alta dignidad, pero cargado de grillos y cadenas, y bajo la custodia de los otros

dos que hacían el oficio de lanceros. Cada uno de los 16 danzantes llevaba un ramo de flores en las manos.

A las cuatro de la tarde del día 25 se presentaron en la plaza, marchando de dos en dos, un americano y un español, con la música nueva que habían preparado: después de saludar a la Municipalidad que ocupaba el centro de la galería de sus casas, subieron al salón por dos escaleras colocadas en los costados norte y sur, y al son de marcha formaron en ala al frente de aquella corporación presidida por el presidente Saavedra, en representación del Gobierno de diputados. En esta situación saludaron de nuevo a las autoridades, rompiendo su marcha por los dos costados para colocarse en el centro del salón y empezar el baile de contradanza; al llegar a su destino descubrieron el caudillo aprisionado que entretanto se había situado con la escolta en el fondo del salón, y haciendo a un tiempo una demostración estrepitosa del espanto que les causaba su desgracia en medio de tan grandes regocijos, el caudillo levantó la cabeza, reconoció a sus libertadores, y rompió un baile por alto en que hizo pedazos los grillos y las cadenas, al mismo tiempo que voló un pájaro de cada ramo, hendiéndolo y cantando por el aire. En el acto la comparsa se formó en pirámide en el centro del salón, cargó sobre sus hombros al caudillo, y presentándolo en esta forma al pueblo, dió la voz: "¡Viva la libertad civil!", que repitieron los inmensos espectadores, viendo también escrita esta inscripción con cada una de sus 19 letras en otras tantas tarjetas, que presentó la comparsa al público. Vuelto el caudillo al fondo del salón, se le colocó una corona cívica, se le armó con el arco, el carcaj y la flecha, y quedó reconocido como caudillo de la fiesta.

Después de esta entrada, la comparsa se formó en orden de contradanza, y rompió el baile, ejecutando cua-

tro figuras diferentes, cada una de las cuales concluía formándose en ala al frente de la galería, y presentando las siguientes exclamaciones con tantas tarjetas como letras: "¡Viva la Excelentísima Junta! ¡Viva el Excelentísimo Cabildo! ¡Viva la Patria! ¡Viva la Unión!". En seguida se bailaron dos contradanzas cuadradas; cuatro danzantes, dos españoles y dos americanos, colocados en el centro, volvieron a levantar en palmas al caudillo, presentándose éste ante el pueblo con una tarjeta en que se leía: "Premio de la virtud"—en los cuatro ángulos del salón figuraban al mismo tiempo otras tantas cuadrillas, que contestaron con sus tarjetas cuando apareció aquella inscripción: "Al amor filial", "Al amor conyugal", "Al heroísmo", "A la justicia". La segunda contradanza cuadrada, ejecutada en las mismas situaciones, presentó al caudillo con una inscripción en el centro que decía: "Al Gobierno", y se contestaba en los ángulos: "Respeto". "Lealtad", "Amor", "Obediencia", cerrándola con una figura circular, concentrada toda la comparsa en el centro del salón, que presentó al público esta última exclamación: "Al Gobierno, gloria y prosperidad". La comparsa se retiró de la Plaza de la Victoria y fué admitida y obsequiada en diferentes casas de la ciudad, como las demás comparsas, con grandes ramilletes y las más entusiastas demostraciones de regocijo y unión.

La misma comparsa concurrió a la plaza en la tarde del día 26: el concurso era tan numeroso como en el día 25: cuando le llegó su turno, ocupó el salón entrando y saludando a la Municipalidad con la misma formación en ala al frente de la galería. Colocado el caudillo en el fondo, se rompió el baile ejecutando cinco figuras generales diferentes de las del día anterior, que acababan con los mismos vivas al Gobierno, al Cabildo, a la Patria y a la Unión. Esta escena concluyó con un baile ejecutado

En ala por toda la comparsa en el centro del salón: en el medio se colocó el caudillo, teniendo en sus manos una lanza muy elevada que remataba con una corona cívica: de la punta superior salían dos gallardetones que se extendían hasta los dos costados, teniéndolos los lanceros de los extremos, y leyéndose de un lado esta inscripción:

*Día grande, memorable y sin segundo,  
Honrado en los fastos serás del Nuevo Mundo.*

Al mismo tiempo se desplegaron cuatro banderas, con los nombres de Buenos Aires, Córdoba, Suipacha, Piedras, para comprobar la inscripción que aparecía en el reverso de los gallardetones:

*Para completar nuestro deseo  
Pronto caerá Montevideo.*

La comparsa asistió igualmente en la tarde del día 27: después de repetir varias figuras de las que se ejecutaron en los dos días anteriores, concluyó formando cinco pirámides, una en el centro del salón presentando el caudillo con una gran bandera que proclamaba: "La Patria triunfante", y una en cada ángulo del salón, que contestaban con otras banderas: "En Buenos Aires", "En Córdoba", "En Suipacha", "En las Piedras". La comparsa fué invitada a repetir la escena de este día en presencia del parlamentario que había venido de Montevideo en busca de conciliación, y se retiró en medio de los aplausos derramando por toda la plaza diferentes composiciones en versos alusivos al primer aniversario de la revolución.

IGNACIO NÚÑEZ.

De "Noticias históricas de la República Argentina".



## EL MATE

El salvaje que desoyendo el miedo que inspira lo desconocido, deshojó una planta de yerba mate y la acercó por primera vez a sus labios, fué uno de esos héroes ignorados que la tradición no recuerda su nombre. Tampoco sabemos quien fué el que convirtió esa hoja desahrida en la materia prima de una de las bebidas más agradables, que sirven de alimento y de regalo a la especie humana.

¡La yerba mate no fué un regalo de los dioses, sino de un santo! Santo Tomé fué el que convirtió a un árbol, antes peligroso y venenoso, en saludable y de provecho, comunicándole nuevas propiedades y virtudes, que le hicieron el regalo y consuelo del hombre fatigado por las tareas del trabajo cotidiano. Esto es lo que decían los misioneros por boca de los indios; pero otros, sin duda adversos al mate, le atribuyeron un origen diabólico y consideraron al mismo demonio como el primero que plantó la yerba mate y difundió el uso de la misma.

Sea el diablo o sea un santo el que haya enseñado el uso de esta planta a los habitantes primitivos de la cuenca del Plata, la verdad histórica nos enseña que los primeros conquistadores encontraron a la yerba mate usada en bebida por los indios, y que la adoptaron, transmitiéndonos su uso a nosotros, que les hemos sucedido.

El mate no es un verdadero alimento reparador, pero sí debe considerarse como un *suple faltas*, un *comodin* que debe ser usado en circunstancias determinadas.

Desempeña para un hombre cansado el oficio de un pagaré para un deudor apurado. Con este documento se

suple la falta del momento: verdad es que no se satisface la deuda, que la aumenta, pues al dinero adeudado se tendrán que agregar los intereses el día del vencimiento, pero indudablemente es un gran recurso, un expediente que da vigor a las operaciones comerciales. Una cosa parecida sucede con el mate: un individuo necesitado de alimento por el cansancio que invade su organismo, queda galvanizado bajo la influencia del mate, repara una necesidad del momento; *firma un pagaré al hambre*, obteniendo bríos momentáneos para el cuerpo y permitiéndole a éste nueva fatiga. El nuevo trabajo importa un nuevo gasto de sustancia muscular y nos representa los intereses del dinero tomado a préstamo: intereses que debe reponer más tarde, devolviéndolos bajo la forma de mayor cantidad de alimento a ingerir.

El mate, como alimento *nervioso*, o, mejor, como bebida excitante de las funciones del cerebro, merece ocupar un puesto al lado del café, te, guaraná, etc.

El mate era hasta hace pocos años la *bebida nacional*, pero desgraciadamente va perdiendo este carácter con el aflujo de la inmigración, que nos trae sus costumbres, sus gustos y los impone operando una sustitución lenta en los usos europeos a los nuestros.

La *china* o la *servienta vasca*, ya enseñada, de gran delantal blanco y que ha aprendido también a cruzar los brazos después de haber entregado el mate a la persona señalada o a la visita que se obsequia con él, es la encargada de este alto ministerio, que lleva el nombre de *cebar mate*.

¿Por qué se dice *cebar mate* en vez de *servir mate*? ¿No se dice acaso *servir te, café, vino, etc.*? ¿Por qué esta diferencia al designar funciones al parecer análogas?

Por la razón de que no son semejantes.

Aunque el arte de hacer una buena taza de te es al-

go *sagrado*, que sólo lo hace la dueña de casa en una familia inglesa; el cebar mate bien, es aún más difícil y en algunas familias antiguas sólo lo hacían sirvientas especiales llamadas cebadoras de mate. La palabra *cebar* nos expresa además la idea de mantener, alimentar, sustentar algo en estado floreciente. Se quiere indicar con la frase *cebar mate*, no el acto de llenar el mate con agua caliente, sino mantener ese mate en condiciones siempre apetitosas. Es una función tan sagrada como la de las mismas Vestales, para algunos *materos* intransigentes. Si cebar mate es difícil, no lo es menos saberlo tomar con la compostura debida.

El que no sabe tomar mate, el chambón, se conoce a la legua; toma el mate de una manera tal, que si los franceses conocieran la estética del matero clasificarían de *gauche*; inclina demasiado la cabeza como si fuera a tragar la bombilla o a comerse el mate, los carrillos se deforman en virtud de la presión atmosférica y arruga la cara de tal manera que causa espanto. Los ojos se salen de sus órbitas, como si se tratara de buscar una moneda caída en una laguna, inclina el cuerpo y hace contorsiones tales, como si hubiese tragado una espina. Espectáculo horrendo que conmueve las fibras más sensibles de un espectador de buen gusto.

Un matero toma el mate con una compostura que el que observa dice sin titubear: este hombre goza. Por su aspecto parece un turco fumando su *narguile*. Con los ojos semi-cerrados, la boca entreabierta, sorbe su néctar, recibiendo el conjunto de la fisonomía una expresión de beatitud envidiable.

El mate se toma amargo o con azúcar. Los materos prefieren el primero; otros toman también con azúcar quemada; pero este es un expediente que se usa para disfrazar el sabor picante que tienen algunas yerbas.

Si el grave inconveniente de la *bombilla común* pudiese ser remediado, el uso del mate podría ser introducido fácilmente en Europa. Se ha propuesto emplear las hojas a la manera de te y de servirlo en tazas como este último... pero eso no es mate; el gusto es diferente.

Además, los usos, las costumbres en los pueblos, no se imponen sino con lentitud.

Han de pasar muchos años antes de que se logre hacer aceptar el mate en Europa, como han pasado entre nosotros para hacer dejar la bota de potro a nuestros paisanos.

Tal vez nunca se consiga.

PEDRO N. ARATA.

De "*Conferencia. — El mate*".

## EL KACUY

Vive en la Selva un pájaro nocturno que al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Ese ave tiene una historia; y es la tragedia de su origen lo que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas.

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. El era bueno; ella era cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella aciba-

raba sus días con recalcitrante perversidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Vagando él triste por las umbrías, pensaba en ella: las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho.

Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas... Volvió una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues, como reinaba la seca, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada a laves y caída entre unas matas, pinchóle un *uturuncu-huakachina*, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos.

Trajo ambas cosas, mas, en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tubo de miel.

El hombre una vez más, ahogó su desventura; pero, como al siguiente día le volcara la ollita donde se cocinaba el loco de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de *moro-moros*. Su invitación encubría upalleros designios de venganza.

No vistió su zamarra profesional, ni los guanteletes, ni el sachasombbrero, ni llevó la bocina de las meleadas porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era, sin embargo, de gigantesca talia. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar sin des-



truir las abejas pequeñas, pues se referían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y preparó en un extremo a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando al otro extremo, a manera de corrediza palanca, la solivió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgañándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Safó después el lazo; y huyó sigilosamente...

Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio.

Ella habló.

Nadie le respondía...

Como empezara a temer, solevantó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora, ni el lugar. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moro-moros*; y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo sin otras ramas que ésas a las cuales se afeerraban sus manos prietas en constreñir de nudo, espía-ba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojarse, pero la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allá, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían a saciarse en ella

como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminando el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguararse hasta disolverse toda en la noche, ¡noche sin astros para mayor desventura!... Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo, ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio de un solo grito.

Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla.

Tiritaba como si el ábrego la azotara con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distensión emplumecían desde los hombros a las manos. Dispnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito de contrición que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando:

—¡Turay... turay... turay!...

RICARDO ROJAS,

De "*El País de la Selva*".

## CONSEJOS DE MARTIN FIERRO

(Fragmentos)

Un padre que da consejos  
Más que padre es un amigo.  
*Ansí* como tal les digo  
Que vivan con precaución —  
*Naidés* sabe en qué rincón  
Se oculta el que es su enemigo.

---

Yo nunca tuve otra escuela  
Que una vida desgraciada —  
No *estrañen* si en la jugada  
Alguna vez me equivoco —  
Pues debe saber muy poco  
Aquél que no aprendió nada.

---

Hay hombres que de su *cencia*  
Tienen la cabeza llena;  
Hay sabios de todas menas,  
Mas, digo sin ser muy ducho —  
Es mejor que aprender mucho  
El aprender cosas buenas.

---

No aprovechan los trabajos  
Si no han de enseñarnos nada —  
El hombre, de una mirada  
Todo ha de verlo al momento —  
El primer conocimiento  
Es conocer cuando enfada.

Las faltas no tienen límites  
Como tienen los terrenos —  
Se encuentran en los más buenos,  
Y es justo que les prevenga —  
Aquél que defectos tenga,  
Disimule los ajenos.

---

Al que es amigo, jamás  
Lo dejen en la estacada,  
Pero no le pidan nada  
Ni lo aguarden todo de él —  
Siempre el amigo más fiel  
Es una conducta honrada.

---

Ni el miedo ni la codicia  
Es bueno que a uno lo asalten —  
*Ansi* no se sobresalten  
Por los bienes que carezcan —  
Al rico nunca le ofrezcan  
Y al pobre jamás le falten.

---

Bien lo pasa hasta entre Pampas  
El que respeta a la gente —  
El hombre ha de ser prudente  
Para librarse de enojos —  
Cauteloso entre los flojos,  
Moderado entre valientes.

---

El trabajar es la ley  
Porque es preciso adquirir —  
No se expongan a sufrir  
Una triste situación —  
Sangra mucho el corazón  
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre  
Para ganarse su pan;  
Pues la miseria, en su afán  
De perseguir de mil modos —  
Llama en la puerta de todos  
Y entra en la del haragán.

Los hermanos sean unidos,  
Porque esa es la ley primera —  
Tengan unión verdadera  
En cualquier tiempo que sea —  
Porque si entre ellos pelean  
Los devoran los de *ajuera*.

Respeten a los ancianos,  
El burlarlos no es hazaña;  
Si andan entre gente extraña  
Deben ser muy precavidos —  
Pues por igual es tenido  
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja,  
Pierde la vista, — y procuran  
Cuidarla en edad madura  
Todas sus hijas pequeñas —  
*Apriendan* de las cigüeñas  
Este ejemplo de ternura.

Estas cosas y otras muchas,  
Medité en mis soledades —  
Sepan que no hay falsedades  
Ni error en estos consejos —  
Es de la boca de viejos  
De *ande* salen las verdades.

De "*Martín Fierro*".

JOSÉ HERNÁNDEZ.



## 25 DE MAYO DE 1810

La noche había pasado en grande agitación. Los cuerpos cívicos, reunidos en sus cuarteles, habían querido muchas veces salir a pedir con las armas la deposición de Cisneros y la formación de una Junta de su entera confianza, logrando sus jefes contenerlos con dificultad. En vista de esta agitación, Castelli y Saavedra habían ido a imponer a sus colegas de la Junta de lo que pasaba y a proponer la renuncia colectiva que acabamos de mencionar.

El 22 muy temprano se reunió el Cabildo para tomar en consideración esta renuncia, y contestó en el acto que no la aceptaba, y que la Junta hiciera uso de la fuerza para hacerse respetar.

Este fué el momento de la Revolución.

“En estas circunstancias, dice el acta de aquel día, ocurrió multitud de gente a los corredores de las Casas Capitulares, y algunos individuos en clase de diputados, se apersonaron en la Sala exponiendo que, el pueblo se hallaba en conmoción, y *que de ninguna manera se conformaba con la elección de Cisneros*; que el Cabildo se había excedido en sus facultades y que para evitar desastres que ya se preparaban, era necesario variar la resolución comunicada al pueblo”.

El Cabildo, alarmado ya con el peligro imprudentemente provocado, citó nuevamente a los comandantes de los cuerpos para averiguar si estaban prontos a apoyar sus resoluciones.

Eran las nueve y media de la mañana, cuando aquellos se presentaron en la Sala Capitular. Interrogados

por el síndico Leiva, "si se podía contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido", contestaron "que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas; y que no sólo no podían sostener al gobierno establecido, sino que ni aun de sí mismos estaban seguros, porque los tenían por sospechosos; que la fermentación era terrible y era necesario atajar el mal con tiempo".

En este estado de la conferencia, el pueblo invade las galerías y golpea las puertas de la Sala Capitular, gritando que quiere saber de lo que se trata. El Cabildo, amedrentado, manda al comandante de húsares don Martín Rodríguez para aquietarlo y comisiona a los cabildantes Mansilla y Anchorena, para que vayan a comunicar al virrey que quedaba desde entonces separado de la autoridad.

El virrey, que sentía rugir el volcán bajo sus pies, oyó con resignación aquella orden, quedando de hecho terminada la soberanía de los reyes de España en Buenos Aires, a las doce de la mañana del día 25 de Mayo de 1810.

El pueblo no se contenta con esta primera victoria. Invade por segunda vez la Sala Capitular, y por medio de sus diputados declara: que ha reasumido la autoridad que había depositado en el Cabildo; *que no quería* que existiese la Junta nombrada, sino que se procediese a constituir otra que debía componerse así: presidente, vocal y comandante general de armas, el señor don Cornelio Saavedra; vocales, los señores doctor don Juan J. Castelli; licenciado don Manuel Belgrano; don Miguel Azcuénaga; doctor don Manuel Alberti; don Domingo Matheu y don Juan Larrea; y para secretarios a los señores don Juan J. Paso y don Mariano Moreno; con la condición de que, en el término de quince días, pre-

pararía una expedición de 500 hombres para las provincias del interior, costeadas por los sueldos del virrey, oidores y otros funcionarios públicos.

El Cabildo, no pudiendo resistir, pidió que esta petición se hiciera por escrito; y comunicó al mismo tiempo a la Junta del día anterior, que no había más autoridad que la que estaba deliberando en la plaza pública.

La petición escrita, que desde la noche anterior circulaba ya por todas partes recogiendo firmas, se presentó entonces al Cabildo. La tarde estaba lluviosa, y los grupos del pueblo habían quedado muy reducidos, cuando el síndico se presentó en el balcón del Cabildo a pedir la ratificación verbal de lo escrito. Notando la escasez del concurso, preguntó: —¿dónde está el pueblo? — a lo que contestaron que se le llamara con la campana y se vería.

Entonces, abriendo una conferencia el Cabildo con el grupo de ciudadanos reunidos debajo de sus balcones, fueron dictadas en la plaza pública las bases de la primera Constitución política que ha tenido Buenos Aires.

Esta ley, concebida en pocos artículos, determinaba que el poder ejecutivo sería ejercido por la Junta; que el Cabildo vigilaría sobre su conducta; que la Junta llenaría por sí misma sus vacantes; que el poder judicial sería independiente; que se daría publicidad al movimiento del tesoro público; y finalmente, “que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes ni contribuciones al vecindario, sin consulta y consentimiento del Cabildo”.

Sin perder momento, se procedió en la tarde misma a tomar juramento al nuevo gobierno; el presidente exhortó al pueblo desde el balcón a mantener el *orden*, la *unión* y la *fraternidad*, y en seguida pasó a la *Fortaleza*, por entre un inmenso concurso que había acudido apenas se divulgó la noticia del nuevo nombramiento,

saludando las campanas y las salvas de artillería la instalación del primer gobierno nacional y la inauguración de la era republicana.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

De "*Historia Argentina*".

37.

## TRANSPORTES Y VIAJES

A pesar de los ferrocarriles, la tradicional galera, tirada por media docena de mulas, que huyendo del implacable látigo arrastran inconscientes el pesado armatoste, seguirá llevando equipajes y pasajeros a Perico del Carmen y a Perico de San Antonio, por un par de pesos, y la alegre tropilla de mulas cargadas de fardos y cajones, la paciente recua de burros que a lento paso avanza, los elegantes llamas y los incansables andarines, darán siempre su nota característica en los caminos que, faldeando las montañas, bajan a los valles o siguen por el fondo de las quebradas.

La tropilla es una nota característica de las provincias del norte, y su organización invariable.

Adelante, "punteando", va el *marucho*, un chiquillo de diez a quince años; a veces lo he visto hasta de cinco años, sacrificado por el huesudo lomo de una mula vieja, cuasi esqueleto, que algún arriero dió por economizar el pastaje. Este *marucho* desempeña un papel indispensable para la buena marcha de la tropa, pues durante todo el viaje tironca del cabresto a la *madrina*, otra mula, o yegua vieja, más derrengada aún que la del *marucho* y

cuya misión es sacudir el cencerro, pomposamente llamado *campana* por los arrieros. Si la madrina es manca, mucho mejor. A cada paso hará sonar, entonces, el cencerro con más fuerza y la tropilla lo oirá más distintamente.

Como si aquel, tan monótono cuanto detestable sonido, pronto se convirtiera en algo delicioso, en algo imprescindible, las mulas cargueras, hasta con 120 kilos sobre el lomo, le siguen con entusiasmo y ya trepe en un supremo esfuerzo la madrina y su colgajo, a lo más empinado y escabroso, ya esté insoportable la puna, allá le siguen las *cargueras*; alegres y retozonas si van junto a él, jadeantes, desesperadas por alcanzarlo si van quedando atrás.

La *tropilla de burros* es completamente distinta a la de mulas en su organización. Llámale siempre la atención a quien por vez primera la encuentra en su camino. Los rechonchos animalitos se detienen curiosos, alzan las orejas dejando ver un par de infaltables borlas rojas que adornan sus puntas, y detrás viene su dueño, algún indio de las punas o de Bolivia, alto, robusto, bien formado y proporcionado, que calza ojotas, pantalón corto tejido en rústicos telares y un poncho, rojizo en tiempos mejores, que apenas pasa de la rabadilla.

Este indio maneja sus burros con la honda o con una varilla, y si alguno se aparta, él lo incorpora acto continuo a la tropilla, por lo menos de una pedrada. En las punas y en la Quebrada de Humahuaca, el burro es el más frecuente medio de movilidad; en las punas algunos tienen mulas, pero éste es un lujo, que muy pocos se permiten.

Otro *carguero es el llama*, el querido animal de los indios. Al verlo avanzar lentamente, contemplando y escudriñando cuanto encuentra al paso, al parecer indiferente al camino que lleva, unas veces con el cuello er-



guido, otras la cabeza gacha, nadie pensaría en los grandes servicios que el llama ha prestado desde tiempos remotos, ni en los que actualmente desempeña, siendo ventajoso sobre el burro y la misma mula, por tener caracteres de que éstos carecen. El llama es barato. Cuesta 6 o 7 pesos en las altiplanicies.

Sobre su lomo redondo y cubierto por la espesa lana, no necesita que le sea amarrado aparejo alguno: su dueño le echa una alforja con el *avío* y con lo que ha de llevar, y allí queda todo fijo, porque apenas se le mueve el lomo mientras camina. Otra ventaja más grande aún tiene el llama. Para él el camino es lo de menos y va la carga con tanta seguridad por ancha senda bien apisonada, como por la falda del más abrupto cerro.

Mas, a pesar de ser el animal querido de los dueños, el que con más gusto cuida y adorna con lanas rojas — porque así es el corazón humano — cuando el apetito apura... se lo come, pues de los animales cargueros es el mejor para la alimentación, por su buen sabor. Cuando las ovejas o las cabras faltan, el criollo de las altiplanicies recurre al llama, “que es como una oveja”.

E. A. HOLMBERG.

De “*Anales del Ministerio de Agricultura*”.

38.

## LA SEÑORITA

### I

Así lo llamaban en el regimiento de granaderos a caballo.

En verdad que ese jovenzuelo fino y sin pelo de

barda en la cara, aparentaba ser más apropiado para tareas femeniles que para las arduas de blandir en los combates el pesado sable de aquellos centauros.

Cuando en Mendoza ingresó en el cuerpo y por primera vez se le vió en las filas con su tímido continente, murmullos de indignada sorpresa brotaron de los labios de sus compañeros de armas.

—¡Parece que acaba de dejar los pañales! — gruñó un veterano.

—¡Y que está para llorar pidiendo teta! — añadió otro.

—No — concluyó el sargento Gómez — lo que parece es una señorita.

Y desde ese día con tal apodo se le conoció, pues la frase hizo efecto por la exactitud de la comparación.

Las horas en que más le punzaban con las bromas, (bien fuertes por cierto, como que las lanzaban hombres que tenían muy pesado el corazón y muy pesado el cerebro), eran aquellas en las que se permitía un ligero descanso a la tropa, sustituyendo los rudos ejercicios por animada charla alrededor del fogón.

—¡Eh! — decíale uno — No te habrás olvidado la esencia para el cabello...

—Supongo — saltaba otro — que traerás agujas para bordar...

El sargento Gómez, especialmente, mortificábalo aún más que sus camaradas. Representaba éste el tipo contrario en toda la extensión de la palabra.

Físicamente *la Señorita* tenía todos los rasgos de una belleza griega, acrecentada por el dulce mirar de sus azules ojos y por sus hermosos cabellos, cual hilos de oro, rizados naturalmente.

Gómez, en cambio, era feo, enormemente feo. La nariz, en cuya base un sablazo hispano había dejado pro-

fundas huellas, semejaba un fenomenal pico de loro. Sus bigotes pobladísimos y renegridos, de largas guías que cosquillaban; sus pequeños ojos, constituían su orgullo, aunque no los pudiera ver una criatura sin que se echase a llorar a moco tendido, muerta de terror.

— ¡Ira de Dios! — barbotaba siempre, atusándose los mostachos. ¿Qué le habrá dado a nuestro coronel por aceptar en el regimiento a un muñeco como ése, que mucho me temo sea en el día de la prueba una vergüenza para nosotros?... ¡Pensar que uno envejece oliendo pólvora, salpicado de sangre y mellando el sable en cien cabezas para que luego lo comparen con un sacristán, que otra cosa no parece el tal tipete! ¡Ira, requeteira de Dios!...

— Tiene razón el sargento: tiene razón — exclamaban en torno suyo los veteranos, comiéndose con rabia sus hirsutos bigotes.

Y sin embargo, cuando se encontraba con ellos *la Señorita* en los momentos de descanso, a esos bulliciosos gigantes les causaba más bien lástima sus tímidas maneras, pues las bromas jamás caían en la diatriba o en el insulto.

El, por su parte, nunca había respondido ácremente a las chocarrerías que rebotaban en sus oídos; concretábase sólo a sonreír y esa sonrisa los desarmaba.

Hasta el mismo Gómez sentíase impresionado por un sentimiento de consideración e intervenía con voz que remedaba el retumbar del trueno.

— Bueno, muchachos, basta por hoy... Ya ha recibido un real chubasco... Dejémoslo en paz...

*La Señorita*, entonces, sonreía nuevamente y dirigía al sargento una mirada de muda gratitud que producía en éste un sincero arrepentimiento por sus anteriores dicharachos.

## II

A poco de estar en el regimiento, la *Señorita* daba muestras de tener tela para soldado. Jamás se le veía con su uniforme en descuido, ni sobresalía ni retrogradaba una línea en las formaciones. Incansable en las marchas, su apostura sobre el caballo no cedía un ápice a los encanecidos jinetes; tal era el aplomo con que en la silla se sostenía.

— ¡Diablo con el chiquillo! — decía el sargento Gómez, cuando daba instrucción a la tropa — ¡Cualquiera diría que ha nacido el mocosuelo en un campamento! ¡Eh, Ramírez! — gritaba de pronto enfrentándose con un veterano — ¡No sabes atarte los botones de la chaquetilla, o es que no te oprimes la barriga para facilitar la digestión?... Pero, ¡qué veo, López, qué veo! ¡Si no te hubiera admirado en San Lorenzo hachando cabezas, juraría que en la vida has llevado un sable!... ¡Súbete ese cinturón, pedazo de bestia!... Noten a la *Señorita*... ¡Bien, muchacho, bien! Pronto serás mi orgullo...

Efectivamente, el tímido soldadito era ya un modelo; y aunque continuaron llamándole la *Señorita*, por costumbre, las pullas cesaron. Era que, a través de sus afeminados modales, vislumbraban el temple de su co-razón.

## III

Malos vientos soplaban para la división del glorioso Las Heras después de los combates de los Potreritos y en Guardia Vieja, a pesar de haber vencido en los dos al enemigo.

El único camino que debía conducirlo a las cuevas de Chacabuco, donde estaba el grueso del ejército a las órdenes del general San Martín, hallábase obstruido por fuerzas de Marcó, en número muy superior a las suyas.

Era necesario emplear algún ardid para salir del paso, y presto fué encontrado en consejo de oficiales.

Se enviaría un parte a San Martín, en el que se le manifestaría que Las Heras con su división y dos chilenas (que en realidad no existían) emprendería marcha al día siguiente y batiría al enemigo para reunirse después con el general en jefe. Este parte caería en mano de los españoles, quienes quizá, no sospechando el ardid, despejarían el camino ante el temor de sufrir una derrota.

Pero para ello se necesitaba un hombre que fuese derecho al sacrificio.

Hubo una lucha de generosidad heroica entre los oficiales, para cumplir el encargo, mas Las Heras exclamó:

—No, señores. Ninguno de Vds. lo desempeñará. La vida de un oficial me es ahora muy preciosa. Irá un granadero.

Hizo formar en cuadro al escuadrón y luego con vibrante acento, exclamó:

—¡Al frente un granadero que quiera morir por la patria!

El escuadrón en totalidad avanzó; pero aventajóles aproximándose al coronel un cabo de aspecto tímido y simpático. *La Señorita*, cuyos galones había ganado en los Potreritos, saludó militarmente, exclamando: — ¡Yo, mi coronel!

—¡Bravo, hijo mío! Pero serás fusilado por el enemigo si te haces cargo de esta misión. ¿No temes a la muerte?

—No, cuando con ella puedo servir a la patria.

—Sígueme, entonces — respondió Las Heras, turbado por la emoción.



#### IV

Una hora después, con instrucciones precisas y con conciencia de lo que ejecutaría, salía *la Señorita* de la tienda de su jefe.

Formados estaban todavía los granaderos y a su vista el heroico joven fué abrazado por Las Heras, quien nuevamente insistió:

—Ya sabes que esto es voluntario... Puedes retroceder...

—Jamás, mi coronel... Adiós.

Y sonriendo, con aquella sonrisa que otrora apagaba las chanzas, pasó al galope por ante el escuadrón, saludándolo con su sable, saludo al que con temblorosas manos respondieron a una todos aquellos gigantes de bronceada tez y fornida presencia.

Siguieron éstos con humedecidos ojos la esbelta figura que por instantes se empequeñecía y que antes de desaparecer en la vuelta de un desfiladero, paróse, y empinándose en los estribos, hizo brillar su sable a los rayos del sol, en postrer saludo a las armas argentinas.

Horas más tarde alrededor del rancho, que casi no probaban, se comentaba la intrepidez de *la Señorita*. Sabían que iba a morir por salvarlos y el arrepentimiento mordía en sus corazones.

—¡Ira de Dios! — rugió el sargento Gómez. ¡Pensar que le hicimos sufrir con nuestras bestialidades! ¡Y ahora va a morir!... ¡Es un niño casi, y por nosotros, colección de viejos cascotes que no valemos las suelas de sus botas!

—¡Quién iba a decir que fuese tan bravo el mocito! — dijo a su lado un granadero.

—¡Quién iba a decir! ¡Bagual! ¡Quién iba a decir que con esa pera de chivo, fueses en cambio, un boricua!... No te faltaba lengua para decirle cosas... Es

que tienen Vds. un zapallo por cabeza. ¡Qué tropilla de caballos!

—Pero Vd., sargento, también lo bromeaba...

—¡Por que yo soy más animal que Vds. todavía!

Y furioso se pegó tal manotón en los bigotes que muchos pelos quedaron en sus dedos.

## V

Al día siguiente, el camino estaba libre y ante el yerto cuerpo de *la Señorita*, atravesado por cuatro balazos, desfilaron a tambor batiente y saludando con sus armas, desde Las Heras hasta el último soldado.

Y cuando llegó el turno al sargento Gómez, una lágrima ardiente quemó sus curtidas mejillas y su sable trazó tan enérgicos y silbantes molinetes, que al azotar el aire, parecía que también azotaba el rostro de los que habían fusilado al glorioso muchacho.

MIGUEL JAUN SARAS.



39.

## PARANDO RODEO

El capataz dió sus órdenes distribuyendo la peonada, con esa estrategia maravillosa del hombre de campo, que no falla jamás en su cálculo, que prevé de antemano el hecho y se precave; había que proceder hábilmente, converger en un punto formándole ala a la hacienda cerril, cortarle la retirada a los matorrales de la costa y sacarla así a la fuerza de sus guaridas.

Partimos a galope; los perros adelante, abalanzándose a la cabeza de los caballos, ladrando alegres, se atropellaban formando movientes pelotones y se precipitaban luego en persecución de las *martinetas* que abandonaban el nido sorprendidas, batiendo ruidosamente las alas hasta perderse en los pajonales lejanos.

Los *caranchos* parados en los gajos de los *seibos*, nos miraban con los ojos redondos y vidriosos; y como al sentirnos cruzar, despertando del sueño indolente,

si olfatearan la próxima *carneada*, con el instinto aguzado de las aves carniceras, lanzaban la nota áspera de su ronco graznido convocando la hambrienta bandada, alzaban el vuelo y seguían a la distancia nuestro derrotero para celebrar su festín sangriento con los despojos de la res.

Al pronto, de la derecha hacia la punta del *espinal* partió un grito, y, casi simultáneamente, como un eco, otro grito resonó a la izquierda: era la señal. Contestamos a nuestro turno y revolviendo los caballos, nos precipitamos al medio del monte, dando gritos estridentes que se mezclaban con los ladridos enfurecidos de la jauría.

Un rumor sordo, semejante al trueno lejano, resonó en la espesura del bosque y cuando llegamos a un claro de los árboles en cuyo centro blanqueaban las playas arenosas de una lagunita, pudimos distinguir algunos animales que huían precipitadamente agitando los ramajes. Era la *hacienda* montaraz que abandonaba su guarida.

Nos detuvimos un momento, a fin de apretar las cinchas por si era necesario enlazar, y no habíamos terminado, cuando uno de los peones nos daba la voz de alerta: — ¡Guardia con el toro! — casi al mismo tiempo que el animal nos embestía, produciendo desparramo general.

Saltamos a caballo, menos el capataz, a quien le llevó el suyo por delante, dándole una feroz cornada en la barriga, que le echó las tripas al suelo. Entonces el toro, al ver un hombre a pie, abandonó el caballo, giró sobre las patas y se quedó plantado castigándose los flancos con la cola y arrancando el pasto con las pezuñas que rascaban el suelo.

Fué una escena estupenda, trágica, que sólo duró breves instantes, pero que no olvidaré jamás.

El toro yaguané, gigantesco, de astas relucientes, con la cabeza erguida, el morrillo cerdoso y los ojos llameantes, frente al gaucho que aguardaba el ataque, sereno, sin pestañear, con el poncho enrollado en el brazo izquierdo y el facón en la mano derecha, soberbio, heroico, aceptando aquel combate inaudito!

El animal bajó la cabeza, cerró los ojos y se precipitó furioso sobre su enemigo; el capataz lo había visto y dando un salto de tigre hacia un lado, le arrojó el poncho que cayó en medio de la frente; al mismo tiempo los perros se lanzaban contra la bestia y la acorralaban, haciéndose rastra de la cola y del pescuezo a pesar de las cornadas que recibían; dos o tres rodaron por el suelo ensangrentados, pero los otros no lo soltaban, gruñendo, rabiosos, enceguecidos, sin largar la presa.

La armada de dos lazos se cerraron en las astas y lo dejaron aprisionado, entre aquellos tientos trenzados que cimbraban, próximos a estallar. El toro sacudía la cabeza, encogía el cuerpo con movimientos rápidos y se venía sobre el lazo al encuentro del caballo preparando la cornada; pero el otro enlazador, desbaratando su intención, sólo le aflojaba unos rollos y antes de que alcanzara, el compañero lo sujetaba violentamente con un tirón de través, y así volvía a quedar aprisionado, lanzando espumarajos de cólera impotente.

Un tercer lazo le pialaba las patas y el capataz tirándole de la cola lo tendía a sus pies vencido para siempre.

Le alcanzaron un hacha y de dos golpes certeros le despuntó los cuernos.

La operación resultó como lo previó el capataz. Ganada la rinconada, batidos de improviso en la boscosa



isleta, acosados por la perrada, los animales se arremolinaron mugiendo y pretendieron huír a lo más espeso de los *sarandisales* de la costa, pero la retirada estaba cortada por los recogedores que corrían de un lado a otro golpeándose la boca en medio de una gritería infernal de voces humanas y de aullidos.

Los toros más ariscos hicieron punta precipitándose por el flanco descubierto hasta la llanura, donde se había mandado echar previamente la *boyada* y las *lecheras* para que sirvieran de *señuelo* y poder llevar así sin dificultad la hacienda matrera hasta la *manguera* del rodeo.

A la tarde, varios de aquellos soberbios animales de lustrosa y manchada piel, estaban mezclados entre los bueyes viejos, con las cabezas gachas, abatidos.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

De "*Recuerdos de la Tierra*".

40.

## HIMNO PATRIOTICO INFANTIL

### *Coro*

¡Ni el Catón más exigente  
dirá nunca, sin mentir,  
que hay un solo doncel argentino,  
ni ancestral, ni holgazán, ni servil!

### *Voces*

Oid mortales el grito sagrado  
de la noble, argentina niñez,

y acoged, cual un voto solemne,  
la infantil profesión de su fe;  
profesión que cantamos en coro  
frente a frente del sol inmortal,  
y es el guante gentil que imponemos  
de los niños del Orbe a la faz.

Somos, sí, la falange más tierna  
de la joven, sublime nación,  
que al brotar de los senos humanos  
cual un beso de amor resonó;  
mas juramos hacerla tan sabia,  
revestirla de tanta virtud...  
¡que a través de los tiempos la llamen,  
la Nación Capital de la luz!

Nuestros padres nacieron muy lejos,  
más allá del abismo del mar,  
bajo tantas banderas distintas  
cual naciones históricas hay;  
Pero vino el Dolor providente  
y al abismo del mar les lanzó...  
¡y el abismo del mar, en sus ondas,  
les condujo a la Tierra del Sol!

A la tierra del Sol y a la Patria  
que hace un siglo fundó San Martín;  
para todos los parias del mundo  
que resuelvan ser hombres al fin:  
a la patria que alzaron los hijos  
del genial, quijotesco español,  
renegando con fibra estupenda  
su gloriosa carnal filiación.

Y aquí están nuestros padres en Ella,  
y hasta muertos, en Ella estarán:  
los patriarcas de un pueblo no pueden,  
cual un rey veleidoso, abdicar.

Engendraron la Plebe Argentina  
y ellos son argentinos, también:  
al pisar esta tierra nacieron,  
para el fin de la Historia, otra vez.

Somos, pues, los geniales artistas  
que han de hacer la final corrección;  
porque somos la stirpe más joven  
del anciano patriarca Dolor;  
porque todas las razas humanas  
por herencia, en nosotros están;  
porque somos la flor de los siglos...  
¡porque somos el hombre cabal!

Otros pueblos reciten su historia  
para darse valor... y seguir:  
nuestra historia es la Historia del Mundo  
y el Humano Ideal nuestro fin.

Nos conduce por ley de atavismo  
la sagaz intuición secular,  
y el menor de nosotros, acaso,  
lleva en germen la Suma Verdad.

Y otros pueblos conciban cual fiera,  
su razón soberana de ser:  
la perfecta noción de la vida  
es hacer de la vida un deber.

No son pueblos las tribus salvajes,  
ni aun armadas lo fueron jamás;

sin una alta razón de humanismo  
no habrá nunca razón nacional

Y esta hermosa Nación Argentina,  
por su enorme conciencia del Bien,  
del supremo Ideal de la Especie  
la suprema expresión ha de ser;  
y lo mismo que todas las cosas  
buscan luz, en el Sol, y calor...  
¡como el Sol ha de ser necesaria  
e intangible ha de ser como el Sol!

*Almafuerte.* (PEDRO B. PALACIOS).

De "*Poesías*".

#### 41.

### EL PAMPERO

No he visto nada tan bellamente trágico en mi vida.  
Fué algo así como una demostración de fuerzas — nubes, vientos y relámpagos — hecha en el espacio, para que la presenciaran los dioses...

Estábamos en un café varias personas. Desde la mesa podíamos contemplar la plaza principal y el cielo pampeano, que es de una inconmensurable y deslumbradora transparencia; un cielo verdaderamente argentino. De pronto, alguien se puso a observar el horizonte, por detrás de la torre de la iglesia, con visible preocupación, como el que presiente la inminencia de un peligro.

Por el Sudoeste, ocupando un reducido espacio de

la atmósfera, un nubarrón obscuro tomaba cuerpo en la lejanía. En el avance, que fué de una indescriptible rapidez, le precedía un escuadrón de nubes blancas, como para alfombrarle de seda el camino. Los árboles, aletargados en la placidez de la tarde primaveral, se estremecieron levemente; y una racha de frío lo invadió todo, desde los seres a las cosas, helándonos las manos.

—¡El pampero... — exclamó en seguida uno de la rueda, poniéndose de pie.

La voz de alarma fué general entre los parroquianos. En un segundo se bajaron las cortinas metálicas y se aseguraron las puertas con barrotes de hierro, mientras todos corrían a presenciar el espectáculo desde los cristales. Aunque nuestro hotel sólo distaba una cuadra de ese sitio, el mozo nos impidió salir, diciéndonos que ya no llegaríamos a tiempo. Y era verdad, pues el terrible soberano de las pampas, ya soplaba sobre la población, en una forma que parecía desafiar a todos los enemigos de la tierra...

La plaza quedó desierta y los transeuntes ganaban el primer zaguán, poco menos que enloquecidos. La campana de la iglesia dió varios toques de alarma y los agentes de servicio hicieron sonar el silbato, para que todos pudieran salvar la vida o los intereses. Fué aquello un segundo de incertidumbre, que se reflejaba en las personas, en las bestias y en los árboles, como si cada cual abrigase el sentimiento de su propia impotencia para luchar con el pampero...

Lo que ocurrió entonces, no puede explicarse sino habiéndolo visto, como sucede con la grandeza del mar, que sólo se aprecia en silencio. El espacio era sombra y estaba poblado de seres vivos, que obedecían a una voz de mando implacable, que ordenaba atacar, sin conmisericordia, arrasándolo todo. Eran escuadrones de triunfo,



una especie de malón indio a punta de lanza, el infierno desencadenado sobre la tierra...

Los árboles de la plaza chocaban hasta hacerse pedazos y las rachas descendían hasta el suelo, como brigadas de héroes que quisieran pelear cuerpo a cuerpo con los enemigos. Y a cada lanzazo, a cada golpe mortal que le asestaban a un vidrio o a un árbol, el alarido de los clarines propalaba el triunfo del combate, en todas direcciones. El estrépito de los cristales, el de las chapas de zinc, el de las puertas, hacían coro a aquel aquelarre de silbidos, dando la impresión de que se hubiera desplomado el cielo.

En el café, los clientes sosteníamos las puertas con los hombros y con los brazos, mientras los más pusilánimes comprobaban por el tacto la fuerza del aquilón, en cada tembloroso sacudimiento de las paredes. Y cuando la lucha estaba en su momento culminante, una formidable racha cortó los cables del servicio eléctrico, dejando la ciudad a oscuras...

Un niño, que intentó cruzar la acera, fué levantado en peso y arrojado a algunos metros de distancia; en una calle central, una chata de carga se estrelló contra un edificio, y, por no citar otros accidentes, agregaré que muchos árboles fueron arrancados de raíz, a pesar de que eran caldenes o eucaliptos.

En los campos, el pampero arrasa ranchos y arboledas, y contra sus iras no queda otro recurso que el de abrazarse a cualquier poste, permaneciendo en el suelo, boca abajo, para no ser ahogado por la arena. Los médanos, a impulso de este terrible vendaval, cambian de ubicación, como si se tratara de hojas secas...

Cuando la tormenta pasó, dejando un frío de muerte en la atmósfera, yo experimenté algo así como un senti-

miento de orgullo, en lo más íntimo del alma, al petisaf  
que el pampero era paisano mío...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

Santa Rosa.

42.

## RIVADAVIA

El recuerdo del gobierno de Rivadavia, los derechos de los pueblos tan altamente proclamados por él, salvaron la moral y la patria: levantaron hombres fuertes que, nunca rendidos, destruyeron de un golpe la obra que las furias del infierno habían levantado sobre las ruinas de Buenos Aires.

Rivadavia, ni en su destierro ni en su muerte dejó conjuraciones. Su poder estaba en la civilización, en la inteligencia, en las libertades sociales, en los ejemplos que legaba a la posteridad.

El gran principio de su gobierno fué la más absoluta moralidad. Jamás el desconocimiento de un derecho, jamás una injusticia. Los enemigos políticos de Rivadavia vivieron completamente tranquilos y seguros. A él jamás le fué necesario un acto de violencia. Llevó al destierro, y lo habrá acompañado hasta el sepulcro, el dulce consuelo de que jamás hizo derramar lágrimas a ninguna familia ni obligó a nadie a abandonar la patria.

Llegado al poder en una larga y desastrosa guerra con los pueblos litorales, y en medio de la más profun-

da anarquía, hizo una paz definitiva, y proclamó por una famosa ley el olvido de los errores políticos, abriendo a todos las puertas de Buenos Aires.

Rivadavia ha sido el verdadero fundador de la libertad de imprenta, pues fué el primer gobernante que toleró sus abusos.

Varió las formas administrativas.

Creó las leyes de retiro y jubilación de los servidores del Estado.

Fundó el Registro Estadístico, el depósito histórico de todos los pueblos de la república. Creó el Museo y emprendió las más importantes construcciones para el adorno de esta ciudad.

Fundó el Departamento Topográfico y el Departamento de Ingenieros, e hizo arreglar a un plan todas las vías públicas.

Estableció los mercados que hoy existen. Creó los cementerios públicos, que antes estaban dentro de los templos o en sus atrios.

Fundó el establecimiento de la vacuna y dió al pueblo este elemento de salud.

Antes que otras naciones nos dieran el ejemplo, él nos mostró que estaba en nuestras manos crear generaciones pacíficas y laboriosas, enseñando y educando a la juventud: que la escuela era el secreto de la existencia futura de los pueblos nacientes. Creó las escuelas de la ciudad y de la campaña.

Fundó las escuelas de niñas y creó la Sociedad de Beneficencia para su dirección y fomento.

A las escuelas siguieron establecimientos literarios para la enseñanza de las ciencias. Rivadavia fundó la universidad; reglamentó los varios estudios que en ella se hacían y trajo de Europa hábiles profesores que dieron a la enseñanza de las ciencias una extensión y ri-

queza desconocidas hasta entonces en las universidades de la América española.

Mandó, en todo el tiempo que estuvo en el gobierno, multitud de jóvenes a educarse a Europa, para cursar estudios que aquí no podían hacerse.

Fundó también el Colegio de Ciencias Morales, donde hoy se educa la juventud de Buenos Aires.

Creó la enseñanza de la medicina; fundó la academia y el tribunal de esta Facultad.

Buenos Aires, en fin, se llenó de establecimientos literarios y científicos.

Rivadavia descollaba en la ciencia de la creación de la riqueza pública. Más de una vez alzó su voz para decirnos que la mayor o menor abundancia de los elementos naturales de la riqueza no determinaba los diferentes grados de prosperidad reservada a las naciones. Para Rivadavia, el hombre moral era el verdadero instrumento de la riqueza pública, y no el hombre y los instrumentos materiales de la naturaleza.

La inteligencia primero que todo. La nación más culta, más civilizada, más inteligente, será siempre la nación más rica y poderosa.

El nos enseñó que la libertad de industria, que la libertad de comercio, eran el primer derecho y la primera necesidad de la especie humana; que los intereses de todas las naciones estaban en la más absoluta armonía; que jamás había antagonismo alguno entre la riqueza de una nación y los progresos de las otras. La fraternidad de la especie humana demostrada por el comercio.

Destruyó el principio de las Corporaciones, la apropiación exclusiva de los elementos de la actividad humana, y declaró libre la industria.

Acabó con las prohibiciones aduaneras, con los derechos repulsivos de los productos extranjeros; bajó los

impuestos sobre el comercio, y creó sobre estas bases un nuevo y desconocido sistema de hacienda, mucho antes que los primeros hombres de Europa levantaran la bandera que Cobden y Sir Roberto Peel hicieron triunfar después en Inglaterra.

Rivadavia comprendió desde el primer día que Buenos Aires tenía en las tierras públicas un poderoso elemento de riqueza, y prohibió desde entonces su enajenación.

Creó el sistema de las concesiones enfitéuticas y puso el orden de las posesiones territoriales, creando por primera vez registros públicos de los terrenos del Estado y de los del dominio privado.

El halló sólo las instituciones del gobierno colonial, y dejó a Buenos Aires como el pueblo más adelantado de la América del Sur. Reconozcamos, ante el mundo todo, que Rivadavia es el creador, es el fundador del orden actual, de las formas administrativas, de los principios de que hoy Buenos Aires puede gloriarse. El, con mil fatigas, con mil contradicciones, venciendo con su carácter y su palabra abusos inveterados, nos abrió el ancho y fácil camino por donde marcharemos. El nos señaló el fin adonde debíamos llegar; la efectiva soberanía del pueblo; la fraternidad con todos los hombres de la tierra; la mejora moral e intelectual de todas las clases; la dignidad humana demostrada por el libre pensamiento, por la libre conciencia, por el libre trabajo, por las garantías de todos los derechos individuales.

DALMACIO VÉLEZ SÁRSFIELD.

De "*Discursos*",



## EN LAS ISLAS ORCADAS

Entramos en el período glacial con el triste recuerdo de aquellas bravas tempestades que tanto perjudicaron los resultados de las observaciones, sobre todo de las biológicas marinas que, debido a la presencia de hielo en el mar, fué imposible llevar a cabo como me lo había formulado anticipadamente. Por otra parte, ya llegaba el invierno; los días eran sumamente cortos y la luz natural tan escasa en nuestra cabaña, al extremo de tener que utilizar la lámpara imprescindible desde las 3 p. m., hasta las 9 1/2 a. m., sean 18 1/2 horas de luz artificial diariamente.

De este modo, cuando en los raros días buenos el cielo se encontraba despejado de nubes, el sol nos visitaba por la ventanita a la una de la tarde; su declinación era tan marcada, que todos los objetos proyectaban a esa hora unas sombras enormes.

En esa estación desaparecen casi todos los elementos que pueden proporcionar trabajo al naturalista, pero ya llegaba también la época en que las borrascas de nieve eran formidables y entonces pasábamos varias horas del día y de la noche en despejar con palas del frente de la cabaña, los médanos de nieve que formaba el viento y que obstruían la salida a cada rato.

La monotonía había llegado al *sumum*; sólo se oía (por efectos de la contracción) el crujido de las maderas del techo de la habitación. Estábamos en el período álgido y el rigor de la estación nos castigaba de lleno.

En el mes de julio, el nivel de la nieve ya alcanzaba al techo de nuestra vivienda y el depósito estaba

completamente perdido bajo un manto blanco. Pasaba el invierno y aumentaba la esperanza al llegar a la primavera, estación, sin embargo, poco halagüeña en aquellos parajes.

Exceptuando las pocas aves que juntan sus amores, no existen allá motivos de regocijo, ni las tibias y verdes praderas, ni los tiernos retoños de nuestras comarcas que tanto alegran el espíritu. Todo sigue siendo lo mismo, desolado, blanco, frío y silencioso.

El tiempo siguió inclemente y peor que en el invierno. Las borrascas de nieve fueron aún más frecuentes y de mayor duración. Cuando este fenómeno acontecía y uno estaba obligado a salir afuera, era preciso cerrar los ojos y andar a ciegas. La visibilidad no alcanzaba algunas veces, a mayor distancia de diez metros, no tanto por la nieve que caía, sino por la que el viento levantaba del suelo.

A cada hora era menester despejar las estrechas ventanas de la cabaña para no quedar a oscuras. El depósito de víveres y carbón varias veces fué llenado de nieve que entraba por las estrechas rendijas de la puerta. A fin de poder retirar lo que necesitábamos del depósito, era necesario entonces romper la puerta a hachazos. Adentro, la nieve se había acumulado hasta el techo y parecía increíble que aquella enorme cantidad hubiera entrado allí por tan estrechas ranuras.

Durante los fuertes temporales el viento forma una especie de olas de nieve poco comunes y que deben ser características de las grandes tempestades. Las pequeñas olas o bancos son más o menos parecidas entre sí; alargadas en el sentido de la dirección del viento y presentando la mayoría de ellas, en la extremidad expuesta al viento, una especie de lengua terminada en punta aguda y encorvada hacia el suelo, formando de este modo

un puentecito. Estos bancos son de consistencia más dura que el resto del campo liso, debido quizás, a que están formados de partículas pequeñísimas de nieve, agrupadas con presión por la violencia del viento. El espesor de estos bancos varía entre 20 y 50 centímetros y sus flancos presentan el aspecto de hojalde o de placas superpuestas, siendo más anchas las que forman la base y estrechándose en forma de pirámide a medida que se acercan a la parte superior. Estas placas son apenas salientes y en algunos bancos casi no se distinguen.

Por fin, a mediados de octubre la vida animal empieza ya a reanimar el país, por más que éste sigue conservando su blanco y frío manto. Pero siquiera se vuelve a una vida de relativo murmullo y movimiento aunque (excepto los penguines) las aves pueden ser contadas. Asimismo el conjunto y la variedad alegraba mucho, máxime después de haber pasado en absoluta soledad un riguroso y largo invierno.

Felizmente, en noviembre terminaron las grandes tormentas de nieve, al propio tiempo que empezó el deshielo. Aquel fenómeno quedó grabado en nuestro recuerdo lo mismo que la huída de un terrible enemigo. Entonces todo destilaba a causa del deshielo, formándose pequeños torrentes en las faldas de la montaña.

También en noviembre pudimos incluir en el *menú* una nueva comida, verdaderamente sustanciosa, como son los huevos de penguin. Y ¡qué deliciosos son en semejantes circunstancias! Por lo tanto dimos un saqueo de 2000 huevos en uno de los criaderos de la isla.

El 31 de diciembre, al caer la tarde, recibimos el aguinaldo de año nuevo. ¡Gloria y contento! Era la corbeta "Uruguay", la mascota polar de la armada argentina, que avanzaba lentamente entre los hielos en demanda del puerto. Hacía dos días que surcaba el *pack-ice* en

su recalada a las Orcadas y fondeó en la bahía que bauticé con su nombre, con el propósito de recogernos y dejar en el observatorio al personal que debía reemplazarnos.

El 1.º de enero de 1905, a las 10 p. m., abandonamos las islas Orcadas, haciendo rumbo al estrecho de Bransfield; pues la "Uruguay" se dirigía al continente antártico en procura de noticias de la expedición del Dr. Charcot.

LUCIANO H. VALETTE.

De "*Viaje a las islas Orcadas*".

44.

## LA PERICANA

(*Recuerdos infantiles*)

... ¡La siesta! Era el terror de nuestras familias. Nos encerraban y saltábamos por la ventana o forzábamos la puerta. Nos reprendía la palabra cariñosa de la madre o la severa y breve amonestación del padre, nos vigilaban, nos suplicaban... ¡Inútil! Cuando el pueblo entero se adormecía postrado por el vaho quemante de la siesta; cuando de entre el ramaje de los árboles salía el ríspido cantar de las chicharras, único ruido que turbaba la calma desfallecida de la tarde; cuando las vibras y los lagartos abandonaban sus madrigueras para ir a regodearse sobre el reseco polvo de los caminos, nosotros, burlando prohibiciones y cárceles, ganábamos los viñedos reverberantes de sol.

Un cañaveral divisorio de las quintas adyacentes ser-

víanos de punto de reunión. E íbamos llegando por turno. La Tijereta, chiquilla de doce años, hija del próximo chacarero, montaraz criatura, crecida como animal silvestre entre los yuyos, capitana de la banda y baqueana incomparable de cuanto intrincado vericuetto escondían los carrizales y las marañas de las cercanías; Felipe, avisado galopín, lector de Robinson y las *Mil y Una Noches*, cuyos cuentos nos relataba; Enrique, Alberto, Eduardo... hasta media docena de forajidos de dos lustros más o menos de edad, que, durante nuestras vandálicas correrías, solíamos entretenernos en devastar los circunvecinos fundos.

La Tijereta nos dominaba. Era ella quien nos obligaba a ser puntuales a la diaria cita. Aquella selvática muchachuela ejercía sobre nosotros esa especie de fascinación que inspiran a sus tropas los grandes capitanes. La admirábamos y la temíamos. Nadie como ella trepaba a un árbol, escalaba una barranca o acertaba una pedrada a treinta metros de distancia. Nadie tampoco sabía castigarnos con más eficacia. Ni las súplicas de nuestras madres, ni las reprimendas de nuestros padres, ni los encierros, ni las amenazas, ni los pescozones, alcanzaban el terrible efecto punitivo de esta sola palabra con la cual la Tijereta fulminaba al desertor de un día cuando se incorporaba a la caterva:

¡Mariquita!

Desde que uno de nosotros había merecido el formidable calificativo, quedaba estigmatizado por una semana. No se le hablaba, no se le señalaba puesto en los asaltos a chacras y parrales, no se le participaba del botín. Si llegaba a clavarse alguna espina o a herirse entre las zarzas, la Tijereta lo abandonaba a su suerte, sin ir, como otras veces, a curarlo. Si se **extraviaba**, debía buscar por sí mismo el buen camino; si el cansancio lo



rendía, nadie lo auxiliaba. — ¡“Mariquita”! Palabra de honor!, era espantoso... Sólo una acción heroica inmediata podía rehabilitar al penado. Para congraciarme con nuestra tirana implacable, tuve yo cierta vez que abatir de un hondazo el pavo real de una vecina. ¡Y cómo rió la Tijereta! Premió mi hazaña con un puñado de ciruelas exquisitas que ella en persona se encaramó a tomar del árbol.

¡Oh, nuestras infantiles excursiones a través de los vastos viñedos sanjuaninos!... Bajo un sol llameante, que inflamaba la atmósfera y achicharraba la tierra, saltando tapias, transmontando cercos, la Tijereta guiaba por senderos misteriosos su escuadrón de pilluelos. Y eran aquellos largos vagabundajes entre cepas y pastizales a caza de pájaros y nidos; eran rudas tareas para construir con cañas y malezas, en cualquier perdido rincón de la ancha viña, un rancho liliputiense, donde descansábamos por grupos, recomfortándonos con uvas de la cercana planta y sandías de la quinta próxima; eran horas de charlas y de ensueños, cuando Felipe nos contaba la historia de Robinson o Alí Babá, que nosotros escuchábamos boquiabiertos, mientras la Tijereta atendía gravemente aquellos inauditos relatos, incomprensibles para su oscura inteligencia de pequeña salvaje.

Luego, al caer la tarde, destrozados los trajes, el rostro encendido, llenas de arañazos las manos, rendidos, temiendo la reprensión segura, regresábamos a las casas. La Tijereta marchaba al frente del pelotón, siempre la primera para vadear el arroyo y trasponer las vallas, la primera siempre en despejar la ruta y orientar el rumbo. En el cañaveral de donde partimos, nuestra capitana nos despidió brevemente:

—Hasta mañana. ¡Ah!, y no falten, ¿eh?

¿Faltar? La tremenda palabra cruzaba por nuestra

memoria: "¡Mariquita!" No; con seguridad, no faltáramos...

Escuchábamos a Felipe aquella siesta. A la sombra de fresca bóveda de pámpanos frondosos agobiados de racimos, recostados sobre el pasto húmedo y mullido, oíamos el cuento de Felipe. Era una historia aterradora... Figuraban en ella ogros y gigantes, genios y dragones. Por eso la atendíamos absortos mientras el sol rutilaba sobre la verdegueante viña. Allí cerca, un pajarillo piaba tenaz y chillón en una cepa.

... "Y entonces el monstruo — decía Felipe — penetró hasta el castillo donde estaban los dos princesitos, para devorárselos..."

Alberto interrumpió. Él había oído a su mamá que un ser prodigioso, asesino y ladrón de niños, la Pericana, moraba en los viñedos y andaba ahora rondando la comarca. Hubo una pausa. Nos miramos sobresaltados... En la vecina cepa, el pajarillo seguía piando burlón y provocativo. Era aquel el ruido único que interrumpía la pesada calma circundante. Felipe prosiguió:

... "Los princesitos se hallaban solos cuando se les apareció el horrible monstruo con cuerpo de gigante, cara de león y largos dientes que relucían en su inmensa boca abierta. Echaba fuego por los ojos, empuñaba en la diestra un gran cuchillo..." El orador nos fascinaba. Latían con violencia nuestros corazones y comenzábamos a sentir miedo. De pronto ordenó la Tijereta:

— Alberto, andá, espantá ese pájaro...

El aludido avanzó hasta la puerta de la rústica glorietta. Pero no alcanzó a salir. Lívido, tembloroso, castañeteándole los dientes, se volvió, y señalando hacia afuera prorrumpió en angustiados alaridos:

¡La Pericana! ¡la Pericana!

Allá, como a cincuenta pasos de distancia, vimos,

¡sí, vimos!, entre las verdes parras, una silueta negra, altísima, de rostro ensangrentado, roja barba y saltados ojos amarillos. Avanzaba despacio, despacio, muequeando espantosamente...

Fué un desbande, una derrota, una fuga de pánico y demencia. Arrastrándonos para escapar de entre los enredados sarmientos, atropellándonos, arañándonos, enceguedidos, desesperados, nos lanzamos fuera y echamos a correr. No supe hasta después qué se hicieron mis compañeros. Yo corrí... corrí... Las ortigas desgarraban mis ropas, las espinas se clavaban en mis pies. Yo corría... corría... Me llevaba por delante bosques de matas bravas erizadas de púas, penetraba como una bala de cañón en los compactos cañaverales, saltaba de un solo impulso los arroyos, salvaba paredes, horadaba cercos... Y por último, jadeante, enloquecido, dando gritos de angustia y de socorro, fui a caer medio muerto entre los brazos cariñosos de mi madre...

Estuve enfermo en cama. Una intensa fiebre se apoderó de mí. Durante mis delirios veía docenas de enlutadas pericanas que danzaban furiosas rondas en torno de mi lecho — y oía sin cesar el pío pío irónico de un invisible pajarillo.

Cuando hube sanado, busqué a la Tijereta:

¿Sabés? — me dijo; — era un peón encargado de la viña... Caminaba con zancos, se había envuelto en una capa y llevaba puesta una careta de carnaval.

—¡Cómo!, pero, ¿y la Pericana? — pregunté.

—¡La Pericana!... ¡Salí diai... ¡Mariquita!...

Casi volví a enfermarme... de vergüenza...

JUAN PABLO ECHAGÜE.

45.

## EL ARADO

Es la hora del trabajo. En la llanura  
De una lívida blancura,  
Tiende el alba su luz pálida de ensueño,  
Como un velo vaporoso,  
Suavemente luminoso  
Extendido en las artísticas vaguedades de un diseño.

Y ya Ervar sueña y trabaja vigoroso  
Empuñando el timón fuerte del arado,  
Que arrastrado  
Por la yunta de robustos  
Bueyes marcha;  
Y Ervar sigue con su paso acompasado  
Mientras crujen sus pisadas en la escarcha;  
En la escarcha que refleja palideces invernales,  
Cuyos lípidos cristales  
Se asemejan, suspendidos  
De las ramas taciturnas  
De los frágiles arbustos,  
A caireles desprendidos  
Por el vuelo de las horas en la fiesta de la sombra,  
A caireles desprendidos de las lámparas nocturnas.

Ervar marcha por la alfombra  
Blanca y fría que el invierno desplegó para su danza.  
— ¡Cómo ríe la esperanza,  
Cómo canta la existencia sus canciones  
Cuando entona su romanza  
Con su acento todo lleno de promesas el trabajo;

Y la vida pasa entonces en un vuelo prodigioso,  
Como un ave cuyas alas son dos alas de ilusiones;  
Y la vida entonces vuela  
Con el ritmo de un poema musicalmente armonioso  
Que un artífice cincela! —

Se abre el surco como un tajo  
Sobre el rostro de la pálida llanura,  
Que escarchada, se asemeja  
A una página muy grande de poética blancura;  
Y parece que la reja  
Con sus surcos paralelos,  
Paralelamente iguales,  
Escribiera allí el poema de sus fervidos anhelos,  
Esculpiera allí un poema en estrofas inmortales.

Cada surco es como un verso,  
Como un verso en el que vibra la canción del universo,  
El poema Germinal;  
Se abre un surco, que es un verso, y se entierra una  
[armonía,  
Y la tierra la fecunda, la convierte en poesía,  
Y alimen a con el jugo de su seno maternal.

Ervar sueña, y nuevos surcos van rasgando la pradera,  
Y trabaja, y el ensueño su trabajo poetiza,  
Y la tierra se desliza  
Fresca y suave por la limpia vertedera;  
Y él ve cómo se armoniza  
El trabajo y el ensueño, como dos extrañas notas  
Que se besan y confunden en un mágico concierto.  
Ervar marcha, y le acompañan dando gritos las gaviotas,  
Que revuelan y se posan sobre el fresco surco abierto.



—¡Oh! también tu alma es un campo misterioso:  
Labra Ervar con noble empeño,  
Que también tu alma es un campo misterioso  
Donde traza grandes surcos un arado luminoso:  
El arado del Ensueño;  
Y un labrador silencioso  
Siembra puras ilusiones,  
Que retoñan y que tienen primaveras  
Breves, breves, pero llenas de canciones,  
Breves, breves, pero llenas de quimeras.

Ervar canta:

—Noble arado, tú eres fuerte;  
“Sí, más fuerte que la espada fraticida;  
“Esta mata, tú redimes;  
“Tus conquistas son más grandes, más sublimes;  
“Las cosechas de la espada son cosechas de la Muerte,  
“Tus cosechas son las mieses opulentas de la Vida.

“Si fulguran las espadas es que el odio las inflama;  
“Y cuando odian se enrojecen  
“En los trágicos encuentros de la guerra;  
“Y tú brillas, noble arado, y tus rejas resplandecen  
“Como espejos que ha bruñido la caricia de la tierra;  
“De esa tierra que fecundas  
“Con tu beso;  
“De esa tierra que te ama  
“Porque sabe que en tus líneas paralelas y profundas  
“Vas trazando la leyenda del progreso.

“Das impulso a las pacíficas empresas,  
“Y a tu paso, el virgen seno  
“De los campos se abre lleno  
“De promesas.

“¿Ves los cisnes en el lago,  
“Pensativo,  
“Como un alma aprisionada por cruel melancolía?  
“¿Ves los cisnes cómo al vago  
“Resplandor astral navegan? Son arados de poesía  
“Sobre un campo de cultivo.  
“Van abriendo leves surcos, y en sus rastros  
“Los fulgores de los astros  
“Siembran tenues, siderales armonías;  
“¿Oyes cómo canta el lago sus querellas?  
“Esas dulces elegías  
“Son las lánguidas canciones que han sembrado las es-  
[trellas.

“Es el campo como un lago, cuyas ondas  
“Se durmieron con el sueño de la muerte,  
“Y que esperan la audaz quilla  
“Que las surque y las despierte;  
“Y tú pasas, se abre el surco que recibe la semilla,  
“Y la tierra se despierta de sus hondas  
“Somnolencias; su armonía se levanta  
“Y el poema de las blondas  
“Mieses canta”.

Ervar sueña, y su trabajo la llanura fertiliza;  
Ervar canta, y nuevos surcos van rasgando la pradera,  
Y la tierra se desliza  
Fresca y suave por la limpia vertedera;  
Y revuelan en bandadas sobre el surco las gaviotas  
Dando al aire el eco alegre de sus notas.

CARLOS ORTÍZ.

De “*El Poema de las Mieses*”.

46.

## EL ARTISTA INDIO

(Tradición popular)

Paseábase cierto día del año del Señor de 1780; un buen fraile del hábito de la Merced, acompañado de un indio misionero, excelente y hábil escultor, educado en las Misiones jesuíticas del Paraná. La brisa de la tarde y la apacible tranquilidad de la vida colonial daban a los moradores de la ciudad y sus alrededores un aspecto familiar y sencillo. El reverendo padre se dirigía a las quintas, que en aquella época no distaban muchas cuadras de su convento, y caminaba por la calle hoy de la *Florida* en alegre charla con el indio, cuyas chuscadas hacían reír sin embozo al bien mantenido fraile.

En aquellos buenos tiempos de holganza, se dormía la siesta patriarcal, y luego se descansaba todavía de la pereza del sueño, bebiendo el sabroso *mate* de la celebrada *yerba* del Paraguay. El fraile, que no carecía de chispa y buen humor, decía sus agudezas a las lindas muchachas que a la puerta de sus casas se divertían en mirar la soledad de las calles, llenas de polvo a la sazón, si la lluvia no lo aplacaba, pues de cierto no era el tráfico el que lo levantaba, sino el viento juguetón o el temido huracán.

El reverendo padre y el indio continuaban su camino, no sin pensar este último en sus adoradas libaciones, pues amaba sobre todas las cosas el zumo fermentado de la uva y tributaba ferviente culto al mitológico Baco, a pesar de su origen pagano, y de ser él oriundo de las jesuíticas misiones. Era aquella una flaqueza que

no pudo nunca dominar, y no cuenta la crónica tampoco que lo intentase con firme voluntad y empeño. Desgraciadamente las divinidades paganas no carecen de adoradores, al menos cuando su culto es placentero y halaga la pasión del individuo.

De repente el indio detuvo su paso y se quedó extasiado contemplando un frondoso árbol a cuya sombra tomaba el mate una familia del pueblo pobre. Crecían en aquel sitio las yerbas olorosas, los arbustos y los árboles silvestres; la mano del hombre había aún desdeñado derribar esas galanuras de la naturaleza. La heredad estaba situada, según la tradición, entre las calles que hoy llamamos *Paraguay* y *Charcas*, dando frente a la calle Florida. Todos aquellos lugares se disputaban la virgen poesía de la selva primitiva, y las habitaciones estaban sombreadas por añosos árboles o rodeadas de altas yerbas, menos el limpio patio que sin enladrillar era sin embargo el sitio de la charla y del mate de la tarde.

—¿Qué miras? — le dijo el reverendo.

—Ese árbol, padre.

—Y ¡bien! ¿No has visto más hermosos que éste en los magníficos y seculares bosques de tu país?

—Sí, padre, los he visto más elevados, mejores y más frondosos, pero ese árbol es excelente para tallar una estatua. ¡Qué hermosa efigie haría de su tronco!

El indio contemplaba con creciente interés el árbol que le había sugerido aquella idea, y en su mirada ardiente creyó vislumbrar el fraile la inspiración del artista. Volviéndose entonces hacia el indio, le dijo:

—Lo compraré, si quieres trabajar una efigie para el convento.

—De su tronco puedo tallar una estatua sentada. La naturaleza, parece, ha imitado en su forma un hombre en esa posición, — balbuceaba en voz baja el indio preo-

cupado; y dirigiéndose con resolución al padre, le contestó:

—Haré la efigie del Señor de la Humildad y Paciencia.

La inspiración del genio había iluminado el alma del artista, y las facciones del indio misionero se revisitaron del aspecto imponente de la verdad, bajo la certidumbre de realizar la creación de su imaginación.

El reverendo enmudeció, y se dirigió resueltamente hacia el sitio donde aquella familia estaba, la cual se puso toda de pie al ver entrar en el hogar la visita inesperada de un mercenario, cuyas blancas vestiduras daban a aquel hombre un aspecto venerable.

—Buenas tardes les dé Dios, hijos míos,—les dijo.

—Buenas tardes, padre, — contestaron en coro, menos los chiquillos, que se detuvieron en sus juegos para arrodillarse, tal era el tradicional respeto que entonces se tributaba a los miembros de las comunidades religiosas de la colonia.

—¿Queréis venderme ese árbol? — dijo el fraile con resuelto acento.

—Reverendo padre, contestó el jefe de aquella honrada familia, a su sombra juegan nuestros hijos, yo jugaba también siendo niño, cuando mi madre se sentaba a tejer. Quiero a ese árbol como a un compañero de la infancia, como a un viejo amigo del hogar. Entrad y cortad todos los árboles y arbustos; ¡todos, padre, pero no me pidáis ése!

Había en la palabra franca de aquel hombre sencillo una expresión tan pura y una ternura tan natural y respetuosa al santo recuerdo de su infancia y de su madre, que a su pesar el fraile se acordó también de la suya. ¡Quién no se enternece al recordar la madre, si ésta *duerme a la sombra de los muertos!*



Hay seres, empero, que no los conmueve ni el amor de madre, y son aquellos cuyo corazón ha helado la avaricia. ¡Malvados! ¡Vivirán acumulando oro sin quedar nunca hartos, pero la felicidad huirá de su hogar espantada por su egoísmo y aterrada por su impiedad!

¡El dedo de Dios marcará la frente a los réprobos!

El reverendo sacerdote sentóse sin ceremonia en medio de aquella familia modesta, pero honrada, aspirando con avidez el suave aroma de las flores y gozando del espectáculo de la tranquilidad, de la dicha, si en el mundo es posible encontrarla. El padre, la madre, los hijos, estaban allí reunidos bajo el árbol secular del hogar; en sus semblantes se pintaba la bondad de sus corazones, y en sus miradas se veía la limpia pureza de sus sentimientos.

¡Benditos sean los que inspiran a sus hijos la virtud por medio del ejemplo!

El mercenario explicó entonces que deseaba comprar ese árbol para que de su tronco hiciese el tallista misio-nero José, una efigie para su convento. Cuando supieron el propósito, se prestaron deferentes a que el hacha derribase a aquel compañero de la familia que iba a transformarse en la imagen de la paciencia y de la humildad, bajo la figura del Cristo resignado a la maldad de los hombres y a la injusticia de su tiempo.

Al día siguiente, el árbol fué despojado de sus ramas frondosas, y luego el tronco se inclinó por el golpe del hacha, que lo derribó al fin. El indio José dirigía el trabajo, y eligió el trozo del cual iba a tallar la efigie que había concebido en el paseo de aquella tarde.

Dominado por la inspiración, olvidóse de las libaciones y trabajó con empeño, con entusiasmo y con amor, en dar a aquella madera las formas y la expresión humanizada de la resignación y la humildad. Concebido su

plan con acierto y verdad, los instrumentos del hábil tallista iban mostrando a los ojos benévolos del reverendo padre, la realización de su promesa y de su idea. Al fin de un trabajo asiduo, vió toda la comunidad la obra del indio terminada. Era en realidad una obra de mérito artístico, una preciosa adquisición para el convento.

VICENTE J. QUESADA.  
De "*La Revista de Buenos Aires*".

47.

## A LA PATRIA

### *Invocación*

Ayer el sacrificio; hoy el trabajo; mañana la gloria. Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

¡Inspíranos, oh madre, la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana! ¡Oh, patria inmortal de los argentinos!

LEOPOLDO HERRERA,

## PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,  
Patria es la tierra donde se ha soñado,  
Patria es la tierra donde se ha luchado,  
Patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,  
La cruz del cementerio abandonado,  
La voz de los clarines, que ha rasgado  
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino  
Que en el enorme piélago sonoro  
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera  
Que ciñe con relámpagos de oro  
El sol, como una virgen cabellera.

## TIERRA PROMETIDA

¡América! ¡Se anuncia el nuevo día  
En que el Arte y la Ciencia te den Gloria!  
Será del pensamiento la Victoria,  
No la victoria de la guerra impía.

La voz del porvenir es la voz mía;  
Mi palabra augural no es ilusoria;  
Hecha de luz y lágrimas, tu historia  
Habla en mí, con fervor de profecía.

El viejo mundo se desploma y cruje...  
El odio, entre la sombra, acecha y ruge...  
Una angustia mortal hiere la vida...

Y como leve arena que alza el viento  
A tí vendrán el paria y el hambriento,  
Soñando con la 'Tierra Prometida'!

LEOPOLDO DÍAZ.

De "*Atlántida Conquistada*".

48.

## AMEGHINO

(*Anécdota narrada por don Florencio de Basaldúa*)

Desde la calle Rioja 55, en el Once de Septiembre, me eché a andar en busca de una librería, asunto difícil en aquel barrio de trigos y harina, de maíz morcho y amarillo, de lino y cebadas, de cueros y lanas, garras y grasas y cuanto produce el país, que es mucho.

Al fin, después de trotar una porción de cuadras, mirando muestrarios y letreros, recibiendo cientos de codazos de aquel hormiguero de transeuntes, oyendo hablar en todos los idiomas del mundo, desde el criollo más *acriollao* de los troperos, y el *tano* más sonoro de los hijos de Nápoles, hasta el áspero alemán y el conciso inglés—una Babel, en fin—llegué por la calle Rivadavia abajo, hasta el mercado de su nombre, y, enfrente, ¡al fin! bajo un cuadro enorme representando un animal monstruoso, mis ojos leyeron este lema: *Librería del Glyptodón*. Y entré.

Era una pieza de cinco metros de frente por unos tres de fondo, dividida en dos por un mostrador de pino, y llenas las paredes de estantes donde había algunos libros escolares, novelitas de Kock y de Gutiérrez, algunas pizarras y reglas, y cartabones de geometría; y en una vidriera adyacente a la puerta de entrada con frente

a la calle, algunos libros de los citados y—lo que llamó grandemente mi atención—varios tomos del sabio naturalista Ameghino, descoloridos por el sol, polvorientos, revelando ese conjunto característico de libros que no se venden... porque no se entienden.

Este rápido examen lo hice mientras al ruido de mis palmadas se abría la puerta de comunicación con el interior de la casa, apareciendo en el umbral un hombre joven, de rubia y rala barba, blanco, grueso, con esa gordura linfática de las personas que hacen vida sedentaria, cubierto de cuello a pies con un gran delantal de lienzo blanco, que con amable entonación me dijo:

—¿Qué desea, señor?

—Sobres y papel blanco, fino, para esquelas.

—No es muy fino el que tengo, el barrio no lo exige, pero voy a mostrárselo y usted verá si le conviene.

Y dirigiéndose, en francés, a otra persona que yo no divisaba, pidiéndole buscarse el papel y sobres, desapareció en la habitación inmediata.

Esta vez la puerta dejó una rendija entreabierta y pude ver que, bajo de una mesa formada por dos largas tablas de pino blanco, había una cantidad de huesos, lo mismo que contra la pared hasta la altura de un metro; y yo no sé por qué extraña asociación de ideas, entre la pobreza de la librería que no valía quinientos pesos, el largo mandil del dueño de casa, los huesos amontonados y el olor de carne aireada que llegaba desde el frontero mercado Rivadavia... se me ocurrió que el dueño de casa era, más que librero, un honrado industrial que hacía grasas o aceite para máquinas de coser, con médulas de "caracú".

Como demorasen la busca del papel, dirigí la vista a mi derecha, hacia el único sitio que aun no había inspeccionado, y vi, dentro de un *aquarium* de cristal, ador-



ñado con piedrecillas brillantes y plantitas acuáticas, vi la cosa más rara que mis ojos vieran, vi... un pez que *caminaba* unas veces y *nadaba* otras.

Pensé que el animalito tenía gran importancia para el estudio de la zoología, y que era el lazo de unión entre los peces y los reptiles, algo así como una resurrección en pequeña escala de aquellos saurios gigantescos, Ictiosauros, Plesiosauros y Poekloplerontes, o como el perdido Antropopyteco que, al decir de los naturalistas, es el anillo que falta en la cadena de los seres para unir el mono con su ilustre descendiente el *homo sapiens*, u hombre, por mal nombre, y decidí comprarlo a toda costa.

Naturalmente que pensé regalárselo a Ameghino, el sabio argentino que tan admirado me tenía, para que él lo analizara y dedujera su valor científico, haciéndolo conocer al mundo entero.

Estas imaginaciones trotaban en mi cerebro cuando la voz del dueño de casa me trajo a la realidad.

—No tengo más papel que éste—dijo, mostrándome unos pliegos, y añadió, al ver que yo no oía sus palabras, absorto en la contemplación del raro pez:—Puede usted sacarlo del *aquarium*, es muy resistente a la asfixia, y en la mano podrá examinarlo a su placer.

—Lo que quiero es comprárselo: doy por él diez pesos. ¿Le conviene, verdad?

No, señor; no deseo venderlo.

—Pues le daré a usted veinticinco pesos—, le dije yo, creyendo deslumbrarlo con tanto dinero.

—No, señor; no deseo venderlo—, repitió.

Le miré fijamente; permanecía serio, sereno, mientras a mí se me alborotaba la *baskada*, y un ligero temblor de todo el cuerpo, como los relámpagos en las nubes, presagiaba la tormenta de mis nervios, próximos a estallar.

Hice un esfuerzo aún, pensé que un “comerciante” hacía bien en explotar el bolsillo de un cliente, máxime cuando se trataba de un ejemplar más raro que un cuadro de Murillo o de Van Dyck y de un *amateur* tan zorzo como yo; así que le dije, sonriéndole semi-desprecia-tivamente en sus narices:

—Muy bien, señor; no desea usted venderlo en veinticinco pesos porque desea cincuenta, ¿verdad? Pues aquí los tiene usted, me llevo el pez.

—Perdone, señor, pero ni en veinticinco, ni en cincuenta, ni en...

—¡Ah!—exclamé colérico—. Con que ni en veinticinco, ni en cincuenta, ¿no? ¡Muy bien! ¡Es usted un “gringo” muy vivo!—Y echando mano al bolsillo, saqué un billete de cien duros, y añadí con sorna:

—No vale su pez diez centavos para usted, ni para mí, que somos un par de ignorantes; pero le pago mil veces su valor: ¡le doy cien duros!, porque quiero regalárselo a un sabio, a un sabio—repetí ahuecando enfáticamente la voz—, que lo estudiará y servirá a la ciencia, mientras que...

—Perdone, señor,—me interrumpió—. ¿Quiere usted regalárselo a un sabio? ¿Sí? Pues, entonces, no hay necesidad que desembolse usted ni cien pesos, ni un centavo: yo se lo cederé gratis. Pero, disimule mi curiosidad: ¿quiere usted regalárselo al doctor Burmeister?

—No, señor; quiero enviárselo a un joven a quien admiro por su sabiduría, al señor Florentino Ameghino, que...

—Servidor de usted.

—¡Cómo! ¡Usted... es Ameghino!... ¡“Tableau”!

De “*Vida y obras del sabio Florentino Ameghino*”,  
por Alfredo J. Torcelli.

## LOS ELEGANTES EN LAS ALDEAS DE LA COLONIA

La escasez en todo lo relativo a los trajes durante el régimen colonial fué en muchos casos extrema, sobre todo en la región argentina. En los pueblos del Pacífico tenían más riquezas, no solamente por la cantidad de metales y minas que encontraron los conquistadores, sino también porque allá estaban todas las corrientes del comercio y los indígenas habían alcanzado grandes adelantos en la industria de los tejidos.

En algunas regiones argentinas más próximas a los distritos mineros del Perú y del Alto Perú, los peninsulares gastaron en realidad un lujo extraordinario; pero en las ciudades del litoral, si no faltó todo, sintieron en muchas épocas escasez. Lo más caro siempre fué el artículo destinado a los vestidos. Desde luego no hubo lujo, ni se conocieron las pintorescas solemnidades, comunes desde un principio en Lima.

Los hombres mejor provistos de trajes en el Río de la Pla'ta fueron aquellos que vinieron en la expedición de don Pedro de Mendoza, en 1536. El maestre de campo don Juan Osorio, hermoso joven con el prestigio de un valor probado, cuando lo ejecutaron—diríamos mejor “asesinaron”—en Río de Janeiro el 3 de diciembre de 1535, por orden del Adelantado Mendoza, estaba vestido “con calzas y jubón de raso blanco, colete requemado con cordones de seda, gorra de terciopelo y camisa labrada con hilo de oro”.

Tanto los capitanes, como los soldados que quedaron en la región argentina, de ésta y otras expediciones, tuvieron que sufrir las consecuencias de su aislamiento.

El Atlántico estaba cerrado para ellos, la tierra era pobre y los indios, excepción hecha de la caza y de la pesca, no tenían otros recursos, ni mayores habilidades.

Entre muchos documentos de la época, se conocen cartas de hombres y de mujeres con relaciones circunstanciadas de lo que habían sufrido por carecer de ropas y otras cosas necesarias en la vida civilizada. Por no tener navajas ni tijeras los españoles, usaron el pelo largo, y lo mismo las barbas, y no era pequeño el inconveniente que les resultaba por no tener peines.

Las mujeres, para cuidar la escasa ropa, tuvieron que emplear tejidos de palma, y la imaginación, sin tener vuelos fantásticos, puede reconstruir aquellos cuadros. Siglo y medio después (1690), aunque las provisiones no eran muy notables, la gente distinguida gozaba de relativas comodidades. La falta de numerario autorizó el pago de tributos en frutos y artículos de la tierra, y acaso a esa circunstancia se debió también un relativo progreso en la fabricación de telas de algodón que eran las que servían para los trajes y vestidos.

Los elegantes eran los funcionarios de la administración, y éstos se revelaban celosos por sus exterioridades de señorío. Si un pobre de la época (siglos XVII y XVIII) hubiese salido con trajes como los que usaban “los señores de la nobleza”—así rezan las crónicas—lo habrían desnudado en las calles y por imprudente audacia habría sufrido también una prisión. Podríamos citar casos muy curiosos: ruidosas sesiones capitulares en las que se dictaron prohibiciones de carácter personal para hombres y mujeres que vestían trajes de seda “sin poderlo hacer por ser indios o mulatos”.

Los trajes que llevaban los elegantes eran diferentes según el carácter de las funciones oficiales o recepciones; en la vida ordinaria usaban todos vestidos humil-

des, generalmente casacas y calzones largos de algodón y birretes de la misma tela.

Los sombreros de fieltro o castor usados en los dos siglos XVII y XVIII, eran generalmente blancos, y en el sitio donde se colocaba la cinta o el cordón, llevaban una guarnición de hilo de oro o de plata. Cuando salían con capa los peninsulares, a diferencia de la moda en España, llevaban, dice Ulloa, "una casaca larga, hasta las rodillas, con manga ajustada, abierta por los costados, sin pliegues y llena por todas las costuras del cuerpo y mangas de ojales y botones a dos bandas, que les servían de adorno".

La gente del pueblo, en vez de sombrero usaba un pañuelo de algodón. Esa costumbre se observa todavía en algunas aldeas españolas.

En cuanto a las mujeres, léase lo que al respecto dice el mismo autorizado viajero que hemos nombrado, quien conoció todas las ciudades americanas del siglo XVIII.

"El vestuario que usan las señoras de distinción—habla de una rica ciudad del Pacífico,—consiste en un *Faldellin*; en lo superior del cuerpo la camisa y tal vez un jubón de encaje desabrochado y un *rebozo de Balleta* que lo tapa todo y no tiene otra circunstancia que varn y media de esta tela en la cual se lían sin otra hechura que como se cortó de la pieza. Gastan muchos encajes en todas sus vestiduras y telas costosas en los adornos o guarniciones de las que tienen de lucimiento. El peinado que acostumbran es en trenzas, de las cuales forman una especie de rodete, haciendo cruzado con ellas, en la parte posterior y baja de la cabeza; después dan dos vueltas con una cinta de tela, que llaman *Balaca*, alrededor de ella por las sienes, formando un lazo de sus puntas en uno de los lados, el cual acompañan con diq-



*mantes y flores* y queda muy airoso el tocado. Usan de manto algunas veces para ir a la iglesia y basquiña redonda, aunque lo más regular es ir con *rebozo*".

Los indios, indias y mestizas que tenían algunos recursos, además de sus vestidos, "aumentaban el señorío con el calzado", lo que no era muy común porque éste era bastante caro y los zapateros generalmente viciosos, dándose casos de que funcionarios de la colonia encerraron en una pieza al obrero y lo trataron a pan y agua hasta que diera término a un par de zapatos que le habían encargado.

En el siglo XIX la revolución emancipadora en el Virreinato, determinó en las altas clases pocas variaciones a este respecto: pero uno de los que conservaron el esmero colonial en su vestir, fué don Bernardino Rivadavia, de quien, recordando algunos datos apuntados por Moreno, dice don Vicente Fidel López:

"El señor Rivadavia vestía correctamente y con esmero. La casaca redonda y el espadín del traje de etiqueta oficial que de diario llevaba cuando ejercía algún puesto público, el calzón tomado con hebillas y la media de seda negra, ponían en evidencia la escasísima armonía de la figura, sin que él lo tomara en cuenta, porque vestía con más arreglo a su decoro que a su persona".

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE.

De "*Páginas Argentinas*".



50.

## EN EL HOGAR

(AT HOME)

Bella es la vida que a la sombra pasa  
Del heredado hogar; el hombre fuerte  
Contra el áspero embate de la suerte  
Puede allí abroquelarse en su virtud;  
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,  
Si el aéreo castillo viene abajo,  
Queda la noble lucha del trabajo,  
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda  
Vuestra madre también ¡fiel compañera!

Y levantad a Dios con fe sincera  
Vuestra ferviente, cándida oración;  
El es quien nos reúne y nos escucha,  
Quien puso en vuestros labios la conrisa,  
Da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,  
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio  
Ansío rodearme de cariños;  
La serena inocencia de los niños  
De la herida mortal calma el dolor.  
Es para el porvenir dulce presagio  
Que al hombre con el mundo reconcilia,  
El ver crecer en torno la familia,  
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,  
Aspiren a las pompas de la tierra;  
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra  
Llene de encono el bárbaro adalid;  
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:  
Amar la caridad, amar la ciencia;  
Puras las manos, pura la conciencia,  
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre  
El sendero del bien; nada amedrente  
Al varón justo, al ánimo valiente  
Que fecundiza el suelo en que nació;  
La libertad amemos por costumbre,  
Por convicción y por deber; en ella  
El despotismo estúpido se estrella:  
¡La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez a sus padres denodados!  
 Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;  
 Hoy descansa su espíritu en el cielo,  
 Noble atleta vencido por la edad.  
 ¡Venid en sus recuerdos impregnados,  
 Y llena el alma de filial ternura,  
 Su venerada, humilde sepultura,  
 Con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él, y cuando un día  
 Emprenda yo mi viaje sin retorno,  
 Erigidme una cruz y de ella en torno,  
 Sin una mancha en la tranquila sien,  
 Llenos de paz, radiantes de armonía,  
 Podáis decir de vuestro padre amado:  
 Latió en su pecho un corazón honrado,  
 No fué un prócer—fué más,—¡hombre de bien!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

De "*Hojas al viento*".

51.

## LUCIA MIRANDA

Había entre los españoles una dama llamada Lucía Miranda, mujer del valeroso Sebastián Hurtado, y ésta era la que a los principios, con su agasajo, abría en el bárbaro Mangoré una herida que jamás había de curar. No fueron después tan secretas las inquietudes del cacique que no las advirtiese la Miranda. Con suma

discreción procuraba ocultarse de sus miradas. En el fervor de su pasión Mangoré no dejaba de advertir que no valdrian remedios ordinarios a un mal casi desesperado. Llamó a consejo a su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de su delito. Después de una porfiada disputa en que Siripo manifestó el despejo de su razón, por último, a fin de huir la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, menos de Lucía, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de héroes. Una traición era lo único a que podía apelar, porque un traidor era sólo lo que en estos tiempos temía un español.

Sabía Mangoré que el capitán Rodríguez Mosquera, o, como dice Ruiz Díaz, el capitán García con 50 de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comisión de buscar viveres para la guarnición, extremosamente debilitada. Con toda diligencia puso sobre las armas 4.000 hombres, y los dejó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al abrigo de la noche. El, entretanto, seguido de 30 soldados escogidos y cargados de subsistencias, llegó hasta las puertas del baluarte: después aquí, con expresiones blandas de la simulación más estudiada, ofreció a Lara aquel pequeño gaje de su solícito buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, y, por otra parte, hubiera creído hacerse responsable a su nación enajenando con ellos un buen aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento más ingenuo; pero algo más se prometía el pérfido Mangoré. La proximidad de la noche y la distancia de su habitación le daban derecho a esperar para sí y los suyos una hospitalidad proporcionada al mérito contraído. No le engañó un deseo que



era tan propio a la nobleza de Lara. Con suma generosidad les dió acogida bajo unos mismos techos; y mezcladas unas gentes con otras, cenaron y brindaron muy contentos como si ofreciesen sus libaciones al dios de la amistad. Cansados del festín, se retiraron. El sueño oprimió a los españoles y les dejó a discreción del asesino. Mangoré, entonces, comunicadas las señas y contraseñas, hizo prender fuego a la sala de armas; abrió a sus tropas las puertas de la fortaleza, y todos juntos cargaron sobre los dormidos, haciendo una espantosa carnicería. Los pocos que de los españoles, como Pérez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas, vendieron muy caras sus vidas. Lara, con un valor increíble, repartía en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia; respirando estragos y venganza, buscaba diligente con los ojos a Mangoré: al punto mismo que lo vió, se abrió campo con su espada por entre la espesa multitud, y, aunque con una flecha en el costado, no paró hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfacción de dar el último suspiro sobre el bárbaro, y saber que en adelante no gustaría el fruto preparado por la más vil de las traiciones.

Ninguno escapó la vida en esta borrasca, a excepción de algunos niños y mujeres, entre ellas Lucía Miranda, víctima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados a presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangoré. Una centella escapada de sus cenizas incendió el alma del nuevo cacique en el momento mismo que vió a Lucía; él consintió de pronto que aquella cautiva haría el dulce destino de su vida. Se arrojó a sus pies, con todas las protestas de que es capaz un corazón que hervía; le aseguró que era libre, siempre

que condescendiese en hacer felices sus días con su mano. Pero Lucía estimaba en poco, no digo su libertad, mas aún su vida, para que quisiese salvarla a expensas de la fe conyugal prometida a un esposo que adoraba. Con un aire severo y desdénso rechazó su proposición, y prefirió una esclavitud que dejada entero su decoro.

Siripo encomendó al tiempo el empeño de vencer su resistencia, lisonjeándose de que la misma fortuna era su cómplice. Al siguiente día de la catástrofe volvió al fuerte Sebastián Hurtado. Su dolor fué igual a su sorpresa cuando, después de encontrar ruinas en vez de fortaleza, buscaba a su consorte y sólo tropezaba con destrozos de la muerte. Luego que supo que Lucía se hallaba entre los timbúes, no dudó un punto entre los extremos de morir o rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos y llegó hasta la presencia de Siripo. Jamás un alma sintió con más disgusto la acedía de los celos, como la de este bárbaro a la vista de un concurrente tan odioso. Su muerte fué decretada inmediatamente. Bien podía Lucía tener preparada su constancia para otros infortunios: todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro de una vida que estimaba más que la suya. Renunciando por esta vez al tono altivo que inspira el heroísmo, tomó a los piés de Siripo el de la súplica y el ruego a favor de su marido. Ella consiguió la revocación de la sentencia, pero bajo la dura condición de que eligiese Hurtado otra mujer entre las doncellas timbúes. Acaso por ganar partido en el corazón de Lucía, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal cual vez. Pudo ser también que en esto tuviese mucha parte el artificio, y que fuese su intención ponerles asechanzas, sabiendo cuánto irrita a las pasiones una injusta prohibición. Lo cierto es que, habiéndoles sor-

prendido en uno de aquellos momentos en que, consolándose mutuamente, hallaban la recompensa de sus penas, mandó que Lucía fuese arrojada a una hoguera, y que, puesto Hurtado a un árbol, muriese asaeteado. Uno y otro se ejecutó en 1532.

DEÁN G. FUNES.

De "*Ensayo de Historia Civil*".

52.

## EL OMBU

El ombú, árbol peculiar de esta parte de la América del Sud, pertenece al género *fitolaca*, especie *dioica*, cuyo nombre griego significa "dós casas", pues estos árboles tienen la particularidad de ser unos masculinos y otros femeninos.

El ombú, cuyo nombre botánico es *picurnia dioica*, es el árbol del pueblo pastor, a quien ofrece sombra y casa en medio de nuestras pampas o llanuras, donde se cría solitario y nunca en montes; debido a que es una planta *dioica*, es decir, que tiene los sexos separados en individuos distintos.

Uno de los caracteres de este árbol es la longevidad. No se conoce el término de su vida. Nadie ha visto un ombú seco de vejez, y además de esta extraordinaria longevidad, tiene tal fortaleza que no hay huracán que lo derribe, ni sequía o fuego que lo destruya. Sin duda, en sus abultadas raíces tiene un depósito de jugos que absorbe en los días de humedad.

El ombú refrigera con la frescura de su sombra a

los hombres y animales, cuando el sol abrasa la tierra con sus rayos, y no es cierto lo que se ha dicho que su sombra produce dolor de cabeza. Posee, entre otras propiedades medicinales, atribuídas a sus hojas, la de mitigar los dolores de cabeza y también la de preservar de la insolación. El jugo del árbol se ha empleado antiguamente como remedio eficaz para la embriaguez.

El zumo de su fruta se emplea para quitar manchas a la ropa, y todo el árbol, por su naturaleza acuosa y su elevación, colocado cerca de una casa, sirve de pararrayo natural.

Todas estas propiedades tiene este precioso árbol, aparte de la que posee la generalidad, de purificar el aire y exhalar oxígeno.

No hay árbol que le aventaje en belleza, frondosidad y majestad a nuestro ombú tan admirado por los extranjeros.

La patria de este árbol ha sido, hasta hace pocos años, todo un problema, pues no ha faltado quien lo considerara como europeo; pero en 1878, el sabio Dr. Carlos Berg hizo un prolijo estudio, después del cual llegó a la conclusión de que el “frondoso y bizarro árbol”, como él lo llama, procedía de las islas de la laguna Iberá en Corrientes, con lo cual puso término a las opiniones y dudas hasta entonces existentes.

Se creía que era introducido de España porque allí hay ejemplares en la región de Andalucía, donde se le conoce por “bella sombra”; pero en estas páginas, por primera vez, se va a publicar cuándo y por quién fué exportado allí, valiéndonos de un dato inédito tomado del archivo de correos, que ha tenido la gentileza de facilitarnos el distinguido bibliófilo Dr. José Marcó del Pont, quien nos informa al respecto:

“Por pedido de los administradores generales de co-

“reos de Madrid, D. Manuel de Basavilbaso, administrador de los mismos en esta ciudad, remitió en 1775, “semillas y unos arbolitos de ombú, por si aquéllas no “fructificaban”, diciéndole que había muchas en esta ciudad, “por ser comunes en estas provincias y en todas partes”.

Este dato viene a dar luz y poner término a la polémica suscitada sobre la existencia del ombú en la madre patria y que dió pie para que alguien dijera que fueron traídos de allá.

Es sabido que por esos años fué nombrado primer ministro de España el conde de Florida Blanca, quien se esforzó en fomentar la agricultura formando sociedades y en desarrollar la riqueza pública, creando el jardín botánico de Madrid, propaganda que coincide con el pedido hecho a Basavilbaso de remitirle plantas de la región del Plata.

Este árbol, esencialmente nacional, ha sido el más cantado por nuestros vates.

ENRIQUE UDAONDO.

De “*Arboles históricos*”.

## FRAGMENTOS

Se oía el retumbar del trueno,  
a lo lejos *apagao*,  
como si Dios, *disgustao*  
por las cosas de este suelo,  
nos quisiera *dende* el cielo  
mostrar *qu'estaba enojao*.

El *ganao* se recostó  
*dende* temprano al corral,  
y es inerrable señal



sacada de la *experiencia*,  
que si *cain* a la *querencia*  
es que va haber temporal.

El viento del *lao* del río  
quitó el *reinao* al pampero,  
y besando el viejo alero  
al parecer se quejaba:  
era porque presagiaba  
un temporal medio *fiero*.

Castigué mi *redomón*  
comenzando a *galopiar*:  
cuando estaba por llegar  
a la quinta las "Dos rosas",  
las nubes como quejosas  
principiaron a llorar.

Bajo un ombú *me gané*  
desafiando el aguacero;  
es nuestro amigo sincero  
el altivo y firme ombú,  
más viejo que el viento *Sú*,  
pero más *fuerte* que acero.

Con él no pudo el pampero  
ni ninguna *tempestá*;  
por eso altanero está  
con el tiempo en lucha ruda,  
dispuesto a prestar su ayuda  
al que a pedírsela va.

¡Quién sabe! de qué lo *crió*,  
el bondadoso Señor,  
*pa* ser el fiel protector  
de aquél que vagando *andase*,  
y *pa* que lo resguardase  
de la lluvia y el calor.

Allí el viajero rendido

sobre su tronco reposa,  
y la silueta grandiosa,  
del ombú nable y sereno,  
se destaca allá en el seno  
de nuestra campiña hermosa.

FLORENCIO IRIARTE.

De *"El gaucho Rosendo Flores"*.

EN UNA ESCUELA



53.

## EN UNA ESCUELA

Leíase en día consagrado al culto de la patria, un relato episódico. Desfilaban nombres que el mármol, el granito y el bronce acuñaron. Perfilábase un boceto de ambiente, en que la penumbra gris del recuerdo cobraba tonalidades de acero damasquino. En el primer plano, bizarros oficiales, gallardos jóvenes, con gestos de ofensiva. En un segundo plano, graves rostros que reflejaban discursos de prudencia. Y a la manera rembranesca, una mancha luminosa, un contraste de color; rebozos blancos con ribetes azules que recataban donosas patricias. Por horizonte la vasta aldea, con sus tejas, porta-

lones, cancelas, rejas, campanarios, y en ese horizonte una nota en que el madrigal y la égloga se confunden: flores casi blancas, flores casi azules.

Quedó flotando en el ambiente escolar una visión hecha de rebozos, junquillos, ribetes y violetas; se esfumaron los contornos y como en ensueño, fulguró una larga mancha azul, una larga mancha blanca, que lejos, cada vez más lejos del seno de las mujeres y de las flores, lanzáronse a la conquista del aire, treparon a los mástiles y flamearon al viento el canto triunfal de la victoria.

Los ojos se cerraban para seguir mejor aquella radiante aparición y la visión que giraba inquieta, buscando seno en que acogerse, repentinamente desapareció.

Las niñas pasaron a su clase para oír los comentarios históricos que los días patrios sugirieran a sus respectivos profesores. Terminó el día escolar y al iniciarse el desbande, un grupo de niñas se acercó a la directora.

—“Señora, en nombre de nuestras compañeras pedimos permiso para mandar a la escuela en el día que conmemoramos el 25 de Mayo de 1810, una canasta de junquillos y violetas”.

La directora las miró y dijoles:

—“Manden la canasta”. Quedóse parada mirándolas alejarse; algo insólito llamaba su atención; ¿qué tenían esas niñas? Una expresión que no les conocía. Las niñas se alejaban pensando en la hermosa canasta de junquillos y violetas que iban a mandar, junquillos y violetas como aquellos que florecieron en 1810 y mezclaron sus perfumes al drama de la liberación.

La visión de ensueño había encontrado seno en que acogerse.

---

Las violetas y junquillos llegaron; se pusieron al pie

de la bandera y exhalaron su perfume, que se elevó, penetró los pliegues, los estrechó, los circundó y dos edades se confundieron en el beso de las flores.

CLOTILDE G. DE REZZANO.

Mayo 23 de 1921.

## EL CLARIN DE MAYO

Aun vibran del clarín las tempestades,  
sus notas más que notas son ideas...

Al eco de esa voz se alzó la patria  
como el noble titán de la leyenda.

Ayer cuando a raíz de las conquistas  
ensanchaba la patria sus fronteras,  
ese clarín cantando nuestras ansias  
con lengua de oro ensordeció a la América.

Hoy flotan en sus bruscos arrebatos  
rayos de sol, jirones de bandera  
y cabalgando audaz sobre el sonido  
por la muda extensión la fama vuela.

Mas si mañana la ambición de algunos  
buscara en la discordia luchas nuevas,  
al eco de su voz vieran los orbes  
crujir el cielo y tambalear la tierra.

¡Que aquel clarín feliz a cuyo arrullo  
se amamantó la patria en la epopeya,  
es inmortal y vibra en nuestras almas  
como el fuego sagrado de las Vestas!

MANUEL B. UGARTE.



## ENCUENTROS

*(Entre los indios ranqueles)*

Dé cálculo en cálculo, de sospecha en sospecha, de esperanza en esperanza, mi caravana se movía pesadamente, envuelta en una inmensa nube de polvo.

Mora decía: Los indios van a creer que somos muchos.

Yo seguía tranquilo; un secreto presentimiento me decía que no había peligro.

Hay situaciones en que la tranquilidad no puede ser el resultado de la reflexión. Debe nacer del alma.

El campo se quebraba otra vez en médanos vestidos de pequeños arbustos, espinillos, algarrobos y chañares.

Nos aproximamos a una ceja del monte.

Todos, todos los que me acompañaban, paseaban la vista con avidez por el horizonte, procurando descubrir algo.

Marchábamos en alas de la impaciencia, subiendo a la cumbre de los médanos, descendiendo a los bajíos guadalosos, esquivando los arbustos espinosos, bajo los rayos del sol, que estaba en el cenit, alargándose la distancia cada vez más por ciertas equivocaciones de Mora, cuando casi al mismo tiempo, varias voces exclamaron: ¡Indios! ¡Indios!

En efecto, fijando la vista al frente, y estando prevenida la imaginación, descubrí varios pelotones de indios armados.

Parémonos, señor, me dijo Mora.

—No, sigamos, repuse, pueden creer que tenemos miedo, o desconfiar. Adelantémonos más bien.

Dejé mi comitiva atrás, aunque mi caballo iba bastante fatigado, y apartándome del camino, que ya habíamos encontrado, y poniéndome al galope, me dirigí al grupo más numeroso de indios.

Tendiendo la vista en ese momento a mi alrededor, vi que me hallaba circulado de enemigos o de curiosos. Poco iba a tardar en saber lo que eran.

Vinieron a decirme que estábamos rodeados.

—Que avancen al tranco, contesté, y seguí al galope.

Rápido como una exhalación, varios pelotones de indios estuvieron encima de mí.

Es indescriptible el asombro que se pintaba en sus fisonomías.

Montaban todos caballos gordos y buenos. Vestían trajes lo más caprichosos, los unos tenían sombrero, los otros la cabeza atada con un pañuelo limpio o sucio. Estos, vinchas de tejido pampa, aquéllos, ponchos, algunos, apenas se cubrían como nuestro primer padre Adán, con una jerga; muchos estaban ebrios; la mayor parte tenían la cara pintada de colorado, los pómulos y el labio inferior; todos hablaban al mismo tiempo, resonando la palabra ¡winca! ¡winca!, es decir, ¡cristiano! ¡cristiano!, y tal cual desvergüenza, dicha en el mejor castellano del mundo.

Yo fingía no entender nada.

—¡Buen día, amigo!

—Buen día, hermano, era toda mi elocuencia, mientras mi lenguaraz apuraba la suya, explicando quién era yo, y el objeto de mi viaje.

Hubo un momento en que los indios me habían estrechado tan de cerca, mirándome como un objeto raro,

que no podía mover mi caballo. Algunos me agarraban la manga del chaquetón que vestía, y como quien reconoce por primera vez una cosa nunca vista, decían: ¡ese coronel Mansilla! ¡ese coronel Mansilla!

—Sí, sí, contestaba yo, y repartía cigarros a diestra y siniestra, y hacía circular el chifle de aguardiente.

Notando que mi comitiva, siguiendo el camino, se alejaba demasiado de mí, resolví terminar aquella escena. Se lo dije a Mora, habló éste, y abriéndome calle los indios, marchamos todos juntos al galope, a incorporarnos a mi gente.

Pronto formamos un solo grupo, y confundidos, indios y cristianos, nos acercábamos a un medianito, al pie del cual hay un pequeño bosque. Llamábase Aillancó.

Mis oficiales y soldados no sabían qué hacerse con los indios — dábanles cigarros, yerba y tragos de aguardiente.

—*Achucar* (azúcar), pedían ellos. Pero el azúcar se había acabado, la reserva venía en las cargas, y no había cómo complacerlos.

Nuevos grupos de indios llegaban unos tras otros.

Con cada uno de ellos tenía lugar una escena análoga a la que dejo descripta, siendo remarcable las buenas disposiciones que denotaban todos los indios, y la mala voluntad de los cristianos cautivos o refugiados entre ellos. La afabilidad, por decirlo así, de los unos, contrastaba singularmente con la desvergüenza de los otros. Cuando ésta subió de punto, hablé fuerte, insulté groseramente a mi vez, y así conseguí imponerles respeto a aquellos desgraciados o pillos, a quienes, viéndonos casi desamparados, se les iba haciendo el campo orégano.

Llegamos a Aillancó, y como allí hay una lagunita

de agua excelente, hice alto, eché pie a tierra y mandé mudar los caballos.

LUCIO V. MANSILLA.

De *"Una excursión a los indios ranqueles"*.

55.

## LA LUZ Y LA SOMBRA

Rojó el Sol, en el ocaso  
Sus resplandores hundía,  
Y la Sombra, que venía  
Siguiendo a la Luz el paso,

—Para, Luz, y ven conmigo,  
Exclamó, ven un momento,  
Que ha mucho el deseo siento  
De conferenciar contigo.

—¿Sí? pues que cese tu afán.  
Dijo la Luz a la Sombra,  
Y sea la verde alfombra  
Nuestro mullido diván.—

Sombra y Luz se reclinaron  
Sobre una verde colina,  
Y hete aquí la vespertina  
Conversación que entablaron:

—Mira, Sombra. Empieza ya  
Y trata de ser concisa,  
Pensando que estoy de prisa,  
Pues mi padre, el Sol, se va,

—Ha mucho noto el desdén  
Con que la espalda me das...  
—¿Y por qué vienes detrás?  
—Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesión  
De que tu faz refulgente,  
Algo tiene de insolente...  
—¡Aprensión, Sombra, aprensión!

Haces muy mal en tomar  
Mi esplendor por insolencia;  
Que es la ley de mi existencia  
Brillar y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento  
Hasta por la paz de tu alma.  
Que te arrebate la calma  
Envidioso sentimiento.

—Envidiarte yo?... ¿Y por qué  
—¿Y lo preguntas, cuitada?  
—Tú no eres mejor en nada.  
—Que eres ciega, bien se ve.

Yo soy la primer mirada  
Que el Sol a la tierra envía,  
Y produzco la alegría  
Al despuntar la alborada.

Asomo en el horizonte,  
Mi destello difundiendo,  
Y ya me están sonriendo  
El agua, el llano y el monte,



Yo tiño de azul el cielo,  
Yo arrebolo los espacios,  
Yo recamo de topacios  
De la blanca nube el velo.

De la mar, en las espumas  
Yo brillo a la madrugada,  
Como una pluma rosada  
Entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer  
En mil variados colores  
Que dan su tinte a las flores  
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor  
Que fecunda la natura,  
E hija del Sol que madura  
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral  
Que la creación ilumina;  
Soy la sonrisa pristina  
Del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuché  
Tu apología orgullosa;  
Ahora escucha, Luz hermosa,  
También quién soy te diré.

Yo soy la viuda del Día  
Que, envuelta en mi negro velo,  
Voy derramando en el suelo  
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *la Noche*,  
Y a mi misterioso encanto,  
Para perfumar mi manto  
Abren las flores su broche.

Siempre la verde pradera  
Con amor me está llamando,  
Y las brisas van jugando  
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas  
El solo tributo tengo;  
Fijate y verás que vengo  
Con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la Luna,  
Compañera del que vela,  
Y que en la plata riel  
De la plácida laguna.

Del rayo del Sol de estío  
Neutralizo los rigores,  
Regando a frutos y flores  
Con suavísimo rocío.

El amor siempre halló en mí  
Amiga discreta y fiel,  
Y de sus horas de miel  
Muda confidente fui.

Siempre mi tupido manto  
Ha velado generoso,  
Del jornalero el reposo,  
Del que es infeliz, el llanto.

Traigo a todo corazón  
Religioso sentimiento,  
Pues que yo a mi paso siento  
El rumor de la oración.—

Aquí la Sombra calló,  
Y su voz aun resonaba,  
Cuando la Luz, que lloraba,  
En sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,  
Luz y Sombra se estrecharon  
Y de hinojos adoraron  
Al monarca de los cielos.

Jurándose ante ese Dios  
Que, a la hora vespertina,  
Siempre al pie de esa colina  
Se abrazarían las dos.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

De "*Poesías*".



56

## VIVAC

*(El perrito del montonero)*

El cabo de la partida, famoso charlatán, conversaba por todos.

Al amor de la lumbre circulaba el mate, y la ceniza iba afelpándose sobre los tizones, cuyo brillo decrecía en un desgranamiento de brasas.

Los siete hombres, incluso el alférez, bostezando al disimulo, desacerbaban el apetito con agua caliente en aquella noche de hambre. Para peor tenían un herido.

Era un negro morrudo cuyos amores, así como su risa en frecuencia eterna, proverbaban con jocoso renombre. El sabía también, no un cuento, sino un sucedido en el que intervenía un perro.

Le aconteció en un viaje que había realizado como correo de la montonera.

Un galopón tan bárbaro, que lo echó veinte días a la cama por la hinchazón de los pies.

Dirigíase a campo traviesa, rumbeando por las estrellas. Llevaba pliegos reservados cosidos en el ala de su sombrero. En las cañadas, a guisa de señales, anudaba mazos de paja que buscaría a tientas si el regreso se efectuaba de noche; y enterraba en las travesías para asegurarse también la vuelta, odres de agua.

Cierta vez que un paso preciso de la sierra le trajo al camino real, encontró en esa quebrada una *apacheta*. Aquél montón de piedras casi desaparecía bajo las mascadadas de coca que depositaron encima los viajeros; pero como él no llevaba ninguna, agregó otra piedra para propiciar su viaje, y pasó, no sin advertir que un perrito flacucho, abandonando el pie del montículo, le seguía.

Al anochecer desensilló en una cañada y fuése pesquisando al azar, moviendo los matorrales por si levantaba una presa. Regresó con las manos vacías.

Displicente hacía su cama, tironeando los cojinillos y mascullando ternos a falta de cena mejor, cuando notó un movimiento bajo la cincha. Era el perrito que se le había apegado, y que famélico sin duda, mientras él recorría los pastizales le mascó un pedazo de correa.

Su enfado se desahogó en una furiosa puerilidad contra aquel hurto. Atropelló al animalito y envasándolo el cuchillo en la garganta lo botó de un pun'apié. El bultito peloteó gimiendo entre las malezas, parecido a un cepellón con sus cadejos llenos de cazcarria; pero, sin tiempo ni para reflexionar sobre aquel acto, tal era su fatiga, el hombre se durmió arrebujaado en el poncho.

De repente el hombre sintió que le mesaban los cabellos. Irguióse sobresaltado, descolgándose el sueño de los ojos, facón en mano. Sobre la campiña las manchas de flores claras parecían lagunas y el pajonal silbaba



indecisamente. Algo debía ocurrir en esa quietud, pues el caballo, arpada la crin, bufaba furioso sentándose en la punta de su cabestro.

Un matorral inmediato se movió; fosforecieron dos ojos en la espesura y un berrenchín de rabia atosigó al hombre: el hedor del tigre.

En un decir Jesús combinó la defensa. Sabía el método de su padre, famoso cazador a quien pagaban en las fincas doce reales por cabeza. Un cojinillo en la mano izquierda, el facón bajo, la mirada fija. El animal, gruñendo, avanzaba achatado contra el cazador que, a su vez, lo cubría de injurias.

—¡Canalla!... ¿Por qué no ofendía de frente?—

Así transcurrió un minuto inacabable. El hombre, seca la garganta, achicado el estómago, en bocanadas de calor desahogaba la vinagrega del miedo; mas su mirada siempre fija seguía conteniendo la agresión, como si de su fondo de cueva brotara un brazo tendiéndose hacia el felino.

Este se enderezó, por fin, rugiendo. El caminante le echó el cojinillo a los ojos, y en tanto que atarazaba ese cuero, lo acribilló a puñaladas.

Pero, entonces, pasado el riesgo, percibió junto a su cama al perrito medio degollado y se explicó todo. Se había arrastrado hasta él cuando olfateó a la fiera, y privado de ladrar por su herida, le zamarreó los cabellos. Eso le despertó; recordaba claramente. Y ahora, viendo su triunfo, meneaba la cola, lamía su brazo que el tigre magulló, le hablaba con los ojos, a él, su verdugo, desangrándose todavía, agonizando casi...

No era suyo, no le debía otro servicio que un tajo por una mísera pitanza—claro, de hambre ¡qué más iba a hacer!—y, sin embargo, le salvaba la vida...

Un bostezo anguló la boca del cabo con exageración

tan inoportuna, que a nadie engañó la procedencia del subsiguiente lagrimeo.

El otro seguía. Se puso a curar el perrito costeándole médico cuando llegó a su lugar, y ya bueno resultó una maravilla.

Cabrero de su majada, tanto se amaestró a regirla, que cuando se entreveraba con otra apartaba su rodeo, llegada la hora, a dentelladas y ladridos. De noche tapaba el fuego con el hocico sin quemarse. Se llamaba *Cual*, chasqueando así con su nombre a los que por él preguntaban.

Un orgullo casi paternal embargaba al amo agradecido; y su risa, una risa carnuda de negro, que garbeaba alardes bonachones, devolvía a la plática su amenidad.

Llevaba consigo al animalito desde el comienzo de la campaña. Durante las peleas se metía a esperarlo en algún hueco; y de ordinario trepábase a la grupa, sentadito como una muchacha...

LEOPOLDO LUGONES.

De *"La Guerra Gaucha"*.

57.

## LA ASAMBLEA DEL AÑO XIII

El 29 y 30 de enero los diputados presentes se reunieron en sesiones preparatorias para examinar sus respectivos poderes; y habiéndolos hallado bien expedidos por los Cabildos provinciales, encargados de presidir y de legitimar el acto electoral, designaron el domingo 31 de enero para instalarse con el solemne fausto que re-

quería la viva expectativa y animación general con que la burguesía anhelaba por saludar ese primer Congreso de la Nación, tan suspirado desde tres años, como el único medio de dar a la patria una forma regular y soberana: los amigos y discípulos de Moreno llenaban al fin la primera página de su programa. A las nueve de la mañana de ese día, los diputados pasaron en cuerpo a la Casa de Gobierno; y reunidos allí con los tres miembros del Poder Ejecutivo, con las dignidades eclesiásticas, las corporaciones civiles, el estado mayor general y los empleados de la administración, se dirigieron a la iglesia catedral "a implorar el auxilio divino en la expedición de los grandes negocios de la comunidad que les iban a ser encargados".

Solamente haciéndose con la imaginación una idea retrospectiva de la febril vivacidad que el espíritu revolucionario había desenvuelto en la comuna Capital, se podrá comprender la fisonomía animada con que los habitantes en masa, las señoras, los viejos, los niños y la juventud concurrieron al templo y a la plaza, tradicional ya, de las Victorias Argentinas. Cuando terminó la misa y el tedéum, las corporaciones oficiales, seguidas por el inmenso gentío acumulado a su paso, se dirigieron por la calle actual de San Martín hasta la casa de la Asamblea. Los gritos de júbilo, las músicas militares, las campanas, la artillería del Fuerte, tronando con el estampido de sus cañones en medio del bullicio humano, daban, en verdad, un prestigio imponente, una fisonomía épica a esa escena en que el sentimiento de la realidad parecía perderse a ratos como arrebatado a las regiones de lo ideal por el frenético amor de la patria y de la causa en que se hallaba comprometido su porvenir.

Cuando los diputados tomaron asiento en el recinto de sus sesiones, una voz de silencio fué repetida y

obedecida inmediatamente, de trecho en trecho, por la compacta multitud que llenaba las gradas, los patios y las calles adyacentes. "Están hablando", se decían los unos a los otros; y como si ansiaran por oír, callaban con respeto religioso. En efecto, los tres miembros del Poder Ejecutivo ocupaban, debajo de un regio dosel, la tarima de la presidencia, y el Dr. don Juan José Paso, que los presidía, estaba en aquel momento pronunciando un discurso inaugural, concebido con elegante sencillez y con una oportunidad digna de elogios: "El gobierno (les decía al terminarlo) tiene mil motivos de esperar que los señores representantes responderán dignamente a la confianza de su alto destino; y yo el honor y la satisfacción de congratularme a nombre del Poder Ejecutivo en los felices momentos de su inauguración. Desde este momento, toda la autoridad queda concentrada en esa corporación augusta, de la que han de emanar las primeras disposiciones; que el gobierno, con las corporaciones que le acompañan, se retira a esperar en su posada, para darle el más pronto y debido lleno; luego que constituida se digne comunicárselas". Un aplauso general cubrió la voz del doctor Paso; y el Poder Ejecutivo se retiró del recinto legislativo en medio de los vivas y de las entusiastas aclamaciones del pueblo.

La popularidad y las grandiosas esperanzas que despertó la aparición de esta Asamblea en todas las provincias cultas del Río de la Plata, han dejado un rastro tan profundo en el sentimiento liberal del país, que su época pasa con razón como uno de los períodos más fecundos y más brillantes de la historia nacional. Algo así como una visión luminosa del porvenir brotó de suyo en todos los ánimos: la satisfacción pública que produjo, le reconcilió las resistencias parciales que el mo-

vimiento había provocado a su origen; y pudo creerse con razón que la instalación de la Asamblea General Constituyente era el término de todas las ambigüedades, la victoria asegurada de la causa de la independencia, la consolidación del orden político nacional y la clausura del período revolucionario.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

De *"Historia de la República Argentina"*.

58.

## EL ULTIMO RASTREADOR

Hemos viajado desde muchos años atrás y cruzado casi palmo a palmo la tierra de la patria, y después de conocer, desde los payadores de fogón que narraban las fechorías de los indios en las fronteras del sud, hasta los simples cantores de pulpería y hasta los gauchos valerosos y hercúleos, oyendo la relación de sus crímenes, que impresionaban más que el desierto, en que se muere abandonado y en silencio, he considerado que el rastreador es, por su misterioso talento, el más digno de ser salvado del olvido, haciéndolo conocer y haciéndolo estimar.

El se bosqueja mejor, manifestando sus obras.

La Rioja fué por lo común la cuna de esos gauchos, debido quizá a que la mayor parte de sus hijos son arrieros y sus comarcas áridas, vastas y despobladas.

En los confines del este de aquella provincia, después de un continuado arenal, al sud del Famatina, en las faldas de la sierra, y tras unos pequeños morros, es-



tá la población de Villa Argentina, cabeza del departamento de Chilecito.

Allí nació Estanislao Díaz por los años 1822 o 24, de padres bondadosos y humildes.

Joven aún, dejó el hogar obligado por la miseria, que, siendo tan frecuente en aquellos parajes, disuelve la familia, dispersando a sus miembros en busca de pan y de trabajo.

Díaz se dirigió a la provincia de Catamarca y se colocó de potrerizo en el ingenio de Amanao, que fundaba en 1851 el mendocino don Anselmo Segura.

Allí, dentro de las montañas, en sus profundas quebradas y ásperas cumbres, hizo el aprendizaje y nació la fama de que goza en más de cien leguas a la redonda de su localidad.

Hoy le llaman por sus años "tata Díaz", y de Amanao apenas existen las taperas, que indican al caminante que en dicho lugar existió el primer establecimiento de la República, en donde se fundieron metales y donde se agitaron, cinco lustros atrás, más de trescientos habitantes.

Su andar es rápido y siempre va silbando despacio.

Sabe las horas del día por el sol; las de la noche por las estrellas o la luna; y cuando es nublado, al cálculo acierta.

Si se le indica la hora en que hay que continuar la marcha, se despierta con exactitud, se incorpora sin pereza e inmediatamente acerca las cabalgaduras, las ensilla y aparea las de carga.

Si mientras duerme siente que los animales se retiran de donde los ha *largado*, se levanta envuelto en sus *colchas*, sale a juntarlos o acollararlos con la madriña, para que no se alejen o dispersen.

El sabe en todos los caminos dónde hay un árbol que dé sombra, una casa para alojarse, un punto donde se pueda descansar, una aguada, todo, en fin, lo que convenga en aquella circunstancia; creo que sabe hasta dónde hay una piedra en los médanos y un merlón en los pedregales.

Inútil es decir que conoce en los pueblos, los que tienen potreros de alfalfa o de cebada, o chacras cuya cosecha se ha hecho, donde hay ramoneo o *pastito* para los animales—todo lo prevé, lo averigua, lo avisa y lo examina.

Su oído en el silencio de la noche es de una fineza admirable; él anuncia que viene gente por gritos que no oyen los demás, pero que la observación y la costumbre le hacen distinguir... “tiene los secretos de las montañas, conoce la voz y el significado de los ruidos que vagan de día y de noche como extraviados entre las quebradas, y sabe correr por las laderas y los precipicios, aún en medio de las tinieblas”.

Si ve rastro, dice si es tropa o pasajeros los que van.

Sabe cuántos animales transitan cargados o si van sueltos.

Si es por caminos muy conocidos de las tropas que él ve a menudo, manifiesta cuál es.

Su vista es como el telescopio, pues donde otros no ven más que un bulto, él dice lo que es, y si es animal que viene, montado o cargado.

De todas las cuestas que hay en la República, la de Escaba, en la provincia de Tucumán, es la más horrible cuando llueve. Y soy de opinión, por haber pasado las

de Chilecito, Zapata, Chilcas, Cuar, Choya, Totoral (antigua), que son muy ásperas, pero no tan peligrosas, semejándose en esto último sólo a las laderas de Singuil.

Una tarde nos tomó la lluvia en la altura, cuando apenas divisábamos las chacras de Escaba en el fondo del delicioso y fértil valle. Oscureció cuando de él descendíamos. No se veía ni las manos. Imposible hacer fogatas, porque la leña estaba mojada. No daban luz los fósforos porque el viento lo impedía. Y no era posible pararse en el bosque por temor al aislamiento y a las tinieblas.

Nos apeamos para tirar las mulas que no obedecían a la chicotera, ni a las espuelas. El muchacho que iba adelante lloraba de miedo: no veía el camino y se caía y golpeaba a cada instante. El cansancio y el hambre contribuían más a desesperarnos.

Díaz creyó que el momento psicológico había llegado. Pasó adelante tirando de su mula, comenzó a golpear el suelo y por el pasto que tocaba, que arrancaba llevándolo a la boca, decía con voz segura: *por aquí*.

Una hora después, azonzados, molidos, llegábamos a los primeros ranchos maquinalmente, sin la conciencia de lo que habíamos andado y entre el asombro y ponderaciones de los que nos hospedaban.

---

En todas partes Díaz es respetado. Habla poco y las gentes lo escuchan con atención y como asombradas. Aunque serio y algo retraído, los muchachos le quieren y aprenden a ser hombres a su lado. No les hace demostraciones de cariño, pero tampoco se enoja con ellos.

Honrado a carta cabal, conduce fuertes cantidades de dinero y es ocupado en las comisiones de más responsabilidad y confianza. Es reservado y fiel.

Reune las condiciones que se requiere para ser *baqueano*; “encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva; él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y a dónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien arroyos o ríos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconvenientes, y esto en cien ciénagos distintos”.

Ese es Díaz, acreedor a ser salvado del olvido para que puedan valorarse sus calidades y su genio extraordinario e inexplicable.

Pronto se irá.

Preguntamos no ha mucho a una persona que venía de sus pagos:

—¿Y Díaz?

—Ahí está muy viejo y ya remolón.

ADOLFO P. CARRANZA.

De “*Leyendas nacionales*”.



59.

## EL CÓNDOR

He observado mil veces esta escena, ya durante mis viajes, ya desde el viejo corredor de un rancho de la hacienda, perdido entre los valles de la montaña, o entre las rocas de una ladera pastosa. Mas quiero situarme en lugar solitario para transmitir lo primitivo, lo salaz, lo grandioso. El día se ausentaba y el enjambre de los cóndores seguía girando con la misma estoica serenidad en remolinos innumerables; repercute de súbito el eco de un ruido extraño, que las ráfagas conducen de muy lejos, el relincho del potro indómito que pace y retoza en sitio distante, o una piedra que se desquicia y se estrella con estrépito detrás de un cerro vecino, y se ve entonces a uno de los buitres desprenderse solo de la ronda, y volar hasta el punto donde resonaron el relincho o el derrum-



be, volviendo en seguida a continuar la gira. Si durante el día no han desaparecido sus temores, no abandonarán la región aunque la noche los sorprenda; antes bien, la esperan, porque a su amparo, y cuando todo descansa, ellos descenderán al fin a gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole jirones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una viscera: el corazón desprendido de sus profundas raíces; el hígado chorreando sangre negra; los intestinos dispersos o enredados como cuerdas entre aquel laberinto de calludas y plumosas patas, que se los disputan, estirándolos para cortarlos en pedazos. Allá uno ha enterrado sus férreos ganchos en la cuenca del ojo inmóvil de la víctima, y apoyado en la pata izquierda tira con fuerza hercúlea; oyesse un seco estridor de fibras y músculos que se rompen, y el corvo pico rasga después la suplicante pupila.

El cuadro se desarrolla en un rincón tenebroso de la selva; la hambrienta banda ejecuta la fúnebre tarea sin darse reposo; sólo se desprenden del conjunto los fatigosos resoplidos de la horrible y trágica faena, y de tiempo en tiempo gruñen y graznan, ahogados por los trozos engullidos a prisa, para volver más pronto a renovar la ración sangrienta. Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo; cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, o porque antes se agotara la provisión, empiezan a levantarse como a escondidas, volando a las rocas próximas, donde limpian los picos frotándolos como cuchillos contra la piedra. Entonces, co-

mienza a adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y por breves instantes se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales, ni en las tinieblas de las noches pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno o por las convulsiones internas... Después, un gigantesco rumor de alas que azotan el aire y las ramas en medio del abismo, y un desparramarse de nuevo más arriba de los altos dorsos de piedra, en el espacio estrellado, por donde sus sombras se desbandan como nubes de tormenta que el viento dispersa de súbito. Ya pagó su tributo a la miseria de la carne el señor ideal de las etéreas comarcas; el misterio, la oscuridad, velaron el acto salvaje, el momento prosaico del rey de los dominios inconmensurables de la luz!

Para apresar a este osado ocupante de la hacienda ajena, sólo en virtud de ese derecho inventado por los fuertes y los poderosos, el hombre ha debido recurrir a la astucia y al veneno, porque se siente incapaz de perseguirlo en su vuelo, y porque sólo así la humanidad ha podido vencer a los grandes rebeldes a sus leyes y a sus dogmas. Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada a la voracidad de las aves carniceras, él espera la noche para tender la celada a los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima a alturas increíbles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero ungüento la carne muerta, y escondido a larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, o en paraje cerrado por tupidas e im-

penetrables ramas, aguarda la catástrofe. El hambre congrega la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación e inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de una prolongada abstinencia; y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que los agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera, se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables; se esfuerzan por huir y se vuelcan como ebrios; abren los picos, untados aún en el cebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando postreros graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, rasgándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las entrañas, hasta que, por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan sus cuerpos al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en toda su extensión las gigantescas alas, expiran...

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

De "*Mis Montañas*".

60.

## EL HOGAR PATERNO

*A mis hermanas*

¡Oh! mis islas amadas, dulce asilo  
De mi primera edad!  
¡Añosos algarrobos, viejos talas  
Donde el boyero me enseñó a cantar!

¡Por qué os dejé, para encerrar mi vida  
En la estrecha ciudad;  
Para arrojar mi corazón de niño  
De las pasiones en el turbio mar?...

Como un cisne posado en las riberas  
Del ancho Paraná,  
Así, blanco y risueño, se divisa  
A la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores  
Que grata sombra dan;  
En el cuadro de antiguos paraísos  
Que, destrozados, no florecen ya;

En las barrancas que hacia el puerto ondulan,  
Y avanzan al canal,  
Do vela el sueño de gloriosos muertos  
La solitaria cruz de fiandubay;

En la hondonada que perfuma el molle  
Y engalana el chañar;  
En el arroyo que las toscas baña;  
En ese campo que se extiende allá... ,

Allí está mi pasado, de mi vida  
La inocencia y la paz;  
Allí mi madre me acaricia, niño,  
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,  
Tierno beso nos da;  
De rodillas, oramos; y, en seguida,  
Puerta franca... la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,  
Por aquí, por allá,  
Al campo el uno, a la barranca el otro,  
Nos echábamos todos a volar.

—“Cuidado con los nidos”, nos decía  
Mi madre en el umbral;  
Pero digan horneros y zorzales  
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, a un algarrobo  
Trepaba el más audaz,  
Y con los ojos de mil ansias llenos,  
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construido  
Para vivir y amar,  
Introducía sus rosados dedos  
El pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico o el ala destrozada,  
¡Nunca vista crueldad!  
Asiendo los polluelos, uno a uno  
Los arrojaba con desdén triunfal.



Y era entonces de ver el alboroto  
Y el bullicioso afán,  
De aquel enjambre de inocentes niños  
Que así destruía un inocente hogar.

---

Otras veces, del río en la corriente,  
Al cárdeno fulgor  
Que desde el fondo de la Pampa envía,  
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,  
Y alegre confusión,  
Los juncuales rozando de la orilla,  
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,  
Tendíase a estribor,  
Y sonreía a la rizada espuma  
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda  
Lanzándose veloz,  
Entre sus manos victoriosa alzaba  
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,  
Enviando en derredor  
Menudas gotas que al caer brillaban  
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,  
Reía, porque vió  
Medrosa hundirse en la corriente un ave  
Al desusado y repentino son.

Pero si alguna, al levantar los ojos,  
Mostraba el mirador  
Donde mi madre a vigilarnos iba,  
Gritaban todas a la vez: "¡adiós!"

¡Oh, dulces años! Por entonces era  
Nuestro goce mayor,  
Hurtar las flores que en las islas se abren,  
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro  
Y el seibo punzó,  
Eran ofrendas que mi madre amaba  
Porque a sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo  
Arranco al corazón,  
Si yendo en pos del oropel mundano  
El hombre olvida lo que el niño amó!

De "Poesías"

RAFAEL OBLIGADO.

61.

## EL BAUTISMO DE LA CABALLERIA ARGENTINA

1806

El episodio que vamos a narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, a la vez que la primera en el tiempo, de los famosos jinetes del Río de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los

que adiestrados más tarde por Alvear o por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro río y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando a los ingleses a viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos espafíoles, y trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad, los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas a la caballería. Daba consistencia a estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío D. Santiago Liniers, debía llegar desde la Colonia, y además tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues mandado por el coronel Echevarría. Entre los que más decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacíaase notar el joven porteño don Juan Martín de Pueyrredón, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar a la historia. Habiendo llegado a noticia del jefe inglés, coronel Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos

Aires, se resolvió a concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1º de agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento número 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes. A las 6 de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced, tributario del Luján, y que volcaba sus raudales a la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió a los revolucionarios, y el primero en darse a una retirada que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada la artillería, no pudo ni supo resistir a los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredón invita a los soldados de su reducido plantel, para dar una carga a los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa a su proyecto, se pone a su frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la presa, pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón, certeramente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pie y con la espada centellante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y ereen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas a su caballo, atropella y destroza cuanto se opone a su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar

sobre los jarretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole — ¡suba pronto! — Pueyrredón, sereno, no se detiene, y de un salto como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa, y parten como una saeta dejando pasmados a los bravos ingleses. Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71, fueron los *húsares de Pueyrredón*, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia, a las órdenes del capitán don Benito Chain. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

MARIANO A. PELLIZA.

De "*Glorias Argentinas*".

62.

## LAS TIENDAS DE ANTAÑO

No era entonces Buenos Aires lo que es ahora. La fisonomía de la calle del Perú y la de la Victoria han cambiado mucho en los veintidós años transcurridos: el *centro* comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas estaba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático al alba, cuando cocineras y patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués, si no aristocrático, entre las siete de la noche y el toque de ánimas. El barrio de las tiendas de tono se prolongaba por la calle de la Victoria hasta la de Esmeralda, y aquellas cinco cuadras constituían en esa época el *boulevard* de la *fashion* de la gran capital.



Las tiendas europeas de hoy, lúbricas y raquílicas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge.

¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekin lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda.

Aquélla era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres con un derecho indiscutible.

¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia! No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeuntes penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientas con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por *ese caballero*, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del *cadete* y lo ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban

cientas y tenderos a tratar de la ardua cuestión de los negocios.

Había siempre en las tiendas de antaño un olor inextinguible a tripe, porque nunca faltaban cuatro o seis grandes cilindros de tripe inglés formados a la entrada de la casa, que, a su calidad de mercadería de fondo, reunían la ventaja accesoria de servir de poyos para sentarse a los tertulianos habituales del establecimiento. Y después, los mostradores estaban alfombrados con tripes representando todo un jardín zoológico de fieras estampadas, tigres, panteras, gatos monteses y leones rubicundos, reposados majestuosamente sobre paisajes historiados de selvas de lana, con que las fábricas de Manchester reemplazaban en nuestras mansiones aristocráticas de entonces la carencia de Aubusson y de Gobelinos.

¡Qué agilidad aquella con la que el patrón, apoyándose sobre la mano izquierda, saltaba el mostrador! ¡Qué gracia con la que desplegaba ante los ojos de las clientas, de un golpe, y como un prestidigitador, la pieza de percal, de muselina o de *barége* envuelta alrededor de la tablilla, que quedaba, desnuda de su preciosa mercancía, abandonada indiferentemente sobre el mostrador! ¡Qué elasticidad de movimientos, que vertiginosa rapidez la que el tendero de aquel tiempo desplegaba para medir sobre la vara el lote vendido, dejándolo amontonarse ampulosamente sobre el mostrador con elegante negligencia, acariciando el género con los dedos, llevándolo a los ojos de la compradora, poniéndoselo en la mano, restregándolo para justificar la falta absoluta de goma y otras añagazas de fábrica, y hasta trayendo el único vaso de la trastienda lleno de agua, para ensopar en él el extremo de la pieza de muselina y justificar la tinta indeleble de la tela!

No había marchanta que resistiera a las gracias, al donaire y a la fuerza de las evoluciones de aquellos hechiceros. Pero éstos eran los tenderos *dandys*; había, además, los tenderos sirenas, llamados así porque su cuerpo estaba dividido por la línea del mostrador como el de la encantadora deidad de los mares está dividido por la línea del agua. El tendero sirena era ser humano desde la cabeza hasta el estómago y pescado desde el estómago hasta los pies. De busto correcto, su medio cuerpo no dejaba nada que desear desde el punto de vista de la elegancia; desde la parte exterior del mostrador el parroquiano no tenía nada que observar, pero la sirena no podía salir del mostrador sin peligro, porque, como ése era su elemento, si lo abandonaba mostraba por fuerza la cola indecorosa: el tendero sirena usaba levita de faldón largo para economizarse el uso de los pantalones, y zapatillas para ahorrarse las incomodidades del calzado...

LUCIO V. LÓPEZ.

De "*La gran aldea*".

63.

## FAUNA DEL CHACO

La zona del Chaco produciría un desencanto al cazador de raza que allá fuera, como algunos distinguidos extranjeros lo hicieron, llevando un arsenal completo de armas y municiones, desde el Winchester de repetición hasta el delicado Monte-Cristo; y desde la bala explosiva destinada a los reyes del bosque, hasta los menudos perdigones para las aves de tierna carne y diminuto cuerpo.

Y peor sería aún el desconcierto, si ateniéndose fueran los tales a sólo el producto de su cacería para llenar las necesidades de la vida en larga campaña, y para resarcimiento de los gastos.

El Chaco es mirado, en general, como la mansión de bestias feroces que deben encontrarse por doquier.

Nada más falso. Días y semanas hemos pasado sin sorprender ni a un inofensivo carpincho en las riberas de los ríos, ni a un pato en las lagunas y en los esteros.

Hay muy diferentes clases de animales en los bosques del Chaco, pero con raras excepciones que luego señalaremos, no abundan sus ejemplares.

Antiguamente, según relación de los viajeros, había más cantidad de animales salvajes, pero a medida que la población ha ido ocupando la comarca y alejando a las tribus de indios a lo interior del Chaco, éstas más que nunca perseguidas y privadas de los elementos de vida que sólo en la pesca a orilla de los ríos y en la caza encuentran, y arrinconadas en parajes estrechos, han acometido a las bestias del campo.

Así, de una parte, los indios que por necesidad las acosan, y por otra los hombres civilizados que las requieren para su industria y comercio, o para su diversión, han contribuido a la disminución de la fauna chaqueña hasta el punto en que hoy se halla.

Salvo en algunos riachos, solitarios todavía, o en costas de islas bajas y despobladas, o muy al fin en el interior del Chaco, difícil es sentir el rugido de bestias feroces con excepción del aguará-guazú.

Los indios, para proveerse de comestibles adoptan para cazar el medio siguiente:

Se apostan en dilatado círculo o en la boca de una rinconada (ángulo formado por dos arroyos que se encuentran) y poniendo fuego a los pajonales del fondo



de ese ángulo o rincón esperan a la salida a todos los bichos, chicos y grandes, que huyen del incendio. Allí cazan juntos ciervos y gacelas, jabalíes, aperiás y tatúes sin distinción; pero así también queda devastado aquel campo por mucho tiempo.

Los hombres civilizados recorren los campos que ellos ocupan y escudriñan los bosques.

Otros, llamados carpincheros, van en sus canoas por las costas de los riachos interiores y allí se estacionan en viviendas rústicas con techo y paredes de palma pindó o de largas pajas o totoras (juncos), con que forman lo que se llama *quincha*.

Allí llevan una vida de la que no puede formarse idea el que no los haya visto en esos miserables albergues, con su familia, con un mueblaje curioso en que el lecho es de paja de totora colocada sobre lo que ellos pomposamente decoran con el nombre de catre, y no es más que un marco de troncos rústicos alzados sobre cuatro escaques que les sirven de pies, y sobre éstos la estera, todo cubierto, eso sí, con un mosquitero de los más indefinibles colores.

Esas son las únicas gentes que no puede asegurarse que viven, sino que más propiamente debería decirse que no mueren de la caza y de la pesca.

Se llaman carpincheros porque la caza del carpincho constituye su principal comercio. La carne del animal (que es el más abundante del Chaco) les sirve de sustento, y la piel la estaquean para secarla y guardarla a fin de venderla luego que de ellas logran algunas docenas.

Con eso, alguna piel de ciervo o de aguará, que acaso sorprenden al paso, y en feliz campaña alguna de tigre, completan su cargamento y regresan a algún pueblo



de Corrientes, del Paraguay o del mismo Chaco, después de tres meses o más de privaciones, peligros y sufrimientos: ¡su cargamento les dará cincuenta pesos!

Y a pesar de lo dicho, no se debe inferir de ello que sin armas y sin vigilancia puedan cruzarse los desiertos del Chaco, porque a veces allí por donde más confiado se va, al abrir un pajonal o penetrar en la estrecha senda de un bosque, se suele encontrar sosegadamente acostado o sentado sobre sus patas traseras a un hermoso tigre que al veros empieza por desperezarse y a bostezar y a menear la cola, como si con tales movimientos quisiera manifestaros el ningún temor que le inspiramos y la conciencia que tiene en sus propias fuerzas. Mas luego, si no lo cazáis, generalmente se pone de pie y desaparece en la espesura del pajonal o de la selva; sólo se detiene cuando vais con perros.

En otras ocasiones, de improviso también, os encontráis con un tapir, que topando contra todo y echando abajo los árboles, huye como flecha en línea recta, siempre hacia adelante, al sentir vuestra llegada.

Otras, en fin, salta de repente un hermoso ciervo que, como un sueño, se os presenta, tan rápido es el momento que media entre el llegar y el huir del elegante antílope.

Y, lo que es más frecuente, os encontráis con una piara de jabalíes que se acercan gruñendo y de los que hay que guardarse para cazarlos, pues, atacados, atacan, y si os subís a un árbol, muerden rabiosos el tronco que os defiende, demostrando querer troncharlo para haceros su presa.

¡Guay del cazador que cayera entre ellos en aquel momento!

MELITÓN GONZÁLEZ.

De "*El Gran Chaco Argentino*".

## LA DESPEDIDA

Una tarde sofocante y tormentosa esparcía sus sombras sobre la ciudad de Tucumán. Nubes plomizas y densas, orladas por franjas azufradas en occidente, cubrían el cielo ordinariamente puro, sin dejar el menor claro azul.

Tras de las rejas de una ventana, desde la cual se dominaba gran parte del paisaje, dos hombres contemplaban en silencio la muerte del día. Uno de ellos vestía uniforme; en su hermoso rostro pálido llevaba las huellas indelebles de sufrimientos morales y físicos: era el general don Manuel Belgrano, quien, desengañado y triste, sin esperanzas ni ilusiones, enfermo y pobre, se disponía a salir de Tucumán para regresar a Buenos Aires, donde quería esperar la muerte, que él presentía.

—¿Cuándo partimos? — preguntó a su compañero el médico escocés doctor Joseph Redhead, uno de los pocos amigos que había permanecido fiel en la desgracia y en la pobreza.

—Dentro de un momento, general. He transmitido sus órdenes para anticipar el viaje, ya que usted quiere partir hoy y no mañana, como pensó hacerlo al principio.

Me urge salir de Tucumán — dijo Belgrano. — No puedo soportar más la permanencia aquí en estos momentos de intranquilidad, porque tras todos mis desvelos sólo encuentro mortificaciones y hostilidad. Esta Tucumán que me conoce, que me ha aclamado, donde he vivido durante años enteros, que sólo me debe beneficios, que en procesión salió a rogarme que no la

abandonase cuando Tristán llegaba a sus puertas, quiere ser mi enemiga...

—Deseche esos pensamientos sombríos, mi amigo— suplicó el médico; pero Belgrano movió tristemente la cabeza.

—No soy yo quien los busca — repuso.

Ellos vienen solos a atormentarme.

En seguida se sumió en un largo silencio, que el médico no osó interrumpir.

\* \* \*

El rodar de un carruaje que vino a detenerse ante la puerta despertó de sus meditaciones a Belgrano. Al mismo tiempo entraron en el aposento tres hombres: dos militares y un fraile franciscano. Eran los edecanes del general, don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni y el P. Villegas, capellán del mismo, tres amigos que, a la par del médico, querían acompañarle a Buenos Aires.

—Señor, el coche — anunciaron. —

Partiremos cuando usted guste.

—Nada tengo que esperar — repuso el general. — Vamos.

Elguera y Redhead se dispusieron a alzarle para conducirlo en brazos al coche, pues el enfermo no podía caminar.

En aquel momento la calle se pobló de rumores, de voces. Un joven apareció acompañado de una treintena de niños. Todos entraron en el patio de la casa.

—¿Qué significa ese ruido? — preguntó Belgrano.  
— ¿Quiere asomarse, padre?

El capellán salió y regresó un instante después.

—Señor general—dijo con voz emocionada—: son

los niños de la escuela, con su maestro; desean saludarlo y desearle un feliz viaje.

El semblante de Belgrano mostró la más profunda sorpresa, y de pronto se iluminó con una grande e intensa alegría:

—¡Los niños! ¡Mis niños!—exclamó—. Que entren, quiero verlos.

Al momento se vió rodeado de los muchachos que recibían la instrucción primaria en una escuelita de la patria que vigilaba especialmente Belgrano, a la cual destinaba una parte de los 40.000 pesos que le había prometido el gobierno como premio por la victoria de Salta.

El maestro explicó que, a pesar de haber el general visitado la escuela para despedirse, había creído de su deber acudir con los niños para dar el último saludo en el momento de la partida, al benemérito patrio. Agregó que la visita oficial debía efectuarse en la mañana siguiente; pero que felizmente había sabido a última hora que el viaje se verificaría con anticipación.

En seguida, el maestro hizo una seña a uno de sus alumnos, muchacho de diez años, de ojos negros, brillantes de vivacidad y travesura, el que, sin la menor cortedad ni timidez, hizo un mohín picaresco a sus compañeros, se plantó delante del general y empezó a declamar unos versos compuestos para la ocasión por el maestro mismo. En ellos despedía al protector de la escuela, agradeciéndole sus beneficios, asegurándole la gratitud imperecedera de los niños que en ella se educaban y de aquellos que se educarían en el transcurso de los tiempos, y concluyó por implorar para el general la bendición del Señor.

Los versos eran muy malos; sus expresiones huecas, exageradas, altisonantes, y la declamación del chi-



co movía más a la sonrisa que a emoción; pero Belgrano se sintió conmovido en lo más íntimo de su ser. El, tan correcto y severo, tan parco en sus manifestaciones de sentimiento, apenas pudo contener las lágrimas que llenaron sus ojos. Llamó a sí al niño que acababa de recitar los versos y le estrechó entre sus brazos. En seguida, sacó del bolsillo una moneda de oro y se la dio diciéndole:

—Toma esto, hijo mío; no lo consideres dinero; guárdalo como un recuerdo mío y del grato momento que acabas de darme.

Luego ofreció al maestro un lápiz de oro que acostumbraba llevar consigo, y en sentidas palabras le rogó que lo aceptara, agradeciéndole su delicada atención. Dirigió a los niños frases bondadosas, llenas de cariño y de sanos consejos, exhortándolos a estudiar para poner más tarde sus conocimientos al servicio de la patria.

Poco después se retiró el maestro con sus alumnos, y el general, transfigurado el rostro, los siguió con la vista hasta que desaparecieron.

Por primera vez en muchos años, una dulce felicidad lo inundaba. Había creado, pues, algo más durable que los laureles de la victoria, que el favor fugaz de las multitudes, que la gratitud de los gobiernos. No toda la semilla arrojada se la llevaba el viento: algunas habían caído en tierra virgen y fecunda y brotaban desplegándose triunfantes como la vida. ¡La escuela, cuna de las civilizaciones, foco perenne de luz, subsistiría, perpetuaría su nombre, daría testimonio de su inmenso amor a la patria!... ¡No había trabajado en vano!

Un rayo de noble alegría iluminó su alma. Belgrano alzó los ojos, ya no sombríos, ni tristes, e indicando el carruaje, dijo a sus amigos:



—Partamos ahora, para llevar como último recuerdo de Tucumán esta grata y dulce impresión.

ADA M. ELFLEIN.

De "*El pasado*".

65.

## TUCUMAN

Echada al pie de las soberbias cumbres  
que el nevado Aconquija reyesca,  
rica, fuerte, fecunda se hermosea  
del sol ardiente en las doradas lumbres.

Es la región que en fúlgidas vislumbres  
radioso y bello el porvenir clarea.  
La región del trabajo y de la idea  
coronada por mágicos deslumbres.

Allá, en el fondo de las selvas solas  
que la noche estival besa callada,  
vibrar se siente el alma de las cholas.

Y dice: sus amores y sus cuitas,  
musicando del monte la hondonada  
un rítmico gemir de vidualitas.

## MENDOZA

Un tiempo fué que noble y generosa  
dió a la patria su noble contingente,  
cuando en fiero luchar independiente  
redimía a la América gloriosa;

Después horrenda noche pavorosa  
hundió en la ruina su esplendor naciente.  
Las escuetas montañas de occidente  
la vieron renacer próspera, hermosa.

Si desolante su estruendal caída,  
también fecunda, rápida, segura  
y vigorosa su reacción de vida.

Hoy, señora caudal de la frontera,  
es para nuestra sociedad futura  
un baluarte en la misma cordillera.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

De "*Patria*".

66.

## JUAN DEL CAMPO

(*De la mitología montañesa*)

Por todo el centro y norte del país extiende su misterioso imperio este personaje legendario. Pero, solitario dueño del campo, guarda mejor su incógnita en el sellado seno de los montes que sobre el pecho abierto de las llanuras. Y, según las regiones, se metamorfosea y asciende, de simple malhechor a verdadero dios de la mitología autóctona.

En la serranía de Córdoba y de la Rioja es gaucho semidiós, que desde antiguo habita en el corazón de las vastas soledades de que ha tomado efectiva posesión, adueñándose de toda la campaña despoblada, donde hace sus correrías y llena de pavor al campesino cuando siente, reforzado por la cosmogónica acústica del cerro, el chasquido resonante de un látigo que golpea furiosamen-

te sobre sonoros guardamontes. El campesino huye y tal vez deja en poder de Juan del Campo la apetitosa res que conducía...

En Santiago, su ya dudosa dignidad se rebaja; adquire la temible apariencia del tigre y carnea descaradamente casi el mejor cordero y el novillo más gordo: es el *Runa-uturunco* (hombre-tigre).

En la sierra de Catamarca, el personaje cambia esencialmente. No es, fuera de toda duda, el mismo. El nombre de Juan del Campo, que conserva, llévalo con desmedro de su genealogía teogónica, y, por cierto, por haber perdido el suyo propio. Sólo tolera el apellido, del Campo, pero todo su ser divino repudia la vulgar denominación, el mote de Juan.

En rueda de peones de estancia, decía uno de ellos haber encontrado en "l'aguada de la mesada grande" (1) un venado mansísimo que le dejó acercarse a tiro de piedra. El primer tiro fué certero, pero el venado bajó un tanto la cabeza y la piedra pasó sin tocarlo, casi rozándolo. Se acercó más, y el robusto brazo disparó la segunda piedra, que el manso animal esquivó igualmente. Y lo mismo sucedió con la tercera.

—Entonces—contaba el criollo—no sé qué m'hizo y me juí.

Un compañero de los de la rueda, exclamó:

—Pa mí qu'era el Juan del Campo.

A estas palabras siguió un ligero estremecimiento general; luego un breve silencio, después la conversación que se intenta reanudar, un segundo silencio y, por fin, la firme convicción:

—De veras qu'era el Juan.

---

(1) Breve llanura cubierta de pasto, que alterna entre los montes.

Juan del Campo es aquí una divinidad protectora. Cuando el cazador asciende la cumbre donde pacen los guanacos y los venados, aquél los llama con un largo relincho que rebota en las laderas, y los conduce a lo más hondo de las quebradas para librarlos de la muerte. Otras veces, cuando los pastales se resienten de la seca, tal vez por influjo maléfico del *chiquí*, Juan del Campo hace llover para renovar la verdura abolida de las colinas, que vuelven a ondular como un oleaje de esmeralda tendido entre las cumbres escuetas.

O bien, aparece el señor de las verdes extensiones en forma de guanaco, pues le gusta adoptar la de los animales a quienes ama y protege. Es modesto y dios manso por excelencia. No maneja el rayo como Júpiter, ni desencadena sobre el viajero la imponente tormenta contorsionada de movimiento eléctrico como lo hace la diosa Pachamama si no se le ha rendido, sobre el cerro, el obligado culto, con aguardiente y coca. No es un dios exótico, ni deriva de ninguna mitología extra-americana. La primitiva de los arios ni la transformada con luz y suavísimo icor de los griegos, ni la egipcia, ni los antiguos dioses amarillos, ni los de ningún pueblo que haya pisado la América precolombiana, han debido darle ser. Lapidado por el campesino, se contenta con esquivar mansamente el golpe; ni es vengativo ni batallador como Diana, que guarda braviamente su castidad y la de todo el cortejo de sus ninfas, que mata a Calixto infiel y a las hijas de Niobe y hace despedazar por sus perros a Acteón; ni siquiera es aventurero por motivos de amor, como Venus salpicada de sangre en los combates aquilinos, ni posee la armónica mansedumbre de Pan contemplativo que numera las cañas; ni como el viejo Indra, antecesor de Júpiter, batalla en los prados azules por liberar de Vritra a las vacas celestes, de cuyas ubres descien-

de la lluvia; ni jamás ha soñado en la temeridad de baticir el mar para fabricar ambrosía con su espuma; no lleva en su alma el espíritu de la venganza, el soplo de la fatalidad, la ambición de un culto, comunes a los dioses de todas las mitologías; ni, en su proverbial modestia, jamás fué conturbada su sencilla serenidad por el afán de lo gigantesco que aflige a los inmortales indostánicos...

Juan del Campo es hijo de la tierra apacible que se dejó poseer sin resistencia por el indio y que, si alguna vez levanta una cumbre de ascensión peligrosa, allá arriba la desarrolla en suave mesada donde la naturaleza sonríe con la verdura de los pastizales, como si presentara un gesto brusco para abandonarse así mejor, después, en la blandura de una larga caricia. Y esa mansedumbre, bajo un clima igualmente apacible, es la que ha engendrado en el alma pacífica del indio, al buen Juan del Campo. Por eso es, también, que la ausencia de todo artificio y cultura imaginativa lo deja así señorear los campos en bucólica simplicidad de cuadrúpedo.... Nazca Poseidón del inmortal consorcio del espíritu griego con la infinita turbulencia del mar; emerja en una aurora, Venus, de la cándida espuma de ambos piélagos; alumbra Apolo con la luminosa cabellera del sol; quiebre Zeus el eje del planeta, si a su ira le cuadra; pero asistamos también al nacimiento de Juan del Campo, engendrado tal vez en la mente primitiva del antiguo cakano al amor de su reino de esmeralda, y lo dejemos después vagar tranquilo con su partido casco, así, entre los pastos...

Entretanto, imaginemos al indio sentado a la sombra de un vizcote, junto al arroyo de limpiísimas aguas, dibujando grotescamente a su dios en una piedra...

CARLOS B. QUIROGA.  
De "Cerro Nativo".



## LAS SIERRAS DEL TANDIL

(*La piedra movediza*)

Ahí están asentadas sobre alfombras de romeros y margaritas, con las plantas guarnecidas por los penachos blancos de las *cortaderas*, vestidas con la yerba de las piedras (buscadas como medicina por el campesino, como tinta para sus tejidos por el salvaje), con las sienes adornadas con flores del aire o ceñidas por captus rojos, contemplándose en la transparente corriente de los arroyos, que murmuran al deslizarse entre festones de berro.

La *piedra movediza* está allí también balanceándose sobre el abismo.

Bajando los ojos del monumento, la vista se encuentra con las tierras aradas que rodean la base de la colina, y que se extienden a sus plantas como un gran paño negro.

Volviendo los ojos a la izquierda del camino, ellos tropiezan con grandes piedras que recuerdan los *dolmen* druídicos, cubiertos por la verbena sagrada y salpicados con la sangrè de Norma.

Entre aquellos grupos informes se levanta una casita.

Los árboles y las plantas de su jardín, las gallinas y palomas que comen los granos de maíz que su dueño les arroja, parecen objetos parásitos, adheridos a las rocas por un capricho de la naturaleza.

Las piedras sueltas que cubren el camino, entre las cuales saltan las perdices sorprendidas por el ruido de

nuestro carruaje, le interceptan el paso, por cuya razón es necesario dejarlo a algunas cuadras de la sierra.

Una vez sueltos los caballos para que descansen comiendo la yerba y bebiendo el agua de los manantiales, emprendemos la marcha precedidos por nuestro *cicerone*, que camina delante de nosotros con su escopeta al hombro.

Ya estamos a pocos pasos de la sierra que vamos a escalar.

Sobre la piedra movediza se posan dos águilas, que tienen un enemigo en nuestro guía.

Después de algunos minutos de camino nos detuvimos y volvimos el rostro a la población que acabábamos de abandonar.

Mirando el pueblo del Tandil desde sus colinas, parece un pueblo microscópico.

Cada una de sus casas parece una piedra blanqueada, menor que cualquiera de las que tenemos a nuestro lado.

Aquellos puntos blancos presentan un efecto curioso, cuando se les ve agrupados como las partículas de un gran mosaico entre las piedras heridas por el rayo, húmedas por el agua que destilan, o teñidas con los jugos de los parásitos que las visten.

A la espalda tenemos un pueblo adherido a las colinas; aquí a nuestro lado, moles inmensas; al frente, oleadas de granito de fácil acceso; allí, grutas abiertas en el cuerpo de la sierra; más allá, nichos formados por la separación de dos piedras, cuya entrada defienden plantas de captus o grupos de penachos blancos.

Avanzando algunos pasos, encontramos a la derecha del desfiladero piedras blancas, redondas, calvas, que parecen cubiertas de cerebros gigantescos; a la izquierda piedras cóncavas, semejantes a la concha del cliptodón

mirado por dentro; a nuestro frente y sirviéndonos de escalones, fragmentos de rocas que parecen huesos de seres antediluvianos.

En estos huecos, en estas grutas, en estos nichos, penetra la palabra del hombre, cuyo eco, que estremece el agua del oculto manantial, se confunde con los murmullos del viento, formando un ruido misterioso, que atravesando una y otra roca, va a escaparse por alguna hendidura de la sierra, a una larga distancia del lugar de que partió.

Las águilas no se mueven de la piedra movediza, porque no se dan cuenta de que el hombre pueda perseguirlas en su elevado asilo.

Nuestro guía, que escala como ellas las colinas, apresura sus pasos, llega a una meseta, hace pie, prepara su escopeta, y cuando los ecos repiten el ruido de su arma disparada sobre las aves, las plumas de sus alas vuelan, y las águilas se levantan pesadamente, exhalando gritos de dolor.

Observada la piedra movediza desde esta meseta, presenta por cada uno de sus lados una figura diferente.

El frente del norte se asemeja por su configuración a los grandes pianos de Erard; el del sur es un pentágono irregular; los del este y oeste tienen la forma de un cono mal dibujado.

El ingeniero Moog estudió prolijamente, el año pasado, este asombroso monumento.

Al efecto subió sobre la misma piedra, la midió y dibujó prolijamente.

De este estudio resulta, que oscila sesenta veces por minuto, y que su centro de gravedad mide un metro.

El señor Moussy dice que la piedra movediza mide cuatro metros de ancho y cinco de largo.

El huracán y el rayo no han podido quebrantar la

ley de equilibrio que la sustenta sobre el vacío, en el último plano inclinado de la sierra a que ha dado nombre.

Un cacique de Rosas, obedeciendo al instinto de su señor, que pretendía no dejar piedra sobre piedra, intentó violar aquella ley, y llevar a cabo lo que no habían podido realizar el huracán y el rayo.

Cuentan las crónicas del Tandil que el vándalo enlazó la piedra con gruesas poleas, a las cuales ató treinta yuntas de bueyes.

La picana ensangrentó a los inocentes cómplices de aquel acto de barbarie; los pobres animales bregaron, pero, gracias a Dios, no se realizó el deseo del buen federal, y hela ahí como una gran masa lanzada desde el cielo y detenida sobre el precipicio a cuyo borde se balancea, cuya extensión parece medir desde la altura; ¡hela ahí como el asiento desde el cual el genio de las borrascas dirige la tormenta, lanza sus rayos y habla a la tierra, conmovida, con la voz de sus huracanes!

Sigamos ascendiendo.

El camino que ha de conducirnos hasta el pie del coloso, se hace más penoso a cada paso.

Gruesas gotas de sudor caen de nuestra frente.

He ahí una cueva que es la sepultura de los animales que caen en ella, y que lo sería del pasajero que se desviara una línea de la senda.

Un esfuerzo más.

Aquí es necesario deslizarse por entre dos piedras como una culebra que va a abandonar su vieja piel; allí es necesario saltar como cabritillo; más allá es necesario ascender apoyándose en los dedos, como un gato que escala un muro.

Un esfuerzo más, y nos encontramos a doscientos quince pies sobre el nivel del mar, de pie en la meseta en que descansa el gigantesco acróbata de piedra, que

agradecido a la admiración que le profesamos y dócil a nuestra voluntad, comenzó a ejecutar su gran prueba de equilibrio, apenas lo tocamos con nuestra mano de pigmeo.

Luego que lo examinamos minuciosamente, abrimos una botella de vino de Italia, que bebimos, brindando en silencio a la buena suerte de nuestros mejores proyectos.

En seguida colocamos el cristal vacío junto al eje de la piedra: imprimimos a ésta un ligero movimiento hacia nosotros; la botella crujió saltando en millares de pedazos.

SANTIAGO ESTRADA.

De *"Viajes"*.

68.

## LA DESGRACIA NO ME HA DEJADO ACABAR DE CUMPLIR CON MI DEBER

La bandera de la revolución, después de cinco meses del pronunciamiento de Mayo, había conquistado inmarcesibles laureles en los campos de Suipacha, demostrando a la metrópoli y al mundo entero, que cuando un pueblo viril y patriota proclama altivo y entusiasta sus derechos, es porque sabe sostenerlos a costa de todos los sacrificios.

El general don Antonio González Balcarce fué el primero que coronó de laureles la sien de la joven nación que se levantaba obedeciendo a íntimas convicciones de justicia, y al legítimo derecho de independenciamiento y de libertad.

La chispa que salió de Buenos Aires recorrió el in-



terior del Virreinato: traspasando los Andes iluminó las costas del Pacífico, y allá en medio del Ecuador, sobre la cumbre del elevado Chimborazo, resplandeció brillante, disipando las tinieblas en que todavía se hallaba envuelta una parte de América, a la cual debían llegar más tarde los deslumbrantes rayos del sol de Mayo.

Marte nos había dado héroes; pero Neptuno parecía negarnos sus favores.

La revolución no tenía con qué hacer frente a los poderosos elementos marítimos con que contaban los españoles atrincherados en Montevideo, y dispuestos a hacer el último esfuerzo para sostener el pabellón de la metrópoli en el único resto de terreno que les quedaba en las márgenes del Plata.

Apoyados los realistas en su poderosa escuadra, que contaba con grandes pertrechos navales y excelente tripulación, dominaba por completo el Plata y sus afluentes, haciendo correrías por ellos. La Junta de Buenos Aires, convencida de que el único modo de poner término a esto, garantizar las costas y asegurar la posesión de los ríos, como también de proteger el ejército que a las órdenes del general Belgrano marchaba sobre el Paraguay, era poseyendo buques de guerra, se decidió a armar, aunque con grandes sacrificios, una escuadrilla.

Después de vencerse innumerables obstáculos, se pudieron reunir tres buques pequeños, cuyo mando fué confiado al bravo e inteligente marino don Juan B. Azopardo, que supo responder a la confianza que en él se depositaba, de un modo que hará eterno honor a su nombre, dando el primer día de gloria marítima a la República Argentina!

Nuestra escuadrilla remontó el río Paraná para llegar a San Nicolás de los Arroyos. Los españoles que tu-

vieron conocimiento de esta operación, siguieron el mismo derrotero con una respetable flota a las órdenes del comandante Romarate, para atacar y hundir en los abismos los débiles buques que hacían flamear, por primera vez en las aguas, nuestro joven pabellón.

Azopardo se preparó a la defensa haciendo levantar una batería en tierra, para de este modo compensar en algo siquiera su inferioridad en buques, armamento y tripulación, y lograr, si no vencer la escuadra realista, al menos equilibrar el combate, de modo que las probabilidades de triunfo estuviesen tanto de una como de otra parte.

Pero la fatalidad había dispuesto de otro modo, pues en el momento de ataque, Azopardo fué abandonado a sus propios esfuerzos, tanto por la batería, por ser mal dirigida, como por uno de sus buques, cuya tripulación huyó a tierra, amedrentada ante las impotentes naves del enemigo. Uno de ellos era mandado por don Hipólito Bouchard.

Este marino tuvo un momento de desgracia, pero el combate de San Lorenzo y el crucero inmortal de La Argentina, que dirigió, lo han puesto a cubierto de las sospechas que pudiera tener la posteridad, respecto a si en su pecho había un corazón de valiente o de cobarde. Sí, él se ha vindicado ante la historia; las páginas de luz de La Argentina alumbran para siempre las tinieblas que pudieran ocultar su nombre al agradecimiento nacional en el contraste de San Nicolás.

Otro hombre que no hubiera tenido el temple y patriotismo de Azopardo, se hubiera entregado al enemigo sin hacer un tiro al ver huir a sus compañeros. Pero él solo con la goleta Invencible que montaba, tripulada por hombres que por primera vez iban a oír silbar las balas de los realistas, y a tomar el olor a la pólvora española,

jura no abandonar su buque; con él debía salvarse o con él debía sucumbir sin echar un borrón sobre su nombre. Aunque todos lo hubieran dejado, él hubiera permanecido siempre en su puesto de combate, porque la República Argentina no podía perder su fama, y Azopardo debía completar la suya!

Los cañones españoles empezaban a disparar una lluvia terrible de hierro y plomo sobre nuestra nave capitana, que se bate heroica y desesperadamente contra cuatro buques formidables del enemigo.

Los marinos independientes cobran nuevo valor al ver el heroísmo de su jefe, que ha elevado al tope del mástil de su buque la bandera encarnada de guerra a muerte, señal que sabrá sostener dignamente.

Todos parecen dispuestos a aniquilar el bajel patriota, hasta que al fin se deciden a abordarlo.

La Invencible sostiene el abordaje por espacio de dos horas con admirable valor y sangre fría, hasta que de los cincuenta hombres que tenía a su bordo le quedan ocho que pueden continuar el combate!

El intrépido Azopardo, viendo que todo estaba perdido, trata de hacer el postrer esfuerzo para no caer en poder del enemigo: va a hacer volar la santabárbara! El destino quiere salvar la vida de un héroe, y burla su heroico propósito! Una mano oculta había cerrado el depósito de pólvora, sobre cuya puerta descarga Azopardo varios tiros, reuniendo en seguida algunos cajones de cartuchos.

Visto esto por el enemigo aterrado que se encuentra en la proa, le ofrece la vida de todos; un clamor de sus marinos le hace reflexionar un instante y acepta las condiciones, pero había aceptado, porque todos sus esfuerzos eran completamente inútiles para hacer volar el buque.

En medio de la carnicería del abordaje, Azopardo ha

estado en todas partes, luchando con admirable valor y serenidad, alentando a su tripulación.

Al hacer el último tiro sobre la santabárbara, convencido de que no podía incendiarla, pronuncia aquellas palabras que hubieran bastado para inmortalizar su nombre: "¡La desgracia no me ha dejado acabar de cumplir con mi deber!" De este modo fué el primer ensayo marítimo argentino.

Los primeros bajeles de la patria fueron apresados por el enemigo; pero en pos del combate de San Nicolás debían venir los días inmortales de Martín García, La Argentina, Los Pozos y el Juncal, ciñendo también de laureles la frente de Brown, Bouchard, Espora, Rosales, y Jorge, que supieron seguir dignamente el ejemplo de Juan Bautista Azopardo, cuyo nombre, admirado por la posteridad, unido al del combate que sostuvo, forma el primer eslabón de esa gran cadena de hechos heroicos que se llaman glorias navales de la República Argentina.

El sol del 2 de Marzo de 1811, alumbró con su luz este cuadro de heroico patriotismo y virtud cívica.

JUAN M. ESPORA.

De *"Episodios Nacionales"*.



69.

## LOS TEHUELCHES

Estamos en el centro de la Patagonia, poblada otra vez por numerosas tribus indígenas, cuyas capas sucesivas se vinieron sobreponiendo, refundidas a veces y a veces desalojando o destruyendo la raza autóctona ancestral.

Ahora, a su vez, se han visto desalojadas y casi aniquiladas por el invasor blanco y los temibles auxiliares que lo acompañan: el alcohol y las enfermedades contagiosas, que hacen estragos en esas razas. Los sobrevivientes, no más de dos mil, viven en pequeños grupos en la dilatada Patagonia; y prefieren esta región, porque ha-



cia el sur, los escoriales de piedra impiden el frecuente tránsito de la raza invasora.

La toldería de Quilchamal, donde acampé, es una de las que tienen menos contacto con el cristiano, y por eso conserva mejor las costumbres características de estas indíadas mansas.

El araucano y el tehuelche tienen las mismas costumbres, sólo que aquél, habitante de tierras más fértiles y de climas más benignos, es nómada por excepción, y, en consecuencia, es también un poco agricultor; el segundo está obligado a cambiar periódicamente de sitio para dar alimento a sus grandes yeguas y a sus pocas ovejas; además, el campo inmenso y despoblado, donde abundan el guanaco y el avestruz, lo invita a la caza, de la cual saca casi exclusivamente los medios de vida.

El araucano, de raza guerrera, tiene en su cara la sumisión de la fiera una vez domada; el tehuelche, la impasibilidad del hombre que sabe no poder rebelarse al destino.

El toldo tehuelche, cuyas paredes interiores son pintadas con colores que extraen de las barrancas marinosas, está formado de cueros de guanacos adultos, cosidos con tendones de avestruz y el pelo para el lado exterior. Su capacidad es la de una pieza de regular tamaño, y frente al biombo, que desempeña el papel de puerta de la casa, humea el fuego cuyas brasas no se extinguen hasta la remoción del campamento. Ese punto es el hogar, la cocina, el comedor; un paso más hacia el interior, y donde en el suelo están extendidos cueros lanudos, es el salón para recibir las visitas y *boudoir* donde las dueñas de casa hacen su *toilette*, cosen y preparan los quillangos de guanaco chico para el intercambio con los cristianos; después, un pequeño relieve de pieles, una especie de zócalo que atraviesa todo el toldo,

constituye la almohada general, donde, en cuatro metros de largo, descansan durante la noche, a veces, 15 o 20 cabezas: las camas son pieles amontonadas, que tienen por sábana cueros de caballo, sobados y pintados, y se extienden hacia el fondo, tocando con los pies la pared del toldo; el mueblaje y los utensilios de este interior están hechos exclusivamente con cueros y tejidos de lana, la madera no entra sino en los palos de sostén de la casa; objetos cristianos usuales, tan sólo la pava, la olla, el mate, la bombilla y un jarro, único en cada toldo. Vi allí un objeto curioso: una niña que con pincel de duros pelos había peinado prolijamente su larga y negra cabellera, elegía ahora en su alhajero las mejores joyas para adornarse; Margarita bronceada y bonita, mirando su cofre, pero éste era la piel reseca de una ubre de vaca, cuyos pezones endurecidos servían de pie al alhajero.

\* \* \*

Las escenas familiares se multiplicaban. La descarnada y sucia mano de una vieja extrae de un mate la yerba lavada, que reúne sobre un cuero de carnero; los chicuelos, desnudos, la rodean, y ella distribuye a cada uno un poco de esa yerba endulzada, que es comida ávidamente como bombón prelibado; después toma prisionero entre sus rodillas a un niño, cuyos cabellos enmarañados examina detenidamente, y los parásitos así cazados estallan con pequeño crujido bajo los dientes del niño o del cuzco preferido: ella ha perdido toda la dentadura, renuncia por eso pacientemente a la voluptuosidad del sabroso bocadito; en esas cabezas, Carlos Darwin clasificó una especie nueva del sucio insecto.

Son las diez de la mañana y es la hora en que el indígena empieza a comer y con intervalo de minutos sigue haciéndolo casi todo el día, sin que ese régimen

carnívoro continuado produzca desarreglos ni enfermedades; al contrario, las mujeres en un adorable *embon-point*, los hombres grandes, ágiles y musculosos, son el desmentido más acabado que se pueda presentar a los secuaces del vegetarianismo; ese régimen conviene tanto al hombre que hace ejercicio, que galopa y que caza, como a la mujer que hace una vida completamente sedentaria, acurrucada casi todo el día en el suelo, entregada a la confección y a la costura de pieles y al tejido de lanas; en esas labores he visto asomar bajo del *peplum* brazos torneados de perfección griega y manos pequenísimas y bien *potelées*, que si no fuera por el cutis oscuro y las uñas negras, envidiaría a los 18 años cualquier señorita.

Cuando a la hija del cacique regalé una muñeca de celuloide y distribuí entre las damas algunas madejas de lanas de vivos colores, empezó a romperse esa frialdad recatada tan común entre la gente de campo; ya empezaron las sonrisas, las miradas francas y los pedidos de otros objetos; ya me declaraban el amigo y el médico de la toltería. Me trajeron una niña enferma de oftalmía, a la cual receté huir del humo de los fogones, y entregué a la madre un colirio de sulfato de zinc, prescribiéndole en su estilo la aplicación: "Cuando el sol nace, mójale con esta agua los ojos; cuando la sombra del toldo es más pequeña, mójale con esto los ojos; cuando el sol desaparece tras de la montaña, mójale los ojos". Creía haber adaptado al espíritu indígena el precepto de curarle tres veces por día, pero la india me preguntó: "¿Y si el día está nublado?" No supe contestar, tanto más cuanto mi diccionario tehuelche era muy reducido.

CLEMENTE ONELLI.

De "*Trepando los Andes*".

70.

## LOS HUERFANOS

Cuando el estruendo del festín resuena  
en torno de tu mesa regalada  
y entre las ondas del quemado aroma  
el rumor de los brindis se levanta,  
acuérdate de aquellos  
que a los umbrales de la puerta llaman.

Cuando en el día de tus padres gires  
en el salón de la revuelta danza  
y dejes, al pasar, enternecido  
el beso de tu amor sobre sus canas,  
acuérdate de aquellos  
que sólo al borde de su tumba pasan.

Cuando el concierto de armonioso canto  
te arrulle con su música inspirada  
y el lujo y el fulgor y la alegría  
doblen el espectáculo que embarga,  
acuérdate de aquellos  
que sólo al ¡ay! de los pesares cantan.

Cuando en las horas de la noche negra  
contra tus muros la tormenta brama  
mientras en lecho de mullida ropa  
junto a los hijos de tu amor descansas,  
acuérdate de aquellos  
que al sólo anparo de los cielos andan.

Y cuando el rayo del albor primero  
entre por el cristal de tu ventana  
a encender bajo el párpado que duerme

el fuego de la vida en tu mirada,  
acuérdate de aquellos  
que no despiertan más en la mañana.

¡Ah!, piensa que el Señor no puso en vano  
un rayo de piedad dentro del alma  
y sobre el cielo de la tierra triste  
el sempiterno hogar de la esperanza.

## LA PROPIEDAD

Esta es mi propiedad, dijo el magnate,  
y señaló un espacio de la tierra:  
la costa de la mar es costa mía,  
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,  
el salvaje torrente que los riega,  
todo es por siempre mío, todo es mío:  
soy tu Señor, aquí, Naturaleza...

Y el infinito tiempo de la vida  
continuó imperturbable su carrera:  
y el soberbio cadáver del magnate  
alimentó al gusano de la tierra.

allí a los pies de la montaña enorme  
que llamó un día su heredad paterna;  
a la fúnebre sombra de los pinos,  
y del inmenso mar en la ribera.

RICARDO GUTIÉRREZ.

De "*Poesías Líricas*".





71.

## LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

Por un claro del bosque notamos con alarma que el cielo venía rápidamente entoldándose. Una tormenta nos perseguía silenciosamente.

¡Pues, señor! Después de tantos días, de tantas ilusiones, de tantas ansias, no ver la maravilla en plenitud, sería una catástrofe. Había que llegar. Echamos el carguero por delante y agachados sobre las monturas apuramos el trote, chicoteados por ramas hostiles que parecían aprovecharse de nuestro apuro para flagelarnos sin misericordia. Al poco rato noté que me había distanciado del grupo: Grité y me contestaron a lo lejos: “Se nos ha caído el carguero, siga no más por la picada”. Pero era que la picada no se veía, borrada, devorada por la vegetación, que invade todos los claros, creciendo a saltos. Resolví confiarme a la yegua que me había tocado en lote.

Anduve una hora. Sofrené. Escuché con toda el alma; me bajé, apliqué el oído al suelo. Nada: ni un rumor; el mismo silencio pesado y amenazador de la selva circunstante. ¡Si me habría perdido! Ya iban a ser

las once: hacia tres horas que andábamos. ¿Cómo podía ser? Una perplejidad angustiosa me embargó. ¡Y aquella tormenta que se venía!

Monté de nuevo y castigué con furia a la yegua, que entre el áspero malezal se lanzó bravamente al galope. Anduve, tironeado y sacudido, otro rato mortal. De pronto sentí que el terreno subía y mejoraba un poco la picada. Miré: a la derecha, por entre el denso verdor de las ramazones, me parecía ver, aún a alguna distancia, no sé qué cosa blanca, inmensa y temblorosa, como un monstruoso témpano en deshielo, que, silenciosamente, se movía. Pretendí sujetar, pero la yegua enardecida continuó su galope y ya no vi nada. ¿Será?... ¡Pero no puede! ¡Cómo no iba a sentir ningún ruido! Ignoraba que, según el estado de la atmósfera, se oye el estruendo de las cataratas a gran distancia o no se oye hasta estar sobre ellas. Lo oí de repente, tartáreo, abrumador, tonitronante, y entreví a la vez casi claramente entre los árboles las primeras cascadas. Un poco más: ¡ahí están!

¡Gran Dios! ¡Cómo es visible la obra de tu mano! Senté a la yegua sobre los jarretes de un bárbaro tirón y sentí que ante aquella belleza poderosa, soberana, infinita, inesperada, ni sospechada siquiera, a pesar de la intensa expectativa, el corazón se me exaltaba y crecía — algo de la gran fuerza universal entraba en él—, y lágrimas de gratitud, llanto de fuerza, expresión de un sentimiento inenarrable, de una cosa inaudita y recóndita que la lengua no sabe decir, yo no sé, pero lágrimas de hombre, me llenaron los ojos.

Aquéllos no eran, sin embargo, los saltos más grandes. Eran como el prólogo, la desmesurada overtura, como los heraldos de la maravilla.

A mí me parecieron insuperables, suma y término de la grandeza posible.

Pero simplemente eran bellos al lado de los otros, que mi cabalgadura, sin que yo me diese cuenta, pasando por su voluntad o su costumbre a otra picada, puso de improviso a mis ojos atónitos.

El sol, misericordioso, salió breves minutos para mí, y vi a mis pies el grandioso semicírculo en que brama y se despeña una muchedumbre de cataratas, que no se muestran a la mirada avara sino púdicamente, veladas por una gasa de pálido celeste, en que el sol pone a veces bullonados de rosa.

Aquella vasta zona de cascadas apacienta los ojos, sacia el alma de emoción y la levanta, y la lleva, como con alas, a regiones excelsas.

¡No se puede decir lo que hay allí! Las aguas, que ya vienen hostigadas, corriendo en frenesí sobre un plano vastísimo llegan a la ceja inmensa y se deslizan al vacío, o chocan, antes de saltar, en enormes peñascos, y rebotan, y en los aires hacen juegos atléticos que la luz colorea con mágicos cambiantes. Efusiones de plata, chorros ingentes, surtidores sonoros que saltan en arco, anchos desbordamientos de aguas plomizas que pesadamente se desploman con un mugido sordo, y al estrellarse en la roca aplanada y fortísima se deshacen en gigantescas nubes de vapor, de un blanco inmaculado cuando surgen flotantes del hervoroso abismo y luego teñidas de rosa, teñidas de carmín, de violeta traslúcido, o hechas como de polvo de oro por el mágico sol. Y detrás de este amontonamiento de saltos, y a la izquierda, y a la derecha, cerca y lejos, arriba, abajo, allá en las alturas, aquí a los pies, trenzándose a pechadas con las rocas que, aunque aguantan, retiemblan, otros y otros, y otros saltos, cubriendo una superficie de cuatro mil

metros: unos con deslizamientos de culebra, otros con fieros brincos de jaguar, unos oscuros, resbalando en silencio, otros vistosamente empenachados de espuma, todos corren en vértigo y al llegar a la arista de los altos y negros paredones, pierden pie y ruedan al fatal e infinito derrumbe, y allá abajo, reventados, deshechos, rugientes, siguen su curso arrastrando en jirones su túnica de encaje, mientras del uno al otro extremo del inmenso anfiteatro de cascadas, entre aquel estruendoso dislocamiento de violencias, sobre aquel paroxismo, cien arcoíris se tienden como puentes de paz.

De pronto se veló el panorama, como si hubiesen corrido un telón entre nosotros y las cataratas. Llovía a torrentes. Entonces recién pude advertir los mil estruendos de las cascadas, que casi ni había sentido, puestas todas las potencias perceptivas en los ojos para beber apresuradamente aquel raudal inmenso de sensaciones. Ahora se reconcentraba la atención en el oído y llenaba de asombro el observar que toda aquella masa imponderable de estrépitos,—graves, medios,—rimados, entrechocados, discordantes — estertores, rumor de multitudes, largos ludimientos de caídas inmensas, resuellos, de cien calderas de vapor, retumbos de cien truenos —, llenaba de asombro que todo aquello no asordase instantáneamente, ni perturbase siquiera la percepción de los sonidos más débiles. Se hablaba sin esforzar la voz — estuve un rato oyendo una pequeña cascata que a cincuenta metros bajo los pies, allá entre dos peñascos, en su flautín de cristal parecía ensayar variaciones del “Carnaval de Venecia”; y cuando, después de tres horas de lluvia, salió el sol cubriendo de halos las grandes cataratas, gozamos el placer exquisito de escuchar a un tenor de la selva—un zorzal animoso y ro-



mántico que atravesó de un vuelo las aguas procelosas, llegó hasta la isla náufraga, se instaló sobre una rama del árbol misántropo y, trovador de las tardes tropicales, se puso a cantar.

MANUEL BERNÁRDEZ.

*"De Buenos Aires al Iguazú".*

72.

## LA MUERTE DE SARMIENTO

Acababa apenas de conciliar el sueño, después de dos horas de insomnio en que la imagen del eminente estadista no se apartaba de mis ojos, cuando fui despertado y recibí por teléfono la noticia de que el general se agravaba por instantes. Un tranvía expreso, previsoriamente preparado por el señor Masías, compatriota que administraba la empresa, me esperaba en la puerta, y en él me trasladé rápidamente al hotel de la "Cancha", acompañado por aquel señor y por mi viejo amigo D. Sinfioriano Alcorta... La noche tropical era tranquila, húmeda, poblada de rumores extraños, en que se confundía el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de alguna ave solitaria y el ruido sordo del río que precipitaba sus ondas a la distancia.

Eran las dos de la mañana y el cielo cubierto de estrellas empezaba a palidecer, como esperando la invasión de las primeras claridades del alba... Al llegar a la "Cancha" nos precipitamos a la habitación del enfermo y una escena imponente se presentó a nuestros ojos. Sarmiento acababa de expirar. Su cadáver reposa sobre un catrecito de hierro, encima de varios almohadones. Tiene el rostro dado vuelta hacia la pared, y una de sus ma-



nos extendida sobre su cuerpo. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas junto al lecho, con la palidez del dolor en las mejillas y el pecho convulsionado por los sollozos profundos, su nieta Maria Luisa. Al pie de la cama, la hija del general Sarmiento desfallece entre los brazos de dos nobles señoras, que tratan en vano de encontrar palabras de consuelo para aquel inmenso infortunio; Julio Belin, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja correr sus lágrimas en silencio. Me aproximo al general con el corazón conmovido. Su expresión es serena y majestuosa. Parece dormido después de tantas luchas y fatigas. La almohada en que reposa un lado de la cara, está manchada con algunas gotas de sangre arrojadas en el extertor de la agonía.

Aquella muerte desolada, aquel grupo desesperado, visto a la luz de las bujías que una mano piadosa había colocado sobre el velador, oprimió mi corazón con un anillo de hierro. Me pareció que con el último suspiro de aquella alma gloriosa, algo se había desprendido de mi propio corazón. Mi mirada se fijaba, atraída por el horror de la inmensa pérdida, en su rostro de líneas marcadas y profundas, que iban esfumándose y afinándose poco a poco, modeladas por la mano de esa horrible Artista que dulcifica y espiritualiza la última expresión de los que parten. Allí estaba, frío, rígido, tranquilo, el luchador de tantos años, aquella naturaleza tempestuosa y equilibrada, que había desafiado sin un desfallecimiento, el golpe del infortunio. Y mientras la luz de las bujías arrojaba tintes marmóreos sobre su rostro dormido, por la puerta de la habitación que daba a la verde campiña, penetraban los violentos rayos de la aurora; toda una poesía dulce del despertar de la vida, todos los esplendores de un paisaje que renace del sopor nocturno, iluminaban con sorpresa el recinto de aquel cuarto estre-

cho en que nos agrupábamos sollozantes, prosternados ante el solemne cadáver!... Herido profundamente por la inmensa desgracia, me sentía desfallecer, cuando la nieta del general se aproxima a mí y tomándose de la mano en presencia del reducido grupo que la acompaña, me da las gracias delante del cadáver "de su segundo padre", por todo el afecto que mi familia y yo le hemos demostrado. Aquel arranque de un corazón generoso, hace desbordar el sentimiento contenido. Y una vez más me encuentro frente al enigma insondable, una vez más me hiela el frío de la tumba, y mido la vanidad y la fragilidad de las grandezas humanas. Aun conservo en mi oído el eco acompasado de la respiración del enfermo. Quedo solo un instante y me parece escuchar sus fatigosas aspiraciones.

Algunas horas más tarde, esa misma niña deposita en mis manos, como un recuerdo sagrado, la pluma usada por el general Sarmiento durante su permanencia en la Asunción.

M. GARCÍA MEROU.

De "*Confidencias Literarias*".

73.

## BUENOS AIRES ANTIGUO

Buenos Aires, desde 1810 hasta 1830, era ya, podemos decirlo sin temor de equivocarnos, una de las ciudades de Sud América que descollaba por lo selecto de su sociedad. Era ostensible en sus habitantes el buen trato y el más delicado agasajo; a propios y extraños se les recibía con sencillez y amabilidad.

"Por el año 1817, escribe Robertson, Buenos Aires "se hallaba en el estado más floreciente; la tranquilidad

“y la prosperidad interna, el crédito y el renombre en el exterior, mantenían a los habitantes joviales, alegres y contentos, de modo que las bellas cualidades de los porteños brillaban en su mayor esplendor”.

Efectivamente; todo era complacencia y contento; trato franco, sencillez de costumbres, sinceridad en las relaciones; éramos hospitalarios hasta el extremo. No pretendemos decir que todas estas recomendables disposiciones hayan desaparecido, pero ciertamente han disminuído. Nos hemos vuelto más europeos, más dados a las presentaciones formales, a la etiqueta y reserva.

Verdad es que, con el andar del tiempo, cierta clase de hospitalidad se ha hecho menos posible, a la vez que menos inevitable; la ciudad está llena de buenos hoteles, y de cómodas casas de alojamiento, de lo que antes carecíamos; y hace menos necesario que el que llega de otra parte, tenga que ir a parar a casa de algún pariente, amigo, o aun amigo de un amigo que lo hubiese recomendado a alguna familia a quien, ni de vista conocía.

Causas políticas contribuyeron también a cambiar casi por completo la faz social.

\* \* \*

Era costumbre muy generalizada, y especialmente entre las familias más notables y acomodadas, dar tertulias, por lo menos una vez por semana; a las que, con la mayor facilidad, podía concurrir toda persona decente, por medio de una simple presentación a la dueña de casa, por uno de sus tertulianos.

Pero no se limitaban las tertulias a las familias de mayor rango y fortuna: tenían lugar también en gran número de casas de familias decentes, aunque de medianos posibles.

Se bailaba generalmente hasta las doce de la no-

che, o algo más, principiando temprano; en tal caso, sólo se servía el mate; cuando duraba el baile hasta el día, se agregaba el chocolate. Esto no quitaba que, de tiempo en tiempo, para un cumpleaños, por ejemplo, u otro acontecimiento, se diesen bailes de tono, con todos sus accesorios; sin embargo, en ningún caso se seguía la costumbre perniciosa, y hasta cierto punto ridícula, que existe hoy, de empezar a ir las familias a la tertulia, por íntima que sea, ¡a las 10 y aún a las 11 de la noche!

Desde las ocho hasta las doce o doce y media, eran horas que no perjudicaban ni alteraban en mucho el orden doméstico. Se divertían un rato, como entonces se decía, y al día siguiente todo el mundo se encontraba en aptitud de entregarse a sus ocupaciones. — Hoy no es así. — De manera que, si la civilización tiene sus indisputables ventajas, suele traer también consigo sus serios inconvenientes.

Asistir hoy a una reunión de baile, se traduce por tener que dormir gran parte del día siguiente, o andar cayendo de sueño, con detrimento del cumplimiento de sus deberes, y aún de la salud.

El traje de las jóvenes era de lo más sencillo y sin ostentación, reinando en aquellas reuniones la mayor cordialidad y confianza. En efecto, esas tertulias eran verdaderas reuniones de familia, sin el lujo, a veces desmedido, ni la fría reserva que se nota en muchas de nuestras actuales *soirées*.

No se precisaba de espléndidas cenas ni de riquísimos trajes; el baile, la música, la conversación familiar, el trato franco, y sin intriga, y el buen humor, bastaban para proporcionar ratos deliciosos. Bien poco costaba, pues, una de estas tertulias, ni a los concurrentes ni a la dueña de la casa, que todo lo hacía con una libra o dos de yerba y azúcar, el aumento del alumbrado y un

*maestrito* para cuatro horas de piano; y muchas veces, ni aun este gasto se hacía, pues que se alternaban las niñas y los jóvenes aficionados, para tocar las "piezas de baile"; y cuando todo recurso faltaba, siempre se encontraba alguna tía vieja y complaciente, que tocase alguna *contradanza*, aunque fuese añeja, que el asunto era bailar.

JOSÉ ANTONIO WILDE.

De "*Buenos Aires setenta años atrás*".

74.

## EL HIMNO

"Correspondía a la Asamblea Constituyente de 1813, dar al sentimiento nacional una expresión rítmica, en uno de aquellos arranques antiguos de la expresión revolucionaria, con el cual difundía las explosiones del alma patriótica, desde el Plata hasta el Desaguadero, arrastrando a los pueblos enardecidos con la embriaguez de las batallas y electrizados por el vértigo de la musa revolucionaria".

"Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ambas márgenes del Plata y en los extremos límites de la República; confortarlo en la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo, que resistía al torrente de la opinión argentina".

Obedeciendo a ese propósito, la Asamblea designó a dos poetas que se habían destacado como inspirados con motivo de las victorias sobre el ejército inglés, en las invasiones de 1806 y 1807, y cuyas composiciones corrían insertas en la colección de "*El Triunfo Argentino*" y otras publicaciones, para que, inspirándose en las esce-



nas del drama revolucionario y de la acción de los ejércitos libertadores, bordasen en verso el argumento de la canción nacional. A ese objeto, altamente patriótico y, por más de un concepto, difícil de realizar, porque se debía trazar en verso la descripción de la escena, el recuerdo de los triunfos hasta entonces alcanzados y el ideal del dogma revolucionario, respondía la honrosa designación.

Estos dos poetas fueron el sacerdote fray José Cayetano Rodríguez y don Vicente López y Planes.

“En la sesión que realizó la Asamblea el día 11 de mayo de 1813, se leyó la composición de López y fué declarada, por aclamación, como: “La única canción de las Provincias Unidas”. Por desgracia no se dió a la luz en “*El Redactor*” el acta de la sesión de aquel día y, por desgracia también, ignoramos los pormenores de las circunstancias de este acto en que los representantes del país, comprendiendo la influencia de la armonía y del estro sobre las multitudes, se constituyen jueces en un certamen poético, con el fin de añadir una fuerza más a los empeños de la revolución”.

¡Y el *Himno* resultó! En una pobre sala, sencillamente amueblada, de una casa de adobe y techo de media agua, la señalada hoy en la calle Perú con el número 533, cuya puerta daba a un patio de toscos ladrillos y al cual el perfume de las trepadoras, de las madreselvas, jazmines, rosas y claveles, embalsamaban con su purísimo aroma el ambiente tibio de una serena noche de mayo; de allí y de la mente de López, alentada por la luz y el fuego de la inspiración, surgieron a la vida las octavas del *Himno* guerrero.

Como las estrofas de Tirteo, en tiempos de la magna Grecia, llevaban a los combatientes a la lid, así también la declamación del *Himno*, arrastraría a la pelea a los ejércitos argentinos. Aquel canto guerrero de letra

marcial, tenía también su lírica a la que daban brío las notas ya graves, ya fogosas, que parecían el clamor de la patria, del ritmo musical del catalán Blas Parera, cuya alma se sintió inspirada ante los éxitos de las legiones argentinas, la propaganda libertadora y acción democrática, que diseñaban los hombres y los sucesos de la revolución. Aquel *Himno* fué, como si se dijese, el reto a muerte de la naciente nación a España.

De sus estrofas surgen las escenas de aquella acción tan movida, tan emocionante de la epopeya revolucionaria. Evoca el recuerdo de la lucha cruenta y tenaz; describe la acción del pueblo en armas, los jalones, las etapas victoriosas de los ejércitos: estalla en el grito altivo de la protesta y, al fin, levantando el vuelo de la inspiración, da la nota memorable, inscribe la imborrable exclamación luciente como la imagen del sol que remata su escudo y luce en su bandera: "*Las Provincias Unidas del Sud*" entre las naciones, y a la que saludan los pueblos libres de la tierra.

Ese *Himno*, que no brinda las comarcas argentinas a la paz, porque éstas se ofrecen en el preámbulo de la Constitución Nacional, que, a manera de un exordio magistral, brinda la tierra donde se sancionó la Constitución a todos los hombres que quieran habitarla; ese *Himno* es guerrero, es marcial en su épica entonación.

Es guerrero y es marcial, porque fué creado en medio de las escenas emocionantes de la revolución, que llevaba sus banderas a todas las fronteras de las Provincias Unidas. El autor, al elevarse con su numen a las regiones superiores de la inspiración, rememorando episodios, hace sonar en las cuerdas de bronce de su lira, las vibraciones más puras del patriotismo, el anhelo a la libertad y aspiración a la gloria. Por eso es que las estrofas del *Himno*, suenan como notas de clarín, tienen el

redoble bélico del tambor; traen al recuerdo el eco de las dianas militares, que parece viniesen misteriosamente en alas de los vientos, a decirnos de marchas triunfales, de bayonetas resplandecientes a la luz de la victoria, allá en el lejano norte, en las faldas de la cordillera, en la cumbre de la meseta boliviana, ante los muros de Montevideo: desde Suipacha hasta Tucumán y Salta.

Armoniza con la letra del *Himno*, la magnificencia de la música, la belleza del ritmo lírico, que la inspiración de Parera supo dar a la expresión del vate. Su introducción es grandiosa, imponente. Tiene toda la majestad de la épica, de la epopeya revolucionaria y hay en sus compases, en la armonía del conjunto, bellezas tales que expanden el espíritu de los argentinos, y que impulsan a la imaginación en las emociones purísimas del patriotismo.

¡Salve, *Himno* inmortal, redentor y evocador! —

CARLOS M. URIEN.

De "*Soberana Asamblea Constituyente de 1813*".

75.

SANTOS VEGA

(Fragmentos)

Pues, sí, señor; el trabajo  
de campo en que sobresalen  
en *agilidad* y *destreza*  
los gauchos de estos parajes.  
es la yerra, en donde suelen  
hacer cosas *almirables*,

luciendo allí con primor  
su saber el paisanaje.

---

¡Eh, pucha! si es un encanto  
ver los diferentes lances  
de *prontitú*, de fijeza,  
de fuerzas y de coraje  
con que el mozo *pialador*  
suele en la playa *floriarse*;  
y el tino y la inteligencia  
con que saben, al instante,  
unos a otros muchas veces  
en un peligro auxiliarse.

---

¡Que vengan facultativos  
en *cencias*, de todas clases  
los más profundos! ¡Que vengan  
de *Uropa* y otras ciudades  
esos *leídos y escribidos*,  
y en ancas nuestros manates  
puebleros!— no digo todos,  
pues todos no son iguales:  
hablo tan sólo de aquéllos  
tan fantásticos, que no hacen  
caso de un pobre paisano,  
sin duda porque no sabe  
como ellos, cuándo la luna  
de un vuelco debe empacarse  
frente al sol y hacer un *clise*;  
es decir, que nos ataje  
la luz del sol y en tinieblas  
ponga el campo a media tarde.

---

Y eso ¿qué tiene de raro?

cualquier triste gaucha sabe  
que esa *oscuridá* resulta  
de una sombra semejante  
a la que (pongo por caso)  
dentro de un rancho se le hace,  
cuando es preciso, a un enfermo,  
sólo con atravesarle  
un cuero o cualquier *carona*  
por entre el candil y el catre.

---

Pues bien; los sabios que explican  
la causa de tales casos  
y que por esa razón  
piensan que todo lo saben,  
ya que son tan entendidos,  
que vengan a estos parajes  
y todas nuestras costumbres  
las miren bien y las palpen,  
y luego que nos expliquen  
de corrido, sin turbarse,  
las ciencias de nuestras *bolas*  
y el poder de nuestros *piales*,  
para con un tiro a tiempo  
postrar a un toro indomable.

---

Que vengan, vuelvo a decir,  
de todos los *gamonales*,  
y *miente* el más vanidoso  
y llegue sin escaldarse  
a estos campos de un galope,  
y acá, entre los pajonales,  
en una noche nublada  
y oscura, después de darles  
un par de *güeltas* a pie,



que conteste o que señale,  
a qué rumbo se entra el sol  
o el lado por donde nace...  
¡Y que acertaba! ¡*Nunquita!*  
siendo una cosa tan fácil,  
como que cualquier paisano  
tan sólo con agacharse  
y medio tantear las pajas  
secarronas, luego sabe  
que cuando las tuesta el sol,  
siempre *cain* al marchitarse  
con las puntas al Naciente,  
y no hay cómo equivocarse.

---

Además, a esos engreidos  
también quiero preguntarles:  
¿Por qué razón un bagual  
soberbio, *alzao*, indomable,  
cuando lo *bolea* un *gaucho*  
desde el punto que lo agarre  
y le *dueble* las orejas  
para adentro, y se las ate  
de firme con unas cerdas  
que de la cola le arranque,  
el animal más *bellaco*  
*en pelo* deja montarse,  
y el jinete lo endereza  
como oveja a cualquier parte?

---

Sin embargo, en otras *cencias*  
hay hombres interminables  
en cacumen y saber

y es preciso tributarles  
todo el respeto debido  
por lo que enseñan y saben.

HILARIO ASCASUBI.

De "*Santos Vega*".

76.

## EL CARNAVAL DE ROSAS

Había entonces en Buenos Aires más de veinte mil negros, distribuidos en innumerables sociedades, cada una con su nombre bárbaro, sus hábitos y reyes según los usos y jerarquías que probablemente traían desde sus tierras africanas. Alrededor de la ciudad formaron un conjunto de colonias libres, y los domingos y días de fiesta ejecutaban sus bailes salvajes, hombres y mujeres a la ronda, cantando sus refranes en sus propias lenguas y al compás de tamboriles y bombos grotescos. La salvaje algazara que se levantaba de aquel extraño concurso atronando al aire, la oíamos—dice un testigo, a quien copiamos—como un rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una aterradora invasión de tribus africanas enloquecidas por el olor de la sangre. Faltábame agregar un *hachure* sugerente a este pequeño grabado al agua fuerte: desde que subió Rosas al gobierno, se hizo concurrente discreto de los *candombes* y asistía religiosamente a algunas de sus fiestas. Con aquella forzada modestia que en él era habitual, aceptaba los nombramientos y pomposos hono-

res que le discernían. El les daba el concurso de su presencia y el de su hija, y ellos, el de su adhesión servil y de su sangre generosa, porque lo era en efecto, puesto que el Cuarto Batallón solo constaba de 800 plazas y fué uno de los favoritos de la Guardia.

El "Carnaval de Rosas", como se le ha llamado después, era la institución popular por excelencia. El estado de cultura y la libertad usada por el pueblo bajo están pintados allí con viva elocuencia. Llegó a tal punto el brutal desborde, que el mismo dictador se vió obligado a reglamentarlo en un decreto lleno de considerandos, en el cual él mismo revelaba cierto respetuoso temor ante el empuje del indomable populacho. Si alguna diversión, en los anales de la locura, ha superado a las Bacanales, ha sido aquélla, sin duda alguna. Este extraño género de *sport* concentraba todo el fuego de las pasiones populares, y en ocasiones debió ser una especie de emuntorio que daba escape a todas las fuerzas reprimidas durante el curso del año por la disciplina y el trabajo. Era necesario ver aquella plebe usando del placer, para explicársela en la venganza y el motín.

Como actores de la infernal orgía, tomaba parte principal todo lo que el pueblo tenía de menos pacífico. De las orillas y de los pueblecitos inmediatos, la gente afluí a caballo o en carreta y llenaba los fondines y pulperías en un hacinamiento desagradable. Tres o cuatro días duraba la preparación espiritual, durante los cuales se bebía en abundancia, se combinaban las agresiones y, en medio de la excitación de tanta locura, se organizaban los más extraños instrumentos de combate: carros adornados con abundancia de sauce y paraíso, grandes pipas para el agua, tristeles monumentales, vejigas llenas de aire en cuya confección el ingenio demoníaco del guarango y del orillero se complacía en agre-

gar el detalle maligno. Era lo menos la pica-pica en el ramo de flores, el agua sucia en el trístel, la pólvora en el cigarro cuyo éxito llenaba el ambiente con el estruendo de la carcajada popular, una vez producida la grave lesión que se esperaba. Los candombes empezaban a fermentar con la alegría gritona y agitante de los negros en libertad.

Sonaba el *cañonazo* y estallaba el acceso. Los carros comenzaban a rodar por el mal empedrado, llevando enormes toneles llenos de agua, escaleras para el asalto, sandías, zapallos, huevos de pato y de avestruces llenos de agua infecta, vermellón o harina para los balcones de los unitarios; y detrás o a los lados, trepados o a pie, una turba de pilluelos de todas las edades y aspectos atronando el aire con sus silbidos, gritos y palmoteos salpicados del infaltable: *¡Viva la federación, muieran los salvajes inmundos unitarios!* Pelotones pintorescos de hombres a caballo, medio disfrazados y pintarrajeados, con ponchos y chalecos colorados, barbas postizas de crines y colas de caballo. A tan desaforada peregrinación, que iba a detenerse frente a la casa elegida para el festín o para el ultraje, servíanle de orquesta los tachos y calderas más sonoras, cornetas desafinadas, pitos, tambores, bombos, cencerros colosales, en montones, agitados nerviosamente y golpeados por la turba desenfrenada. Allí era recibida con palmoteos y gritos de entusiasmo. Las mujeres arremangábanse las polleras, el cabello iba a la espalda con caluroso garbo y empezaba el torneo.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA.

De "*Rosas y su tiempo*".

## EN LA PATAGONIA

La *picana* con piedra es un plato indígena del que hablan primores cuantos lo han comido; consiste en la armazón posterior de un avestruz gordo—o flaco si no hay otro—, en cuyo interior se echa una piedra previamente calentada todo lo posible; luego se cierra la caparazón cosiendo la piel, que se ha dejado a ese objeto, y se pone el todo un rato al rescoldo. En un momento más la *picana* está hecha, se abre, y en la fuente natural queda un guiso exquisito—dicen cuantos lo gustan—, en que los trozos de carne se bañan en una salsa que no podría imitar el más hábil cocinero.

Pero ese manjar, antes cotidiano en Patagonia, escasea hoy sobre la costa, porque los avestruces han ido retirándose hacia el interior, en un repliegue defensivo a que los han obligado los intrépidos e infatigables cazadores. Digo intrépidos, porque se necesita valor real para correrlos a rienda suelta, cuesta arriba y cuesta abajo, por campos cubiertos de piedras y guijarros, donde si no hace la vizcacha sus madrigueras, practica sus oscuras minas el *tucu-tucu*, más temible porque sus trampas no se ven, como las del otro roedor. Este avestruz difiere de su hermano de la provincia de Buenos Aires, no sólo en su carne, más apetitosa, sino también en varias particularidades, que lo han hecho llamar *Struthio Darwinii*, mientras el otro lleva el nombre de *Struthio Rhea*.

No se le caza entre muchos, como en las *boleadas* de nuestra provincia; en Patagonia suele un solo jinete ir con sus perros—esos extraños perros que sólo se ven



allí y en el Jardín Zoológico—y volver con varios ejemplares del enorme pájaro, cuya pluma se vende a buen precio, cuyos alones y *picana* se comen, y de cuya piel del pescuezo se hacen tabaqueras (*chupas*) sacándola al estilo de las botas de potro.

Los perros—especie de galgos mestizos de largo hocico—adiestrados ya por el atavismo y perfeccionados por el ejercicio, tienen tan rara habilidad, que a veces cazan sin necesidad de ayuda; corren, matan el ave, y luego vuelven en busca del amo para conducirlo adonde está la presa. Pero éstos son excepcionales, y la mayoría se limita a retardar la carrera del avestruz y hasta detenerlo colgándose de él, a pesar de sus patadas, que rehuyen con agilidad pasmosa.

En cuanto a las costumbres del ave gigantesca de la Patagonia, nada digo, por cuanto han sido ya tan descriptas, que no incurriré en el exceso de volver sobre ellas. Corre como el viento, ayudándose con las alas; la hembra pone gran número de huevos que el macho incuba; sabe y puede nadar largos trechos, aunque no le agrade el agua; es muy curioso, y tiene un estómago... de avestruz.

El guanaco, tan desconfiado como su vecino patagónico, y al mismo tiempo tan curioso como él, se caza en la misma forma, y son los perros los que hacen el mayor gasto en las partidas cinegéticas. Este animal, que Darwin señalaba como análogo en Patagonia al camello en Oriente, suele encontrarse en gran número en las *travesías* más extensas, donde no hay agua en decenas de leguas a la redonda. Muchos afirman que bebe agua salada; lo cierto es que puede pasar mucho tiempo sin sufrir sed, y luego corre con tal rapidez, que no existen para él distancias demasiado largas.

Ya hice referencia a la versión—que trato de com-

probar—de que, a semejanza del camello, llevan un depósito de agua en el estómago. Es verosímil, puesto que se trataría de una adaptación al medio, en forma más perfecta que la poca o ninguna necesidad de beber de ciertos animales—hasta la misma oveja del territorio, que se contenta con el rocío cuando no tiene otra cosa.

La caza del guanaco es de más peligro que la del avestruz, porque aquél, como la gamuza europea, trepa montañas y salta precipicios y grietas, poniendo en duro trance al jinete que lo persigue. Pero, como los perros, los caballos se han habituado a esa suerte de ejercicios, y no es raro verlos bajar a galope por una cuesta ruda y pedregosa, casi tan rápidamente como los cantos que hacen rodar sus patas, de tal modo que no se sabe a quién admirar más, si al noble animal o a quien lo monta.

El guanaco sirve para comer cuando no está muy cansado; la fatiga hace desmerecer mucho su carne, que en ese caso se acepta sólo por necesidad.

En la región, y como recurso, hay también liebres—ya en menor cantidad que más al norte—, algunas aves, y el mismo tucu-tucu, que, bien preparado, es un aceptable manjar. Más al centro aparece el *huemul*, el ciervo chileno, que cerca de la cordillera no teme todavía al hombre, o lo observa, con la misma curiosidad del guanaco y del avestruz, pero más ingenua y confiadamente. Las grandes manadas de animales alzados, de *baguales*, que caza y come con tanto placer el habitante de la Patagonia, se han retirado mucho, y van en marcha hacia el sur. También con ese rumbo han ido las vacas, que antes vagaban por el territorio del Río Negro, rechazadas poco a poco por el hombre, que las persigue sin descanso.

Para la caza de estos animales, el perro es tam-

bién poderoso auxiliar, y se adapta a ella con singular resultado, como se adapta a la del zorro, que abunda, pero que se toma preferentemente por medio de trampas, evitando así trabajo y gastos. Con la piel del zorro se hacen *quillangos*, no tan estimados como los de guanaco y avestruz, pues se necesitan muchos para hacer uno solo de esos curiosos tapices, esparcidos hoy por el mundo entero. No vale la pena de matar caballos y de cansar perros en su busca. Pero los canes suelen hacer esa caza por su cuenta y de pura afición, cuando la encuentran a tiro o la olfatean en las cercanías.

—¡Oh, yo no creía que estos animales fueran tan buenos cazadores, aunque me lo hubieran afirmado muchas veces personas serias y conocedoras del país.

Esto me decía un ingeniero francés, que acaba de explorar aquella región. Y me contó cómo un día, que —poco después de llegar—recorría el territorio, vió a lo lejos, a una distancia tal que era locura pensar en perseguirlo, un avestruz de gran alzada.

El perro que llevaba, y que era un hermoso ejemplar perteneciente a un explorador francés que lo había precedido, se puso a ladrar, como invitándolo a que lo siguiera. En lugar de hacerlo, ordenó a un peón que detuviera al animal; pero, como si hubiera comprendido, éste se lanzó a toda carrera, antes de que el peón se hubiera bajado del caballo, en dirección al avestruz y hasta perderse de vista... Largo rato después, y cuando el explorador creía que el perro se había escapado, volvió jadeante, y con sus ladridos, ora alegres, ora disgustados, tanto hizo, que un peón lo siguió hasta donde el avestruz yacía con el cuello fracturado por sus mordiscos.

Bastará, por ahora, de perros, cuando diga que en Patagonia sirven también, y con mucha fidelidad y efi-

cacia, de pastores de rebaño. La escasez de yerba hace que las majadas de ovejas tengan que esparcirse en vastísimos espacios, calculándose algunas veces, y en ciertos parajes, que se necesita una hectárea por animal. Para el hombre sería improbable trabajo rodearlas y recogerlas, pero el perro se encarga de ello, y lo hace a las mil maravillas. Aun más: toma y detiene a la res que el amo le indica, y llena sus funciones con una seriedad y una competencia que pocas veces se halla en los *puesteros* y peones de estancia, más aficionados al fogón que a la labor.

ROBERTO J. PAYRÓ.

De "*La Australia Argentina*".

78.

## LOS ARBOLES

Es innegable que las grandes arboledas dejan caer el agua de lluvia de un modo más suave; por medio de las raíces vuelven el terreno más poroso, de modo que las aguas se infiltran en él con mayor facilidad; anulan la denudación de las aguas que corrían antes en la superficie sin ser absorbidas por el suelo; favorecen la formación del humus cuyas propiedades higrométricas son bien conocidas; contrarrestan en parte los efectos desastrosos de las inundaciones impidiendo que se efectúen con demasiada rapidez; atenúan la evaporación que producen los rayos solares y los vientos demasiado secos, conservando en el suelo mayor grado de humedad; impiden el derrumbamiento de las barrancas de los ríos y riachue-



los, regularizando sus cursos; templan las temperaturas excesivamente cálidas; purifican la atmósfera deteniendo los miasmas palúdicos que transportan los vientos; atraen los vapores acuosos de los aires cargados de humedad, obligándolos en parte a condensarse en lluvias, etc.

En todas partes donde se han ido talando los montes se han ido cambiando igualmente las condiciones climatológicas. En el Asia Menor, en las riberas del Eufrates, en las orillas del Mediterráneo, etc., la destrucción de las selvas ha convertido en eriales, campos antes fértiles, haciendo desaparecer las pequeñas corrientes de agua. La tierra de Canaán, tan famosa en otros tiempos por su fertilidad, a causa de la destrucción de las arboledas es en el día un desierto. Y en la misma República Argentina, en la falda de los Andes, especialmente en las provincias de Mendoza y San Juan, en donde en vez de aumentarlas se están destruyendo las pocas arboledas que allí había, ya están haciéndose sentir sus efectos en la disminución del caudal de agua de las lagunas, de las que muchas ocupaban una extensión tres veces mayor hace tan sólo un siglo, y en la desaparición rápida de las pequeñas corrientes de agua. Y en todas partes donde se han restablecido las antiguas condiciones por medio de la creación de bosques artificiales, han desaparecido las inundaciones y las secas, se ha aumentado el caudal de agua de los ríos y riachuelos y el suelo ha recuperado su antigua fertilidad.

La influencia benéfica de las grandes arboledas sobre el clima y el régimen de las aguas es entonces innegable.

Ahora, desde unos veinte años a esta parte las arboledas se han multiplicado notablemente en las llanuras de Buenos Aires, antes desnudas, aunque no todavía en la proporción necesaria a tan vasta llanura. Sin embargo,



se ha notado, aunque no con la precisión científica que sería de desear, que en las inmediaciones de aquellos pueblos que se hallan rodeados de muchas quintas y chacras, y por consiguiente de una gran cantidad de árboles, las secas no se hacen sentir con tanta intensidad como a algunas leguas de distancia, aunque no se ha podido constatar si ello depende de un aumento en la cantidad de lluvia anual o de una nueva condición higrométrica del terreno superficial; pero es indudable que, por una parte debe atribuirse a un aumento de rocío, fenómeno general en la proximidad de las grandes arboledas.

Si este benéfico resultado se ha obtenido, casi podría decirse inconscientemente, plantando árboles al acaso, según las conveniencias personales de cada uno, indudablemente, aumentando las plantaciones en grande escala, combinadas con otros trabajos, como ser canales de desagüe y de navegación, represas en las corrientes de agua que cruzan los terrenos elevados, estanques y lagunas artificiales según un cierto plan que se trazara de antemano, se llegaría a modificar por completo las condiciones climáticas de la Pampa y del Sudeste. Los inviernos serían entonces más húmedos y los veranos no tan calurosos, menos secos y con fuertes rocíos contribuirían poderosamente a fertilizar las tierras. Entonces desaparecerían las secas, y por consiguiente tampoco habría peligro en abrir un pequeño número de canales de desagüe suplementarios a los ríos actuales, por los que en caso de lluvias verdaderamente extraordinarias se pudiera conducir al océano el excedente de las aguas, evitando así los desastres de las inundaciones.

Pero esos canales deberían estar contruídos de manera que sólo dieran desagüe a los campos inundados en los casos excepcionales aludidos, evitando el desagüe en todo el resto del año para conjurar los pe-

ligros de las secas y la esterilidad de los campos que, como lo he demostrado, resultaría de un desagüe ilimitado y perpetuo.

FLORENTINO AMEGHINO.

De "*Las secas y las inundaciones en la provincia de Buenos Aires*".

79.

## CASEROS

Han transcurrido varios años desde aquella memorable batalla, y el sol que la iluminó con sus resplandores, derrama hoy toda su claridad apacible sobre un pueblo próspero y digno de ser libre.

Hemos hecho desde entonces muchas jornadas; el camino ha sido penoso y sangriento; hemos caído y nos hemos levantado del polvo estéril de los combates; pero al fin nos hemos reconciliado y podemos vivir reunidos en una misma familia a la sombra protectora de las instituciones que han sido el fruto del sacrificio de todos.

El abismo abierto por las pasiones políticas ha sido cegado piadosamente, y aunque próximos todavía a los campos estériles donde se derramó tanta sangre argentina, hemos perdido ya su triste memoria.

¿Quién no se enorgullece de pertenecer a una raza generosa que tan noblemente sabe desarmar sus rencores?

Esta virtud de olvidar y perdonar ha hecho posible nuestra organización política. Olvidando y perdonando, es como nos hemos acercado a la libertad.

El odio, armado de comunes resentimientos, nos había arrastrado de nuevo, debilitándonos por la guerra, a las plantas del despotismo, y Caseros había sido apenas un acontecimiento digno de ser recordado en la historia.

Lo que ha hecho gloriosa su memoria, es un sentimiento de recíproca benevolencia.

Poniendo paz en los corazones, es como los pueblos son libres.

La primera condición de la libertad es la tolerancia.

“Que no haya vencidos ni vencedores” fueron las primeras palabras del vencedor de Caseros.

Saludamos con ellas al héroe que se cubrió de gloria en aquella memorable jornada, y que espera hace años en su modesto sepulcro, una posteridad que tarda siempre demasiado en llegar para los grandes ciudadanos.

EVARISTO CARRIEGO.

## A URQUIZA

(FRAGMENTO)

Ya lanzaste tu reto valiente,  
ya te ven avanzar los esclavos,  
y fulmina tu hueste de bravos,  
de las iras el rayo mortal;  
que tu heroica altivez no consiente  
en la Patria la mancha del crimen,  
los tiranos que a Atenas oprimen,  
ni de Roma la garra imperial.

No das tregua a tu empuje terrible

ni padece tu fibra desmayo,  
pues reniega del pueblo de Mayo  
quien se humilla al sicario feroz;  
y blandiendo el acero invencible  
parecías, al grito de "¡Guerra!"  
contra el torvo Caín de tu tierra  
encarnar la justicia de Dios!

¡Inmortal vengador! a la sombra  
de tu enseña, los pueblos hermanos  
si entrelazan unidos sus manos  
sus destinos confunden también:  
y la Fama que prócer te nombra,  
de esplendentes destellos te baña  
por que sean eternas tu hazaña  
y la aureola que brilla en tu sien!

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

De "*Lo que fué*".

80.

## COQUENA

(*Leyenda salteña*)

Cazando vicuñas anduve en los cerros,  
Heridas de bala se escaparon dos.  
—No caces vicuñas con arma de fuego;  
Coquena se enoja,—me dijo un pastor.  
—¿Por qué no pillarlas a la usanza vieja,  
cercando la hoyada con hilo punzó?

¿Para qué matarlas, si sólo codicias  
para tus vestidos el fino vellón?

—No caces vicuñas con arma de fuego,  
Coquena las venga,—te lo digo yo.  
¿No viste en las mansas pupilas oscuras  
brillar la serena mirada del dios?

—¿Tú viste a Coquena?—Yo nunca lo vide,  
pero si mi *agüelo*, repuso el pastor;  
una vez oíle silbar solamente  
y en unos tolares, como a la oración.

Coquena es enano; de vicuña lleva  
sombrero, escarpines, casaca y calzón;  
gasta diminutas hojotas de duende,  
y diz que es de cholo la cara del dios.

De todo ganado que paze en los cerros  
Coquena es oculto, celoso pastor;  
si ves a lo lejos moverse las tropas,  
es porque invisible las arrea el dios.

Y es él quien se roba de noche las llamas  
cuando con exceso las carga el patrón.

Con unos sayales, encima del cerro,  
guardando sus cabras andaba el pastor;  
zumbaba en los iros el gárrulo viento,  
rajaba las piedras la fuerza del sol.

De allende las cumbres de nieves eternas,  
venir los nublados miraba el pastor;  
después la neblina cubrió todo el valle,  
subió por las faldas y el cerro tapó...



Huyó por los filos el hato disperso  
y a gritos, en vano, lo llama el pastor;  
que el frío y el cierzo le cortan la cara,  
la niebla y la puna le apagan la voz.

Rendido al cansancio, debajo unas peñas,  
envuelto en su poncho lloraba el pastor;  
la noche le toma sentado en cuclillas,  
y un sueño profundo sus ojos cerró.

Cuando el alba tiñe—limpiando los cielos—  
de rosa las abras, despierta el pastor:  
junto de él, a trueque del hato perdido,  
Coquena, de oro le puso un zurrón.

No más en los cerros guardando sus cabras,  
las gentes del valle vieron al pastor;  
Coquena dispuso que fuese muy rico:  
tal premia a los buenos pastores el dios.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

De "*Cantos agrestes*".

81.

## El General quiere forzar el puesto

El batallón de artillería de los Andes, a que yo pertenecía entonces, estaba acuartelado en el convento de San Pablo, y yo al mando de la guardia de prevención, cuando en esa mañana, entre las siete y las ocho, antes de ser relevado, se presenta el general San Martín a

caballo, acompañado de un ordenanza, a visitar el cuartel. Ninguno de los jefes u oficiales del cuerpo se hallaba presente a esa hora, porque ya se habían llenado todas las distribuciones del reglamento. Un imaginaria que se situaba en la esquina de la iglesia, para vigilar las cuatro bocacalles y avisar cualquier novedad que advirtiera, dió el grito de: *¡Cabo de guardia, el general en jefe!* Yo, que oí este aviso, grité a mi turno: *¡Arriba la guardia!*

Y formada ya la guardia con armas presentadas, cuando el general enfrentaba al cuartel, se le batía marcha haciéndole los honores: *¿Se puede entrar?*, dijo; saludando a la guardia con su elástico; y yo le respondí: *Adelante, señor.*

Al entrar en el patio hizo la seña para que se retirara la guardia; y la tropa, después de colocar los fusiles en el armero, quedó en pelotón en el zaguán.

El general se desmontó, entregó la brida a su ordenanza, y yo mandé al sargento de la guardia que lo acompañara a los patios, las cuadras y demás departamentos que deseara examinar.

Así visitó el cuartel, vió la limpieza de las cuadras, la del armamento, los tablados, la colocación de las mochilas, el estado de las cocinas, el rancho, etc., y conforme iba visitando las cuadras, los sargentos de mejor educación y más despejo iban formándole cortejo. El General desde que vió esto, mandó retirar al sargento de guardia a su puesto.

Luego que hubo explorado hasta el último rincón, regresó al segundo patio, y fijándose en una puerta cerrada, forrada con pieles de carnero con la lana para afuera, y custodiada por un centinela: *¿Qué es aquello?*, preguntó.

—El laboratorio de mixtos,—le respondieron los sargentos.

—¿Trabajan ahora?

—Sí, señor, están haciendo cartuchos, lanza-fuegos, estopines, espoletas para granadas y otras cosas.

Sin más averiguar, se dirigió allí en ademán de entrar; pero, poniéndoselo el centinela por delante le dijo:

—¡Alto ahí, señor: no se puede entrar!

A esta repulsa el general le repuso con vehemencia:

—¡Cómo es eso! ¿No me conoce usted que soy el general en jefe?

El centinela (Anselmo Tobar, mendocino, de mi compañía) le respondió:

—Sí, señor, lo conozco; pero así no se puede entrar.

(Es de advertir que el General vestía su traje militar, casaca, botas con herraduras y espuelas, como se usaba entonces).

Volvió a hacer un ademán como para empujar la puerta y entrar; el centinela entonces caló la bayoneta y volvió a repetir:

—Ya he dicho, señor, que así no se puede entrar —Y gritó con fuerza:—¡Cabo de guardia, el General quiere forzar el puesto!

Al ver esto uno de los sargentos corrió al puesto de guardia, y así que éste llegó a presencia del general, le dijo:

—Señor, la consigna que el centinela tiene es que nadie puede entrar al laboratorio vestido de uniforme, por temor de un incendio, y es por eso que le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar, sírvase pasar a este cuarto a cambiar de traje para que pueda hacerlo en la forma que es permitido.

En efecto, el General, sin decir palabra, entró al cuarto, se desnudó de su uniforme, se puso un par de

alpargatas, pantalón, saco y gorra de brin, de varios que había con ese expreso destino: y presentándose al centinela con ese nuevo traje, no trepidó éste en abrirle la puerta y dejarlo entrar, seguido de dos sargentos, que también cambiaron vestido con el objeto de acompañarlo, por si algo extraordinario le ocurría; y luego que el General hubo registrado este departamento y examinado los aparatos y el trabajo que se hacía, volvió a salir para tomar su uniforme y retirarse.

Montó a caballo, y al salir por el cuerpo de guardia me ordenó que el soldado que estaba de centinela en el laboratorio se le presentara en palacio así que fuera relevada la guardia. Así se hizo.

El soldado se presentó al General; y a su regreso refería que después de hacerle varias preguntas y echarle un sermón sobre la subordinación, la obediencia y el cumplimiento de sus deberes, le regaló una onza de oro y lo despachó.

JERÓNIMO ESPEJO.

De *"El Paso de los Andes"*.

82.

## LEYENDAS INDIAS

En Catamarca, lo mismo que en Entre Ríos, con pocas variantes, perdura una singular leyenda, según la cual el Sapo corre tan velozmente como el Suri, el ave de la tormenta, llegando siempre juntos al final de la carrera, o a la raya, señalada con un mortero.

### *EL SAPO Y EL SURI (Avestruz)*

Un día se encontraron el Sapo y el Suri. Cruzadas

las palabras de cumplimento, y después de ponderar el Suri la ligereza de su carrera por los campos, el Sapo le dijo que él era capaz de ganarlo, por más que le viera saltar tan menudo sobre el suelo.

— ¡Vd!... ¡Pero, si yo no corro, sino vuelo! — dijo el Suri.

— ¡No importa! Probemos, probemos y verá — replicó el Sapo.

— ¡Pero si Vd. irá saltando, saltando despacito; yo volando, volando; con mis largas canillas, ayudado por mis alas no habrá suelo que no se acabe...

— No importa: probemos, probemos: le ganaré, compadre.

— Vd. ganarme!...

— Le juego mis prendas.

— Acepto; pero le robo, compadre.

Y eligieron un largo campo para correr. Al final de la cancha, colocaron un mortero, que señalaba la raya.

El astuto Sapo dió cuenta de la apuesta a los suyos; y eligiendo compañeros que se le parecieran, los colocó escondidos a lo largo de la cancha, y al más vivo de todos dentro del mortero, a fin de que unos tras otros aparecieran siempre durante la carrera, engañando así al Suri.

El Suri parte huyendo. Con asombro suyo, ve siempre saltando al Sapo a su lado. Llega aquél a la raya, y cuando alardea de triunfo, sentándose en el mortero, el sapo que estaba dentro del mismo, le grita: — ¡Alto que yo llegué de antemano! — De modo que éste fué el ganador.

El Suri es la nube. Su carrera, es la que le impulsa el viento en el aire. El mortero es el objeto en el que se muelen las mieses producidas por la lluvia, de que aquél es portador. El Sapo, junto con la nube, llegando al mortero, representa, sin duda, otro elemento atmosférico.



El elemento atmosférico Sapo simbólico, aparece muchas veces como inseparable del ave de la tormenta; pruébalo el espíritu de la leyenda del Sapo y el Urubú (cuervo) según la cual el ave y el Sapo caen desde las nubes a la tierra, después de pasear por el cielo.

### EL SAPO Y EL URUBU (*cuervo negro*)

Invitados a unas fiestas en el cielo  
Son el Sapo y Urubú, de largo vuelo.

“—¡Oh, compadre!, me han contado que va a irse

“A las fiestas — dijo el Cuervo, por reírse.

“—Sí, mi amigo — dice el sapo muy ufano —

“Ir mañana he decidido, bien temprano.”

“Más que todo, una ascensión me es necesaria...”

“Que harto sufro con mi vida sedentaria.

“A seguirle me dispongo, pero cuento

“Con que lleve, bien templado, su instrumento.

“—Tengo lista mi vihuela — dijo el Cuervo —

“Y usted cuente, señor Sapo, con un siervo;

“Mas su bombo precisamos en la fiesta,

“El ¡bum! ¡bum! acompasado de la orquesta”.

El buen Cuervo, con luciente, negro traje

Está listo de mañana para el viaje.

“Buenos días” — que los tenga, tome asiento —

“Dijo el Sapo — “deje a un lado su instrumento.

“Usted sabe que yo marchó dulcemente...”

“Si le place partiré primeramente”.

Y metióse, sin ser visto, en la vihuela.

A la hora el Urubú con ella vuela.

Cuando llega, le interrogan los del cielo

Por el Sapo y otras cosas de este suelo.

“¡Vaya!, ¡vaya!, ¿imaginabais — les contesta —  
“Que aquel joven asistiera a vuestra fiesta  
“Por vivísimo que fuera su deseo,  
“Cuando es largo para el Cuervo este paseo?  
“Si en la tierra ni cien saltos aventura,  
“¿Es posible que remonte tal altura?”  
Lo cual dicho, su vihuela deja a un lado,  
Ocupando su lugar de convidado.  
De improviso, deja el Sapo su escondite,  
Y aparece, muy finchado, en el convite.  
¡Gran asombro en la asamblea! Baila y canta  
Con el trémulo fugaz de su garganta.  
Cuando acaba, todo el mundo victorea,  
Y es el mimo del aplauso en la asamblea.  
Canta el Cuervo y habla el Cuervo. Mientras dur  
Su discurso, el ardidoso se apresura  
A ocultarse nuevamente en la guitarra,  
Pues termina ya la célica fanfarra.  
Baja el Cuervo del empíreo firmamento,  
Mas ya sabe quién hospeda en su instrumento.  
¡Como nunca, la venganza es oportuna!  
Cuando pasa por debajo de la Luna,  
De improviso la vihuela vuelca y baja,  
Escapando por la boca de la caja  
El viajero de los aires y del cielo  
Sin más alas que sus patas para el vuelo.  
De las nubes cae el Sapo como cosa,  
Y así grita con palabra lastimosa:  
“¡No en vosotras, piedras, rocas, dé mi pecho!  
“¡Oh!, ¡arenas!, ¡preparadme vuestro lecho!  
Malicioso el Urubú, cuando suplica,  
“¡Es tan rápido su vuelo — le replica —  
“Y seguro, al mismo tiempo, mi compadre,  
“Que sin duda fué un águila su madre!”

Cuenta el Sapo que las manchas de su lomo  
Le salieron con su caída como un plomo;  
Pero niega que esta historia, ya muy vieja,  
Tener pueda, su estilada moraleja.

ADÁN QUIROGA.

De "*La cruz en América*".

83.

## EN LOS BAÑADOS

(*La caza del carpincho y de la nutria*)

Para hacer la cacería del carpincho y de la nutria es preciso tener perros adiestrados a la lucha, pues ambos son agresivos cuando se ven en peligro, y el primero es tan bravo que atropella las canoas, las vuelca con su empuje y muerde con sus largos y fuertes colmillos, haciendo heridas no sólo graves por su extensión, sino por su profundidad.

La nutria no ataca a las canoas, pero si encuentra a su alcance un hombre, lo atropella y lo hiere como el carpincho.

Los perros destinados a esta caza tienen siempre los hocicos cruzados de cicatrices y, por lo general, las narices y las orejas las ostentan reducidas a su más mínima expresión. Son más apreciados, por ser más veteranos, aquellos que muestran mayor número de heridas: ellas son el mejor certificado de su valer.

Al carpincho es necesario matarlo a bala la mayor

parte de las veces, pues los perros, a no ser que sean varios y de gran alzada, no pueden con él, siendo, como es, animal de gran fuerza; además, difícilmente lo vencen sin causarle muchas heridas, y esto hace desmerecer el cuero.

Los cazadores se sirven de los perros, en esta caza, más para acorralar la presa y poder hacer su tiro con precisión, que para librarla a sus esfuerzos. El tiro lo hacen siempre a la cabeza, a fin de que el plomo quede dentro del hueso y poder extraerlo y volverlo a usar después de fundido, y tratan de que el proyectil penetre por el ojo, para obtener la piel sin un solo desperfecto.

Con las nutrias, el procedimiento es distinto. Un perro pequeño—un *cupé*, como le llaman en la región—penetra en lo más enmarañado del pajonal y con sus ladridos las asusta, obligándolas a abandonar los albardones, donde, con su cría, van a tomar el sol bajo la salvaguardia de los machos que, en son de guerra, merodean alrededor de la tribu, y a buscar el agua donde su salvación de todo peligro es indiscutible.

El cazador, con sus perros de presa y su rifle, las espera en el punto más estratégico y ahí comienza la batalla y la matanza.

La caza durante la noche es más fácil, aun cuando menos productiva. El cazador se sienta cerca de la costa, en la proa de su embarcación, y con un farol con reflector o con un manojo de pajas secas, proyecta un rayo de luz sobre el agua. Como el carpincho y la nutria son animales sumamente curiosos—como lo son los cisnes, los patos y demás aves de los bañados—se agrupan atraídos por la claridad y poco a poco se van acercando al foco para reconocerlo; el cazador, entonces, elige su pieza y hace fuego. Cuantas veces repite la operación, obtiene resultado y esto hace decir a los cazadores que

esos animales y esas aves “se encandilan” y no pueden disparar aun cuando lo deseen.

La nutria es animal que pueden cazar los perros sin hacer desmerecer la piel, pues las heridas se las producen generalmente en el lomo o en la parte superior del cuello, siendo más apreciada la parte de la barriga, que queda intacta. Por esta razón los cazadores prefieren siempre matar la nutria de día y las expediciones nocturnas se las dedican a los carpinchos, que sobre ser más raros y no andar en grupos, no pueden cazarlos con auxiliares.

La época de la caza de la nutria, así como la de la garza, es, precisamente, el invierno, cuando viste su traje de gala, echando el pelo o plumón más espeso y flexible, pero coincidiendo desgraciadamente con la época del procreo: esta razón ha traído casi el agotamiento de la raza, no solamente en las islas y esteros de la costa porteña, sino también en la entrerriana y santafecina.

En cuanto al carpincho, se le caza todo el año y por esa razón ya no se le halla como en otros tiempos.

La explotación del ramo de riqueza tan importante y tan productivo como la caza, no está reglamentada y se agotará por completo si no se adoptan medidas que impidan la destrucción absoluta de lo poco que queda.

—¿Y el carpincho y la nutria no son animales vigilantes? ¿Cómo los sorprenden con tanta facilidad?

—¿Qué van a ser vigilantes?... ¡Son unos zonzos! Cuenta la tradición, aquí en los bañados, que cuando el tigre declaró la guerra a todos los animales del pajonal — antes de ser su rey, por supuesto — aquéllos se reunieron y formaron un ejército, esperando al enemigo en un gran albardón. Como es de regla, destacaron centinelas en el bañado y confiaron esta comisión al chajá, al carpincho y a la nutria.



Una noche éstos sintieron, de repente, un ruido sospechoso.

El chajá alzó el vuelo gritando: “¡ahí está!”; el carpincho gruñó “¿dónde?”, con su voz cavernosa, y se zambulló; la nutria se limitó a decir entre dientes: “¡qué flojos!”, y se quedó dormitando.

¡Claro!... Cayó prisionera y desde entonces es esclava, y por lo tanto el ser más inofensivo del bañado, pues entre los animales, como entre los hombres, ¡al que es confiado y no se precave, ¡lo carnean!

*“Fray Mocho”.—(JOSÉ S. ALVAREZ).*

De *“Un viaje al país de los matreros”*.

84.

## PATRIA

La “Patria”, como la “humanidad”, son síntesis de todos los más grandes afectos, de todos los más grandes ideales.

La “Patria” comprende el presente, el pasado y el futuro. Es la historia feliz de las comunes alegrías y la triste recordación de los dolores colectivos.

En los países generosos de América, como el nuestro, la patria es algo más que en la venerable y desgastada Europa, porque es una comunidad de esperanzas y un vaho de humanidad que brota de todas nuestras almas.

En las naciones viejas, el patriotismo se parece a un árbol añoso que, habiendo rendido sus valiosos frutos a la civilización, se doblega al peso de su propia historia, como volviendo al seno de la tierra que le nutrió con su savia...

En nuestra América, es como un arbusto recién empezado a elevarse al cielo para refrescar su copa en las alturas donde los hombres se divisan con criterio generoso y hospitalario, desde donde se desconocen las rivalidades ancestrales de razas, los odios reivindicatorios, las ambiciones de conquista, y en donde no se levantan templos al culto exclusivo de los intereses porque se reserva siempre en el corazón y en la mente, espacios preferidos para los ideales del espíritu que, en definitiva, son los que orientan la vida y los que dejan trazos indelebles en la historia de los pueblos.

“Patria” y “humanidad”, lejos de contradecirse, se complementan.

Los que hemos nacido en esta tierra, y aun los buenos extranjeros que se radican material y moralmente para adaptarse a nuestro medio y compartir todas nuestras dichas y todos nuestros sacrificios, tienen por patria a la Argentina, nación pacífica, laboriosa y buena si se la comprende y considera, pero fiera, altiva y castigadora si se la provoca u oprime.

Más allá de nuestras fronteras, sabéis que existen otras agrupaciones humanas, que constituyen otras patrias, con sus respectivas banderas y con los mismos derechos y obligaciones que la nuestra.

El conjunto de las patrias forma la humanidad, a la cual pertenecemos primariamente y a la cual nos deberemos en primer término, cuando impere la justicia en las relaciones entre distintas patrias.

Cuando ningún gobierno pretenda imponer sus ambiciones egoístas y cuando los pueblos sean verdaderamente dueños de sus destinos y establezcan un orden internacional, como organizan y perfeccionan el orden social en cada país, nadie hará discrecionalmente la guerra, porque tendrá que respetar el poder de todas las

demás naciones, esgrimido en nombre de la fuerza de la justicia que habrá substituído al imperio caótico de la justicia de la fuerza.

La patria comprende nuestros derechos y especialmente nuestros deberes.

Entre éstos hay muchos que, a pesar de su sencillez, son tan importantes y meritorios y a veces tan heroicos, como pueden serlo los mayores sacrificios consagrados por las glorias militares.

El laboratorio de investigaciones, la sala del pestífero, la tribuna o la cátedra erguida contra las preocupaciones de las masas, el taller modesto del obrero, el vecindario y el hogar, son teatros tan propios para el altruísmo de las almas grandes como el más sangriento campo de batalla.

El heroísmo de un acto no se debe juzgar por el arrojó insensato de su autor, sino por la conciencia reflexiva con que sacrifica sus comodidades o su vida en beneficio de la humanidad o de la patria.

En algunos países, regidos por otros sistemas, la felicidad pública depende, principalmente, de los gobiernos. En una democracia republicana como la Argentina, depende exclusivamente de los ciudadanos.

De ahí que uno de los principales deberes impuestos por la patria en una república consiste en que los electores sean buenos ciudadanos, para que los gobiernos no sean malos y para que se inspiren siempre en los intereses y felicidades públicos.

La familia es la base del organismo social y la historia comprueba que, cuando se desquician sus vinculaciones morales y materiales, las naciones más poderosas decaen rápidamente.

La patria también exige a los niños que empenen to-

do su esfuerzo en capacitarse útilmente para las necesidades de la vida.

Cada uno de vosotros debe procurar adquirir los conocimientos fundamentales para aplicarlos, según sus aptitudes, a la satisfacción decorosa de sus necesidades.

En lo posible, toda persona debe tener una ocupación y aplicar el espíritu a su labor, porque sinó será casi siempre un insignificante aprendiz, un mal obrero y un mediocre maestro, en cualquier arte, oficio o profesión que emprenda.

Resulta, por consiguiente, que para ser digno argentino, buen ciudadano en la paz, buen soldado en la guerra, buen padre, buen hermano y buen amigo, debéis adquirir un mínimo indispensable de instrucción general y especial.

Reflexionad, por un momento, todo lo que debéis a quienes os enseñan y educan, y tenedlos presentes, porque, después de los padres, nadie merece mayor gratitud y cariño que el que ha sido buen maestro.

El patriotismo nos obliga a ser honestos, justos, continentales y previsores y, además, a juzgar con tolerancia las flaquezas de nuestros semejantes.

Pensad que la felicidad de la patria no está en su poder, ni en su riqueza; ni está siquiera, en sus leyes; está solamente en las virtudes de sus habitantes.

La práctica de estas virtudes es el noble lazo que une y concilia a la patria con la humanidad, como une y concilia al individuo con la sociedad en que vive.

Recordad que la bandera argentina fué acompañada siempre en la guerra por la justicia y la victoria y que en la paz cobijó fraternalmente a todos los que llegaron a nuestras fronteras con hambres del cuerpo o del espíritu, buscando mejores climas para el bienestar económico y para la libertad.

Abrid, por eso, vuestros corazones y en cualquier parte del mundo donde suspire un proscrito, donde lamente un oprimido o donde proteste un perseguido, sentíos hermanos, en nombre de la humanidad, de esos doloridos por la obcecación y por la injusticia de los hombres.

Sed buenos, porque la bondad es como un suave perfume, insensible para muchos, pero que perpetúa y a veces acentúa su fragancia y embellece y enaltece los recuerdos, cuando, en el invierno de la vida, el hombre vuelve la vista a su pasado y recapitula la existencia.

Y ahora que ya sabéis todo lo que es la patria y lo difícil que es practicar lealmente su culto llamado patriotismo, tened presente que ella se simboliza en la bandera argentina y que, por lo tanto, esa enseña ampara y encarna, idealmente, nuestro territorio, nuestros habitantes, nuestras aguas y pastos, nuestras brisas y pamperos, nuestros recuerdos y esperanzas, en una palabra, la integridad moral y material de la comunidad que vive en los límites de nuestro suelo.

JOSÉ LEÓN SUÁREZ.

De "Discursos".

85

## EL DESIERTO

(Fragmento)

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes.—El Desierto  
Incommensurable, abierto,



Y misterioso a sus pies  
Se extiende; — triste el semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar, cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda a su altivez.

Jira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas,  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas,  
Que El sólo puede sondar.

A veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; o su toltería  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día  
Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas  
Sublimes y al par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí!—¡Cuánto arcano  
Que no es dado al mundo ver!

La humilde yerba, el insecto,  
La aura aromática y pura;  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,  
Dicen más al pensamiento  
Que todo cuanto a porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¡Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!  
Sólo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
Reclinaba en occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Seren y diáfano el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Esparcía, misteriosa  
Sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas,  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la yerba bullía  
Del campo que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando

Del astro rey la partida  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero,  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí o allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rugía un tigre feroz:  
O las nubes contemplando,  
Como estático y gozoso,  
El yajá de cuando en cuando  
Turbaba el mudo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía:  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más obscura,  
Más pardo el cielo, y en él,  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
A los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
Con su claroscuro manto,  
Veló la tierra; una faja,  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:  
Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma

Que contempla suspirando,  
Inquieta a veces el alma,  
Con el silencio reinó.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

De "*La Cautiva*".

86.

## LA ALGARROBA Y EL MISTOL

*(En los montes de Santiago del Estero)*

Un árbol que se confunde con las múltiples y variadas clases de los que forman el bosque, ofrece a los santiagueños el más abundante producto natural, la algarroba, que representa la base de la alimentación para la gente pobre, en los años lamentables por escasas cosechas.

La algarroba que se divide en dos clases, blanca y negra, es una vaina algo más ancha que una pulgada, como de una cuarta de largo, del color de la castaña; contiene una substancia carnosa, y de trecho en trecho algunas cavidades con un grano adentro. Cuando es verde, su gusto es agrio, y no puede mascarse sin que se resienta el esmalte de los dientes. Una vez seca, la algarroba es dulce, agradable, y no carece de aquellos principios alimenticios que se constatan en todas las frutas dulces.

En los meses de diciembre y enero, cuando el verano sube los grados del calor, los habitantes de los de-

partamentos menos favorecidos, organizan expediciones al interior del monte, en aquellas partes en donde los algarrobales predominan. Permanecen durante una larga temporada en aquellos parajes, ocupándose exclusivamente en recoger ese producto, que guardan más tarde en sus habitaciones, y que llena para ellos muchas necesidades domésticas durante el invierno.

La algarroba blanca, es preferible por el ancho de su vaina, por la abundancia de su pasta carnosa, y por su gusto más delicado; con la negra se alimentan y se engordan los caballos cuando la necesidad no permite otra cosa. Considerando la algarroba como un medio de alimentación para ciertas poblaciones, limitamos la significación de nuestras frases a la gente que por razones de pobreza excepcional, por falta de trabajo en algunos departamentos y en ciertas épocas, tiene que optar por esa fruta que bien puede compararse con los productos naturales de otros países.

Igual cosa sucede en las provincias septentrionales de España, Francia e Italia, en donde la castaña puede llamarse la providencia de los pobres en los años más tristes, así como en Irlanda la papa alivia las condiciones de los hogares en donde la miseria mantiene al hombre en lucha continua.

La algarroba es una fruta sacarina que debe contener, sin duda, materias análogas a las *albuminoides* e hidrógeno-carbonatos, pues es suficiente para el mantenimiento del hombre.

Reduciéndola a polvo se forma una especie de pan aromático que adquiere el nombre de *patai*, y haciendo una infusión lenta con agua fría se obtiene una bebida agradable, a la cual se atribuyen propiedades refrescantes y que se llama *añapa*; a más, procurando la fermentación del polvo de algarroba en agua, se produce una



bebida alcohólica, salubérrima, que se conoce bajo el nombre de *aloja*. Existe entre los campesinos de Santiago la creencia de que todas las preparaciones con base de algarroba ejercen sobre el organismo una influencia afrodisíaca.

Indudable es que haciendo uso de la algarroba, cualquiera que sea la preparación, se reconoce que es nutritiva, de fácil digestión y algo excitante.

La abundancia de ese producto, que una naturaleza generosa procura a los hijos de Santiago, disminuye de tal modo las necesidades de la gente campesina, que pocos años ha se lamentaba la falta de estímulo para el trabajo y los peones y trabajadores santiagueños adquirieron la fama de indolentes. Prescindiendo por ahora de un juicio que no sería oportuno examinar, recordaremos que los santiagueños propietarios de alguna tropilla de ganado vacuno, lanar y caballar, y después de haber hecho una abundante cosecha de algarroba, pueden exclamar, como Kant en su cama: ¿quién es más feliz que yo, no solamente en Europa, sino en el mundo?

\*  
\* \*

Otra fruta hallamos en el monte, el *mistol*, que sirve para variar la alimentación, pero que es muy inferior a la algarroba, no representando el valor nutritivo, ni el gusto, ni la abundancia de ésta.

El *mistol* es una fruta pequeña, menor que una guinda o una ciruela, de forma redonda, con una corteza débil, arrugada, color castaño oscuro, conteniendo una pasta blanda, con un grano adentro; su sabor recuerda la fruta del níspero salvaje que se encuentra en los castaños de Europa.

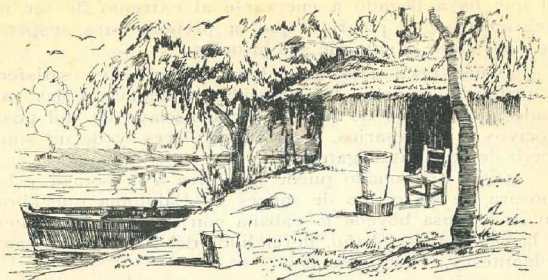
El árbol que lo produce es más lindo que el algarrobo: sus hojas ovaladas, con un color verde pronunciado,

tupidísimas, hacen del *mistol* un árbol que prepara un lugar de descanso para el viajero que atraviesa el monte y desea una sombra protectora durante las horas más calientes del día; solamente en el verano se come esta fruta, pues sería difícil conservarla para otras épocas, ni habría objeto ventajoso en hacerlo.

Nosotros atribuimos al *mistol* una importancia secundaria, porque nada influye en las primeras necesidades de la población: se busca, se recoge y se come como algo extraño, raro y no sin gusto; se come para alternar con algo la algarroba, pero no se presta, como ésta, para preparar verdaderos alimentos. Es más bien un adorno, un elemento para variar, un atractivo más que poseen los bosques de Santiago.

LORENZO FAZIO.

De "*La provincia de Santiago del Estero*".



87.

## EL RANCHO

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos de su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco o de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *paba* o caldera de hierro, un *mate* y un saco de camuati para la sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo. su comodidad y placer... pero que no se aloje en ella

el que haya llegado a enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse a la pompa y hermosura de un grupo de sauces de Babilonia que abraza en su extensa bóveda la cabaña con su patio y el puerto y la *chalana* y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes y frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud), nada de las mesas opíparas se puede echar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben preparar. Dificilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y succulento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay* o *mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, por todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachayo bastaría para hacerlo preferible a las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados, para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su *chalana*! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su

rustico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos a gozar el bello espectáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar a la alborada el cuchicheo de los nidos y los alegres preludios de los himnos a la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulliciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por las tiernas canciones de la tacuarita, y los gritos del bienteveo repitiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan sin cuidado sus polluelos, y cada una a su modo celebra la vuelta de la luz que les trae la alegría y los placeres! La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo a los dormidos el nacimiento del sol. El hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su ruidoso claqueo, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar a los ganados con sus silbidos sonoros que imitan la voz humana. El carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa a golpe de pico en un duro tronco, la obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando todos a la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta a gozar el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el brillo de la luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos... todo infunde el más puro al-



borozo, todo embarga los sentidos y los llena de una deleitación sosegada y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada a la margen del arroyo, a la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.

MARCOS SASTRE.

De *"El Tempe Argentino"*.

88.

## JUAN MARIA GUTIERREZ

Señores: Hemos llegado al borde del sepulcro, y vamos a entregar a la tierra el cuerpo sin vida de nuestro noble amigo. Ha llegado la hora pavorosa de la eterna despedida.

¿Por qué ha venido tras este féretro la ancianidad con su paso tardo y sus nubladas ilusiones, la juventud que pisa los umbrales de la vida, la virilidad que se agita en medio de la acción y de la lucha, todos con el rostro velado por tristísimo dolor?

Es que ese féretro encierra los restos de uno de esos hombres excepcionales, que el tiempo ha respetado, para que la generación actual sepa cómo han sido sus nobles abuelos y pueda conservar el recuerdo de esos espíritus privilegiados que nacieron en la aurora de nuestra emancipación, que crecieron en medio de las emociones tumultuosas de una grande época y que se dedicaron con abnegación al culto de la Patria, a conservar y levantar sus glorias, a immortalizar su nombre con grandes hechos o con grandes ideas.

Si quisiéramos acompañar al doctor Gutiérrez en su larga existencia, tendríamos que volver a la primera década de este siglo, a los días de nuestros grandes alumbramientos históricos, para seguirle con su generación al través de los tiempos y de los acontecimientos, admirando a Rivadavia y sirviendo de punto de apoyo a su colosal iniciativa, preparando con Echeverría los elementos del porvenir, luchando en el destierro al lado de Varela y de Rivera Indarte contra el sangriento despotismo de Rozas, organizando la República con López y con Alberdi, coadyuvando más tarde a la obra de la reconstrucción nacional con Vélez, con Mitre y con Sarmiento, y poniendo, por último, toda su actividad, todo su patriotismo, la experiencia de su trabajada vida, los tesoros de su ilustración, el esfuerzo de su fecunda iniciativa, al servicio de la juventud, que debe reanudar en el porvenir la cadena rota de nuestras glorias.

Pero el camino sería largo y muchas veces penoso: —más de una vez tendríamos que pasar de la luz a las tinieblas, y los desfallecimientos del pasado acrecentarían el inmenso dolor que nos domina en este momento...

Bastaba mirarle para leer en su rostro la gracia y delicadeza de su espíritu.

Tenía la frente elevada y fugitiva del artista—una de esas frentes serenas y limpidas que no podrían ocultar una mancha, si la tuvieran. Sus párpados pesados cubrían con esfuerzo su mirada sagaz e investigadora, y en las extremidades de sus labios gruesos, que le daban cierto aspecto serio y adusto, se dibujaba la crítica indulgente que podía llegar a la burla mordaz de la sátira vengadora.

Con dificultad, la tierra argentina producirá una

organización más esencialmente literaria que la del doctor Gutiérrez.

Si no hubiera sido uno de nuestros primeros poetas, uno de nuestros críticos más finos y perspicaces, uno de nuestros pensadores más cultos y severos; si no hubiera cantado a la bandera de Mayo, si no hubiera escrito su obra monumental sobre la instrucción pública; si no hubiera enriquecido la Historia Argentina con sus escrupulosas investigaciones, todavía habría sido el primero de nuestros hombres de letras, por sus gustos, por sus costumbres, por las irresistibles tendencias de su espíritu, por su amor a lo bello, por su insaciable curiosidad, por el entusiasmo que despertaban en su alma, siempre juvenil, las formas completas del estilo, como todas las grandes obras artísticas.

El doctor Gutiérrez deja, como productor intelectual, un caudal de gracia en sus composiciones poéticas, y un tesoro de erudición en sus obras históricas.

¡Cuántos de nuestros hombres más distinguidos se han salvado del olvido, la última de las tumbas, gracias a sus nobles esfuerzos y a esa paciente constancia que no le ha abandonado hasta el momento de su muerte!

Después de setenta años de vida, el doctor Gutiérrez disfruta su primera hora de descanso en la tumba.

Era un hombre de trabajo.

Jamás su inquieto pensamiento se entregaba al reposo. Pobre, necesitaba muchas veces dedicarse a tareas de segundo orden para alcanzar a satisfacer las modestas exigencias de su hogar honrado, y cuando esto sucedía, después de seis u ocho horas de trabajo abrumador, todavía buscaba el descanso en la pluma, o en los libros, para hacer resucitar a sus muertos queridos.

Pocos días hace, nos decía que se preparaba a continuar su grande obra sobre la Universidad de Buenos

Aires, y al mismo tiempo, nos hablaba de las prensas europeas, de la última entrega de la *Revista de Ambos Mundos*, de las últimas conquistas de la ciencia en Alemania y en Italia. ¡Todo lo abarcaba en su anhelo insaciable de saber!

El doctor Gutiérrez ha muerto, después de haber asistido a la apoteosis del héroe por quien sentía mayor admiración y a quien había dedicado algunas de sus mejores páginas. ¡Ha sido la última de sus alegrías!

Su alma se ha ido a confundir con la divinidad, arrullada por el recuerdo de las glorias de la patria. Quizás su última hora haya sido la hora más feliz de su existencia.

Doblemos la frente sobre su tumba, y sofocando nuestro dolor, pidamos a su memoria y busquemos en su ejemplo la fuerza de todas sus virtudes.

ARISTÓBULO DEL VALLE.

*Oración fúnebre.*

89.

## ORIGEN DEL MAIZ

(Leyenda)

En tiempos muy remotos en que las tribus vivían alejadas y los hombres proveían separadamente y por sí solos al sustento de sus familias, yendo todos los días a la caza o a la pesca, existieron dos cazadores que se criaron juntos y en la misma comarca.

Cuando llegaron a la edad viril, los unía la más estrecha amistad y eran los únicos que se ayudaban en la

caza y compartían las piezas obtenidas, llevando cada uno iguales alimentos a su choza.

En la misma estación se resolvieron a tomar mujer y pasaron por las pruebas de práctica en la tribu, construyendo sus cabañas próximas una de otra.

Como aquellos cazadores eran dotados de buenos sentimientos y tenían la salud y la fuerza que abunda en la juventud, el gran espíritu no olvidó velar por ellos y muchos hijos vinieron a rodearlos recíprocamente, en el transcurso de muy poco tiempo.

Un día que procuraban pescar a orilla de un remanso, uno de ellos dijo al otro:

—¿No será posible que *Nandeyara*, que manda las aves del cielo y los animales para alimentarnos y alimentar a nuestros hijos, haya puesto también sobre la tierra otra clase de alimentos más fáciles de conseguir?

—Las frutas silvestres tienen su estación para madurar—repuso el compañero—; la caza y la pesca suelen faltarnos algunas veces, y muy mal nos veríamos si las raíces de algunas plantas o los cogollos de palmera no sirvieran también para nutrirnos.

Platicando así se pasaron las horas y en aquella ocasión la pesca no fué abundante. Al día siguiente los cazadores prepararon temprano sus arcos y sus flechas y se dirigieron al bosque en busca de pollonas o gallinetas.

Mucho caminaron, deteniéndose, a veces, sólo el tiempo necesario para escuchar los ruidos que pudiese promover en la espesura la res apetecida, al huir del cazador. Pero la batida no dió mejor resultado que la pesca del día anterior, porque las aves y los cuadrúpedos se habían retirado a otras comarcas, y apenas obtuvieron lo indispensable para el sustento.

La escasez se hizo sentir durante toda aquella luna y una noche los dos cazadores se sentaron tristes y pen-



sativos en el tronco rústico que a la puerta de la cabaña les servía de asiento. Conversaban sobre la necesidad que había de conocer las plantas alimenticias, cuando de pronto se presentó delante un guerrero fuerte, que salía de la oscuridad envuelto en llamas de luz. Aproximándose, les dijo que era enviado de *Nandeyara*, el que desde la oscuridad había oído la conversación que habían tenido, y lo enviaba para proporcionarles el alimento que les faltaba, a cuyo objeto debía batirse con ellos para saber cuál era el más fuerte, debiendo el más débil sacrificarse y ser enterrado en la proximidad, pues de su tumba nacería una planta útil al hombre, al que daría frutos exquisitos y suficientes para mantener en todo tiempo a las dos familias y a cuantas criaturas la cultivasen.

La lucha se estableció inmediatamente en el patio de la cabaña. Las familias indias no habían comido desde hacía dos días. El más débil de los cazadores fué *Avatí*, a quien sepultaron debajo de la tierra, entre su amigo sobreviviente, que lamentaba la separación ineludible, y el guerrero aparecido, quien, concluida la operación aquella misma noche, se perdió entre las sombras de que había salido.

Como aquella muerte se efectuó de noche, no se apercibieron de que al indio enterrado le quedaba descubierta la nariz, y la familia del cazador pudo encontrarlo, por esa circunstancia, llorando muchas veces en los días subsiguientes, sobre aquella tumba.

La mujer y los hijos del difunto cuidaron siempre de quitar las malas yerbas, que crecían en la proximidad, y el cazador que quedaba solitario, aunque nada dijo de su secreto, tuvo que trabajar con ahinco y demorar más tiempo en los bosques o en los lagos para proporcionar el aumento indispensable a su familia y la de su amigo sacrificado.

Nandeyara y el guerrero de luz le espantaron la caza para el lado de su cabaña, y lo encargaron de los hijos del muerto, mientras que la planta que había de nacer no producía alimento.

Un día, al empezar la primavera, todos fueron sorprendidos por la agradable nueva de que en la tumba de *Avatí*, precisamente donde antes se veía asomar la nariz, había nacido una hermosa planta de grandes hojas verdes y espigas doradas.

El cazador vió entonces cumplida la promesa hecha por el luchador aparecido y tranquilizándose, comprendió de la gran sabiduría de *Nandeyara*, que puede sacrificar a un hombre bueno en bien de todas sus criaturas.

Desde entonces llaman los guaraníes a aquella planta el *Avatí* (nariz del indio) (maíz), en recuerdo del cazador sacrificado, y los naturales de toda la tierra cultivaron en adelante con esmero en sus pequeñas huertas el exquisito grano, cuya espiga al ser pasada de unas a otras manos, entre los que la cultivan, simboliza la unión y la afectuosa amistad, pues ningún buen indio olvida que la abundancia que proporciona ese exquisito alimento, tanto al cazador y a sus familias, como a todos los animales, proviene del sacrificio de un amigo fiel.

FILIBERTO DE OLIVEIRA CÉZAR.

De "*Leyendas de los indios guaraníes*".

90.

## LOS POETAS

(FRAGMENTOS)

### I

Pasaron ya los tiempos  
de la fuerza brutal divinizada;  
crepúsculo del alma y de la historia  
en que todas las sendas del progreso  
se abrían con empuje de victoria  
sobre el rastro sangriento de la espada.

.....

### II

Ya no ciñen el casco de la guerra,  
ni la tiara del César, como otrora,  
los dioses de la tierra.  
Los héroes de la stirpe soberana,  
los astros del eterno centelleo,  
nacen hoy de la raza soñadora  
que dió a Franklin las nubes por peana,  
y el cielo por dosel a Galileo.  
Ellos van, en la marcha redentora,  
al frente de la inmensa caravana;  
ellos tienen el cetro de la aurora  
para guiar a la conciencia humana.

### III

Llamadles sabios o poetas: nunca  
sombras ni tempestades

podrán borrar la estela luminosa  
de su paso al través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea  
una estrella en los cielos encendida,  
y el alma sienta y crea,  
y flote la ilusión sobre la vida;  
mientras el fuego del amor fecundo  
guarde en un corazón, en uno solo,  
la juventud y el porvenir del mundo.

#### IV

De pie sobre las tumbas del pasado  
vencedor de la muerte y del olvido  
el trovador errante  
canta aún en las almas la grandeza  
del eterno ideal desconocido;  
y en la lejana soledad vibrante,  
con su laúd de mágico sonido,  
despierta las leyendas misteriosas  
que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en añejos torreones,  
surge aún de las ruinas del castillo  
el sollozo inmortal de sus canciones;  
y en la noche, a los rayos de la luna,  
en medio de armaduras y trofeos,  
le vemos todavía  
vagar con sus brillantes devaneos  
sin nombre, sin hogar y sin fortuna,  
sonámbulo de amores y torneos.

.....

#### V

Mucho pueden los nobles soñadores:

ora llenen de insólitos ruidos  
la quietud de la pampa solitaria,  
para abrir al amor y a la plegaria  
de los lejanos pueblos oprimidos;  
ora canten con Nenia la grandeza  
y el glorioso dolor de los vencidos;  
ora vuelquen en versos centelleantes  
los himnos de victoria,  
que empujan a los pueblos delirantes  
al martirio, a la muerte y a la gloria;  
ora suban con alas de entusiasmo  
sobre abismos, torrentes y neblinas,  
a sonar el clarín de Chacabuco  
en las cumbres andinas.

## VI

Amemos a los poetas que levantan  
el alma con su lira;  
son ellos los que animan y agigantan  
las viejas tradiciones;  
los que sueñan y cantan  
el destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día  
del dolor y la sombra — eternamente  
lo dice Mármol en la patria mía —;  
para agitar en plena servidumbre  
con soplos de huracán el alma inquieta  
de la torva y postrada muchedumbre,  
la diosa Libertad tiene su cumbre:  
¡La frente del poeta!

MARTÍN CORONADO.

De "*Poesías*".



## **LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS**

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo una collar de bananas, y fumaban cigarrillos paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgando como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en

la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de la serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tan-tan!—pegaron con las patas.

—¿Quién es?—repondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay—contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos—respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron entonces a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tienen medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto!—respondió la lechuza.—Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias—les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero

no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro de los cueros que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también, tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aque-

llas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias!—gritaron las víboras.—¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola ala. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansados y arreglándose las gasas de su traje de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido, eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas colo-



radas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

HERACIO QUIROGA.

Del *"Cuentos de la selva"*.

92.

## MITRE

SU GRANDEZA MORAL.

Medir la extensión y el esfuerzo de este atleta irradiente, sería analizar la historia de la constitución y organización del país, viva y luminosa en la mente contemporánea.

Soldado y poeta, estadista y escritor, orador y polemista, historiador y arqueólogo, jurista, legislador y diplomático, sociólogo, político, periodista, bibliófilo y coleccionista, caudillo de partido, apóstol de multitudes, conductor de ejércitos y de pueblos, reformador, educa-

dor y hombre de mundo y de hogar, todo lo llena, lo anima y lo enciende en la luz de las ideas, lo prestigia y universaliza con el ejemplo de robustas virtudes. Nada en el pensamiento y en la conducta es improvisado y aventurero, nervioso ni violento; todo es meditado, sereno, maduro, firme, humano, concordante, continuo, concluido y decisivo, porque todo es el resultado de la convicción adquirida en el estudio reflexivo, y caldeada en la llama de la celeste inspiración.

En la vida intensa y progresiva del general Mitre, siempre al nivel de su momento, sobre su obra extraordinaria de pensador y de obrero, admira y domina en el tiempo la elevación de su carácter. Más brillante que sus batallas, más luminosa que sus libros, más fecunda que sus triunfos de estadista, es su grandeza moral, la virtud menos humana, porque es la virtud más superior.

Poseía el poder excelso de levantarse arriba de las pasiones e intereses militantes; creía más en las fuerzas de sus ideas que en las fuerzas mecánicas, y por eso ha sido tantas veces vencedor cuando era vencido, y su voz serena y profética, tantas veces apagó las destemplanzas oficiales y las convulsiones colectivas.

En medio de los antagonismos irreductibles, del rastrero personalismo, de las violencias del concepto y de las formas bárbaras de una democracia inorgánica, que él se lanzó a organizar, siempre se mantuvo en las alturas etéreas, donde no le alcanzaron las miserias de la tierra. Su filosofía superior le infundía la ambición actuante y redentora de "contemplar a cada hombre en su derecho de ciudadano, a cada ciudadano en el goce intacto de la libertad e igualdad santas de la justicia, a cada nación en su soberana independencia, y a todas las naciones de América confederadas en el seno de la humanidad".

Ha buscado el bien por los medios del bien; jamás le desviaron de su camino las vinculaciones con los hombres; ha servido a las ideas y no a los intereses transitorios, y nunca vaciló en su conducta porque tenía la seguridad y sencillez de la línea recta.

El concepto de la grandeza moral de Mitre se ha afianzado en los años como todas las verdades. Después de medio siglo de contacto y observación el pueblo argentino, sin distinción de partidos, convicciones y tendencias le ha acordado universalmente toda su confianza, su fe y su admiración, como a su caudillo, a su estadista y a su filósofo. En los últimos ciclos su casa ha sido el Sinaí, donde todos, adversarios políticos tradicionales y gobernantes con la suma del poder público, subían a buscar las ideas y el valor que les faltaba en las angustias de la lucha.

La inmensa obra de pensador, de militar y de político, podrá discutirse; pero la invariable elevación de su carácter sólo podrá admirarse.

Mitre es grande, sobre todo por su grandeza moral, y después de Wáshington, no tiene paralelos en la historia de inmortales. Se parece en Sud América a la cima inmaculada del Aconcagua, dominante en la montaña sobre los reyes de la altura.

RAMÓN J. CÁRCANO.

De "Mitre".

### MITRE

Predestinado ólímpico, la gloria  
Con centellear de aurora, estremecida  
Derramó su luz, nuncio de victoria,  
Sobre tu sien de niño adormecida.

Era el presagio augusto de la historia  
Que ya anunciaba el triunfo de tu vida  
En la lucha y la acción propiciatoria,  
Digna del alma noble y redimida.

Por eso fuiste atleta de la idea  
Y esgrimiste tu clava fulgurante  
En los pechos de impúdica ralea

Con puño inexorable de gigante.  
Por eso el pueblo en su dolor te aclama  
Y su varón insigne te proclama.

FRANCISCO PODESTÁ.

93.

## LA ARROGANCIA CRIOLLA, ORGULLO DE LA PEREZA

A primera vista, pereza y arrogancia son dos cualidades diversas, casi antagónicas. Pero observémoslas con detención; analicémoslas, disequémoslas, descompongámoslas en sus partes constituyentes; apliquémosles el microscopio y los rayos Roentgen... Y llegaremos a esta inopinada conclusión: ¡ambas son gajos de un mismo tronco!

¿En qué consiste esencialmente la arrogancia? En atribuirse una superioridad indeleble, o mejor dicho *innata*. Es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzos, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgaza-

nes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas impotentes. Es el boato que da prestigio a la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, se valen de los ajenos: la gloria de sus antepasados, la riqueza de sus padres... Es el *orgullo de la perezosa*.

Me diréis que arrogancia tuvieron también los magnates que se encumbraron por el valor de su brazo, los improvisados del comercio, los sobresalientes de la ciencia y del arte... Y os replicaré que no debéis confundir el amor propio y la satisfacción de sí mismo con la arrogancia. Son dos cosas harto diferentes. El hombre que se goza en sus méritos es un avaro que tiene un tesoro oculto, para que no se lo roben, en el último fondo de sus arcas, el corazón; pero el hombre que hace alarde de riquezas, el arrogante, es generalmente un pobre diablo que, sin poseerlas, quiere igualar y hasta superar en apariencia a quienes las poseen. Es la inofensiva bestia que, para defenderse de sus enemigos o apoderarse de su presa, simula órganos ofensivos de que carece, hinchándose como si erizase púas, abriendo sus desdentadas mandíbulas como si poseyera venenosos colmillos. Hay en la India una débil culebra que, cuando se ve atacada, inflase hasta tomar las siniestras formas de la cobra. Los grandes mastines no ladran tan agresivamente como los perrillos falderos... La arrogancia es, en los animales, el instinto de conservación de los indefensos; en los hombres, al menos cuando alcanza su aspecto máximo, el de los perezosos. Es la simulación de una actividad ausente, el monstruo terrorífico estampado en el escudo de los pueblos medrosos.

La impotencia para el trabajo engendra el desprecio del trabajo y de los trabajadores... Por otra parte, las tradiciones latinas y caballerescas corroboran, en His-



pano-América, este orgullo de la pereza, ensalzándolo como rasgo característico de superioridad de casta, o sea, como forma pasiva de la antigua arrogancia ancestral.

Típico caso es uno que me contó el gerente de una empresa ferroviaria inglesa de la República Argentina. Por no haberse realizado a tiempo un cambio de rieles, chocaron dos trenes en horrible catástrofe, en que murieron muchas personas, se destrozaron muchos vagones y se quemaron muchos fardos de lana... El descuido fué de un empleado de pura estirpe criolla. Llamáronle a declarar ante la comisión directiva de la empresa, preguntándole cómo pudo descuidarse, cuando se le había teleografiado que iban los dos trenes en direcciones opuestas por la misma vía única, para que hiciese a tiempo el "cambio reglamentario"...

—Es que el peón cambista estaba enfermo en cama repuso—, y yo no tenía entonces otros peones...

—¿Y por qué no lo hizo usted?

—Le mandé avisar al cambista, y si él no lo hizo...

—Pero, sabiendo que el cambista estaba enfermo y no teniendo otros peones, ¿por qué no lo hizo usted mismo, con sus propias manos?

—¿Yo? ¡Yo soy el jefe de la estación! ¿Cómo iba a hacerlo yo? Cada uno tiene también su *divinidad*.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

De "Nuestra América".

## LA FLOR DEL CARDO

A la orilla de los caminos, esos caminos pampeanos de un rosado pálido, como empolvados, con charcos de una tonalidad de acero y esas dos huellas sin fin que llevan y entrecruzan las llantas de las jardineras, a la orilla de los caminos crecen los cardos angulosos y hu-rtaños. Se entrelazan a los alambrados, se recuestan a los postes, pedestales de las inmóviles lechuzas estagiritas y resaltan sobre el pastizal amarillo de la llanura entre las piernas rojas de los animales pacíficos. Levantan al cielo sus flores que tienen la forma graciosa de un cáliz con el borde azul. Sí; parece un humilde cáliz de madera envejecida, pero arriba, como espuma rebo-sante, surge un vellón estriado, no se sabe si azul ma-rino o vinoso. El cardo humilde, de aspecto tan agres-te, tan rudo, casi de zarza, es en la pobreza dolorosa del paisaje una nota decorativa de severa y simple belleza, cual conviene al desierto. Porque un desierto es, sin du-da, esa extensión donde en todas partes apoya el hori-zonte su círculo neblinoso. ¿Hay por ventura un cami-no? Hay un camino, pero ¿adónde va? Ya lo sabemos: muere al pie de un ombú retorcido y deforme, al pie de una casa de barro, al pie de un pozo cuya cadena grito como una bandada de patos silvestres. Y todo esto no se ve: se adivina; porque todos los caminos acaban en lo mismo, dos cuadras más allá después de deslizarse bajo una tranquera.

El camino calienta su lomo al sol del desierto. Los cardos levantan al cielo sus cálices azules ofreciéndose a las manos de sacerdotes que nunca llegan. Y como

nunca llegan, ¡claro! se cansan en sus actitudes votivas; y se cierran, como un cofrecillo, aguardando el inviolable contenido. Hasta que llega un día de estío, de ambiente casi vítreo, y los cardos secos doblan los tallos, se caen, golpean sobre el suelo los cofrecillos, tanto tiempo inútilmente tenidos en alto, y al abrirse desparraman en el anhelante galopeo del viento un nubarrón de florecillas blancas. Parece cada una, una arañita de innumerables patas blancas, finas como hilos de la seda más fina y cubiertas de un vello sutil. En el centro hay un grano, apenas una gotita de miel; es la simiente, que rodeada de su globo de pestañas sube en el viento, rueda ligerísimamente en la tierra, se para, sin tocarla, sobre el agua dormida de los charcos y vaga locamente por todas las lejanías antes de detenerse en el sitio ignorado donde su pequeñez dejará la raza solitaria del cardo.

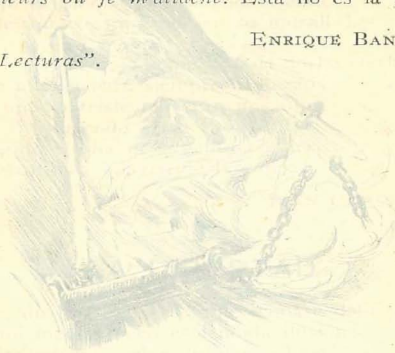
Cada cofrecillo tiene centenares y centenares de estas florecitas. El viento las atropella y las levanta a puñados desparramándolas como si agitase un penacho. En seguida se entregan a todos los destinos. Unas quedan en el agua, dándole como una sombra blanca; otras ruedan en el medio del camino arrollándose mutuamente. Pero todas van muy lejos. Las más atrevidas se meten en las casas del pueblo: se arrinconan en los ángulos de los zaguanes umbríos y detrás de las puertas, o se quedan prendidas en las telarañas. A veces un chico las ve, las toma delicadamente con los dedos y las suelta al viento que pasa, cuyos soplos sucesivos dicen acaso: ¡Sigue, sigue, sigue!

A mí me parece que la flor del cardo es como una frente que piensa: ¿no es ésta como un cáliz ofrecido al cielo? A veces se inclina y surgen las buenas ideas como un penacho pomposo desparramado en el viento.

Y todas esas ideas van muy lejos para quedarse en los rincones escondidos, en los rincones de soledad, de silencio, de penumbra. Como las florecillas del cardo las ideas son ligeras, aladas, entregadas a la inconstancia de los vientos, porque son vida, vida aventurera. La hiedra, por ejemplo, duerme casi inmóvil, sobre las tumbas: *Je meurs où je m'attache*. Esta no es la planta de la vida.

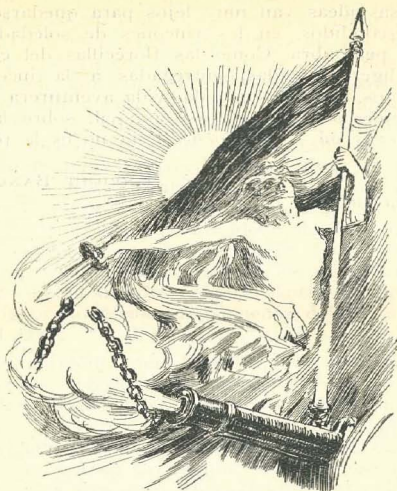
ENRIQUE BANCHS.

De "*Lecturas*".



95

A MI BANDERA



95.

## A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria,  
núcleo de inmenso amor desconocido  
que en pos de tí me arrastras,  
¿bajo qué cielo flameará tu paño  
que no te siga sin cesar mi planta?



Cuando el rugido del cañón anuncia  
el día de la gloria en la batalla,  
tú, como el Ángel de la inmensa Muerte,  
¡te agitas y nos llamas!  
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,  
¡allá voy, allá voy sobre la l'ampa,  
bajo el cañón del enemigo injusto,  
a levantarte un trono en su muralla!

¡Ah, que la sombra de la noche eterna  
me anuble para siempre la mirada,  
si un día triste te verán mis ojos  
huyendo en la batalla,  
página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

## LA LIBERTAD

Ayer, un blando sueño, que llamaré delirio,  
Trajo a mi mente joven espléndida ilusión:  
Una mujer esbelta, color de blanco lirio,  
Que con mirar de fuego quemaba el corazón.

Mil veces la miraba, y mil me enternecía,  
Pues la adoraba el alma, aun sin saber por qué:  
Y al contemplarla bella, como la patria mía,  
Postréme de rodillas para besar su pie.

Aquello ¡ay! era un sueño: pero aun tibias yo siento  
Las lágrimas perdidas que en mi dormir vertí,  
Cuando la lengua dijo, con atrevido acento:  
—Señora, yo os adoro con santo frenesí.

Aun siento yo una mano que asió la mía helada,  
Aun suena en mis oídos una vibrante voz,  
La que me dijo:— ¡Adora, y nada temas, nada,  
Que a mí todos me adoran, como se adora a Dios!

Arrebatado entonces, con éxtasis vehemente,  
Quise lanzarme a ella; mas ¡ay! nada palpé:  
Sólo quedó grabada su imagen en la mente,  
Y conocí quien era tan luego desperté:

Esa mujer que adoro con la efusión del alma...  
De quien miré durmiendo la noble majestad,  
Y en cuya frente pura se ostenta rica palma,  
¡Era el amor del hombre, era la libertad!

JUAN C. VARELA.  
De "Colección Poética".

## LA LIBERTAD

96.

## FEDERALISMO

La República Argentina es una de las más dilatadas naciones de la tierra. Si en épocas pasadas su territorio hubiera sido el asiento de una civilización adelantada, comparable a la de Europa, el espacio comprendido hoy entre sus límites habría sido compartido entre muchas nacionalidades diversas, separadas por el clima, por la topografía, por las producciones del suelo, por el curso de los grandes ríos, por la proximidad del mar, o por el aislamiento de la montaña. La despoblación de la época colonial fué causa de que no se planteasen los problemas

que la naturaleza impone a la geografía política. Para el desierto, todos los sistemas de gobierno son iguales. La organización extensiva y amorfa del virreinato fué bastante para la existencia vegetativa de la época; pero el nacimiento a la vida de nación independiente trajo consigo, desde el primer instante, la manifestación de esas concentraciones individualistas, que en tiempos remotos dieron origen a las numerosas divisiones políticas de la Europa medioeval.

Las provincias argentinas nacieron con los primeros fulgores de la libertad. Todo el territorio civilizado se dividió en provincias.

Solamente aquellas regiones donde predominaron los elementos aborígenes, se substraieron a la división y quedaron, rodeándola como un marco de atraso o de barbarie.

Más tarde, esas mismas regiones debían a su vez dar origen a nuevas circunscripciones políticas, bajo el nombre de territorios nacionales, futuro asiento de nuevos estados, llamados a gobernarse a sí mismos, el día que reunan la capacidad necesaria para los fines del gobierno.

Se ha cumplido, pues, lo que yo entiendo ser una ley natural: la adopción de un gobierno especial para cada unidad geográfica del gran territorio de la nación, unidad determinada, como he dicho, por la naturaleza de cada sitio, o tan sólo por la razón dirimente de la distancia.

De esta suerte se han constituido catorce estados, que son catorce centros de gobierno, cuyos habitantes viven en jurisdicciones separadas labrando cada grupo su destino, y unidos todos al sentimiento de una sola patria.

Muchos de los estados argentinos son pobres, y su

pobreza depone contra el régimen federativo. Pero el mal es transitorio. Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, eran ayer no más entidades económicas sin importancia, y hoy la primera figura como factor principal de la economía de la nación, y las otras concurren al triunfo de sus industrias rurales. Tucumán dormía la siesta patriarcal de sus vergeles, y hoy nos envía los frutos óptimos de sus industrias. Salta la guerrera, Mendoza, San Juan, centinelas avanzadas del territorio, van transformándose poco a poco en centros de producción. Mañana La Rioja, San Luis, Santiago del Estero, la lejana Jujuy, surgirán a la vida nueva, a medida que aprendan a arrancar a la tierra sus riquezas. Córdoba es ya mitad fabril, mitad agricultora. De Buenos Aires no hablemos: gracias a ella, el país ya pesa en la balanza de la producción universal, que es el instrumento en que se aquilata la civilización de las naciones.

Toda esta evolución se ha cumplido y sigue avanzando bajo el régimen federativo, que asegura a cada estado su propia ley, trazándoles fronteras para la concentración eficaz de sus propias energías, pero borrarlas para la expansión de las mismas en un solo propósito y en un solo sentimiento de grandeza futura. Es este doble carácter lo que constituye la fuerza del sistema; de lo que sería un simple órgano, hace, para determinadas funciones vitales, un organismo, y de todos los organismos reunidos forma una entidad más poderosa y perfecta, más capaz de crecer y expandirse: la entidad nacional.

La entidad nacional, a su vez, concentra las fuerzas que la constituyen y las devuelve multiplicadas y transformadas, a la manera de esos lentes de fino cristal que transforman los rayos tibios del sol en fuente de calor intenso.

Gracias a la nación que forman todas ellas reunidas, cada una de las provincias es en su propio conjunto un factor más importante de lo que sería separada, porque cada una cuenta con el impulso de la acción común para estimular y realizar toda aspiración de adelanto de que demuestre ser capaz.

EMILIO MITRE.

De "*Federalismo*".

97.

## EL DOMADOR

¡Jesucristo, qué bagual! ¿Si tendrá el diablo en el cuerpo?...

Primero pega un brinco con una agilidad de tigre enfurecido, y convulso se sacude en el aire flameando como una bandera al furor de una tempestad; en seguida cae violento metiendo la cabeza entre las piernas, y levantando casi vertical el anca, vuelve a alzarse rápido, ya por un extremo como por otro, y forma con su espinazo, del cogote al arranque de la cola, un arco peligroso para el equilibrio, de manera que el jinete en ciertos momentos se mantiene apenas sentado en un punto de la montura, sólo prendido por una fuerza muscular que parece que no tuviera punto de apoyo, y un equilibrio milagroso. Los furiosos saltos y los traicioneros corcovos se repiten en distintas formas, y aunque se le vea moverse de un lado a otro al caballero zamarreándolo como una vibración tremenda, firme, sigue sosteniendo su posición que tiene por base la rigidez del cuerpo y la fuerza de sus piernas.



La situación más difícil para él, es cuando en el aire se sacude y se le ve inseguro y vacilante, al parecer como un borracho que aun no ha perdido del todo el sentido, o si una mano poderosa lo estremeciera sin poderlo arrancar de la montura; y, sin embargo, él solo reacciona, en tan apremiante momento: por más difícil que sea su situación, no *charquea*, porque eso sería una deshonra; sus manos tienen firmes las riendas y el rebenque que levanta de cuando en cuando, para caer con el plano de la lonja con un ruido seco sobre los sudados hijares de la indómita bestia, o chanquetearlo por el hocico con el intento de desesperarlo más.

De repente el potro se hamaca acompasado, y cuando el jinete cree que ya no va a bellaquear, rompe abrupto en los corcovos más estrafalarios, gritando como un condenado, mordiendo, espumante como un rabioso, con toda la furia de su desesperación: tiene razón el noble bruto, lucha por la libertad, por esa sagrada riqueza que sólo se compra con el sacrificio y el juicio maduro de saberla conservar.

El jinete impasible y precavido no pierde un instante su calma, prendido fuertemente de las riendas mantiene el equilibrio a duras penas; ya dos veces lo ha desacomodado bastante fiero; pero ha vuelto otra vez por instinto, a su lugar, como por la misteriosa atracción del peligro prevenido.

Sigue incansable el bagual furioso bellaqueando con una agilidad asombrosa y un aguante formidable.

Al sentir las espuelas su frenesí monta al colmo, y prorrumpe desesperado en una carrera de botes violentos; de repente, sudoroso, cubierto de espuma, resollando como un degollado a medias, pega un remesón capaz de sacar por las orejas al más pintado, se detiene, toma alientos con mala intención; taimado se empaca y queda

ahí exhalando resoplidos continuados con las narices desmesuradamente abiertas, como para que salga el reconcentrado furor de su pecho. Entonces se le aproxima uno de los apadrinadores, y poniéndose a un costado, trata de volverlo al lado del palenque, pues ya es tiempo que concluya la *domada*.

La actitud del animal en ese momento parece tranquila; aprovecha entonces el domador el instante oportuno y lo llama a las riendas tironeándolo fuertemente a los dos lados hasta que la boca toca el encuentro, cuidando al mismo tiempo de no quebrársela; en esta operación se desacomoda un poco por el esfuerzo violento que hace hacia atrás, porque emplea todo su vigor en este movimiento. Mas de repente encoge el lomo y se alza el animal salvaje; pega un bote formidable, y vuelve a bellaquear; pero ahora es otro sistema que un soplo infernal le inspira: empieza a bellaquear a *güeltas*, es decir, emplea la astucia vertiginosa de un coloso; pega el corcovo y antes de caer en tierra gira por un movimiento brusco y violento a un costado, volviendo la cabeza como para morder el estribo. En esta situación difícil el jinete, ya un poco cansado, se encomienda a la virgen y echa mano de las últimas fuerzas que le quedan; el potro no desmaya: en ese último esfuerzo sus saltos y corcovos circulantes son para revolver las entrañas a un hombre de bronce; el traqueo convulso, horrible, es algo indescriptible: se sacude, se cimbra, culebrea en el aire como una chispa eléctrica, y se estremece como un peñasco que va a ser lanzado lejos por un temblor de tierra, como una masa oscura, vibrante en el espacio, pero al fin, dominado por la fatiga, cede a su pesar y aleccionado por el ejemplo del caballo tranquilo del apadrinador, vuelve hamacándose o con un trotón brutal al punto de partida.

Todos creen que ha concluído la valiente faena; pero de súbito, como para sacrificar en aras de la libertad el postrer esfuerzo de la vida salvaje, se abalanza rápido, con los ojos saltones de una rabia traicionera; se para en dos manos con una velocidad inaudita e instintiva, y dando un último brinco, se desmorona de lomo; el derrumbe es como el estrépito de una masa enorme viviente que cae de lo alto y manifiesta el ánimo de matarse, con tal de matar al jinete; éste, sin perder su admirable sangre fría, con la agilidad de un gato montés, pega un salto a un costado y sale haciendo tararear las espuelas sonadoras, con el cabestro en una mano y en la otra el rebenque...

JOSÉ I. GARMENDIA.

De *"La cartera de un soldado"*.

98.

## DOMINGO

Penetramos hoy, con la imaginación, a cada casa, y hallaremos en todas las mismas escenas.

Es el día de descanso y cada uno se cree con derecho a trastornar su vida y el orden doméstico.

Es el día en que los madrugadores de toda la semana encargan que no se les despierte, y permanecen tapiadas las puertas y ventanas hasta muy tarde, mientras se desquita el atrasado de sueño, de las horas robadas a éste en los días de trabajo.

Es el día en que se almuerza tarde, despacio, en esa situación tranquila y expansiva del espíritu que no

está alerteado a cada instante por los recuerdos de las tareas y preocupaciones que le esperan más tarde.

Es el día de holganza decretado para todas las familias y todas las edades y posiciones sociales.

El rico como el pobre pueden demandar al sol su rayo alegre; respirar en el campo, pasear en tren; recorrer una calle, alguna plaza pública, y después de un día de holganza, en palco unos, en luneta otros, darse el agradable espectáculo de una función de teatro.

Sálese de las casas con aire reposado; nadie se apura, nadie se echa a andar con ese trote inglés de los días comunes; llévase un aspecto tranquilo, un paso mesurado, hasta sonriente el semblante.

Se observan accidentes y detalles que pasan desapercibidos todos los días: los que nos detienen en la calle no nos molestan; se habla larga y sabrosamente y aun se cambia de rumbo sin esfuerzo, por el solo placer de disponer del tiempo al antojo de cada uno. Pero, si hay seres privilegiados el día domingo, no son otros que los muchachos; son los niños y las niñas los escogidos; es la infancia la edad envidiable para la que el domingo es la suprema aspiración del alma.

Para ellos aquel día es el punto de mira de toda la semana; el centro de las esperanzas, el programa de eternas novedades, el día feliz, el único estímulo a la tarea escolar, que los hace abandonar la cama, atropellar la palangana y el agua fría, soportar las pasadas de jabón, cepillo y peine, el odiado delantal blanco, el almuerzo temprano y casi siempre frío y la severa exigencia de los maestros.

La noche del sábado es la víspera que tiene ya todos los halagos de las esperanzas próximas a cumplirse; ellos y ellas resisten ir a la cama; siempre es temprano; la madre pierde un tanto de su autoridad; el padre se



hace el sordo a los reclamos de la dueña de casa; la abuela insiste en que “mañana es domingo” y una sonrisa benévola sorprendida, da la licencia de media hora más de holgorio, aunque acaben dormidos y tirados en los sofaes, echados de bruces sobre las mesas, medio colgados del respaldo de las sillas, y sea necesario llevarlos en peso a desnudar, entre cabezadas y monosílabos que responden a sueños color de rosa.

Así es de alegre el despertar; se abren de par en par los postigos, entra por ellos la luz a raudales, vienen los juguetes a las camas, se canta, se salta, se hace una revolución contra las sirvientas y se les pierde todo respeto.

Todo ello lo permite el domingo, el día clásico de la alegría.

La intervención de la madre para que estén listos a hora de almuerzo, pone a la buena señora desesperada, porque ella también es impotente para acelerar aquel vestirse sin término, para conseguir que den con piezas de ropa que no se encuentran, esas medias que andan siempre revueltas con las cobijas o en camas ajenas; para abrochar botines y zapatos rebeldes, hacer lustrar unos, darles barniz a otros, pegar este botón que salta, dar con el abrochador, consolar al atacado de sabañones, repartir pañuelos y enderezarlos por fin al comedor o a la calle.

Ya están listos, frescos, rozagantes, con las mejillas pintadas como duraznos maduros del más delicioso carmín; los cuellos blancos, lustrosos, bien almidonados; el cabello vigoroso, negro o rubio, perfectamente peinado; los ojos brillantes y llenos de vida, rojos los labios y sonrientes, dejando ver los dientes sanos e iguales.

Después del almuerzo, el paseo, el circo, la quinta, el amigo que viene, la excursión con padres o sirvien-



tes... ¡un día eterno por delante con un programa interminable!

Pero cata aquí, que son ya las ocho de la noche y el día se ha ido y con él las diversiones y la silueta alegre del payaso, el ruido de los flecos del barrilete, los botes de la pelota, las violetas recogidas en los jardines de la quinta, el relincho del petizo que se dejó sudoroso en el pesebre, las corridas y el salto, todo va fundiéndose en la paleta de la imaginación con los tintes de una felicidad que huye.

En vez de aquellas visiones surgen otras terroríficas: el despertar del lunes, el agua fría, el baño, el vestido, la escuela, el perfil del maestro, la mirada inquiridora de la maestra, la banca de trabajo, las lecciones, todo ese mundo de librotos de geografía, de aritmética, de gramática, de historia...

En esta lucha del espíritu, entre el día huído y el día próximo, el sueño vuelve a los párpados y caen en la cama como plomo.

Ahí están, dormidos como unos ángeles, entreabiertos los labios, y al acercarse a cada boca se aspira el más delicioso aroma de manzana.

JOSÉ MARÍA CANTILLO.

De *"Un libro más"*.

99.

## EL GAUCHO

El gaucho es el tipo original, característico de nuestra sociedad. En él se reúne lo que tenemos de nuestro verdaderamente. Por eso las producciones literarias que pueden, con razón, llamarse argentinas, son las que des-

criben el campo en que se desenvuelve y actúa, como *La Cautiva*; las que describen el gaucho mismo, como el *Facundo*; las que describen el escenario y el actor, la pampa y el gaucho, como el *Lázaro* de Ricardo Gutiérrez. El gaucho es una bella manifestación de la naturaleza humana, que si no la honra con monumentos levantados sobre el haz de la tierra, con obras de ciencia o de arte, con la aplicación de los grandes principios a la organización de las sociedades, como el alemán, el inglés, el francés, el norteamericano, guarda en los senos de su alma, vírgenes y potentes, los gérmenes del hombre del porvenir. Allá, en la extensión ilimitada de la Pampa, discurre en brioso corcel, este hombre americano, varonil y tierno, inteligente y audaz, que, asimilándose algún día los preciosos elementos conquistados en esta labor incesante de los siglos que se llama el progreso, será el digno ciudadano de la república futura, próspera y colosal. Al presente se debate en la ignorancia y la miseria, errante aventurero que no halla en el comercio, en la industria, en la ciencia, o en el arte, vías por donde corra fecundante la actividad de su espíritu: ella se desborda tumultuosa en riñas, en correrías, en montoneras, protesta sangrienta a veces, hasta la ferocidad, de una clase desgraciada contra el hombre feliz de las ciudades, encerrado en su vanidoso egoísmo; y cuando así no se desborda, se agita delirante en las profundidades de su conciencia, desgarrando cruelmente sus fibras más delicadas y sensibles. El gaucho nace y se desenvuelve en presencia de una naturaleza amplia, abierta, incommensurable; y este espectáculo, presente siempre a su espíritu, favorece, sin duda, el desarrollo vigoroso del sentimiento de la personalidad. Necesita para vivir dominar el corcel que vuela bajo su impulso, matar el toro de cuya carne se alimenta, sopor-tar perpetuamente el sol, las lluvias, los huracanes impe-

tuosos como un soplo pujante de la eternidad. De ahí su coraje, su arrojo, su firmeza. Pero aquel desierto donde sólo puede uno ampararse de los rayos del sol bajo los pocos árboles que derraman su sombra sobre la faz de la pampa, como si fueran nubes venidas de los cielos para templar en algo los rayos de la luz, según la expresión del poeta; esa naturaleza donde discurren el toro y el potro que es necesario matar y domar para vivir y moverse, tiene otros aspectos que inspiran sentimientos de una índole diversa de los que explican los rasgos varoniles de la fisonomía del gaucho. Por las tardes, cuando el sol se esconde majestuosamente entre rojizas nubes, como el rey de la creación envolviéndose en una púrpura incomparable; cuando las sombras se extienden sobre la llanura; cuando el silencio misterioso de la pampa es sólo interrumpido por los gritos del toro o del chajá; y las melancólicas estrellas comienzan a brillar en el purísimo azul de un cielo sin fin, — parece que el alma hallase, por momentos, en el desierto, una especie de crepúsculo de la gloria, destinado a las más tiernas efusiones del sentimiento y a esas meditaciones severas en que vislumbramos los contornos del mundo prometido. La luz que se va, las nubes ligeras que flotan en la atmósfera como velos de ángeles invisibles, la brisa perfumada que riza la verde grama semejante a *un mar de esmeralda*, los sordos rumores, la solemne quietud de la inmensa soledad, todo convida al amor, a la esperanza, a la melancolía; todo suscita y despierta esa vida recóndita del mundo interior, nunca más activa y poderosa que en las horas en que la vida externa pareciera extinguirse. Por eso el gaucho es amante; por eso es músico y poeta. Mas hay otra influencia que modifica el espíritu del gaucho, y que es necesario tener en cuenta para explicarse los poemas de Ricardo Gutiérrez; es el des-

amparo, es la falta de garantías para el ejercicio de las facultades que tan abundantemente le ha regalado el Creador. El gaucho, sumido en la ignorancia, lejos de los centros de población y de cultura, está sujeto siempre al capricho de los mandones irresponsables de la campaña. Su condición no ha mejorado desde los tiempos coloniales hasta el presente. Entonces se hallaba bajo el imperio insolente de los procónsules que enviaba el rey a estas comarcas; y vegetaba oscuro, pobre, envilecido en regiones que esperaban todavía la aplicación de la fuerza libre e inteligente del hombre, para derramar, como el cuerno de la fábula, los más preciosos dones. Un día brotó en la mente de los argentinos el pensamiento de emanciparse de la metrópoli; y ese pensamiento fué luego una resolución invencible, manifestada en los estallidos del entusiasmo, que brillaron con las luces de Mayo en las márgenes del Plata. La bandera que simbolizaba las nuevas ideas y los nuevos tiempos, flotó en ese día, agitada por las brisas de la libertad, para no abatirse jamás, y su noble majestad fué paseada en toda la América, entre el humo de los combates y al resplandor de las victorias, por el brazo robusto del animoso campesino. Su sangre ha humedecido la tierra libertada, desde las márgenes del gran río hasta los Andes y el Ecuador: sus huesos están esparcidos acá y allá como testimonio del cruento sacrificio al través de la vasta extensión del mundo conquistado por la libertad y la civilización. Ahora gozamos nosotros, los habitantes de las ciudades, los frutos de aquella sangrienta lucha; pero él vive aún en el bárbaro y tenebroso cautiverio en que lo mantuvo por siglos la colonia. Fué nuestro hermano en el sacrificio; pero no lo es en la libertad ni en la grandeza. Vive todavía esclavo en un país que cualquiera llamaría la mansión de la libertad; pobre, en

una tierra que cualquiera llamaría la fuente de la riqueza y la abundancia. ¡Tal es el gaucha! ¡Espíritu sensitivo, noble, esforzado, debatiéndose en la ignorancia y la miseria, sumergido en la profunda tristeza de una vida destinada a grandes manifestaciones, pero cohibida por eternas tiranías y oscurecida por eternas sombras!

PEDRO GOYENA.

De "*Crítica Literaria*".

100.

## EL VALLE DE LERMA

(*Fragmentos*)

¡Oh delicioso Valle! Verde nido  
Que Salta oculta en su florido seno,  
Fértil oasis de delicias lleno,  
Déjame tus recuerdos evocar;  
Quiero cantar ante la faz del mundo  
Con entusiasmo, con ardiente anhelo,  
La espléndida belleza de tu cielo,  
Tu soberbia riqueza tropical.

\* \* \*

¡Valle de promisión, región querida  
Donde todo se enciende  
Con la luz esplendente de la vida;  
Su colosal vegetación sorprende,  
Porque en su seno encierra  
Los más preciosos dones de la tierra,



Porque allí, lujuriosa, sin medida,  
Del fecundo Ecuador la savia ardiente  
Y de la tibia zona la corriente  
Circula estremecida!  
Ya el verde ceibo con sus flores rojas  
Del céfiro al arrullo  
Con el quebracho y arrayán se enlaza,  
Ya el triste molle de abatidas hojas  
Inclina su cabeza y amoroso,  
Parece que se abraza  
Con el ramaje del *Chal-chal* frondoso;  
Y aquí y allí, bajo la fresca sombra  
De los frutales árboles, caídas,  
Del verde musgo en la mullida alfombra  
Se ve la mora, el *piquiyín* sabroso,  
La guinda y la naranja confundidas,  
Y allá en las horas de la dulce siesta,  
¡Qué grata es la floresta!  
El valle es un concierto, es una lira  
Que melodiosa al corazón inspira, —  
Canta el zorzal oculto en la retama,  
La triste *churra* sin cesar suspira,  
La *charata* parece que nos llama  
Con eco dolorido,  
Y se escucha a lo lejos el silbido  
Del negro *pipitero*, que reclama  
A su consorte, en el caliente nido.  
¡Y qué sublime y bello  
Es ver el valle al declinar la tarde,  
Del rojo sol al postrimer destello,  
Cuando parece que el ocaso arde,  
Cuando la luz nos deja,  
Y del bosque tan solo entre las hojas  
Se oyen de las *bumbunas* las congojas,

De la calandria la sentida queja.  
En esa hora de mortal tristeza,  
En que la sombra con la luz batalla,  
Todo en el valle cesa,  
Todo de Lerma en la floresta calla.  
Los pobres bueyes, del humilde arado  
Desata al fin el rústico labriego,  
Y en busca de alimento y de sosiego  
Suelta la hoz el segador cansado.  
Con lento paso deja  
Del alto cerro la verdosa falda,  
Para volver a su redil, la oveja,  
Y hasta el tierno rendido corderillo  
De su noble pastor vuelve en la espalda.  
Todo torna a la calma. Densas sombras  
Envuelven la alquería,  
Para el molino su bullente rueda,  
La tristeza sucede a la alegría,  
Y el fértil valle en el silencio queda.  
¡Y en la alta noche, cuando todo duerme  
En profundo letargo sumergido,  
Cuando su luz radiante  
Del cielo lanza la plateada luna,  
Sólo turba el silencio  
Del *Chilicote* el grito o el quejido,  
Del nocturno *cacuy*, pájaro errante  
Cuya historia, la abuela, al tierno infante  
Para hacerlo dormir cuenta en la cuna!  
¡También de Lerma el tímido paisano  
Refiere que en las noches de verano,  
Cuando las blancas nieblas  
Desde el fondo del valle se levantan,  
Se escuchan en el bosque silencioso  
Unas voces dulcísimas que cantan,

Y se miran flotar en las tinieblas,  
La sombra de Belgrano,  
De Güemes el espíritu grandioso!

RAMÓN OLIVER.

De "*El Valle de Lerma*".

101.

## LA PANCHA

Las milicias puntanas seguían disciplinándose para la gran jornada libertadora del Perú. El general San Martín ultimaba en Chile los preparativos, cuando le sorprendió el estallido de la conspiración realista en San Luis. En aquella mañana del 8 de febrero, en que los patriotas dieron el trágico grito de alarma llamando al pueblo a las armas, la Pancha corrió a ponerse al lado de su marido, y, como una leona enfurecida, se lanzó sobre los enemigos de la causa americana. Sofocada la temeraria intentona y restablecido el orden, volvióse a la tarea de reorganizar el ejército. El regimiento de Granaderos a caballo se rehacía y aumentaba en las Chacras y a él se incorporó el voluntario Dionisio Hernández, siguiéndole su esposa que, con sus propias manos, levantó su rancho en las proximidades del campamento.

Llegó la hora de la partida. El bizarro regimiento fué revistado y se puso en marcha, al toque impresionante de los clarines y entre las aclamaciones delirantes del pueblo.

Detrás del regimiento, y a la cabeza de los milicianos troperos que conducían las cargas y el ganado, apa-

reció la Pancha, montada gallardamente, engalanada, como siempre, con su rojo pañolón de espumilla y luciendo a la espalda su hermosa trenza renegrida.

—¿Dónde van? ¿Dónde van?—Dios los empuja.

—Amor de patria y libertad los guía...

—¡Adiós, Pancha! ¡Adiós, Panchita,—gritaba la multitud entusiasmada, mientras la pobre madre, deshecha en lágrimas, balbuceaba apenas:

—¡Adiós!

Y la heroína, sonriente, agitaba la mano del corazón, despidiéndose con entereza de todos, hasta que se perdió a la distancia, entre la nube de polvo del camino. Entonces, debió volver la mirada, por última vez, a la aldea natal, nido de sus amores, donde dejaba con sus recuerdos de la infancia y sus triunfos de mujer, la mitad de su alma apasionada.

\*

\* \*

El regimiento de Granaderos a caballo pasó la cordillera y en Rancagua se incorporó al ejército Libertador. A medida que se terminaban los preparativos y se acercaba el plazo para zarpar de Valparaíso con destino al Perú, debía aumentar la ansiedad de nuestra heroína, ante la horrible idea de quedarse sola en tierra extranjera. Sin embargo, su fe no la abandonó jamás, aunque se sabía que el general San Martín no admitía mujeres en la expedición. ¿Quién hubiera osado pedir una excepción a su favor? Entonces consultó a su marido sobre este punto.

—¿Se negaría el general a permitir el ingreso de un voluntario más al ejército?

—¡Cómo de un voluntario!—repuso su esposo.

—Sí, Dionisio, de un voluntario,—insistió ella con

suprema resolución. Yo puedo vestir el uniforme de granadero y ocupar, a tu lado, un puesto en las filas, jurándote que cumpliré mi deber de soldado.

La solución encontrada le pareció aceptable al veterano, y sin perder un momento, pusieronse a la tarea de buscar quién se empeñase por ellos. Al fin, el general, conmovido por aquel rasgo de amor y de varonil entereza, y elogiando la conducta de la heroína, acordó el permiso solicitado. Entonces la Pancha, loca de alegría, cortóse las hermosas trenzas, vistió el uniforme y ciñóse a la cintura el sable de granadero. Así se embarcó en la expedición libertadora, causando la admiración de aquellos argonautas del ideal que iban a redimir pueblos, hacia las remotas regiones del Ecuador. Después del desembarco de Pisco y de la gloriosa campaña de la Sierra, realizada por el regimiento, debía asistir a la solemne entrada en Lima y participar de las expansiones del triunfo y de aquel hecho histórico, memorable en la anales americanos.

También pudo decir, con legítimo orgullo, ante los coetáneos y su posteridad: *Yo fui con mi marido, del Ejército Libertador.*

\*  
\* \*

Para terminar la gran campaña, el general San Martín había dispuesto una expedición a Puertos Intermedios, destinada a operar en la Sierra del Sur y liberrar del dominio realista las provincias del Alto Perú.

A fines de 1822 se embarcó la expedición, formando, como siempre, a su vanguardia, el famoso regimiento de Granaderos. A principios de 1823 estaba sobre Torata, a la vista del enemigo. El choque fué violentísimo y sostenido por el extraordinario valor de los indepen-



dientes, y faltaba el último sacrificio para inclinar a su lado la victoria, cuando los realistas recibieron un poderoso refuerzo, viéndose aquellos obligados a retirarse sobre Moquegua, con grandes pérdidas y agotadas las municiones. El envalentonado enemigo picaba la retaguardia y hacía supremos esfuerzos para dar el golpe decisivo y mortal. En tan apurada situación, no quedaba sino salvar el honor de la jornada.

El combate se empeñó de nuevo, el 21 de enero. Los patriotas, sin municiones, pelearon a sable y a bayoneta, hasta que fueron arrollados, dejando en el campo más de 700 muertos y heridos, 1.000 prisioneros y el resto en espantosa dispersión. Inútiles fueron al principio, los esfuerzos de los jefes y oficiales para contener a los fugitivos, organizar alguna resistencia y protegerlos de la matanza que los exterminaba sin piedad. “A la vista de tan angustioso cuadro, escribe el general Espejo, actor en tan horrible drama, nos reunimos como cuarenta, entre oficiales y jefes, armados como estábamos, unos con sables, espada o lanza, pero todos con pistolas y formamos el Escuadrón Sagrado, como algunos lo denominaron, para proteger en lo posible aquella masa enegrecida por el pánico.

“Se le dió el mando al comandante D. Juan Lavalle, contándose entre las filas a Pringles y al sargento distinguido don Dionisio Hernández, natural de San Luis, que llevaba a su lado a su esposa, la Pancha (también puntana), vestida de uniforme militar y armada de sable y pistolas como era su costumbre en que entraba su marido”.

Contra ese escuadrón de héroes vino a estrellarse el furor del enemigo, en su tenaz persecución de cinco leguas, recorridas por los patriotas a pie, fatigados y sufriendo los horrores de la sed, bajo un sol de fuego.

El sargento Hernández estaba herido y desfalleciente, pero, la heroica Pancha había vendado su herida y lo conducía del brazo, ayudándole a andar por aquellos arenales, hasta que llegaron a la costa del mar, en las cercanías de Ilo. Ya estaba casi en salvo. Allí, sobre la arena de la ribera, dejóse caer el soldado rendido por el cansancio y el infortunio. La noble Pancha, como el ángel tutelar en la desgracia, no le abandonaba y alzando en el hueco de la mano un poco de agua del mar, refrescó su frente febricitante, a la vez que la piadosa brisa marina contribuía también a reanimarle.

No debían terminar allí las terribles penalidades de nuestros soldados, porque el destino cruel, como el hado fatal de la odisea legendaria, les preparaba nuevas desventuras, antes de alcanzar la suspirada Itaca de su definitiva salvación. A la vista lucía su hermoso velamen, desplegado a todo trapo, la gallarda fragata "Trujillana" y, más lejos, el bergantín "Dardo" que se acercaban a socorrerlos.

Los granaderos se embarcaron rápidamente y con ellos el veterano Hernández y su fiel compañera de triunfos e infortunios. La impericia de los capitanes llevó las naves a una costa desierta y rocallosa, varias leguas al Sur de Pisco, donde los buques naufragaron, viéndose obligados los tripulantes a arrojarse al agua para ganar a nado la costa. Muchos perecieron, pero los más, se salvaron providencialmente, contándose entre ellos los simpáticos protagonistas de este romance.

Vagaron casi dos días, sin rumbo y sin provisiones, por el arenal desierto e interminable. Como ochenta soldados perecieron atormentados por la sed y hubieran sucumbido todos, si el heroico Brandsen no hubiese mandado en su auxilio varias partidas con barriles de agua, víveres y caballos. Al fin llegaron a Pisco, exhaustos,

enfermos y con el alma quebrantada por los terribles sufrimientos de tan infausta campaña, en la cual todo había puesto a prueba la grandeza moral de aquellos valientes: la derrota, la persecución a muerte, el abandono de los compañeros heridos o rezagados, las grandes fatigas por el desierto, el naufragio y los horribles tormentos de la sed.

La heroica Pancha, al lado de su esposo, había sufrido y triunfado hasta entonces, de la adversidad; pero, regresaría a Lima envejecida, agobiada y mortalmente enferma.

¡Qué caros había pagado su amor y su lealtad al elegido de su corazón!

Allí desapareció entre la masa anónima de los heroicos hijos del pueblo, para los cuales no hay ascensos, ni recompensas, ni recuerdos, ni lágrimas.

Cumplió noble y abnegadamente su triste destino, legándonos el ejemplo de sus excelsas virtudes de mujer y de su patriótica exaltación. Pocas veces, en el alma femenina, se han armonizado y fundido con temple tan extraordinario, las grandes afecciones del amor y el sublime sentimiento de la patria.

JUAN W. GEZ.

De *"El patriotismo de la mujer huantana"*.

102.

## EL TEATRO DE LA RANCHERIA

Hasta noviembre de 1747 no se conocía por estas tierras lo que era una representación de comedias; solamente los indios de las reducciones lo sabían, debido a que los jesuitas les habían enseñado música, cantos y

algunas escenas teatrales en las que predominaba la parte cantada; y esta circunstancia ha hecho suponer erróneamente a algunos que aquellos cantaban “óperas”, es decir, lo que por entonces era el melodrama italiano del XVII y XVIII.

El primer espectáculo de comedias que tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires, fué en noviembre del año mencionado, con motivo de las solemnes y prolongadas fiestas que se organizaron para *celebrar* la coronación del rey Fernando VI.

Fué en el tiempo del virrey Vértiz cuando se habló ya decididamente de la edificación de un teatro, y es aquí donde el de Buenos Aires comienza a figurar como un elemento de progreso de no escasa importancia; a él se debieron el primer alumbrado de la ciudad, el arreglo de las calles por cuadrillas de peones (presos de la cárcel), el sostenimiento y prosperidad de la casa de Expósitos, el adelanto de los barrios donde se instalara, (Moreno, Alsina, Chacabuco y Perú primeramente, Cangallo, Reconquista, veinticinco años después), la afición a las letras, el estudio de la literatura, las primeras reuniones democráticas, con sus demostraciones colectivas, el funcionamiento de la imprenta y la idea del empedrado de las calles.

Vértiz fué indudablemente el más progresista de los virreyes que tuvo el Río de la Plata, y sin él, tal vez la institución teatral hubiérase retardado de treinta años; cierto es que en materia literaria teatral poco pudo o supo hacer, pero ¿qué podía él contra la corriente establecida y la perversión del gusto de su época?

Fué don Francisco Velarde, primer empresario teatral de esta ciudad, el que propuso al virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo la construcción de un teatro. Presentóse a él diciendo que se comprometía a edificar



“un coliseo a todo costo, a similitud de las casas de comedias de España” pudiendo el gobierno nombrar un ingeniero de confianza que confeccionara los planos y vigilara las obras. Entretanto, el proponente edificaría — también con intervención del ingeniero que se le indicara — un *galpón* provisorio, con capacidad suficiente y todas las comodidades necesarias, para lo cual se le había de permitir disponer de un terreno cualquiera en la Ranchería, junto al mercado de frutos. El galpón sería de madera y techo de paja bien concluído, con entradas amplias y un corredor junto a ellas.

El paraje conocido por la Ranchería, era un barrio de la ciudad, por las alturas del hoy Mercado Viejo, (Chacabuco, Moreno, Alsina, etc.), en que la edificación predominante era el rancho de barro y techo de paja. El mercado de frutos era donde hoy está el actual, y su manzana anterior, hacia el Oeste.

Prefería el empresario Velarde un terreno en la Ranchería, porque allí abundaban los disponibles de propiedad fiscal y por su proximidad con “el cuartel de tropa” (cuartel de artillería), que prestaría su auxilio en un caso posible de incendio, que a producirse, “*haría perder más de nueve mil pesos*”, que iban a costar las edificaciones, bastidores, vestuario, telones, muebles e instalaciones generales del teatro.

Para la edificación, el gobierno había de facilitar al empresario, preferentemente a cualquier otro trabajo de orden público ni privado, todos los presos que hubiera en la cárcel o los que él le pidiera. Una vez concluído y decorado, empezaría a trabajar en él una compañía de actores traída de España o contratados en el país, representándose las principales comedias famosas del teatro, loas, sainetes, entremeses y canto de tonadillas de la madre patria. Los precios que se co-



brarian al público serían de *dos reales a los blancos y uno al que no lo sea*: la entrada de dos reales daría derecho a ocupar un asiento cualquiera en el patio o en las gradas superiores.

Una vez estrenado, fué tan negativo su éxito, que el empresario debió creer que había hecho un pésimo negocio al gastarse sus ahorros en forma semejante. El tiempo pasaba y el público se rehusaba a concurrir, alegando por pretexto la oscuridad de las calles que hacía que ninguna persona juiciosa se atreviera a salir de su casa para exponerse a un susto al regresar por esas lobregueces, ni aun con lacayos con linternas, como algunos habían hecho ya en varias ocasiones. Vértiz, empeñado en ver la prosperidad de la nueva institución, hizo colocar faroles con velas en varias de las de acceso al teatro, pidiendo a los vecinos iluminaran sus frentes del modo que mejor pudieran. Cuando él asistía, que era casi todas las noches de función, una vez por semana, recorría antes varias calles con sus lacayos munidos de faroles y linternas, para que de este modo los timoratos se atrevieran a unirse a su comitiva; pero, ¡ni por esas! Por fin halló un medio eficaz de levantar la institución, haciéndola simpática, inspirándose para ello en el propio recurso empleado en caso análogo por el marqués de la Torre, en la Habana, y fué el hacer constar que su prosperidad servía para el sostenimiento del asilo de expósitos, que de otro modo no podría subsistir, arrendando el teatro en dos mil pesos anuales, suma íntegra que pasaba a las cajas de aquél establecimiento de caridad; si el negocio resultaba malo y el empresario Velarde quebraba, no habría con qué reemplazar el recurso. Esto hizo que el público distinguido cesara en su hostilidad y se prestara a protegerlo: acaso por egoísmo, pues los ri-

cos temerían verse amenazados por listas de suscripciones o impuestos especiales.

La fundación del teatro de Buenos Aires, entre otras cosas, reportó, por lo pronto, dos ventajas grandes a la ciudad: la prosperidad del asilo de niños expósitos y el primer alumbrado público.

Redentor también, que nació en un establo, de recién nacido le anunciaban estrellas de velas de sebo, puestas dentro de unos malos faroles, a los magos que, desde lejos, se costeaban a verle y saludarle.

MARIANO G. BOSCH.

De "*Historia del Teatro en Buenos Aires*".

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS  
103.

## LA CONSTITUCION

(Discurso pronunciado después de firmar la  
Constitución, el r.º de mayo de 1853).

Permitidme, señores, empañar la majestad de este acto con la débil expresión de algunos humildes sentimientos que me excita la profundidad de los misterios que él encierra en su silenciosa y augusta solemnidad.

Acabáis de ejercer la función más grave, más solemne y más sublime que es dado a un hombre en su vida mortal, "fallar sobre los destinos de su patria, señalar su eterna ruina o su feliz porvenir".

El cielo bendiga el de la nuestra tan infortunada hasta hoy.

Acabáis también de sellar con vuestra firma vuestra eterna gloria y la bendición de los pueblos, o vuestra ignominia y su eterna maldición. ¡Dios... Dios nos salve de ella, siquiera por la pureza de nuestras intenciones!

Los pueblos impusieron sobre nuestros débiles hombros todo el peso de una horrible situación y de un porvenir incierto y tenebroso.

Oprimidos con desgracias sin cuento, nos mandaron a darles una carta fundamental que cicatrice sus llagas y les ofrezca una época de paz y de orden, que los indemnice de tantos infortunios, de tan prolongados desastres.

Se la hemos dado tal cual nos la ha dictado nuestra conciencia ilustrada por nuestra débil razón.

Si ella envuelve errores, resultado de la escasez de nuestras luces, cúlpense ellos mismos de su errada elección.

Con la carta constitucional, que acabamos de firmar, hemos llenado nuestra misión y correspondido a su confianza como nos ha sido posible.

Promulgarla y ordenar su cumplimiento ya no es obra nuestra: corresponde al supremo jefe de la nación en sello de su gloria, en cumplimiento de los deberes que ella le ha impuesto y que él ha aceptado y jurado solemnemente.

A los pueblos corresponde observarla y acatarla, so pena de traicionar su misma obra, de desmentir la confianza depositada en sus Representantes, y contrariarse a sí mismos, presentándose en ludibrio de las naciones que los rodean.

Por lo que hace a mí, señores, el primero en haberme opuesto a la oportunidad de dictarla, el primero “en haber manifestado mi desacuerdo con muchos de

sus artículos”, y sin otra parte en la confección del todo que la que me ha impuesto la ley en la clase de presidente encargado de dirigir la discusión; quiero también, señores, ser el primero en jurar ante Dios y los hombres, ante vosotros, que representáis a los pueblos, obedecerla, respetarla y acatarla hasta en sus últimos ápices, luego que reciba la última sanción de la ley.

Quiero también ser el primero en dar a los pueblos el ejemplo de acatamiento a su voluntad expresada por la mayoría de sus Representantes; porque, señores, en la mayoría está la verdad legal. Lo demás es anarquía; y ¡huya ésta para siempre del suelo argentino, que por tantos años ha desolado!; ¡huya para siempre ese monstruo al parecer aclimatado en nuestra desgraciada patria!

Pero, señores, para que huya de ella, es preciso que antes huya de este sagrado recinto; que huya del corazón de todos los Representantes de la nación, que no quede en ellos un solo sentimiento que la despierte o la autorice en los pueblos.

Para esto, señores, aun tenemos otra misión que llenar: “la de difundir nuestro mismo espíritu en el seno de las provincias que nos han mandado”; “la de ilustrarlas en los motivos y objetos de la ley, que a su nombre hemos dictado”. Unir la convicción a la obediencia, el ejemplo al consejo y al precepto: ved ahí, señores, el sello de nuestra misión.

El 1.º de mayo de 1851, el vencedor en Caseros firmó el exterminio del terror y del despotismo. El 1.º de mayo de 1853, los Representantes del pueblo argentino firmamos el término de la anarquía, el principio del orden y el imperio de la ley.

Pidamos al cielo ser tan felices en nuestra obra, como aquél lo fué en la suya. Pongámosla bajo los auspi-

cios de la Providencia, que preside y dirige la suerte de los Estados. Ninguno más que el nuestro necesita de su protección. Implorémosla, señores, en sello de nuestra obra. El patriotismo nos impone este último deber.

FACUNDO ZUVIRÍA.

De *"Discursos y escritos políticos"*.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS





